



OCURRIÓ CERCA DE ROVNO

Dmitri Nikoláievich Medvediev



EL ENSAYO

En las primeras horas de una mañana de abril de 1942 se reunió un grupo de futuros guerrilleros en el aeródromo de Túshino. Aquel día tenían que elevarse todos en avión y efectuar el primer salto de prueba con paracaídas. A excepción mía, ninguno había saltado con paracaídas en su vida. Noté que muchos estaban intranquilos. Algunos habían entablado alegre cháchara, pero las miradas de inquietud que lanzaban al campo de aterrizaje descubrían elocuentemente el estado de ánimo que embargaba a aquellos "jacareros".

Me percaté de que no era por cobardía. Todos ellos se habían alistado voluntarios en la guerrilla y sabían el peligro a que se iban a exponer en la retaguardia del enemigo. De los muchos voluntarios que deseaban formar nuestro destacamento, habían sido elegidos sólo

cincuenta de los que no fallarían, sin ningún género de dudas, de los que no se arredrarían. En aquellos instantes todos estábamos intranquilos, pero los que han saltado con paracaídas saben que esa emoción es lógica e inevitable la primera vez.

Miré al reloj. Aún nos quedaban treinta largos minutos de espera.

Cerca de mí estaba sentado Alexandr Alexándrovich Lukín. Lo habían nombrado jefe del servicio de información de nuestro destacamento. También se le notaba la inquietud, pues fumaba un cigarrillo tras otro.

— ¡Alexandr Alexándrovich! -exclamé en voz intencionadamente alta para que todos lo oyeran Parece que está usted fumando un poco más de la cuenta. ¿No es un plato de gusto saltar desde las alturas, eh? ¿Da algo de miedo?

Lukín comprendió en el acto que yo había sacado de intento aquella conversación que tenía preocupados a todos.

— Sí, pero qué le va uno a hacer, Dmitri Nikoláevich, con miedo o sin él, ¡habrá que saltar! — respondió.

Todos se callaron para escuchar nuestras palabras.

Era algo chocante, ¿cómo se atrevería el jefe a declarar sinceramente que le daba miedo saltar? Aproveché el silencio que se hizo y les conté, para entretenerlos la media hora de angustiada espera que nos quedaba, un suceso que me ocurrió:

— Es claro que a todos vosotros os viene esto de nuevo, pero yo soy un viejo paracaidista. Hoy será la tercera vez que salte. La primera vez fue hace muchísimo tiempo, en 1907, cuando ni siquiera existía en las mentes el deporte del paracaidismo. Vivía a la sazón en Bielorrusia, en el poblado obrero de Bézhitsa, bastante grande. Mi padre celebraba su santo el día de San Nicolás, y tenía invitados. Eran todos de edad avanzada, y yo, un chiquillo de ocho años, me aburría con ellos. Aproveché el bullicio que había en la casa, le quité un poco de tabaco a mi padre, tomé un arenque, corté un pedazo de la empanada que habían cocido con motivo de la fiesta y me fui con estos presentes a ver al vigía de la torre de los bomberos que se elevaba junto a nuestra casa.

El viejo Gavrílich, el vigía, era un antiguo amigo mío. Me gustaba mucho oír sus relatos de cosas ocurridas, e imaginadas y mataba el tiempo a menudo con él, en la atalaya de los bomberos, desde donde se veía todo nuestro poblado como si estuviera en la palma de la mano.

Gavrílich probó el trozo de empanada de pescado, lo elogió, comió algo de arenque y empezó a contar el largo cuento de la alfombra voladora al tiempo que se liaba un cigarro como "la pata de un chivo" con papel de periódico. Pasamos así una hora o dos. Gavrílich se cansó de hablar y se durmió. Al no saber qué hacer, decidí echar yo también un cigarro y me puse a andar por la explanada de la torre, dando chupadas con empaque y asfixiándome por la falta de costumbre. De pronto, vi a mi padre abajo, amenazándome con un palo y encaminándose a la torre. Colegí que no había quien me librara de una paliza por dos cosas: primero, porque me tenía prohibido subir a la torre y, segundo, porque había visto que yo estaba fumando.

¿Qué hacer? ¿Cómo evitar el castigo? En eso, detuve la mirada en un enorme quitasol de lona que la mujer de Gavrílich solía usar en el mercado los días de sol o lluvia cuando vendía pepitas de girasol. En cierta ocasión pregunté a Gavrílich para qué quería aquel quitasol en la torre, y me respondió, guiñando un ojo con sorna: "Amiguito, es un objeto de mucha importancia. Se puede quemar la misma torre. Y si arde por abajo, ¿cómo voy a bajar por la

escalera? Entonces agarraré el quitasol y saltaré con él abierto".

Gavrílich lo había dicho en broma, pero apenas vi a mi padre, me asusté, tomé el quitasol sin titubear, lo abrí y... salté de la torre. ¡Qué miedo pasé!

Bien es verdad que no solté el quitasol y fui a caer con él en el tejado de la casa de al lado. Me di un fuerte golpe, pero no hice gran caso. Me froté las rodillas desolladas, bajé del tejado y corrí a esconderme tras una esquina. Desde allí me puse a observar...

Mi padre estaba ya en la atalaya de los bomberos. Vi cómo Gavrílich se acercó a él y le dijo algo, señalando el quitasol que yo había dejado en el tejado.

Luego mi padre desapareció de la atalaya: por lo visto, había decidido echarme el guante. Eché a correr y me fui a tres calles más lejos de la mía. Volví por la noche y recibí el castigo merecido.

Así salté con paracaídas la primera vez en mi vida. De manera que, ya lo veis, soy un pionero del paracaidismo.

Mientras relataba este suceso, noté que la gente se había animado. Miré al reloj: quedaban aún diez minutos. Podía seguir:

— La segunda vez salté con un paracaídas de verdad desde un avión auténtico. No hace mucho de eso. Fue en agosto de 1941, al poco de empezar la guerra. Tenía que ir a la retaguardia del enemigo con un destacamento. Me preguntaron si podía saltar con paracaídas, respondí sin pestañear que no sería la primera vez que lo hiciera y me llevaron en seguida al aeródromo. Me explicaron en cinco minutos cómo se abría el paracaídas, me elevaron en una avioneta "U-2" y salté. He de confesar que me dio un poco de miedo. Después resultó que toda aquella preparación no nos hizo ninguna falta, pues pasamos a la retaguardia del enemigo a pie. Ahora probaré a saltar por tercera vez. Y os digo sinceramente que me siento intranquilo de nuevo. En cambio, con dos saltos nos veremos en la retaguardia del enemigo: uno lo daremos hoy, el otro dentro de unos días, y pondremos memos a la obra. Bueno, vamos a empezar. Ya vienen por nosotros.

Se veía que mis recuerdos habían distraído a los cámara-das. Se les quitó un peso del alma, pues si el propio jefe sentía zozobra, no había nada de oprobioso en ello.

Nos encaminamos hacia los aviones.

Los saltos transcurrieron bien, pero no faltaron casos curiosos. Yo "arboliqué", es decir, caí en un abedul enorme. El paracaídas se enganchó, hube de desprenderme de él y bajar por el tronco.

Un camarada quedó colgando entre dos árboles cerca del aeródromo. Corrieron en su ayuda, y le gritaron:

— ¡Balancéate, agárrate a uno de los árboles y baja!

Probó a balancearse, pero sin conseguir su propósito.

Entonces, los que se congregaron a sus pies tomaron un para-caídas, lo tensaron, sujetándolo entre las manos, y exclamaron:

— ¡Suéltate el paracaídas y salta!

El desventurado paracaidista rebotó como un saltimbanqui en una red.

Fuimos del aeródromo a Moscú en camión. Era ya el mediodía, pero las calles de la capital parecían desiertas. En el bulevar de Tver y en la Plaza Soviétkaia, que en tiempos de paz

estaban llenos de niños jugando a la pelota, saltando a la comba o paseándose en triciclos, no se veía un alma. Los niños habían sido evacuados a oriente, a lugares seguros, con sus madres y abuelas. Habíanse evacuado también muchas fábricas e instituciones. En la capital había mucha menos gente. Los hitlerianos habían sido rechazados por entonces a doscientos o trescientos kilómetros de Moscú, pero la aviación alemana seguía haciendo incursiones.

Tocaba ya a su fin la preparación para emprender el vuelo a la retaguardia del enemigo. Verdad es que no tardamos mucho en ello, no más de un mes. Habíamos acampado en el bosque, no lejos de la capital, y allí nos ejercitábamos en el tiro al blanco y en topografía. Hicimos hasta ejercicios de zapadores: construimos balsas y atravesamos en ellas un lago que había en las inmediaciones de nuestro campamento.

Como jefe del destacamento, aprovechaba cuantas ocasiones se me ofrecían para hablar con mi gente de la futura vida guerrillera. Yo tenía más experiencia que otros, pues había mandado un destacamento de guerrilleros en los bosques de Briansk, en Bielorrusia, desde agosto de 1941 hasta febrero de 1942. Hablaba a los camaradas de las dificultades que nos esperaban, del peligro de muerte que correríamos, pero sin intimidarlos:

— Sé por experiencia que los guerrilleros son los amos «en la retaguardia de los alemanes. El pueblo los considera como a representantes del Ejército Rojo y del Poder soviético.

Por eso, el guerrillero debe ser siempre, y dondequiera que esté, digno de nuestra gran patria socialista.

Formaban en nuestro destacamento muchos ucranios. Y no era fortuito, pues se había convenido que actuásemos en la región de Rovno, en Ucrania. Allí se extienden unos vastísimos y espesos bosques entre las ciudades de Sarny, Rokitnó y Bérezno. Los bosques de Sarny debían servir de refugio para el destacamento.

Mas había algunas dificultades para volar de un tirón a los bosques de Sarny. Estaban demasiado apartados de la línea del frente. Los aviones podían volar sobre el territorio ocupado por el enemigo sólo de noche, pues de lo contrario serían derribados. En primavera, las noches eran cortas y los aviones no podían hacer el viaje de ida y vuelta desde Moscú antes de que esclareciese. Además, la aparición de aviones soviéticos por encima de aquellos bosques llamaría la atención de los alemanes, y el destacamento correría un serio peligro. Por eso se decidió enviarlo primero a un lugar más cercano, a los bosques de Mozyr, por la aldea de Mujoiedy, situada en el límite *de* la región de Rovno, y desde allí que fuera a pie a los bosques de Sarny.

EL SALTO DE COMBATE

Para pasar a la retaguardia del enemigo, el destacamento fue dividido en varios grupos. A fines de mayo se envió al primer grupo, de catorce hombres. Se nombró jefe del mismo a Sasha Tvórogov, guerrillero intrépido y joven, pero con experiencia.

La unidad militar en que se hallaba encuadrado Tvórogov había sido cercada al comenzar la guerra. El se ocultó en los bosques de Bielorrusia con sus compañeros y empezó una guerra de guerrillas. En octubre de 1941, el grupo de Tvórogov se unió al destacamento que mandaba yo entonces en dichos parajes.

Sasha se reveló al poco como un magnífico combatiente y fue nombrado jefe del servicio de información del destacamento. Realizaba las operaciones combativas con destreza.

Posteriormente, a principios del año cuarenta y dos, volvió a Moscú con mi destacamento.

Sasha Tvórogov figuraba el primero en la lista del nuevo destacamento y fue el primero en volar a la retaguardia del enemigo. Debía aterrizar en los bosques de Mozyr, cerca de la aldea de Mujoiedy, y buscar un paraje para recibir a los restantes grupos.

Antes de emprender el vuelo le advirtieron que si le sucedía algo, el punto de encuentro con el destacamento estaría, de todos modos, junto a la aldea de Mujoiedy.

A los dos días de haber despegado del aeródromo, Tvórogov comunicó por radio que había cometido un error: los aviadores habían lanzado a su grupo al sur de Zhitómir. ¡A trescientos kilómetros de distancia de los bosques de Mózyr! No había bosque. Era difícil ocultarse. Al día siguiente comunicó que se dirigían hacia Mujoiedy.

Durante la transmisión de esta noticia, el enlace radiotelegráfico se interrumpió de improviso. Esperamos un día, luego otro, y otro más, pero el enlace no se reanudó. ¿Qué habría sucedido?

Se decidió enviar al segundo grupo; iba al mando de Kochetkov. Fueron a caer con los paracaídas en un pantano. Se calaron hasta los huesos, se les mojaron los pertrechos y apenas pudieron salir de allí.

Pasado algún tiempo, Kochetkov transmitió por radio que habían salido a la estación de Tolsti Lies, del ferrocarril de Chernígov-Ovruch, a treinta kilómetros del pueblo de Mujoiedy.

Kochetkov se detuvo allí y comunicó que se disponía a organizar las señales para recibir a nuestros paracaidistas.

Mejoraron nuestros ánimos y enviamos al tercer grupo a la estación de Tolsti Lies, creídos de que era un lugar seguro. Pashún, jefe del Estado Mayor de nuestro destacamento, voló al mando de este grupo. No llevaba radiotelegrafista, pues teníamos pocos, pero, en cambio, en su grupo había dos guerrilleros que conocían perfectamente los «bosques de Mozyr y aun la estación de Tolsti Lies.

Comunicamos a Kochetkov que emprendía el vuelo otro grupo más y que encendiera hogueras por la noche para dar la señal al avión.

El avión que transportó a aquel grupo tornó sin novedad a Moscú, y el aviador dio parte de que los paracaidistas habían sido lanzados en el lugar de las señales, junto a la estación de Tolsti Lies.

Al día siguiente, Kochetkov comunicó que no había llegado avión alguno, pese a que las hogueras estuvieron encendidas toda la noche, ¡Qué mala estrella! ¡Habían lanzado a la gente en otro sitio! Pashún no tenía radiotelegrafista, así es que no había que esperar noticias de él.

Tvórogov había desaparecido, no se sabía el paradero de Pashún... Empecé a exigir que me enviaran a mí cuanto antes. Había que hallar a los camaradas-extraviados y organizar el aterrizaje de los restantes. Pero me retuvieron en Moscú, y el grupo siguiente fue al mando de Serguéi Trofimovich Stéjov, el comandante adjunto para los asuntos políticos, con quien había organizado el destacamento.

Por triste que fuera, tampoco lanzaron al grupo de Stéjov donde estaban las señales de Kochetkov. Serguéi Trofimovich nos comunicó por radio que llevaba ya tres días sin poder determinar dónde se hallaba. Que enviaba a sus hombres, uno tras otro, de reconocimiento, y no volvían.

Mi inquietud creció hasta el máximo, pero al fin obtuve el permiso para emprender el vuelo.

Tenía que volar conmigo Alexandr Alexándrovich Lukín, jefe del servicio de información, la radiotelegrafista Lida Sherstniova y varios combatientes españoles.

En Moscú había a la sazón muchos camaradas españoles que se batieron en su tiempo por la libertad de España y hubieron de emigrar posteriormente. Cuando empezó la guerra contra los hitlerianos, los españoles solicitaron del Gobierno soviético que los enviara al frente. Al enterarse de que se estaban formando destacamentos de guerrilleros, muchos insistieron en que los incluyeran en sus filas. En mi destacamento ingresaron dieciocho voluntarios españoles. En la primera entrevista que tuve con ellos me declararon que, al participar en la guerra que sostenía la Unión Soviética contra la Alemania fascista, contribuían a la liberación de todos los pueblos ocupados por los hitlerianos.

El 20 de junio por la tarde estaba yo-en el aeródromo con mi grupo. No vinieron ni mi mujer ni otros parientes. Me había despedido de ellos en casa, pues, como dice el refrán, "la despedida abreviar es lágrimas ahorrar".

Habían venido a despedirme camaradas de mi primer destacamento.

La despedida duró poco. El avión estuvo presto puntualmente a la hora fijada; subimos, rugieron los motores y... ¡hasta la vista, Moscú!

Todos estábamos de buen humor. Y, como si fuéramos de paseo, los camaradas se pusieron a cantar desde los primeros instantes: en un principio, canciones rusas, y luego, españolas.

Llegamos a la línea del frente. No pasaba muy lejos a la sazón: algo al oeste de Tula. El avión fue captado en seguida en las franjas .deslumbrantes de unos reflectores. Los alemanes abrieron fuego, pero cruzamos la zona de peligro sin novedad. Transcurrió una hora de inquietud, luego otra, y nos dieron la voz de mando de que nos preparásemos para saltar.

Miré por la ventanilla del avión y vi distintamente abajo, en tierra, las señales convenidas de las hogueras. El avión comenzó a descender poco a poco, describiendo una circunferencia. Nos pusimos en fila junto a la portezuela. El comandante que nos acompañaba enganchó los "mosquetones" de nuestros paracaídas a una barra del avión para que se abrieran ellos solos en el aire. Estábamos ya prestos a saltar. De súbito, Lida Sherstniova, que estaba detrás de mí, dijo alterada:

— Camarada jefe, ¿dónde está su cuerda?

Me volví. El "mosquetón" de mi paracaídas no estaba enganchado en la barra. Con toda seguridad, no me habría desconcertado en el aire y habría abierto yo mismo el para-caídas. Para ello no había más que tirar de la anilla. Pero había hecho Lida bien en advertírmelo.

El corazón me latió con violencia al oír la voz de mando:

— ¡Salten!

Salté el primero. Tras breves segundos, el paracaídas se abrió.

Eché una ojeada en derredor. Nos habían lanzado desde bastante altura, desde unos novecientos metros. Encima resplandecía la luna; debajo, las hogueras, pero noté que se alejaban: el viento me arrastraba a un lado. Los otros para-caídas estaban diseminados por el espacio encima de mí, a derecha e izquierda. Uno pasó volando por mi lado, descendiendo con excesiva rapidez. Me dio tiempo a pensar: "A ése no se le ha abierto el paracaídas del todo, se puede estrellar".

Abajo había un bosque. Me dispuse a aterrizar según todas las reglas.: empuñé las correas de suspensión con los brazos cruzados. En el mismo instante sopló una ráfaga de viento, me

arrojó a Un lado y dio conmigo en tierra.

El viento me había llevado a unos cuarenta metros del linde del bosque.

Habíamos convenido de antemano que yo encendería una hoguera, a la que acudirían todos los paracaidistas. Me había dado tamaño golpe que no me pude poner en pie y reunir chamarasca para la hoguera. Tiré del paracaídas y lo encendí. Me aparté unos quince metros a rastras, me tendí tras unos arbustos y, con la metralleta a punto, me puse a esperar. ¡ Qué sabía uno quiénes acudirían a la-hoguera, amigos o enemigos!. ..

Vi que alguien se acercaba cauteloso a la lumbre. Le pregunté:

— ¿Santo?

— ¡Moscú!

— ¡El oso! -dije yo la seña, y agregué-: Tira tu paracaídas al fuego y ven a mi lado.

— -¡A sus órdenes!

Se acercó Lukín; tras él, Lida Sherstniova, y luego, los restantes.

A unos tres o cuatro kilómetros ladraban sin cesar unos perros, como si alguien los estuviera azuzando. Por lo tanto, tenía que haber alguna aldea cerca. Nos reunimos todos. Me puse en pie, me enderecé con dificultad y, haciendo de tripas corazón, dije con el mejor humor y ánimo que pude:

— Con otro salto que demos habremos llegado. Saqué la brújula y empecé a orientarme. La brújula, el cielo estrellado y la línea férrea eran suficientes para que uno supiera adonde tenía que ir. La estación de Tolsti Lies debía estar cerca de allí.

De suerte, que nos hallábamos en la retaguardia del enemigo, a casi mil kilómetros de Moscú y a seiscientos al otro lado de la línea del frente.

EL ENCUENTRO

Fuimos por la linde del bosque hacia la estación de Tolsti Lies. Despuntaba el alba. Cada paso nuestro quedaba muy marcado en la hierba, copiosamente regada por el rocío. Por eso ordené que se anduviera "al paso guerrillero", o sea, en fila india, guardando la distancia de dos o tres metros unes de otros y pisando exactamente en las huellas ya impresas, de suerte que las plantas del que iba detrás se posaran en las huellas que dejaba el precedente.

En caso de que nos siguieran el rastro, sería difícil determinar cuántas personas habían pasado: diez o ciento. Y la primera regla del guerrillero es la precaución.

Esclareció casi del todo. En derredor, silencio. Pero yo prestaba oído al susurro de cada hoja y al crujido de cada ramita. Pese a que aún no había peligro alguno, de vez en vez daba con las señas convenidas las órdenes de "cuerpo a tierra" y "enmascaraos" para infundir cautela a los camaradas.

Anduvimos unos cinco kilómetros. A lo lejos vimos a dos personas en el camino.

Hice la seña de "¡cuerpo a tierra!" y llamé a Lukín:

— ¡Alexandr Alexándrovich! Usted es el jefe del servicio de información del destacamento, así es que sea también el primer explorador. Ponga en claro qué gente es ésa. Si son de los

nuestros, pregúnteles dónde está Tolsti Lies.

Lukín tomó consigo al español Flores y echó a andar. Yo me quedé observando.. Vi cómo Lukín se puso a hablar con los caminantes, cómo se estrecharon después la memo y marchó cada uno por su lado.

Lukín volvió y dijo que eran una anciana septuagenaria y su nieto. Al enterarse de que estaba hablando con guerrilleros, la anciana batió palmas y se le saltaron las lágrimas:

— ¡Hijos míos, qué alegría me habéis dado! ¿Cuándo vais a echar a estos malditos? ... ¡Nos han traído la perdición!

La anciana dijo que no había más de diez kilómetros hasta la estación de Tolsti Lies y nos advirtió que no cruzáramos el ferrocarril, pues en la aldea había muchos policías.

Al despedirse, Lukín le regaló una tableta de chocolate y unos cuantos terrones de azúcar.

A eso de las nueve, estábamos ya cerca de la estación de Tolsti Lies. Di la orden de hacer alto. Desacostumbrados de caminar mucho, los muchachos se habían cansado y algunos se habían hecho rozaduras en los pies.

Coloqué a escuchas para que vigilaran la estación, el paso a nivel y la carretera.

Mandé a Lida Sherstniova que dispusiera la emisora y transmitiera a Moscú que habíamos aterrizado en el debido lugar y que buscábamos al grupo de Kochetkov.

De pronto, los escuchas nos trajeron a tres personas. Alcé los ojos, y vi tres caras resplandecientes de alegría: eran los exploradores de Kochetkov.

— ¡Lida, interrumpe la emisión!

Nos fuimos derechos al campamento de Kochetkov. Es difícil describir el júbilo que nos causó el encuentro. Nos pusimos a contarnos las nuevas, interrumpiéndonos los unos a los otros: nosotros, hablando de Moscú; ellos, de la vida por allí.

Stéjov y los que le acompañaban estaban ya en el campamento de Kochetkov, pero, igual que antes, nadie tenía noticias de Sasha Tvórogov y Fashún. ¡Como si se los hubiese tragado la tierra!

Kochetkov también había tenido algunos contratiempos. Cuando lanzaron a su grupo, Kaláshnikov, un guerrillero de edad madura, quedó colgado del paracaídas entre los árboles a bastante altura. Lo buscaron mucho tiempo y por fin lo encontraron. Apenas vio a los suyos, Kaláshnikov no esperó *que* lo descolgaran, tomó el cuchillo de monte, cortó las cuerdas del paracaídas y cayó al suelo. Pero ya no se pudo levantar, pues se había roto una pierna. Estaba acostado en la chabola de un guardavía, a medio kilómetro de la estación de Tolsti Lies; Tsessarski, nuestro médico, y los guerrilleros lo visitaban a escondidas todos los días.

En una hora nos prepararon de comer. Me obsequiaron con hígado de potro frito con pringue de carne de cerdo en conserva. Estaba bastante sabroso.

No se podía perder tiempo. Mandamos en seguida a algunos hombres de reconocimiento en varias direcciones. Teníamos que cerciorarnos de si podíamos seguir recibiendo allí a más grupos nuestros o si los alemanes habían olfateado ya algo de nuestro campamento. Al anochecer fui personalmente a comprobar cómo se efectuaba la vigilancia del campamento y cómo estaban distribuidos los puestos de guardia. Di una vuelta en derredor, atravesé un extenso calvero y me interné en el bosque.

Por algo la estación llevaba el nombre de Tolsti Lies¹. En efecto, el bosque en torno era muy espeso. Robles centenarios, abedules, pinos y abetos, con otros árboles más pequeños entre medias, formaban una muralla de vegetación impenetrable. Por donde yo andaba no se veía un solo sendero. Decidí volver. Pero al cabo de diez minutos noté que no iba en la dirección debida. Torcí algo más a la izquierda, anduve otros diez minutos y volví a notar que el campamento no estaba por allí. En tanto, el sol se había puesto y me desorienté por completo.

"¡Qué vergüenza! ¡El jefe del destacamento y me había extraviado el primer día!"

A decir verdad, yo tenía mejor opinión de mí mismo. Había nacido en Bielorrusia, había ido asiduamente al bosque por setas, bayas y avellanas durante mi infancia. Podía determinar los puntos cardinales guiándome por el sol y por la orientación de las ramas y las raíces de los árboles. Creía que los siete meses recientes de vida guerrillera también me habían enseñado algo. Y me había perdido. Aún me dolía la espalda del batacazo que me había dado al caer con el paracaídas, pero, igual que en los tiempos de mi infancia, trepé rápidamente a la cima de un roble inmenso. Miré en torno y no vi nada más que bosque. Mas percibí que de un sitio se elevaba una columnilla de humo. Por consiguiente, -el campamento tenía que estar allí. Confronté aquel punto de orientación con la brújula, bajé del árbol y eché a andar.

Llegué al campamento cuando ya había oscurecido del todo. Los guerrilleros estaban sentados junto a una hoguera. Me senté allí mismo, en un tocón. Quería descansar y escuchar a los compañeros. Hablaban del español Rivas. Era éste mecánico de aviación y lo habíamos admitido en el destacamento como tal especialista. Había hecho el vuelo con el grupo de Stéjov. Un joven guerrillero contaba:

Pues bien, acudimos a la hoguera. Pasamos lista, y faltaba Rivas. Fuimos a buscarlo. Estaba oscuro, no se veía gota. De tarde en tarde gritábamos: "¡Rivas!" Pasamos la noche buscándolo y no dimos con él. Amaneció. El jefe nos mandó otra vez que lo buscáramos. Anduvimos todo el santo día por el bosque, y Rivas ¡sin aparecer! Ya al anoecer fui a parar a un pantano que hay en el bosque. En medio no había más que un pobo, pequeño y delgado por añadidura. Vi que alguien se ocultaba detrás. Me escondí tras un arbusto y me puse a observar. Aquél tenía la cabeza detrás del pobo, pero se le veía todo el cuerpo! Me fijé y vi que el uniforme era nuestro. ¡ No podía ser otro más que Rivas! Salí de mi escondite y le grité: "¡Rivas! ¡Sal!" Y él exclamó por toda contestación: "¡Camuflaje! ¡Camuflaje!" Terminó por salir de allí, más contento que unas pascuas, hablando en su lengua, y me abrazó. De pronto, sacó una paloma viva del seno. No sé dónde ni para qué la habría atrapado.

Los guerrilleros se rieron, poniendo los ojos en Rivas. Y él, bajo, enjuto, con brillantes ojos negros, también reía, a sabiendas de que hablaban de él.

— ¿Y qué hizo con la paloma, se la comió o no? -inquirió alguien.

— Ni por asomo. Es incapaz de matar una mosca, cuanto menos una paloma. Luego se puso a buscar comida para la paloma. Pero no tuvo que cuidarla mucho tiempo, pues la palomita voló.

Al cabo de medio año, cuando Rivas aprendió a hablar un poco en ruso, nos contó el miedo que había pasado al verse solo en el bosque. Las luciérnagas se le antojaban ojos de tigres. Y la paloma la cazó para comérsela si tardaba en encontrarnos.

Estábamos de buen humor. La nueva situación nos fascinaba. Nos enseñaron un "macizo" que habían hecho los guerrilleros con cortezas podridas fosforescentes. La radiotelegrafista Lida

¹ Literalmente. *Bosque Grueso*. (N. del T.)

se había adornado el pelo con un trozo de aquellas cortezas, el cual emitía unos destellos como si fuera una piedra preciosa.

"Que se diviertan mientras tanto" -pensaba yo, buen conocedor de la "poesía" silvestre de los mosquitos, de la humedad y de la hoguera humeante.

Dos días después recibimos a otro grupo de paracaidistas. El avión pasó muy alto, por encima de nuestras fogaratas. Ardían con tanta llama, que iluminaron el avión y las nubes.

Al ver las señales, el avión voló a un lado, dio un viraje y volvió a aparecer a la altura de trescientos metros. Comenzaron a desprenderse de él cúpulas de paracaídas que se distinguían claramente a las fogaradas de la lumbre. El viento las desvió a un lado.

De pronto, encima mismo de las hogueras, a la altura de ochenta metros a lo sumo, se abrieron dos paracaídas. Un paracaidista tomó tierra junto a una de las hogueras. Algo más allá cayó sobre unos troncos la enfermera Marusia Shatálova, destinada a nuestro destacamento. Se lastimó un pie. Nadie podía comprender por qué habría ocurrido aquello. Mas, cuando examinamos detenidamente los paracaídas, vimos que se habían olvidado de enganchar los "mosquetones" al avión. Por eso no se habían abierto automáticamente, y los paracaidistas pudieron abrirlos cuando hubieron descendido más de doscientos metros en salto sostenido. Y menos mal que fueron valientes y no perdieron la serenidad.

El terreno donde nos encontrábamos resultó inadecuado para recibir a paracaidistas. Estaba cerca de la estación, había raíles, empedrado y un almacén de maderas. En un paraje así podía uno romperse la crisma. Hubimos de radiotelegrafiar a Moscú que no mandasen a más gente por el momento.

Los del servicio de información nos traían noticias alarmantes. Por los contornos se habían corrido rumores de que cada noche volaban lo menos veinte o treinta aviones, que lanzaban a paracaidistas y que se había concentrado ya una división entera. Como es natural, los rumores llegaron también a oídos de los alemanes. Contra una "división" quizás volcaran numerosas fuerzas de castigo, y no éramos más que setenta personas.

EL BAUTIZO DE FUEGO

El 23 de junio, al rayar el día, abandonamos el campamento. Estaba claro que los alemanes se disponían a lanzar de un momento a otro fuerzas punitivas contra nosotros. Dejamos un "faro" en el lugar del campamento, integrado por cinco guerrilleros, a quienes encargamos que vigilasen la estación. Quedó también en el "faro" nuestro doctor Tsessarski. Tenía que asistir a Kaláshnikov, que seguía postrado en la chabola del guardavía. No podíamos llevarlo con nosotros, pues tenía aún la pierna escayolada.

Me encaminé con el destacamento hacia el Norte, a unos extensos bosques. Cuando hubimos recorrido unos diez kilómetros, vimos una casita en el bosque. Mandé a tres guerrilleros de reconocimiento.

— Pedid que os den de comer y procurad averiguar algo de los alemanes -les encomendé.

No tardaron en volver e informaron que en la casita vivía un guardabosque. Les dio diez patatas crudas nada más y no quiso entablar conversación, pues dijo que no sabía nada.

Apenas nos alejamos un kilómetro, cuando los del servicio de protección de retaguardia nos comunicaron que habían detenido a un tipo sospechoso. Iba al galope en un caballo y, al

divisar nuestra columna, se acercó y preguntó:

— ¿Se puede ver al jefe de la policía?

— ¿Para qué lo quieres? -le preguntaron los guerrilleros sin desconcertarse.

— Acaban de estar dos sujetos en mi casa y me han preguntado por los alemanes. De seguro que son guerrilleros. Se han ido en aquella dirección.

Era el guardabosque que había dado las patatas a mis exploradores. Había tomado nuestra columna por un destacamento de polizontes al servicio de los alemanes. En el interrogatorio confesó que se encaminaba al centro de distrito de Jabnoe para comunicar a los alemanes que habían aparecido guerrilleros. Los alemanes habían ofrecido recompensas por la captura de guerrilleros. De sí mismo dijo que había sido una condena por delito común, siendo sentenciado por los tribunales soviéticos. Se aclaró todo: había sido delincuente y se hizo un traidor. Lo fusilamos en el acto.

Ese suceso nos alarmó aún más. Y pese a que todos estábamos fatigados, decidí no dar descanso. A eso de las tres de la tarde nos comimos sobre la marcha un trozo de carne cocida cada uno. Pan no teníamos.

Para mal de males, empezó a llover a cántaros. Nos empapamos la ropa y el calzado y nos costaba más trabajo andar. Transcurrió una hora, luego otra: la lluvia no cesaba, pero nosotros seguíamos andando, alejándonos cada vez más de aquellos parajes peligrosos. Sólo por la noche, cuando estaban ya todos rendidos, me determiné a hacer un alto. La lluvia había cesado, mas no quedaba lugar seco en el espeso bosque; de los árboles caían gruesas gotas; volaban nubes de mosquitos. Sin costumbre de hacer largas marchas, los guerrilleros se dejaban caer rendidos en tierra y se quedaban dormidos en el acto.

Al día siguiente encontramos un lugar adecuado para acampar provisionalmente. Era en el bosque, entre pinos enormes. Antes debió haber habido allí alguna industria resinera. Cada pino tenía una entalladura para que escurriese la resina y una cazoleta. Hicimos rápidamente seis tiendas de campaña con paracaídas para librarnos de los mosquitos y poder dormir con sosiego. Elegimos una explanada cerca del campamento para recibir a paracaidistas. Aquel mismo día formamos las unidades, designamos a gente para el servicio de reconocimiento, les explicamos cuál era su misión y los enviamos en distintas direcciones para que averiguaran si nos seguían los alemanes, cómo vivían los vecinos de los pueblos y si podíamos conseguir comestibles en algún sitio.

El 25 de junio por la mañana, el servicio de protección del campamento detuvo a otro sujeto que se hacía pasar por vecino del lugar. Examinaba atentamente el terreno de los alrededores de nuestro campamento. Al registrarlo, le encontramos una credencial de que prestaba servicio en la policía alemana. No había duda: los alemanes nos buscaban y tal vez estuvieran ya sobre nuestra pista.

Aquella misma noche se declaró una alarma. Un centinela oyó cierto ruido en el bosque. No logró distinguir nada en la oscuridad. Mandó en un susurro a su pareja que corriese al campamento a dar parte de que se había oído un ruido.

En el campamento se declaró la alarma. Minutos después, el destacamento estaba listo para el combate. Pero en torno todo seguía en calma, nada alteraba el sosiego del bosque. Rebuscamos el terreno en derredor y no hallamos nada sospechoso.

Al cabo de una hora cesó la alarma, pero yo no pude conciliar el sueño durante el resto de la noche. El motivo era que la alarma había puesto al descubierto las faltas de que adolecíamos:

muchos camaradas tardaban en vestirse y calzarse quince o veinte minutos, los combatientes de la sección de relevo dormían desnudos, pese a que, según las ordenanzas, no debían hacerlo, pues entraban de guardia por la noche. Llamé a los jefes de los pelotones y a los propios infractores de la disciplina y los recriminé severamente.

Por la mañana, Lukín fue en la dirección en que el centinela había oído el ruido por la noche. Avanzó cauteloso, con la metralleta montada. De pronto, algo saltó de unos arbustos, cerca de él, a un lado. Sin darse aún plena cuenta de lo que pasaba, Lukín golpeó rápidamente con la metralleta, pero... había sido una pequeña cabra montes. Oyó el balido de otra en el mismo instante. Las capturó a las dos y se presentó en el campamento con tales trofeos.

— ¡Mirad a los culpables de la alarma de esta noche, a los que asustaron al centinela! -dijo.

Lida y Marusia se pusieron a alborotar de contentas:

— ¡Qué lindas son! ¡Dénoslas!

Hubo que sacrificar la que había recibido el golpe que asestara Lukín. La otra se la entregaron a las muchachas.

— — Pero no declaréis ninguna alarma si empieza a balar -decían los combatientes en broma.

Entrada ya la noche, se presentaron de improviso en el campamento todos los del "faro" que habíamos dejado en la estación de Tolsti Lies; el doctor Tsessarski vino con ellos. Resultó que los hitlerianos habían irrumpido allí, llevándose a Kaláshnikov y al guardavía.

Destacamos a un grupo de exploradores y les encomendamos la tarea de poner en claro con exactitud dónde están los alemanes y si sabían el paradero de nuestro campamento.

Los exploradores se pusieron en camino antes del amanecer, cuando aún dormían todos. Pero no se alejaron mucho. A unos trescientos metros de donde estábamos nosotros, al otro lado de un riachuelo, vieron a los alemanes y abrieron fuego. En dos minutos, la gente del campamento se puso en pie. Serguéi Trofímovich Stéjov dormía en la misma tienda que yo; tomó la sección de relevo y fue corriendo en la dirección del tiroteo. Yo me quedé en el campamento frente a la tienda donde estaba la estación de radio y los documentos del Estado Mayor.

El tiroteo iba arreciando; se podía uno percatar de que junto al riachuelo se había entablado un verdadero combate.

Luego, el tiroteo empezó por otro lado, cerca del campamento. No se podía perder tiempo. Mandé al lugar del combate a otro grupo, al frente de Kochetkov, y con los guerrilleros restantes reforcé los puestos en torno al campamento.

Cada grito y cada disparo producía sonoro eco en el bosque. Se oían ya claramente las voces de "¡Rus, ríndete!" y las de "¡Hurra, hurra, adelante!" de nuestros guerrilleros, que ensordecían las de los alemanes.

Al cabo de media hora trajeron al primer herido. Era el español Flores. El doctor Tsessarski y Marusia Shatálova habían preparado ya la tienda de campaña sanitaria. Flores presentaba una herida grave producida por una bala explosiva. Tsessarski lo operó.

Al poco rato trajeron prisioneros a dos alemanes y tres rusos traidores, agentes de la policía alemana, cuyo uniforme vestían. Les hicimos declarar primero a ellos, pues Tsessarski, que sabía alemán, estaba ocupado en la operación.

Los prisioneros declararon que, en efecto, iban contra nuestro destacamento y que su

columna avanzada, constituida por ciento, sesenta hombres, había atacado el campamento por dos lados. Ya durante el combate, el jefe alemán había comunicado por radio a Jabnoe que le envasen inmediatamente refuerzos.

El fragor del combate se fue aplacando y el tiroteo se alejó. Estaba claro que los nuestros ponían en fuga a los fascistas.

Tsessarski siguió operando sin prestar la menor atención al tiroteo. Tras Flores, vinieron otros dos heridos. El cirujano les limpiaba las heridas con mano segura y diestra, los vendaba y les decía con voz tranquilizadora:

— No se preocupe, que sanará. No es nada grave.

Kostia Pastanógov vino del lugar del combate anegado en sangre. Traía un brazo retorcido de manera innatural. Pronunció con voz desfallecida:

— ¡Buena tunda se han llevado esos canallas! -y se desplomó.

Tsessarski lo sujetó a tiempo para que no cayera, lo acostó sobre una capa-tienda y le examinó el brazo. Le colgaba de los tendones, tenía fracturados los huesos y desollada la piel.

El combate duró dos horas. Los nuestros habían hecho retroceder a los alemanes a gran distancia y hube de enviar a enlaces para que los tornasen al campamento.

Habíamos aguantado la primera embestida. Los veinticinco guerrilleros que habían participado directamente en el combate habían podido con ciento sesenta hitlerianos. Estos tuvieron más de cuarenta muertos; entre ellos, siete oficiales. No pudimos contar a los heridos, pues se los llevaron. Les capturamos armas: fusiles ametralladores, fusiles, bombas de mano y pistolas.

En aquel combate, nosotros también sufrimos una dolorosa pérdida. Mataron a Tolia Kopchinski, intrépido, alegre y bullicioso moscovita, miembro del Komsomol, deportista y recordman de patinaje de la URSS. Kopchinski había ingresado voluntario en nuestro destacamento y en poco tiempo se hizo querer por todos.

En un calvero del lejano bosque de Mozyr cavamos una fosa al heroico guerrillero. Depositamos su cuerpo en el hoyo y nos descubrimos en silencio. Yo pronuncié sólo unas palabras junto a la tumba abierta: "¡Adiós, joven amigo! ¡Te vengaremos!" y eché el primer puñado de tierra.

Con el mismo silencio desfilaron junto a la tumba nuestros combatientes, echando puñados de tierra. La tapamos y rodeamos amorosamente de lozano césped el pequeño túmulo que se elevó.

Teníamos que marchar de allí inmediatamente. Los alemanes podían recibir refuerzos, y nuestra "división" se habría visto en un gran aprieto.

Di la señal de emprender la marcha. Teníamos tres carros; colocamos en ellos a los heridos y nos pusimos en camino. Pero no fuimos por ninguno de los abiertos, sino a través del bosque. Detrás del destacamento iba un grupo nuestro, borrando las huellas.

Los alemanes nos persiguieron en treinta camiones durante cuatro días, mas sin resultado alguno. Caminábamos por senderos que ellos no podían practicar. Avanzábamos de noche, y lo que más temían los hitlerianos era la oscuridad en tierras rusas.

EN MARCHA

Nuestra peligrosa marcha por el territorio ocupado por el enemigo duró más de un mes.

Desde la estación de Tolsti Lies hasta los bosques de Sarny hay más de doscientos kilómetros. Recorrer esa distancia en tren es fácil. Tampoco es difícil en automóvil. Ni lo sería, tal vez, andando, de hacerlo por caminos conocidos y pernoctar en acogedoras casas de campo. Pero los kilómetros guerrilleros son largos y duros.

No pisábamos los caminos; avanzábamos por sendas imperceptibles de los bosques y trochas pantanosas. No entrábamos en los pueblos, los bordeábamos; y aun así, de manera que ni siquiera los perros lo notaran.

Andábamos de noche, y durante el día dormíamos en el suelo. Nos mojábamos al cruzar los pantanos y al andar bajo los aguaceros. Los mosquitos no nos dejaban en paz. Penetraban por debajo de las caretas de gasa que nos hacíamos especialmente, nos hincaban sus trompas en la cara, en el cuello, se nos metían en la nariz, en las orejas y en los ojos. No teníamos pan ni patatas y caminábamos hambrientos días enteros. A los caseríos y a las aldeas asomaban sólo los del servicio de reconocimiento, y aun así con mucha precaución, para no descubrir que el destacamento pasaba cerca de allí.

Los del servicio de reconocimiento se enteraban de que los hitlerianos nos perseguían y enviaban al bosque a agentes suyos disfrazados de pastores o de campesinos que recogían bayas.

Solía suceder que un guerrillero de reconocimiento que avanzaba delante del destacamento encontraba en el bosque a gente sospechosa. Entonces nos echábamos todos cuerpo a tierra allí donde nos sorprendía la señal de alarma, y yacíamos inmóviles una, dos o tres horas, hasta que un enlace nos comunicaba que se podía seguir la marcha.

Avanzábamos, venciendo en nuestra ruta toda clase de obstáculos imaginables, y los doscientos kilómetros de la escala del mapa se nos convertían, de hecho, en quinientos o quizás más.

Los del servicio de reconocimiento andaban el triple y, a veces, el cuádruple más que los restantes. Cuando el destacamento descansaba, ellos se adelantaban por el itinerario trazado para el día siguiente, buscaban lugares adecuados donde se pudiera descansar, volvían al destacamento y lo guiaban ya por el camino explorado.

Otros eran enviados por los flancos, para prevenir cualquier ataque que los alemanes pudieran preparar contra nosotros.

Quienes peor lo pasaban eran los heridos. Las veredas y trochas estaban llenas de raíces y tocones. Cada raíz, desnivel del terreno o tocón que no podían bordear los carros, producía agudo dolor en las heridas, aún sin cicatrizar. En los parajes pantanosos, los caballos no podían con los carros, que se atascaban hasta los cubos de las ruedas. Había que desenganchar los caballos y sacar los carros a brazo.

Las atenciones que se tenían con los heridos eran conmovedoras. Los combatientes del servicio de reconocimiento conseguían para ellos nata y crema de leche, huevos, hasta pan candéal.

El doctor Tsessarski y la enfermera Marusia no se apartaban un paso de los carros de los heridos.

El camino se hacía difícil y pesado, pero nadie decaía. En los altos se cantaban canciones a media voz/ y hasta los heridos las coreaban. Se oían bromas y risas con frecuencia y, a veces,

algunos empezaban a bailar. Pero bailaban los que tenían más suerte, como es natural. Pues muchos guerrilleros acudían a Tsessarski en las paradas a que les vendase los callos sanguinolentos que se les formaban.

Manteníamos diariamente enlace por radio con Moscú y escuchábamos los partes de guerra. Estos partes de Moscú los reproducíamos a mano en varios ejemplares y, cuando los leían los guerrilleros, se los dábamos a los del servicio de reconocimiento que iban a los pueblos y caseríos.

Así, los campesinos se enteraban de la verdad de la guerra, pues los hitlerianos decían que ya habían tomado a Moscú y Leningrado.

Por los del servicio de reconocimiento nos enteramos de cómo vivían los campesinos. Los invasores expoliaban y asesinaban a la gente, forzaban a la población a ejecutar arduas faenas, se llevaban a los jóvenes a Alemania en cautiverio. Una koljosiana relató:

— Se han llevado también a mi Aniuta. Y cuando se la llevaban, le dije: "Pequeña, sé prudente al escribir. Si te va mal, dibújame una florecita". Demasiado sabía yo que no dejarían poner la verdad. Hace muy poco recibí una carta. Con palabras me dice que vive bien, pero en la carta hay la friolera de doce florecillas dibujadas...

El destacamento iba hacia la zona del pueblo de Mujoiedy. Confiábamos en que si Sasha Tvórogov y Pashún estaban vivos, nos buscarían en el lugar convenido.

Ya en camino, nuestros combatientes del servicio de reconocimiento oyeron a los campesinos relatos de catorce intrépidos guerrilleros. En un principio, estas noticias nos llegaron como una leyenda de unos paracaidistas rojos que habían vencido a un numeroso destacamento fascista. Luego se fueron aclarando más y más, no faltaron testigos, y en fin de cuentas llegamos a colegir lo que sigue.-

Tvórogov y los hombres de su grupo, que habían sido lanzados del avión al Sur de Zhitómir, rodearon la ciudad por occidente y se encaminaron al Norte, hacia Mujoiedy. Se pararon en un pueblo a descansar, y los alemanes cercaron por la noche la casa en que se habían alojado.

— ¡Rus, ríndete! -gritaban los enemigos.

— ¡Los bolcheviques no se rinden! -respondieron nuestros camaradas y abrieron fuego desde la casa.

El combate duró todo el día. Mataron a más de cincuenta hitlerianos. De los catorce guerrilleros quedaron sólo cinco con vida. Cuando oscureció, los alemanes pegaron fuego a la casa, pero los guerrilleros lograron salir. Y se escaparon, tiroteando.

Heridos y exhaustos, anduvieron unos diez kilómetros en toda la noche. Al amanecer vieron de nuevo a sus perseguidores, llegaron hasta otro pueblo y se metieron en la primera casa. Los alemanes los volvieron a cercar, y de nuevo se entabló un combate de varias horas. Al fin cesó el fuego desde la casa. Cuando los alemanes irrumpieron, no hallaron dentro más que los cuerpos de tres guerrilleros muertos. Los otros dos habían logrado evadirse por arte de no sé qué magia. Por los relatos de los campesinos y la descripción de la ropa de los muertos pudimos adivinar que entre ellos figuraba Sasha Tvórogov.

No supimos -nada más de aquel grupo. Sólo después de la guerra me encontró uno de los camaradas de Tvórogov. Resultó que había logrado escapar de aquella casa con un guerrillero español. Tras largo errar, se incorporaron a un destacamento de guerrilleros, en el que estuvieron hasta el fin de la guerra.

Así terminó la historia de los valientes guerrilleros del grupo de Tvórogov.

En un caserío, no lejos del pueblo de Mujoiedy, los vecinos nos contaron que habían estado unos individuos vestidos con mono y gorro militar y compraron patatas, pan y leche. Al despedirse, les dijeron que volverían.

Decidimos tenderles una celada. El explorador Valentín Semiónov recibió la orden de apostarse con varios guerrilleros tras unos matorrales cerca de la última casa. Esperaron unas seis horas. Al fin aparecieron tres figuras por el camino. Los nuestros montaron las metralletas, pero cuando aquéllos se hubieron aproximado, Semiónov gritó a voz en cuello: "¡Muchachos, pero si es Shevchuk, y aquél es Darbek Abdraimov!" Los del servicio de reconocimiento salieron de sus escondites y abrazaron a sus camaradas. Eran guerrilleros del grupo de Pashún.

Horas después nos entrevistamos con Pashún y sus hombres. Los que llevaban aparato fotográfico sacaron algunas fotos. ¡Cómo iban a dejar perder la ocasión! Hacía poco que nos habíamos despedido en Moscú, y en ese tiempo los jóvenes deportistas del grupo de Pashún se habían hecho unos barbudos.

Nos estuvieron buscando más de un mes. Los habían lanzado desde el avión por la estación de Joinikí, a unos ciento ochenta kilómetros de Tolsti Lies. Los aviadores se equivocaron por unas hogueras que vieron allí. Pero, según nos enteramos después, aquellas hogueras las habían encendido los vecinos de los contornos que habían sido movilizados para trabajar en el ferrocarril. Los guardianes, que eran rusos de los que servían en la policía alemana, abrieron fuego al ver el desembarco aéreo. Menos mal que el viento apartó a los paracaidistas de las hogueras. Por desgracia, uno de nuestros camaradas murió en el aire a causa de una bala enemiga. Los restantes aterrizaron y se reunieron a la señal de Pashún.

Anduvieron varios días por pantanos, huyendo de la persecución enemiga. Lograron llegar al río Prípiat y atravesarlo en barca. Estuvieron en la estación de Tolsti Lies luego que nos hubimos marchado nosotros, y desde allí fueron siguiendo nuestras huellas.

Así que ya estaba reunido todo nuestro destacamento: (Ochenta y cinco personas!

El 21 de julio, cuando el destacamento se detuvo a descansar, Stéjov reunió en una explanada del bosque a los miembros y candidatos a miembro del Partido. Era la primera reunión de partido que se celebraba en nuestro destacamento.

Nuestra organización del Partido resultó poco numerosa: éramos quince afiliados y cuatro candidatos a miembro nada más. En la primera reunión debatimos ya las cuestiones principales de nuestra vida: se habló del papel de vanguardia que debían desempeñar los comunistas en la lucha contra los fascistas, de que los comunistas tenían que dar ejemplo en los combates y en la vida en el campamento, de la disciplina en el destacamento y del trabajo de la organización del Komsomol. A partir de aquél día se inició entre nosotros la vida política organizada como miembros del Partido o de las Juventudes Comunistas.

Stéjov hacía diariamente informaciones políticas durante los descansos: hablaba de la situación en los frentes, de la vida en nuestro país, de la misión de los soviéticos en la retaguardia del enemigo. Stéjov sabía hacer las charlas amenas e interesantes, y los guerrilleros del destacamento siempre se congregaban alrededor de él.

Cerca del caserío de Zluy encontramos una explanada para recibir a paracaidistas. Comunicé las coordenadas a Moscú. La primera noche llegó un avión. Recibimos a otros doce combatientes.

Recibí con gran alegría a Nikolái Ivánovich Kuznetsov, a quien esperaba impaciente y de quien se hablará mucho en este libro.

EL DESTACAMENTO CRECE

En los pueblos y caseríos residían hombres que habían servido en el Ejército Rojo como tropa o clases. Unos, al quedar cercados, se diseminaron y se hicieron pasar por vecinos de los lugares. Otros habían huido de los campos de concentración alemanes para prisioneros de guerra y se ocultaban también en los caseríos.

Tan pronto como se enteraban de que trataban con guerrilleros, solicitaban que los incluyéramos en el destacamento. Los del servicio de reconocimiento traían cada día a varias personas más.

En la zona de la ciudad de Ovruch nos encontramos con un guardabosque. Nos dijo que por aquellos bosques actuaban ya ciertos guerrilleros. Mostramos interés, pero no nos fue tan fácil dar con ellos. Nos temían, no sabían quiénes éramos y se ocultaban cuidadosamente. Al fin logramos detener a dos de ellos. Al enterarse de quiénes éramos, trajeron a los veinte restantes. Eran soldados rojos que se habían evadido del cautiverio alemán.

Pero nosotros no podíamos incluirlos sin más ni más en nuestras filas. Interrogábamos a cada uno por separado quién era, de dónde venía y en qué unidades había servido.

Luego registrábamos minuciosamente a todos los recién admitidos. Efectuaban el registro dos guerrilleros, y Serguéi Trofímovich y yo observábamos la operación.

Cierta vez, sacaron a uno del bolsillo una baraja. Serguéi Trofímovich la recogió con esmero y dio las gracias al perplejo bisoño:

— ¡Gracias, gracias! ¡Cuando llueva servirá a las mil maravillas para encender una hoguera!

A otro le hallaron una botella de vodka:

— ¡Gracias también por esto! No tenemos reservas de alcohol, y a veces es de utilidad.

Cuando terminamos el interrogatorio y el registro, Stéjov formó a todo el grupo y dio a conocer a los admitidos nuestro régimen:

— Os admitimos en nuestro destacamento, pero habéis de saber que tenemos una disciplina rigurosa. La orden del jefe es una ley inviolable. El que comete una falta, lleva su castigo. Se prohíbe terminantemente beber vodka. Jugar a la baraja también está prohibido. Se prohíbe categóricamente quitar nada a la población y apropiárselo uno. Por merodear, fusilamos. Los objetos confiscados al enemigo se entregan a la sección de intendencia y se distribuyen según crea conveniente el mando. No se puede uno quedar siquiera con el tabaco...

Al terminar, Stéjov agregó:

— Algunos de vosotros no tenéis armas. No os las vamos a servir en bandeja. Habéis perdido las que os dieron una vez, haceos ahora con otras en combate. Pelearemos con el enemigo a menudo y fuerte. ¿Entendido?

Por la noche oímos junto a la hoguera los tristes relatos de los recién admitidos acerca de los sufrimientos y penurias que habían soportado en los campos de concentración alemanes. .. Me parece como si estuviera escuchando ahora las palabras de un siberiano, entrado en años, que narra:

— Como iba diciendo, estábamos enchiquerados un día, y otro, y otro. No nos habíamos llevado una migaja de pan a la boca ni nos habían dado una gota de agua. Algunos ya no

podían aguantar más y deliraban... En eso vimos que un alemán de la guardia abrió un grifo. Los nuestros se arrojaron al agua fresca, y el muy canalla se puso a tirar con ametralladora. ..

El enlace de nuestro destacamento con Moscú no se interrumpía un minuto. De él dependía la suerte del destacamento y la orientación en su proceder. Por eso concedíamos enorme importancia al enlace por radio y guardábamos a los radiotelegrafistas como a las niñas de los ojos.

Durante las marchas, a cada radiotelegrafista le poníamos una escolta de dos guerrilleros con metralletas. Además, les ayudaban a llevar los aparatos.

Dicho sea de paso, aunque los aparatos de los radiotelegrafistas se consideraban portátiles, pesaban bastante. Consistían en una maleta, en la que había un receptor y un transmisor con manipulador y la "alimentación", o sea, baterías anódicas y catódicas. Además, había que cargar a cuestas con "alimentación" de reserva, consistente en otras baterías ya usadas que aprovechábamos para escuchar las emisiones radiofónicas de Moscú.

Nos poníamos en comunicación diariamente con la capital. Si el destacamento estaba en marcha y no tenía sentido el detenerlo, dejábamos al radiotelegrafista con unos veinte hombres de protección en el lugar en que nos sorprendía la hora del enlace. El destacamento seguía sutamino y el radiotelegrafista comunicaba con Moscú. Cuando terminaba el trabajo, alcanzaba al destacamento y entregaba el radiograma recibido.

Se avecinaba agosto, y aún estábamos en camino. Cruzamos el ferrocarril de Kóvel a Kíev; nos faltaban unos cuarenta kilómetros para llegar al lugar de destino.

Cerca del apeadero de Budkí-Snovidóvichi, los vecinos del lugar advirtieron a nuestros exploradores que los alemanes nos habían visto al cruzar la vía y se preparaban para atacarnos en la alborada siguiente. Pero no nos pusimos a esperarlos. Destacamos a cincuenta guerrilleros al frente de Pashún y los enviamos a que derrotaran a la expedición punitiva.

Por la noche, los guerrilleros se aproximaron al apeadero de Budkí-Snovidóvichi. El servicio de reconocimiento se enteró de que los hitlerianos estaban en un tren que se hallaba en vía muerta.

Los nuestros se acercaron a los vagones y se apostaron. Apenas pudo Pashún detenerse a observar el terreno y ya se hubo de entrar en acción. Un perrucho que llevaban los alemanes debió oír algún ruido, se puso a ladrar y alborotó a la guardia. Un centinela dio la voz de alto y no recibió contestación; entonces disparó dos tiros, como señal. No se podía esperar más, y Pashún ordenó: "¡Rompan fuego!" Sobre los vagones en que estaban los soldados hitlerianos cayó una granizada de bombas de mano. Tabletearon los naranjeros y las ametralladoras. Una bala explosiva incendió un barril de gasolina que estaba junto al tren. El barril estalló, y el incendio se propagó a los vagones.

Al amanecer, la expedición de castigo que habían enviado los invasores para que nos derrotara había sido aniquilada. Pocos lograron escapar con vida.

Se capturaron como trofeo, abundantes pertrechos: fusiles, granadas, cartuchos, objetos de toda índole, como linternas y víveres, que nos hacían mucha falta, sobre todo azúcar y sacarina.

En esta operación murió el español Antonio Blanco. Tenía veintidós años, pero en su corta vida había recorrido un glorioso camino de combates. En 1936, cuando contaba dieciséis años escasos, había luchado contra los fascistas en las filas de las milicias populares españolas. Luego había vivido en la Unión Soviética. Había ingresado voluntario en nuestro

destacamento.

Antonio Blanco murió como un héroe. Fue el primero que se acercó a un vagón y arrojó dentro una granada.

Dos días después del combate librado en la estación de Budkí-Snovidóvichi llegamos a los bosques de Sarny.

Nuestra residencia resultó espaciosa y cómoda. Los bosques de Sarny se extendían a centenares de kilómetros. Mas no eran un macizo selvático ininterrumpido. La floresta, los campos y los caseríos se alternaban con bastante regularidad. Cada seis u ocho kilómetros podían verse caseríos aislados o aldeas. De manera que el destacamento tenía donde guarecerse, y la población no estaba lejos, lo que también tenía importancia para nosotros.

En Moscú, el mando había planteado a nuestro destacamento la tarea principal de reunir información en las ciudades y en los nudos ferroviarios de Ucrania Occidental. Teníamos que indagar y comunicar a Moscú datos acerca del enemigo: con qué efectivos contaba, dónde tenía las fábricas de guerra y los almacenes de pertrechos, dónde estaban los Estados Mayores, adonde y en qué cantidades se transportaban tropas y material bélico, averiguar los secretos de guerra de los alemanes; de paso, inferirles daños dondequiera que pudiéramos,

Acampamos en el bosque, cerca del pueblo de Rudnia-Bobróvskaia, a unos ciento veinte kilómetros de Rovno. Era en agosto, hacía buen tiempo; no quisimos hacer chabolas y nos contentamos con extender capas-tienda impermeables a modo de techados. Los que no tenían capa-tienda hicieron chozas de ramas. El mejor material para construirlas resultó ser las ramas de abeto. Colocadas en espesa capa, guardaban bien el calor dentro, y las gotas de lluvia escurrían al suelo por sus púas, sin calar, al interior. Las ramas de abeto eran también buenas para lecho, pues se dormía tan blando como sobre un colchón; para que las púas no pincharan, se cubrían con hojarasca o musgo.

El campamento estaba planeado como sigues En el "centro, alrededor de la hoguera, se extendían simétricamente las capas-tienda del Estado Mayor; unos metros más' aliar por tres lados, las de sanidad, radio-transmisiones y la de la cocina de la Plana mayor. Algo más apartados, los grupos del servicio de información y reconocimiento. Por último, bordeando el rodal que ocupábamos, estaban las secciones de tiradores.

Construimos todo el "poblado" en un día. Al siguiente mandé ya a guerrilleros en todas direcciones a que entablasen conocimiento con la población, trajeran noticias acerca de los alemanes, buscasen a gente que nos fuera leal y consiguieran víveres.

Los primeros en partir fueron los camaradas que sabían la lengua ucraniana, de los que teníamos bastantes. Mas no podía mandar a todos de reconocimiento. Durante la prolongada marcha que habíamos verificado, a muchos se les había roto el calzado. No teníamos depósitos de uniformes, y no se iba a precipitar uno desde el primer día a los almacenes de los alemanes.

Los "descalzos" que quedaron en el campamento se dedicaron, cabizbajos, a las "labores domésticas", poniendo orden en las tiendas.

El guerrillero Koroliov, natural de la región de Riazán, no podía resignarse con esa suerte:.

— ¿Soy acaso una mujer para quedarme en casa?

— Pues anda a los Almacenes Universales y cómprate unos botines de cabritilla -le decían sus camaradas en tono burlón.

— Koroliov fue a la sección de intendencia y pidió un hacha; Luego se presentó a Sarapúlov,

jefe de su pelotón, y le dijo:

- Camarada jefe, ¿me da permiso para ausentarme media hora?
- ¿Para qué y a dónde vas?
- Al bosque, a arrancar corteza de tilo.
- ¿Para qué la quieres?
- Para hacerme unos *lapti*.

Sarapúlov quedó un instante pensativo. .

- Está bien, camarada Koroliiov, vaya, pero no se entretenga.
- ¡A sus órdenes, no tardaré!

Al cabo de media hora Koroliiov volvió, se sentó en un tocón cerca de su tienda y se puso a trabajar. Arrancó el liber de la corteza de tilo, hizo una horma de madera y trenzó un *lapti*.

No tardaron en salir guasones bromeando:

- Qué, ¿cosemos botas, eh, camarada Koroliiov? ¡Amiguito, con esas botas te van a tomar por un lord inglés!

Koroliiov no respondía y seguía su faena. Pasada una hora, se probó un *lapti* terminado. En eso, se acercó Sarapúlov y dijo:

- A ver qué te ha salido.

Tomó el *lapti*, lo miró y lo remiró y, sin decir esta boca es mía, se lo llevó. Koroliiov se quedó sentado en el tocón sin comprender qué significaba aquello. "De seguro que lo tira, ¡Adiós trabajo!" pensó consternado.

Pero Sarapúlov no tardó en volver.

- Camarada Koroliiov, acabo de enseñar tu *lapti* en el Estado Mayor. El comandante adjunto Stéjov me ha encargado que te transmita la orden de que le hagas a él un par también. Luego ha mandado a todos los jefes de sección que destaquen a dos hombres de cada una y te los envíen para que les enseñes.

Minutos después empezaron a acudir "aprendices".

- ¿Está el camarada Koroliiov?

- Soy yo.

— Nos han mandado a que nos enseñes a trenzar *lapti*. Se reunieron ocho aprendices. Koroliiov notó que no todos se ponían a trabajar de buena gana, y empezó a "agitarlos".

— No os enfadéis, hombres, pues es una cosa útil. Los *lapti* son un antiguo calzado ruso. Ahora experimentamos algunas dificultades. Y qué hemos de hacer, ¿merodear acaso? No les vamos a quitar las botas a nuestros hermanos, los campesinos; y hasta los fascistas aún no nos llegan las manos. Pero, digo yo, para los guerrilleros aún son mejores los *lapti* que las botas. Pongo por caso que con *lapti* no se mete ruido al andar. Si tiene uno que acercarse al enemigo a la chita callando, con *lapti* no lo oyen. Y si se va a una operación nocturna, ni a los perros les da por ladrar. Tampoco hacen callos. Ahora, repetid lo mismo que yo. Veis, se toma una tira de liber...

En la primera lección, los combatientes trenzaron un *lapti* cada uno, aunque feo; al cabo de dos días muchos andaban con *lapti* nuevecitos. Así quedó resuelto el problema del calzado

para el primer tiempo. En el bosque nos surgieron muchos problemas, pero, en fin de cuentas, siempre dábamos con una salida a cada situación. La gente mostraba dotes y talento precisamente en todo aquello que necesitaba el destacamento. Lo mismo sucedió con el español Rivas. Los primeros días andaba algo desalentado. Aquella fatídica noche que pasó solo en el bosque con la paloma que había capturado, le había hecho perder el equilibrio espiritual, por lo visto.

Rivas había sido incluido en una sección de tiradores, pero era débil de complexión y le costaba trabajo cumplir las obligaciones militares a la par con los demás. Se cansaba tanto en las marchas que era preciso montarlo en un carro con los heridos. No sabía una palabra de ruso. Aún no había ningún trabajo que estuviese relacionado con su especialidad de mecánico de aviación. No había hecho guardia una vez en su vida hasta que vino a parar a nuestro destacamento. Cansado y aturdido, pasaba el tiempo en su puesto de centinela siempre afilando algún palito con una navaja, con lo que infringía el reglamento del servicio de guardia. En cierta ocasión olvidaron relevarlo y él se desmoralizó más. Cambiamos impresiones para decidir qué partido tomar y le propusimos que regresara a Moscú en el primer avión que viniese donde nosotros. Accedió, pero, de improviso, una casualidad desbarató estos planes. En cierta ocasión, Rivas vio que un guerrillero estaba atareado con una metralleta estropeada. Se acercó a él, miró el desperfecto y dijo, moviendo la cabeza, en mal ruso:

— Poco-poco, ¿arreglar?

— Anda con el "poco-poco", ¡pues no me sale nada! -refunfuñó el guerrillero, disgustado.

— ¡Eh! ¡Yo probar arreglar! -dijo Rivas y se enfrascó en el arreglo de la metralleta.

El desperfecto consistía en que había saltado el muelle del disco. Rivas encontró un gramófono roto, que había sido recogido entre los trofeos en el apeadero de Budkí-Snovidóvichi, le quitó el muelle de la cuerda y lo acopló al disco de la metralleta. El arma volvió a funcionar.

A partir de entonces se inició una nueva vida para Rivas. Los guerrilleros acudían a él a que les arreglase desperfectos de todo género. Los del servicio de reconocimiento le consiguieron un tornillo de banco, martillos y limas y nuestro español cambió por completo: se pasaba los días limando, taladrando, cortando. De un perno enmohecido hizo a fuerza de lima un excelente percutor de ametralladora, tan perfecto que no se distinguía de los de fábrica.

Rivas se animó, comenzó a sonreír y hasta engordó algo. Salía al amanecer con su maletín de herramientas y se ponía a arreglar armas. Cuando la "clientela" era mucha, trabajaba también de noche a la luz de la hoguera. Luego se hizo una lámpara, que él llamaba "mariposa", en su lengua. La mariposa no ardía con petróleo, sino con grasa de caballo o de vaca. Arregló y "reintegró a filas" muchas armas que en otras circunstancias hubiéramos tenido que desechar. ¡Tiene manos de oro! -decían los guerrilleros de él.

En efecto, sabía arreglar lo que fuera.

— ¡Rivas, se me ha estropeado el reloj!

— ¡Eh, mal! Probar arreglar.

— ¡Rivas, se me ha estropeado el encendedor!

— ¡Probar arreglar!

Cuando, pasado algún tiempo, arribó un avión a nuestro destacamento y preguntamos a Rivas

si quería retornar a Moscú, se asustó incluso y dijo, haciendo aspavientos con las manos:

— No, no, yo útil, ¡arreglar!

Así adquirió el destacamento un armero.

No teníamos cocinas de campaña. Como era natural, tampoco teníamos cocineros de verdad. Además, el primer tiempo carecíamos hasta de productos alimenticios de toda índole, salvo los que nos daban voluntariamente los campesinos.

El orden de distribución de los comestibles era muy riguroso. Todo cuanto traían los del servicio de reconocimiento e información, hasta el último grano de lo que fuera, se entregaba a la intendencia, y desde allí se repartía por las secciones. Nadie tenía derecho a tomar algo en provecho propio.

Cada sección tenía su cocina, y otra había para sanidad. Estado Mayor, los radiotelegrafistas y el servicio de información.

Nombramos cocinero de la Plana mayor al kazajo Darbek Abdraïmov. Este introdujo su propio "menú": la sopa revuelta. La guisaba de la siguiente manera: ponía carne a cocer en un caldero con agua, luego sacaba la carne, y en el caldo echaba harina. Resultaba un engrudo espeso y pegajoso, que llamábamos en broma "sopa revuelta a la kazaja". La comíamos, acompañándola con bocados de un trozo de... carne, pues pan no teníamos.

Cuando nos faltaba la harina, cosa que nos sucedía con frecuencia, comíamos "sopas aplastadas", es decir, cocíamos patatas en el caldo y las aplastábamos.

Si no había harina ni patatas, buscábamos trigo o centeno y lo cocíamos en grano. A veces el caldero se pasaba toda la noche encima de la hoguera y el grano no se terminaba de cocer.

Cuando tuvimos harina en cantidad suficiente, empezamos a hacer tortas para suplir la falta de pan. Darbek las hacía con maestría: ponía la masa en una sartén, la tapaba con otra y las metía entre ascuas. Resultaban unas "tortas a la kazaja" muy esponjosas.

El "pasto verde" era una buena ayuda. En el bosque abundaban setas, fresas, frambuesas y arándano. En las secciones se organizó la recolección de setas y bayas. Con el arándano, a los guerrilleros se les pusieron negros los dientes, los labios y los dedos. A veces "estofaban" el arándano en calderetas entre las ascuas de las hogueras. Estofado, parecía mermelada. Y si se le añadía sacarina, capturada al enemigo, resultaba una golosina: dulce para el té. Dicho sea de paso, tampoco teníamos té natural. Lo sustituíamos con hojas y flores.

Nuestro campamento duró poco. Al humo de las hogueras, al olor de la comida y de los desechos acudieron muchos cuervos y nos podían delatar. Además, el agua del pozo era mala, y el doctor Tsessarski exigió que se cambiara de lugar. Anduvimos unos veinte kilómetros y volvimos a acampar. Luego cambiamos a menudo de paradero por diferentes motivos y nos acostumbramos a las mudanzas a nuevos "domicilios".

En Tsessarski recaían muchas obligaciones de la vida en el campamento: organizaba la construcción de tiendas de campaña sanitarias, se cuidaba de la higiene, curaba a los heridos, visitaba a los enfermos en los pueblos y siempre le alcanzaba el tiempo, para todo.

Adquirió prestigio entre los guerrilleros en poco tiempo. Como médico, le creían todos. Tenía tacto para tratar a cada herido o enfermo. A Flores, que no entendía una palabra de ruso, le explicó por medio de la mímica el estado de su herida, le inculcó fe en el restablecimiento y le demostró que sanaría y aún volvería a pelear. A Kostia Pastanógov le había entablillado el brazo con unas tablas hechas por encargo suyo. Habían empezado a soldarse los huesos, y Kostia ya podía apretar el gatillo del revólver.

— Luego harás gimnasia médica con el brazo —le decía el doctor para consolarlo.

Cuando se habla de un buen médico con experiencia, uno se imagina por lo común a una persona de edad proveccta con perilla puntiaguda, mirando al paciente por encima de los anteojos. Pero ese retrato no cuadraba a Tsessarski.

Albert Veniamínovich Tsessarski tenía veintiún años. Había terminado los estudios en el Instituto de Medicina en Moscú un mes antes de la guerra. Adquirió práctica de cirugía en el Instituto Sklifasovski, siendo estudiante. Nada más comenzar la guerra, Tsessarski presentó una instancia en el comité del Komsomol de Moscú, solicitando que lo enviaran al frente. En julio lo destinaron a una unidad de la guarnición de Moscú.

Cuando estábamos formando el destacamento, fueron incluidos algunos cantaradas de Tsessarski. Se enteró por ellos de mi teléfono y me llamó. Vino a verme a la hora convenida, se presentó y vi a un joven moreno, alto y bien parecido.

— Camarada Medvédiev, le ruego que me admita en su grupo de guerrilleros y me saque de la unidad de retaguardia en que estoy.

— ¿Y qué sabe hacer usted?

— Conozco la cirugía de campaña. Sé alemán.

— Necesitamos un cirujano que entienda de todas las enfermedades y sea un soldado valiente.

— Es difícil ponderarse uno a sí mismo. Pida referencias mías a Bazánov y Shmuilovski, que son de su destacamento.

Dije a Tsessarski que escribiera allí mismo la petición de ingreso en mi destacamento. Fui con esta solicitud a ver al general-coronel que tenía a su cargo la división en que Tsessarski estaba encuadrado.

El general-coronel escribió en la instancia: "Que pase a disposición del coronel Medvédiev".

Tsessarski tomó gozoso la solicitud con la resolución que había estampado el general-coronel y fue a escape a su división.

En los pocos días que le quedaban para emprender el vuelo a la retaguardia del enemigo, Tsessarski no perdió un minuto. Reunía los medicamentos e instrumental quirúrgico que pudiera necesitar. Hacía prácticas de cirugía, tomaba consejos de cirujanos experimentados, leía libros de medicina y aún le daba tiempo de prepararse a la par con los otros combatientes.

Tsessarski tenía que realizar el vuelo conmigo, pero cuando nos enteramos de que en Tolsti Lies se había roto una pierna el viejo Kaláshnikov y que precisaba asistencia médica urgente, lo llamé y le dije:

— ¿Puede usted partir hoy? Era ya por la tarde.

— En cualquier momento -fue su respuesta.

— Pues saldrá dentro de dos horas.

— ¡A sus órdenes!

Tsessarski se había casado poco antes. Corrió a casa a despedirse de su mujer, pero ella había salido a algún sitio. Así es que hubo de emprender el vuelo sin despedirse de ella.

Tsessarski era infatigable: siempre estaba ocupado, atareado con algo o corriendo a algún lugar. Hiciera el tiempo que hiciese, mandaba formar diariamente, por turno, a todas las

secciones. Las alineaba, ordenaba a los guerrilleros que se quitasen las camisas y les pasaba revista. Si veía a alguno que tenía las manos o las orejas sucias, lo ponía en vergüenza, le reñía y le obligaba á que se lavase. Si encontraba un piojo, enviaba a toda la sección a la desinfección. Cuando hacía buen tiempo, nos bañábamos en un riachuelo o junto al pozo; cuando empezó el frío, se organizó el "baño" junto a la hoguera, con agua tibia.

Los guerrilleros no refunfuñaban. Con que lo hubiese dicho Tsesarski era suficiente.

En cambio, en el destacamento no tuvimos epidemias de disentería ni de tifus, enfermedades que se ensañaban en los pueblos de los alrededores.

Tsesarski era corresponsal permanente del periódico *Venceremos*, de nuestro destacamento, que empezó a salir ya durante la marcha. Se escribía a mano, en libretas corrientes de dibujo de los escolares. Unas tres páginas del periódico siempre estaban dedicadas a la "cuestión sanitaria", y Tsesarski "combatía" desde ellas por la higiene.

"Declaremos la guerra a las epidemias -escribía nuestro doctor-. Para esta guerra no hace falta más que una arma: la limpieza. La suciedad en nuestras filas es una traición".

Recuerdo que en un número del periódico había una caricatura representando en toda una página a un cerdito y un guerrillero bebiendo agua de un pantano. Al pie había estos versos:

Con qué placer

de casta de gendarmes, me azotarían,

o me harían crucificar,

por tener en las manos el pasaporte soviético,

el de la hoz y el martillo.

El autor no los firmó, pero creo que el poeta fue el mismo Tsesarski. Le gustaba escribir versos, pero solía firmar sólo las poesías "serias" que insertaba en el periódico. Tsesarski iba con frecuencia a los pueblos. — ¡Los guerrilleros han enviado a un médico! — corríase la voz de casa en casa, y los enfermos acudían en tropel a la "consulta".

Bajo la ocupación alemana, la población no recibía asistencia médica y había muchos enfermos. El hambre y las epidemias segaban muchas vidas. Acudían a Tsesarski gente que habían contraído enfermedades de lo más diversas.

Quienes producían una impresión más deprimente eran los niños. Debido a la mala alimentación, sufrían toda clase de dolencias. Los padres traían en brazos a sus hijos, envueltos en trapos sucios.

Si Tsesarski tardaba mucho en aparecer, los vecinos de los pueblos suplicaban a los del servicio de reconocimiento que lo apresuraran a que fuese, y él acudía inmediatamente, se detenía en cualquier casa, se ponía la bata blanca y comenzaba la consulta.

En las charlas amistosas, Tsesarski decía con frecuencia que le interesaban el arte, la literatura y, sobre todo, el teatro.

— Cuando termine la guerra, iré al teatro. Quiero ser actor.

Así que tenía una hora libre por la noche, iba a la hoguera, junto a la que estaban sentados los guerrilleros, y daba un "concierto". Recitaba magistralmente los versos de Pushkin, Nekrásov,

Mayakovski. Tenía una agradable voz aterciopelada.

Allí, en la retaguardia del enemigo, escuchábamos con particular atención los *Versos del pasaporte soviético*, de Mayakovski:

*Con qué placer
de casta de gendarmes, me azotarían,
o me harían crucificar,
por tener en las manos el pasaporte soviético,
el de la hoz y el martillo.*

Posteriormente aparecieron otros "artistas" más en nuestro destacamento: cantantes, acordeonistas, danzarines. Pero el primer tiempo Tsessarski era el único que se encargaba de curar a los guerrilleros las enfermedades y la nostalgia por la familia, por la entrañable vida soviética.

UN "ORDEN" HORROROSO

En los pueblos y ciudades de Ucrania Occidental vimos con nuestros ojos lo que antes sólo conocíamos por los periódicos.

Los hitlerianos saqueaban a los campesinos, les arrebataban el trigo y el ganado. A los que se resistían les daban muerte a tiros, en la horca, en una hoguera o en camiones-cámaras de asfixia. A la gente joven se la llevaban a Alemania para hacerles trabajar como esclavos. Buscaban con perros a quienes se escondían. Si encontraban a alguno, lo apaleaban y lo enviaban a Alemania o lo mataban a golpes. Y a todo eso lo llamaban "nuevo orden". Impusieron a los campesinos contribuciones exorbitantes. Hasta por los perros exigían un impuesto de trescientos rublos. El hambre, la miseria y horrendas epidemias causaban estragos entre el pueblo. Comarcas enteras quedaron sin asistencia médica.

Todo eso era también "nuevo orden".

Invadido que hubieron las ciudades y aldeas de Ucrania Occidental, los fascistas ordenaron el empadronamiento de los hebreos. Les quitaron los bienes que poseían y los enviaron a trabajar a unas canteras.

A fines de agosto, en virtud del exacto cumplimiento de un plan que se habían trazado, los hitlerianos llevaron a cabo la "liquidación" completa de la población semita en Rovno y en los distritos más próximos. Los sacaban de la ciudad en grupos numerosos, los obligaban a que se cavaran las fosas y luego los fusilaban; los arrojaban a las zanjas y les echaban tierra encima sin detenerse a mirar quiénes estaban muertos y quiénes aún con vida.

Estos caníbales no tenían misericordia de nadie: ni de los ancianos ni de los niños.

Muy pocos lograban huir. Mas la fuga no significaba aún la salvación. Los alemanes habían prohibido a la población que prestara ayuda a los hebreos, bajo amenaza de muerte. Colgaron anuncios en los que ofrecían recompensas a los traidores que delatasen a los hebreos: un kilo de sal por cada uno delatado.

Todo eso era también "nuevo orden" fascista. La población odiaba a los hitlerianos. Esperaba la salvación sólo de parte del Ejército Rojo. Por eso, cuando nosotros, guerrilleros, emisarios del pueblo y del Poder soviéticos, llegábamos a los pueblos y a los caseríos, la gente nos recibía llena de gozo. Mas también peligraba la vida de los que tenían relaciones con los guerrilleros. Y aun sin tenerlas; simplemente por el hecho de saber de algún guerrillero y no dar parte, se amenazaba de muerte. A los invasores no se les ocurría pensar siquiera a la sazón que les llegaría la hora de rendir cuentas por sus fechorías.

Cuando posteriormente he presenciado la película *El Tribunal de los pueblos*, que trata del proceso de los criminales de guerra alemanes más importantes y en la que se muestran las ferocidades que cometieron los fascistas, no he visto nada nuevo ni más atroz de lo que vi en el año 1942 en Kostopol, Liudvipol, Rokitno, Sarny y otros distritos, ciudades y lugares de Ucrania Occidental.

Los enemigos se instalaban cómodamente en el territorio que habían convertido en un valle de lágrimas y sangre. Los funcionarios y administradores alemanes se traían a sus esposas y deudos y ocupaban las mejores casas de las poblaciones. Muchos recibieron en usufructo grandes haciendas. La tierra la trabajaban para ellos nuestros campesinos.

El "nuevo orden" se mantenía con las bayonetas, los naranjeros y las horcas de los fascistas. Mas había también entre ellos traidores al pueblo soviético, que apoyaban el "nuevo orden" y secundaban a los alemanes en sus fechorías.

Ya antes de la guerra, los alemanes habían enviado en secreto a nuestro territorio a agentes suyos de entre los nacionalistas ucranios. Estos espías y traidores formaron bandas de antiguos kulaks y delincuentes. Cuando estalló la guerra, empezaron a saquear los bienes de los koljoses y asesinar a comunistas, komsomoles y activistas de las haciendas colectivas. 'Hacían propaganda entre el pueblo en pro del "ilustrísimo señor Hitler", en contra de Rusia y del Poder soviético.

Luego que los alemanes hubieron ocupado la Ucrania Occidental, parte de estos traidores se puso al servicio de la policía hitleriana, otros siguieron actuando en las bandas. Los alemanes los pertrechaban y les mandaban que peleasen contra los guerrilleros.

De camino a los bosques de Sarny dimos cierta vez, de improviso, con un aduar: eran los vecinos de un pueblo grande que se albergaban en chabolas y chozas. El ex presidente del koljós de aquella aldea, un anciano sexagenario, nos contó la aciaga suerte que había corrido su koljós. Los hitlerianos les habían despojado de todo lo que tenían, a muchos los habían matado y a bastantes más se los habían llevado a Alemania. A los restantes él los había conducido al bosque para que salvaran la vida.

Al relatar lo que había sucedido al koljós, el viejo mencionaba a menudo a los "haydamakes".

— ¿Quiénes son esos "haydamakes"? -le interrogamos.

— ¿Será posible que no lo sepáis? -dijo, asombrado-. Son unos traidores, unos bandidos. ¡Qué perros tan infames son! Pero mirad sus periódicos. Ellos mismos escriben cómo han vendido su alma a Hitler.

El viejo trajo varios números de un periódico que se titulaba *Haydamak*. Tomé un número, y me saltó a la vista la siguiente frase:

"¿Puede que tengas ganas de divertirme, de robar a alguien o de hacerte con algo que te gusta muchísimo?... Pues no estamos en contra..."

Los bandidos "haydamakes" se esmeraban por hacer méritos ante los invasores fascistas

alemanes. En premio a su "servicio fiel" les permitían que robasen, ¡Había sonado la hora de los bandidos!

¡Esa gente era la que apoyaba el "nuevo orden" fascista! Pero, valientes en sus correrías contra la población civil, esos bandidos miraban cobardemente dónde meterse nada más oír la voz de "guerrilleros".

Después del combate que libramos en el apeadero de Budkí-Snovidóvichi se extendió el rumor de que habían aparecido en aquella zona no menos de mil guerrilleros. Luego, cuando empezamos a enviar diariamente a grupos nuestros en todas direcciones, los rumores aumentaron. Se decía que en los bosques se ocultaba todo un ejército guerrillero.

De tiempo en tiempo nos lanzaban desde aeroplanos municiones de boca y de guerra. La aparición de los aviones no podía pasar inadvertida, y los rumores de que existía un ejército inmenso de guerrilleros prendieron en toda la comarca. Los alemanes se alarmaron. A Rovno volaron mensajes con peticiones de que les enviaran refuerzos y armamento. Mientras llegaba esa ayuda, los traidores se escondieron. Y nosotros empezamos a desplegar nuestra labor. Los rumores de que había aparecido un ejército de guerrilleros no eran infundados, después de todo. No éramos cien ni doscientos, sino muchísimos más. En esencia, guerrilleros eran todos los vecinos de los lugares. Si un soviético tenía la menor posibilidad de ayudarnos o de causar algún daño a los alemanes por su cuenta, lo hacía. El odio a los hitlerianos era mortal, y en ello residía nuestra fuerza.

No hubiéramos podido hacer nada y habríamos caído en seguida en manos de los fascistas si se nos hubiera ocurrido mantener la lucha guerrillera únicamente con las fuerzas de nuestro destacamento. Pero la población era nuestro fiel ayudante y defensor. Era nuestro firme puntal en la retaguardia del enemigo.

En las aldeas grandes había "faros" nuestros con diez o quince guerrilleros. Los vecinos llamaban a estos "faros" comandancias soviéticas y llevaban allí los productos que reunían para nosotros.

Los campesinos nos ayudaban a recoger información. Se hacían pasar por vendedores de verduras o gallinas e iban a las cabezas de partido o a las estaciones más próximas, observaban la situación, preguntaban y nos lo contaban todo. En esa labor sé destacaban, en particular, las muchachas, las ancianas y los mozalbetes, pues era difícil que despertaran sospechas de alguien. Los vecinos de los lugares conocían las sendas y a la gente. Prestaban a nuestro destacamento una ayuda inapreciable.

La vida exigió de nosotros que interviniéramos en el "nuevo orden" que habían impuesto los hitlerianos. No se podía limitar nuestra labor a la de información.

Comenzamos las acciones de defensa de nuestro pueblo contra las fuerzas punitivas de los hitlerianos con una pequeña operación: atacando el *tolwark* (finca) "Aliabin" en el distrito de Klésov. Pertenece la finca al comandante Richter, jefe de la gestapo de la ciudad de Sarny. Los campesinos se habían quejado a nosotros del administrador de la hacienda.

El Estado Mayor del destacamento aprestó un grupo de veinticinco guerrilleros al mando de Pashún. Los propios campesinos acompañaron a los guerrilleros hasta la finca, y les contaron con todo detalle qué se hacía allí y dónde estaba cada dependencia.

El ataque se realizó de noche. Los guardas del *folwark* fueron desarmados en un santiamén, no intentaron siquiera ofrecer resistencia, y al amanecer llegó al Campamento una verdadera caravana. Los guerrilleros trajeron en carros, tirados por caballos que tomaron en la finca, una gran cantidad de vituallas: pan, mantequilla, legumbres secas, azúcar, miel, huevos y

cerdos de raza. Tras la caravana seguía un rebaño de vacas. Las mejores vacas lecheras las entregamos a los campesinos y repartimos con ellos los restantes productos. Ese acto fue nuestra primera operación importante de avituallamiento. Mas el éxito no consistió en ello solamente. Pashún trajo al campamento a dos prisioneros. El primero fue el administrador de la hacienda de Richter, del que tanto se quejaban los campesinos. El segundo, apellidado Nemóvich, resultó ser un traidor de talla. Ucraino de nacimiento, Nemóvich se había hecho espía alemán antes aún de la guerra. Recibió instrucción de espía en una escuela de la gestapo. Cuando llegaron los fascistas, se dedicó a ir de pueblo en pueblo, haciéndose pasar por maestro e indagando los domicilios de los activistas soviéticos para delatarlos. Nemóvich conocía a los agentes hitlerianos que habían sido instruidos con él en la escuela de la gestapo y lanzados a nuestro territorio.

Decidimos enviar a Nemóvich a Moscú. Mas, ¿dónde tenerlo mientras llegaba el avión? Cosimos un saco de lona y metimos al espía en él. Del saco no asomaba más que la cabeza cubierta con sombrero gris.

Menudearon nuestros ataques a las fincas de los alemanes. Asaltamos en los distritos cercanos varias haciendas y todas las granjas lecheras en que los alemanes hacían mantequilla. A Richter terminamos por quemarle la sangre, como suele decirse: asaltamos su segunda finca, capturamos dos automóviles suyos y poco nos faltó para que lo atrapásemos a él mismo. Pero se acobardó tanto que exigió que le enviaran de Rovno una expedición de castigo para que lo protegiera. En las primeras salidas a las aldeas y caseríos de la región de Rovno, nuestros guerrilleros empezaron a topar con la "valiente tropa" de los bandidos nacionalistas, y éstos, por lo común, sufrían derrotas vergonzosas. Solían ocurrir hasta casos curiosos.

Valentín Semiónov, secretario de nuestra organización del Komsomol, hizo una vez algo original. Se presentó con varios guerrilleros del servicio de información en el Estado Mayor de una banda, haciéndose pasar por "suyos". Estaban allí nueve "haydamakes". Valentín les dijo que era un enlace de otra banda de aquéllas. En la conversación, uno de los bandidos se dio cuenta de que Valentín tenía una buena metralleta.

— Es estupenda, se la quité a un oficial rojo -dijo Valentín, vanagloriándose.

Uno de ellos empezó a jactarse de su pistola ametralladora. Semiónov la miró y exclamó:

— ¡No vale nada! La mía es mejor. ¡Mira qué bien funciona!

Alzó su metralleta y de una ráfaga los mató a todos. Luego recogió a los dos centinelas que tenían y se los trajo al campamento.

Semiónov contaba diecinueve años nada más y tenía el aspecto de un muchacho travieso. Pero, en realidad, era un explorador infatigable y serio, hábil y vigoroso. En vísperas de la guerra era estudiante del Instituto de Cultura Física. Se hizo guerrillero como por herencia: su padre también había sido guerrillero en Ucrania durante la guerra civil.

Semiónov volvía siempre de sus descubiertas con trofeos. En cierta ocasión trajo a unos prisioneros.

— Me he traído a unos bandidos -me dio parte.

— ¿Cómo ha sido eso? -le pregunté.

— En cuanto nos vieron "hicieron el tridente".

— ¿Qué es eso?

— Es que su "emblema" consta de tres dientes, como si fuera una horca, y se llama "tridente".

— Eso lo sé. Pero, ¿qué tiene que ver el tridente con la detención?

— Pues muy sencillo. Nada más vieron a los guerrilleros, se apresuraron a poner manos arriba, y resultó el tridente: las dos manos en alto y en medio la cabeza.

Desde entonces, cuando los bandidos se entregaban prisioneros, los guerrilleros decían: "hicieron el tridente".

Nuestro destacamento crecía muy de prisa. Los koljosianos nos enviaban a sus hijos. Los equipaban solemnemente para enviarlos a los guerrilleros: sacaban la mejor ropa y calzado que habían escondido de los alemanes y les echaban la bendición. De muchas aldeas teníamos a razón de diez y quince personas. Y pueblos como los de Viry, Bolshie Selischa y Malie Selischa eran guerrilleros de punta a punta: de cada familia había alguien en la guerrilla.

Los partes de guerra diarios que recibíamos por radio.

Los reproducíamos y distribuíamos entre la población, infundían ánimos al pueblo y le reforzaban la fe en la victoria. Los guerrilleros recién incorporados obtenían instrucción militar según un programa calculado para veinte días. Aprendían, como en una escuela militar auténtica, la vida de campaña, el paso del soldado, la táctica del combate en el bosque y el manejo de las armas. Luego, una comisión los examinaba, y la mayoría sacaban notas de "notable" y "sobresaliente".

Los campesinos de los caseríos en que estuvieron los guerrilleros dejaron de pagar la contribución a los alemanes y de entregarles productos. Antes, ayudados por los "haydamakes", los alemanes recaudaban fácilmente los impuestos. Ahora, si los policías asomaban por los caseríos, los recibían a tiros.

Así, merced a la ayuda de los guerrilleros, el pueblo oponía resistencia al terrible "orden" que habían impuesto los fascistas.

Los hitlerianos no podían con los guerrilleros. Nosotros sabíamos atacar y eludir a tiempo los combates desventajosos. No estábamos por donde nos buscaban los alemanes y, por el contrario, aparecíamos por donde menos se lo podían sospechar.

A este respecto llegamos a componer incluso nuestros refranes guerrilleros:

Sé precavido: el enemigo te busca.

Sé valiente: el enemigo teme a los valientes.

Surge de improviso donde no te esperen.

Sé astuto: deja al enemigo rastros falsos.

¡Cuanto más dentro del bosque, tantos menos alemanes!

EL PADRE Y LA HIJA

En el nudo ferroviario de Sarny y en la estación de Klésov había importantes guarniciones hitlerianas. El servicio de información en estas estaciones corría a cargo de un grupo de

guerrilleros al mando de Víctor Kochetkov.

Kochetkov entraba en relación con gente que conocía las dos poblaciones y éstos, a su vez, buscaban en Sarny y Klésov a parientes y conocidos en quienes se pudiera confiar. No tardó en reunir a muchos ayudantes.

En el mes de octubre de 1942 dijeron a Kochetkov que quería verlo un individuo que trabajaba en la hacienda forestal de Klésov. Kochetkov accedió a la entrevista.

— Dóvguer, Konstantín Efímovich -dijo, presentándose, un hombre de unos sesenta años.

— ¿Qué quiere decirme? -interrogó Kochetkov, mirándolo desconfiado a los ojos.

— Lo que yo puedo decirle lo sabe usted de sobra.

— Entonces, ¿qué quiere?

— ¿Qué quiero? Pues que soy un soviético y cuando me he enterado de que estaban aquí los guerrilleros, he decidido ir con ustedes.

— Pues nosotros podremos pasarnos sin usted —respondió Kochetkov con sequedad.

No sé por qué, se le había metido en la cabeza que aquel individuo había sido enviado por la gestapo.

Al comprender que no inspiraba confianza, Dóvguer se puso terriblemente pálido.

— ¿No me cree? ¿Piensa que los voy a traicionar? Tengo aquí una familia numerosa: mi mujer, mi madre y tres hijas. ¡Que respondan ellas por mí si cometo alguna falta contra ustedes!

Pronunció aquellas palabras de manera tan sincera y resuelta que Kochetkov vaciló.

— Pero usted ya es viejo, le va a ser muy difícil actuar con los guerrilleros.

— Claro que me será algo difícil andar con un fusil pegando tiros, además de que no he hecho el servicio militar, pero puedo ser de alguna utilidad...

Konstantín Efímovich Dóvguer había terminado los estudios en el Instituto de Ingenieros Forestales y recibido el nombramiento de inspector jefe del distrito forestal de Klésov de la región de Rovno ya antes de la revolución. Desde entonces vivió allí y sufrió con todo el pueblo cuantas calamidades cayeron en suerte a la Ucrania Occidental. En 1920 los capitalistas arrebataron por la fuerza este trozo de tierra patria de la República soviética. Diecinueve años después, en 1939, la Ucrania Occidental se volvió a unir a la Unión Soviética, y su pueblo se incorporó a nuestra familia fraterna, para siempre. Pero comenzó la guerra, y en aquella tierra aparecieron las hordas fascistas.

Como inspector jefe, Konstantin Dóvguer sabía perfectamente en qué rodal de su distrito forestal habían acampado los guerrilleros soviéticos. Tardó poco en entablar relaciones con nosotros, pero no podíamos encomendarle misión alguna sin probarlo antes. Pronto se nos ofreció una ocasión para ello y nos convencimos de que era un auténtico patriota soviético.

Cierta vez, el mando de una expedición de castigo que había llegado para luchar contra los guerrilleros llamó a los inspectores forestales, entre ellos, a Dóvguer.

— En mi distrito no se ven guerrilleros —respondía en todos los interrogatorios-, pero en el cuadrante veinte me parece que los hay.

De acuerdo con nosotros, Dóvguer señalaba los lugares donde ya no estábamos, y los alemanes de la expedición punitiva perdían el tiempo en vano dando batidas por espesos

parajes pantanosos de bosque. No lograban hallar sino chabolas semiderruidas y cenizas de hogueras guerrilleras.

Al poco tiempo, Konstantin Dóvguer cumplió los primeros encargos de Kochetkov. Contó muchas cosas interesantes de los invasores y reunió valiosos datos relativos a la ciudad de Rovno. Nos enteramos de dónde estaban instaladas las instituciones centrales de los hitlerianos: el *Reichskommissariat* y la gestapo, y dónde estaba el palacio en que residía Erich Koch, el *reichskommissar* de Ucrania y verdugo del pueblo ucranio.

Posteriormente, Dóvguer estuvo varias veces, por encargo nuestro, en Kóvel, Sarny, Rokitno y Rovno. Sagaz e inteligente, se enteraba de muchas cosas que no estaban al alcance de cualquiera.

No siempre resultaba conveniente relacionarse personalmente con Dóvguer, por eso él presentó a Kochetkov a su hija mayor. Valia. Tenía ésta diecisiete años de edad, mas parecía aún una chiquilla, pues era pequeña, de frágil constitución y poseía unos grandes ojos oscuros. Trabajaba de contable en el molino del pueblo de Viry. Al principio desempeñaba el papel de enlace entre su padre y Kochetkov, mas pronto se incluyó en la labor de manera independiente. Empezó a frecuentar las poblaciones de Klésov y Sarny, donde se enteraba por conocidos y amigos de lo que nos interesaba.

En el pueblo de Viry, del distrito de Klésov, los alemanes tenían un taller, en el que se reparaban locomotoras, remolcadores, tractores y automóviles. Había también una central eléctrica. De Klésov al taller conducía un ramal de ferrocarril. Valia comunicó a Kochetkov que los alemanes se preparaban para llevarse toda la maquinaria a occidente. Para evitarlo, Kochetkov propuso volar el taller y el puente ferroviario que había cerca de la estación de Klésov.

Tras un minucioso reconocimiento que hicieron los vecinos del lugar, Kochetkov se enteró del régimen que se observaba en el taller y de la gente que lo custodiaba y se encaminó allá con un grupo de veinte personas. Con este grupo fueron nuestros especialistas minadores: Málikov, Fadéiev y el español Ros.

Se aproximaron de noche al lugar de la operación y se dividieron en tres grupos. Uno fue con Ros al taller; otro, con Málikov a la central eléctrica y el tercero, con Kochetkov y Fadéiev, al depósito de locomotoras. Lograron quitar en silencio a todos los centinelas y colocar las minas.

Cuando estuvieron terminados todos los preparativos, a una señal de Kochetkov se volaron las minas. Se oyeron unas explosiones ensordecedoras. El depósito de locomotoras, el taller y la central eléctrica se incendiaron. Diríase que todo había salido a pedir de boca, mas, cuando los guerrilleros se reunieron en el sitio convenido, Kochetkov dijo con voz. afligida:

— Mal nos han salido las cosas. En el depósito no había más que dos locomotoras, y la tercera está en el ramal, no lejos de aquí, con cincuenta vagones. ¿La vamos a dejar así, camaradas?

— ¡Habría que volarla!

— Volarla... Sé de sobra que habría que volarla, pero nos queda sólo una mina para el puente...

El español Ros dio una salida a aquella situación. Se le ocurrió la manera de destruir el puente, la locomotora y los vagones con una mina.

He aquí lo que hicieron: Málikov y Fadéiev con una parte de los guerrilleros fueron a minar el

puede. Los otros se encaminaron hacia la locomotora. El guerrillero Nechiporuk, que había trabajado de fogonero, encendió el fogón de la caldera. Cuando el puente estuvo minado, en la locomotora ya se había acumulado vapor. Nechiporuk la puso a toda marcha y saltó. La locomotora llegó al puente, adquiriendo velocidad, y después de la explosión se precipitó al río, arrastrando una veintena de vagones.

Este acto de sabotaje sembró la alarma entre los fascistas. Al cabo de varios días llegó una comisión al lugar de las explosiones. Calculó las pérdidas en varios millones de marcos.

— ¡Qué satisfecho me he quedado! -decía Kochetkov en el campamento-. ¡Y qué ocurrencia tan buena la de Ros!

Los guerrilleros estimaban a Kochetkov, pero entre ellos gastaban bromas y se reían a costa de él. El motivo era que Kochetkov no sabía hablar quedo y su vozarrón de bajo les movía a bromear amistosamente.

Los guerrilleros solían andar por la noche procurando pisar despacio y temiendo tocar cualquier ramita por si hacía ruido. Pero si Kochetkov oía el susurro de alguien, exclamaba:

— ¡Cesad las conversaciones! ¡Caminad en silencio! -y lo decía tan alto que. en los caseríos próximos los perros empezaban a ladrar.

Pero le gastaron más bromas, sobre todo, a raíz de un caso en que fue a hacer una descubierta con un grupo de quince guerrilleros. Tuvieron que vadear un río.

Kochetkov mandó:

— ¡Desnudaos!

Era de noche, a la luz de la luna. Los guerrilleros se desnudaron y, tiritando de frío, se metieron en el agua. En la otra orilla empezaron a vestirse.

— ¡No os vistáis! -mandó Kochetkov-. Avanzad así. El afluente de este riachuelo no está lejos, ¿para qué vestirnos?

Siguieron desnudos. Anduvieron un kilómetro, luego otro, y el afluente no aparecía. La gente tenía frío, los mosquitos les picaban.

— Víctor Vasílievich, no hay ningún afluente.

— ¡No rechistéis!

Siguieron andando. Andarían así unos cinco kilómetros, hasta que Kochetkov se convenció de que el mapa en que estaba indicado el consabido afluente lo había confundido.

— ¡Alto, podéis vestiros! -mandó Kochetkov, como si tal cosa.

A partir de entonces gastábamos bromas con frecuencia a Kochetkov con motivo de su "marcha en cueros". Mas nuestras, chanzas no le hacían mella. Se reía con nosotros, como si no le atañeran a él.

A fines del año cuarenta y dos, Dóvguer nos propuso que entablásemos relación con un tal Fidárov.

— Será útil." Es ingeniero del ferrocarril de Kóvel, era el jefe de la estación de Sarny en vísperas de la guerra. En Sarny y Kóvel tiene muchos conocidos. Es miembro del Partido y sabrá ser un trabajador clandestino seguro.

— ¿Y dónde está ahora?

— Ha sufrido largo tiempo tribulaciones bajo los alemanes, estaba oculto. Ahora se ha colocado de jefe de movimiento en un molino, cerca de Sarny.

Konstantín Dóvguer sabía seleccionar a la gente para nuestra labor. Estábamos ya convencidos: si él recomendaba a alguien, no se equivocaba ni nos ponía en mal trance.

Kochetkov se enlazó con Fidárov, y al cabo de mes y medio éste había organizado ya en el nudo ferroviario de Sarny un fuerte grupo de información y sabotaje compuesto por obreros, maquinistas, guardavías y empleados.

Fidárov nos comunicaba regularmente cómo funcionaban las líneas ferroviarias de Kóvel-Kórosten y de Sarny-Rovno: cuántos trenes pasaban, en qué dirección y qué tropas, per-trechos y cargamentos se transportaban. Nosotros transmitíamos estas noticias al mando sin pérdida de tiempo.

Poco después, el grupo de Fidárov empezó a realizar actos de sabotaje, además de cumplir su labor de información: voló trenes y puentes. Kochetkov mantenía contacto con Fidárov por medio de Dóvguer y de su hija Valia.

"PAUL SIEBERT"

Por la carretera de Rovno a Kostopol iban tres galeras, y aunque los caballos enganchados eran buenos y estaban bien cebados, las galeras avanzaban despacio.

En la primera iba un oficial alemán, sentado muy tieso, con empaque, mirando despectivo e indiferente en derredor. Junto a él, un hombre vestido con uniforme militar de color caqui, con un brazal blanco en la manga y un tridente en el gorro. Así vestían los traidores que estaban al servicio de los hitlerianos.

Las otras dos galeras iban repletas de polizontes, vestidos cada uno a su manera. Uno llevaba pantalones de soldado y una simple chaqueta rural, otro, guerrera y gorra de paisano; otro, guerrera de soldado rojo sin hombreras. Se veía claro que todas las prendas habían sido despojadas a otros. Llevaban también en las mangas brazales blancos con la inscripción alemana de *Schützpolizei*. Los agricultores ucranios llamaban "guardetes" a esos brazales. Y la denominación era acertada, como si quisiera decir: ¡guárdate del sujeto que lleve un brazal así!

Si en la primera galera, el oficial alemán y el policía, por lo visto el que mandaba a los demás, iban bien sentados y en silencio, los que viajaban en las otras dos iban repantigados, cantando a voz en cuello y fumando tabacucho fuerte. Era un cuadro habitual a la sazón: un hatajo de bandidos al frente de un oficial hitleriano de camino a algún pueblo a reprimir a los vecinos por su rebeldía.

La carretera era recta y descubierta. A ambos lados, campos y prados; a lo lejos, bosques. El tráfico era bastante intenso. De vez en vez pasaba raudo algún camión o coche de turismo alemán, por lo que las galeras avanzaban despacio, pegadas a la cuneta.

Cuando algún automóvil adelantaba a las galeras o venía al encuentro, el oficial se ponía aún más tieso, levantaba colérico la voz a la vocinglera cuadrilla y saludaba a los alemanes que se cruzaban a lo hitleriano, alargando el brazo derecho algo por encima de la cabeza y exclamando: *Heil* Hitler! Se le notaba que le repugnaba ir en una galera con semejante chusma de "raza inferior", mientras otros colegas suyos pasaban veloces de largo en cómodos automóviles. Las galeras llevaban ya tres horas de camino, atemorizando a los lugareños de

los caseríos colindantes con la carretera. Nada más verlos, todos se metían en sus casas y miraban recelosos a través de las ventanas.

Allá a lo lejos apareció en la carretera un automóvil de turismo grande y bonito. La carretera cruzaba unos campos. El oficial de la galera se irguió y miró atento en derredor. No se veía un alma ni otro automóvil más ni por delante ni por detrás. Se volvió de cara a las galeras que le seguían y alzó una mano. Las canciones y el barullo cesaron en el acto. Todos se pusieron alerta.

El automóvil se fue aproximando. El policía que estaba sentado al lado del oficial saltó de la galera y avanzó de prisa. Cuando el automóvil llegó a su altura le lanzó tranquilamente, como si estuviera haciendo ejercicios, una granada antitanque. Estalló detrás del automóvil. La onda explosiva lo impulsó con fuerza, y el resplandeciente *Oppel Admizal* volcó en la cuneta.

Todos saltaron de las galeras y se arrojaron, con las armas montadas, al automóvil volcado, junto al que ya estaba el oficial alemán.

— ¡Bravo, Prijodko! —dijo en impecable ruso al que había lanzado la granada-. Has calculado bien: el automóvil ha volcado y los pasajeros parece que están vivos. ¡Vamos a sacarlos!

Cuando sacaron del coche a dos hitlerianos asustados y algo magullados, el mismo oficial les dirigió la palabra en alemán:

— Señores, les ruego que no se intranquilicen. Soy el teniente del ejército alemán Paul Siebert. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

Un alemán rubicundo, repleto de carnes y entrado en años, repuso, componiéndose:

— Soy el conde de Hahn, comandante del ejército alemán y jefe de una sección del Reichskommissariat. El que viene conmigo es Reiss, consejero imperial de transmisiones que ha llegado de Berlín.

— ¡Tanto gusto, tantísimo gusto! -dijo el oficial-. Su coche está deteriorado, les ruego que monten en el carro.

— Explíquenos su proceder -dijo el conde, indignado-. ¡No comprendo nada!

Hahn iba a inquirir algo más, pero el oficial hizo una seña a sus hombres. Estos agarraron a los hitlerianos, les ataron las manos y los tendieron en una galera.

Las galeras torcieron a un lado de la carretera en la primera curva y al cabo de algún tiempo llegaron a un "faro" guerrillero de los nuestros. El oficial alemán se cambió allí de ropa, poniéndose un mono, y se convirtió en quien era en realidad, en el guerrillero Nikolái Ivánovich Kuznetsov.

Era el mismo Kuznetsov que había sido lanzado con paracaídas a nuestro destacamento cerca del caserío de Zluy y a quien yo esperaba con tanta impaciencia.

Nicolái Ivánovich era natural de los Urales. Su serio y riguroso semblante y, sobre todo, sus acerados ojos grises, delataban una inteligencia y una voluntad extraordinarias. Alto, gallardo, valiente y vigoroso, fue pronto el guerrillero del servicio de información más eminente de nuestro destacamento.

Kuznetsov dominaba el alemán a la perfección. Había aprendido a hablarlo en la infancia. Junto al pueblo en que creció, vivían colonos alemanes. Tuvo trato con ellos y no sólo aprendió el idioma, sino las costumbres y los rasgos peculiares de los alemanes. Posteriormente siguió estudiando dicha lengua en las escuelas de enseñanza secundaria y

superior. Tenía la profesión civil de ingeniero.

En el destacamento se puso en claro que Kuznetsov era un lingüista innato. Por ejemplo, él no sabía antes una palabra de ucranio, pero apenas pisamos tierra ucraniana y frecuentó los caseríos empezó en seguida a hablar y cantar, canciones en esta lengua y los campesinos lo tomaban por un ucranio de pura cepa.

Cuando llegamos a parajes habitados por polacos, Kuznetsov empezó a hablar en polaco. Mas esto aún no era todo: podía hablar en ruso, ucraniano o polaco, aparentando conocer mal estas lenguas, y hacerse pasar por un alemán que hablaba en ruso, o un ruso que hablaba en polaco. En suma, era un artista insuperable en este sentido.

Estando aún en Moscú, Kuznetsov nos hacía dicho que desearía penetrar en el medio de los alemanes y obtener las noticias que nos hicieran falta. Accedimos a su deseo, pero le pusimos la condición de que estudiase bien el régimen de vida en el ejército hitleriano, de que se aprendiese bien alguna región alemana para que pudiera hacerse pasar por natural de ella.

Kuznetsov decidió hacerse prusiano de pura cepa. Leyó un montón de libros sobre Prusia Oriental, su economía, su naturaleza y sus habitantes. Se representaba la ciudad, de Königsberg de manera tan viva como si hubiera nacido y vivido allí realmente.

Empezamos a darle prisioneros no sólo para que los interrógase, sino para que, al hablar con ellos, se enterase de las costumbres y reglas que existían en el ejército germano-fascista.

Los prisioneros que capturábamos no satisfacían a Kuznetsov. Solía decir de ellos:

— ¡Son unos zopencos, unos títeres de cuerda ¡No saben más que marcar el paso, ¡De qué va uno a hablar con ellos si no saben otra cosa que decir *heil* Hitler!

— ¿De dónde quiere usted que le traigamos un profesor? -le respondía yo a Nikolái Ivánovich, sonriendo.

— Yo mismo me haré con "lenguas" de verdad. Sólo me falta su permiso.

— ¡Puede usted contar con él!

Y Nikolái Ivánovich ideó la operación referida. Esta operación fue especial.' Según se indica en los manuales militares, la emboscada ordinaria se efectúa así: apostados en determinados lugares, los soldados esperan al enemigo y lo atacan cuando aparece. Pero si el lugar de la operación es una carretera descubierta y en torno no hay sino campos, ¿cómo tender una emboscada? Por eso, Nikolái Ivánovich se determinó a realizar, según palabras propias, una "emboscada móvil" en galeras.

Con el fin de no despertar sospechas se puso un uniforme de oficial alemán, y a los demás guerrilleros les hizo que se disfrazaran de policías.

Kuznetsov no había elegido al buen tuntún aquel bonito *Oppel Admira!*. Las presas hechas en aquel automóvil resultaron interesantes en verdad; las "lenguas", "largas" en efecto.

En el campamento, Kuznetsov se presentó a los prisioneros vestido de teniente alemán. Observando la etiqueta establecida en el ejército hitleriano, dio un taconazo al saludarlos.

— Siéntese -dijo con aspereza el comandante Hahn al cortés teniente, señalando un tronco. En la tienda de campaña no había otro asiento.

— ¿Cómo se sienten ustedes? -preguntó Kuznetsov con amabilidad.

Mas aquéllos no estaban de tan buen humor.

- Díganos dónde nos encontramos y qué significa todo esto.
- Están en un campamento de guerrilleros rusos.
- ¿Y cómo ha venido usted a parar al campo de nuestros enemigos siendo un oficial del ejército alemán?
- He llegado a la conclusión de que Hitler conduce a Alemania a la muerte, de que perderá la guerra indefectiblemente y me he pasado voluntario a los rusos. Les aconsejo que sean también sinceros.

Los alemanes no se obstinaron mucho en callar, y Kuznetsov tuvo largas y asiduas conversaciones con ellos. Los "interlocutores" eran duchos, y Nikolái Ivánovich pudo comprobar plenamente con ellos sus conocimientos de alemán. El conde de Hahn resultó ser, muy a propósito, "paisano" de Kuznetsov, pues procedía de Königsberg.

Al registrar al consejero imperial de transmisiones, Reis, se le encontró un mapa de las carreteras de primer y segundo orden y de los ferrocarriles de toda la Ucrania ocupada. El mapa estaba dotado de extensas descripciones. Al estudiar el mapa y las descripciones, Kuznetsov descubrió un secreto muy importante de los alemanes. En la descripción se indicaba por dónde pasaba el tendido del cable blindado que unía a Berlín con el cuartel general de Hitler en Oriente, cerca de Vínitsa.

Kuznetsov decidió aclarar más pormenores y preguntó a Hahn:

- ¿Cuándo se ha tendido el cable subterráneo?
- Hace un mes.
- ¿Quién lo ha construido?
- Prisioneros rusos.
- ¿Cómo han confiado a los rusos el secreto del paradero del cuartel general de Hitler?
- Los han hecho inofensivos.
- ¿Qué quiere decir con eso? ¿Los han exterminado?

Hahn y Reiss callaron.

- ¿Cuántos prisioneros trabajaron?
- Doce mil.
- Y a los doce mil...
- Pero eso fue la gestapo -intentó justificarse Hahn. Kuznetsov se enteró por los prisioneros de todo lo que nos hacía falta. Al propio tiempo, se comprobó a sí mismo: no les había suscitado la menor duda de que no era alemán.

Ya se podía enviar a Kuznetsov a Rovno para que se dedicase a la labor de información. Mas me preocupaba una circunstancia: Nikolái Ivánovich hablaba en sueños algunas veces en ruso y se podía delatar. Hubimos de decírselo y aconsejarle que hablase lo menos posible en ruso.

- Y si tiene muchas ganas de hablar, vaya a ver a Tsessarski y converse con él... en alemán. Piense también en alemán...

Kuznetsov aspiraba a comenzar cuanto antes, según él se expresaba, a obrar de verdad. Alimentaba un odio acerbo a los hitlerianos, aunque hablaba poco de ello, pues era comedido y aun algo reservado por naturaleza. Pero su grande y buen corazón se manifestaba en todo.

Cierta vez, íbamos paseando él y yo por los contornos del campamento. Era un día otoñal, frío. Había caído la primera nevada.

De súbito notamos la presencia de un ser vivo entre unos arbustos. Nos acercamos y vimos a un niño de unos siete años. ¡Qué aspecto tan lamentable tenía! Daba grima mirarlo. De la camisa y los pantalones no le quedaban sino andrajos y se le veía el cuerpo esquelético: las costillas, remarcadas, y amoratada la piel que las cubría; flacas las piernas. Los cabellos se le movían de la infinidad de piojos. En un pie tenía una herida purulenta.

El niño nos miró con ojos empañados, casi sin vida, y se encogió algo.

Miré a Nikolái Ivánovich. Estaba pálido como la muerte. Se quitó el chaquetón acolchonado sin decir palabra, envolvió al niño en él, lo tomó cuidadosamente en brazos y se encaminó al campamento a paso rápido.

Luego nos enteramos de que el niño se llamaba Pinia. Había quedado vivo milagrosamente de una represión sangrienta que cometieron los fascistas contra los hebreos.

Instalamos a Pinia en la tienda de sanidad. Nikolái Ivánovich siempre le traía los bolsillos llenos de regalos cuando regresaba de algún servicio de información.

— Cuando te repongas te mandaremos a Moscú -le decía Nikolái Ivánovich.

EL MACHETE DE PLATA

Junto al pueblo de Vorónovka, no lejos del campamento, encontramos un prado adecuado para campo de aterrizaje. La explanada era amplia, pero la superficie llana en que pudiera tomar tierra un avión, es decir, en que pudiera rodar y detenerse, era reducidísima. Del aviador se requería gran exactitud para que aterrizase bien.

De Moscú nos habían prometido municiones, y nosotros, queríamos enviar importantes documentos capturados y a los heridos. Comunicamos a Moscú las coordenadas del prado, y nos contestaron que vendría un avión.

Kochetkov era entre nosotros especialista en aeródromos. Distribuyó las hogueras por la pradera según todas las reglas: unas indicaban los límites, otras representaban la letra T para señalar la dirección y el punto de aterrizaje. En los caminos que conducían al aeródromo, a una distancia de tres a cinco kilómetros, colocamos puestos ocultos de vigilancia.

Esperamos dos noches inútilmente, y a la tercera llegó el avión, pero nos acechaba la mala suerte. Una hora antes de la aparición del aeroplano, se nos echó encima una densa niebla que venía de un riachuelo. Se extendió a muy poca altura y cubrió la explanada por completo. ¿Qué hacer? ¿Cómo recibir el avión? No podíamos advertir al piloto el peligro que había para aterrizar, pues no se habían convenido señales al efecto.

— Víctor Vasílievich -dije a Kochetkovañada fuego, puede que así se disipe la niebla.

Las hogueras desprendieron inmensas llamas, pero la niebla seguía cubriendo densamente la explanada. Se oyó con claridad el ruido de motores.

— ¡El avión! ¡Más lumbre! -mandó Kochetkov.

En aquella ocasión su voz de trueno venía a pedir de boca.

Apenas visible a través de la niebla, el avión apareció encima de la explanada, pasó volando y

marchó a un lado.

— Se ha marchado, han comprendido que no se puede aterrizar -dije.

Mas, de pronto, volvieron a oírse voces:

— ¡Vuelve, viene otra vez! Alguien dijo a mis espaldas: Han determinado aterrizar, pese a todo.

El ruido de los motores aumentó. No veíamos el avión, pero comprendimos por el ruido que volaba ya sobre la pradera. De súbito se vio un fogonazo y se oyó un estrépito espantoso.

Comprendimos que el piloto no había, visto la letra T y había aterrizado donde no debía. Todos nos abalanzamos en aquella dirección.

El avión estaba más allá del límite de la explanada, a varios metros del riachuelo, con la proa hundida en tierra. Los pilotos, el observador y el radista habían salido ya, pistola en mano. Al ver que no éramos enemigos, las guardaron y se sentaron consternados en el suelo junto al avión averiado. El jefe de la tripulación, a quien saludé, tenía la frente ensangrentada.

— ¿Está herido?

— No es nada» un rasguño. Pero él -dijo el capitán, señalando al avión— está herido de muerte.

Nuestro mecánico Rivas examinó el avión con los tripulantes y confirmó que no se podía hacer nada: se había roto el tren de aterrizaje y estaban perforados los planos y los depósitos de combustible. No se requería un arreglo, sino un recambio de piezas.

Por grande que fuera la pena que nos diese, adoptamos la única resolución posible: pegar fuego al avión. No se lo podíamos dejar al enemigo como trofeo.

Los guerrilleros, lo descargaron rápidamente, le quitaron las ametralladoras y cuanto se pudo desenroscar y arrancar. Luego pusimos paja debajo de las alas y de los depósitos, lo rociamos con gasolina y lo incendiamos.

Las llamas envolvieron al aeroplano, los depósitos estallaron y se elevó una columna de humo. Nosotros estábamos a un lado, despidiéndonos de él en silencio como de un emisario vivo de nuestra Patria. Tanto nosotros como los aviadores nos sentíamos culpables en cierta medida. Mas, ¿en qué consistía nuestra culpa? ¡Maldita niebla!

Ocurrió esto en los días de la heroica defensa de Stalin-grado. Y en aquellas circunstancias en que el país ponía en tensión todas sus fuerzas para luchar contra las hordas fascistas, la Patria no nos había olvidado a nosotros, guerrilleros de un destacamento, soviético que peleaba en los. lejanos bosques de Sarny...

Al día siguiente se celebró un mitin de los guerrilleros de nuestro destacamento. Juramos que en lugar del avión incendiado destruiríamos diez del enemigo y enviaríamos a Moscú los objetos de valor conquistados en combate para que construyeran nuevos aviones. Desde la retaguardia del enemigo apoyamos la patriótica iniciativa de los obreros, koljosianos e intelectuales soviéticos que entregaban sus ahorros para que se construyeran armas con destino a nuestro ejército.

Comenzamos la búsqueda de otra explanada de aterrizaje más segura. En esa empresa dimos con personas que nos indicaron un paraje útil para aeródromo, con lo que prestaron un gran servicio a nuestro destacamento.

Poco antes de la catástrofe del avión, a unos veinte kilómetros de nuestro campamento, unos

desconocidos atacaron a un convoy alemán de productos lácteos. Mataron a los hitlerianos, recogieron los productos y los repartieron entre los campesinos. Cuando me lo contaron, pensé: "Habrán sido algunos de nuestro servicio de información". Interrogué a los camaradas, y ninguno sabía una palabra. Al cabo de unos días volvimos a enterarnos de que alguien había detenido en la carretera principal un camión alemán en el que el jefe de los gendarmes del distrito y dos soldados alemanes llevaban a cinco koljosianos presos. Fusilaron a los alemanes y pusieron en libertad a los koljosianos. Este caso lo contaron a nuestros guerrilleros los propios aldeanos liberados.

— ¿Cómo eran esos muchachos? —preguntaron a los koljosianos.

— Lo mismo que vosotros, pero no los podemos describir con detalle, pues del miedo no los retuvimos en la memoria.

Encomendé a los del servicio de información que preguntasen a todos los habitantes y averiguasen qué otros guerrilleros más había por allí. Pasó una semana, luego otra, y aún no nos habíamos enterado de nada.

A buscar el nuevo campo de aterrizaje fue el guerrillero Napoleón Sargsián, un armenio joven y alegre, con otros tres combatientes. Se acercaron a una aldea desconocida. Sargsián y sus compañeros se detuvieron en la linde del bosque, a unos trescientos metros del pueblo.

— Esperadme aquí, iré solo.

Sin pararse mucho a pensar, Sargsián se "camufló": se puso el gorro con la estrella hacia atrás y entregó su metralleta a uno de los suyos.

Vio a un hombre junto a la casa extrema y se percató en seguida de que hacía señales delante de la ventana. Salió otro. Sargsián creyó que se trataba de una emboscada, se volvió rápido y echó a correr. Los desconocidos lo siguieron. Los camaradas que estaban observando desde el bosque vieron aquello y se tendieron con la intención de cubrir la retirada de Sargsián, que no llevaba armas. En aquel momento oyeron la voz, bastante pacífica, de un perseguidor:

— ¡Eh, muchacho, espera que hablemos!

Sargsián llegó adonde estaban sus compañeros, asió su metralleta y exclamó, encañonando a los enemigos:

— ¡Alto! ¡Abriremos fuego!

Pero aquéllos siguieron avanzando tranquilos al encuentro. Un joven fornido de ojos azules se acercó a Sargsián y le dijo:

Más vale que te vuelvas el gorro. Yo mismo no me tranquilicé hasta que vi la estrellita. Y si llevas una estrella en el gorro quiere decir que no hay por qué temer, que eres de los nuestros.

— Bien, ¿y qué? -preguntó Sargsián, provocativo.

— Pues nada, que eres de los nuestros. Me llamo Nikolái Strucinski. Decidle a vuestro jefe que quiero presentarme a él. Tengo aquí también un pequeño grupo de guerrilleros.

La charla adquirió un tono pacífico. Se pusieron de acuerdo en seguida para encontrarse la vez siguiente, y Strucinski regaló a Sargsián, en prueba de amistad, un machete, de plata de trofeo, como los que usaban los comandantes de distrito alemanes.

Al regresar al campamento, Sargsián me contó el encuentro que había tenido, mas calló que había dejado su arma a los camaradas y luego puesto pies en polvorosa. Tampoco dijo lo del regalo.

Dos días después de esa conversación salió un número de nuestro periódico *Venceremos*. Se insertaba una caricatura de Sargsián con el gorro vuelto hacia atrás y las manos en los bolsillos, dándose aire de importancia, y tras él, asombrado, un guerrillero con metralleta.

Pero Sargsián no estaba en el campamento y no pude pedirle explicaciones. Había ido por orden mía a traer a Nikolái Strucinski.

No tardaron en venir.

— ¿Lo has traído? -le interrogué.

— Sí, camarada jefe.

— ¿Has visto este dibujo? -le pregunté, mostrándole la caricatura.

El mozo palideció.

— ¿Es verdad eso?

— Sí.

— ¿Cómo se te pudo ocurrir? ¿Cómo pudiste entregar tu arma a otro?

— Perdona, camarada jefe.

— ¡Que no se vuelva a repetir! Vamos.

Fuimos donde estaban los que había traído Sargsián.

Junto a la última tienda del campamento había nueve personas en pie. Estaban armados con fusiles automáticos "SV", carabinas y pistolas alemanas. De los bolsillos les salían los mangos de granadas de mano alemanas, parecidas a las mazas que utilizan las cocineras para machacar patatas cocidas. Al lado estaba la ametralladora que habían traído.

— ¿Quién es el jefe? -inquirí, mirando a un hombre maduro con bigotes, suponiendo que sería él. Me equivoqué. Del grupo se destacó un muchacho muy joven.

— ¡Nicolái Strucinski! -dijo, presentándose.

— ¿Qué tiene que decirme?

— Nosotros queremos ingresar en su destacamento.

— ¿A quiénes incluye en ese "nosotros"?

— Somos casi todos de la misma familia. Este es mi padre -dijo Nikolái Strucinski, señalando al hombre de propecta edad con bigotes-. Estos son mis hermanos menores Zorz, Rostislav y Vladímir. Estos otros dos son koljosianos de nuestro pueblo y éstos, fugitivos del campo de concentración de Rovno. Y nadie más.

Mientras escuchaba, observaba atentamente al padre y a los hermanos Strucinski. Tenía ante mí una escala de edades: el padre y cuatro hijos. La diferencia de edad entre los hijos no era mucha: un año o año y medio. Todos eran robustos, sanos y muy parecidos. El padre tenía las facciones regulares, azules los ojos y una complexión maciza, vigorosa, rasgos que distinguían a todos sus hijos.

Nicolái Strucinski me contó que, recientemente, se habían separado de su grupo once personas, marchando en dirección a la línea del frente para unirse con el Ejército Rojo.

Hablaba pausado, tranquilo, pensando cada palabra. El padre lo miraba fijamente y repetía con los labios, en silencio, sus palabras.

- De manera que tenían todo un destacamento de guerrilleros y usted era el jefe.
- ¡Qué guerrilleros podíamos ser nosotros! Los alemanes dieron en llamarnos así.
- De todos modos, ¿qué habéis hecho?
- ¿Qué podíamos hacer? Éramos muy pocos.
- ¿Cómo os habéis enterado de nuestra presencia?
- ¡Y cómo no nos habíamos de enterar! Por aquí todo el mundo habla de ustedes. Los hemos buscado mucho tiempo, hemos estado incluso en el lugar donde se quemó su avión.

Y nos dijo de inmediato que junto al pueblo de Lenchin había un pastizal amplio y llano en el que podría aterrizar perfectamente un avión.

Pedí consejo al comandante adjunto para las cuestiones políticas, Stéjov, y al jefe del servicio de reconocimiento, Lukín, y decidimos admitir en nuestro destacamento a todo el grupo de los Strucinski.

Al cabo de unos días vi a Sargsián el machete de plata.

- ¿De dónde lo has sacado?
- Camarada jefe, es un regalo.
- ¿De quién?
- De ese mismo Strucinski. Llamé a Nikolái Strucinski.
- Camarada Strucinski, ¿cómo fue a parar a sus manos este machete de plata?
- Pues una vez que pusimos en libertad a unos koljosianos detenidos, y con ellos iba el jefe de los gendarmes en persona. A él se lo quité.
- ¿De manera que fuisteis vosotros? ¡Pues ya está desentrañado el misterio! ¿Fuisteis también vosotros quienes os llevasteis el convoy alemán?
- Sí, nosotros.

Después nos enteramos con todo detalle de la gloriosa historia de la familia de los Strucinski, familia de guerrilleros soviéticos.

UNA FAMILIA DE GUERRILLEROS

Vladimir Stepánovich Strucinski había trabajado de albañil casi toda su vida en el distrito de Liudvipol. Había criado y educado con su mujer, Marfa Ilínichna, a nueve hijos. Cuando la Ucrania Occidental se reincorporó a la Ucrania Soviética, la familia de Vladimir Stepánovich pudo vivir con desahogo. Vladimir Stepánovich se hizo ayudante de inspector forestal.

En vísperas de la guerra, los hijos mayores trabajaban: Nikólai, de chófer en Rovno; Zorz, de aprendiz de tornero en los astilleros de Kerch; Rostislav y Vladimir ayudaban a su padre en la hacienda. Los demás aún eran pequeños.

Comenzó la guerra y los alemanes ocuparon la tierra natal de los Strucinski. En los primeros días de la ocupación detuvieron y se dispusieron a enviar a Alemania a Nikolái y Rostislav Strucinski, pero éstos huyeron del campamento al bosque. Al poco tiempo se unió a ellos el tercer hermano, Zorz, que había logrado abrirse camino a su terruño.

Zorz había quitado una ametralladora de un tanque alemán destrozado y la adaptó para disparar con ella a pulso. En un principio, esta ametralladora era la única arma de que disponían los tres hermanos. Nikolái fue el primero en abrir la cuenta de combate: mató a un gendarme alemán y le quitó el arma.

Así empezaron los tres hermanos a actuar como guerrilleros. Mas, poco tiempo después, Vladímir Stepánovich se incorporó al destacamento, bajo el mando de su hijo.

La familia guerrillera de los Strucinski iba creciendo. De uno en uno, se adherían a ellos los vecinos del lugar, koljosianos y soldados rojos, fugitivos del cautiverio alemán, que se encontraban por el bosque.

En los pueblos empezaron a hablar de los hermanos guerrilleros. Un traidor los delató, y los fascistas irrumpieron en la casa de los Strucinski, en la que se encontraba Marfa Ilínichna con sus cuatro hijos menores. Los verdugos le dieron de puntapiés y culatazos, pegaron a sus pequeñuelos delante de ella, exigiéndole que declarase dónde estaban su marido y sus hijos. Mas ella no confesó. Le retorcieron las manos, la amenazaron con la horca si no hablaba.

Mas no la ahorcaron. Decidieron dejarla para vigilarla y averiguar el paradero de sus hijos.

Por la noche, Vladímir Stepánovich llegó de pronto a su casa y llamó despacio a la ventana. Marfa Ilínichna abrió la puerta: esperaba la llamada, pues a Volodia, uno de los hijos menores, ya le había dado tiempo a contar a su padre lo ocurrido.

— Escucha, Marfa -dijo Vladímir Stepánovich-, arréglate ahora mismo, toma a los pequeños y a la chica y vámonos. Os llevaré a un caserío, a casa de uno de confianza. A Volodia me lo llevo conmigo.

Volodia tenía dieciséis años.

Marfa Ilínichna recogió de prisa lo más imprescindible, despertó a los pequeñuelos, y toda la familia salió de la casa. Ocultos por el manto de la breve noche estival, los Strucinski abandonaron su hogar sin que nadie los viera. Al otro día, los alemanes pegaron fuego a la casa y desvalijaron el resto de objetos y enseres.

La incorporación de los Strucinski a nuestro destacamento fue un gran hallazgo para nosotros. Conocían bien el país en que habían nacido, tenían parientes y amigos en muchos pueblos y ciudades y, lo que era más importante, conocían Rovno al dedillo, la ciudad que nos interesaba en particular.

Nikolái Strucinski no había sido el jefe de su reducido destacamento por casualidad. Reunía en su persona rasgos de valentía, audacia y serenidad. Desde los primeros días, los guerrilleros lo llamaron *el Tranquilo*.

En un principio no reparamos gran cosa en Zorz Strucinski, que era un año más joven que Nikolái. Fornido, rubio y con ojos azules, como los Strucinski mayores, se distinguía de ellos porque era más bajo y acaso más tranquilo y callado que Nikolái. Andaba despacio, balanceándose.

— Es un torpón —dijo Lukín de él en cierta ocasión.

Así me pareció a mí también. Pero pronto cambiamos de parecer. Después de los primeros combates en que participó Zorz, empezaron a decir de él que no conocía el miedo.

— Zorz actúa con su ametralladora como un minero con su martillo perforador -me dijo Kolia Fadéiev, jefe de una sección.

Zorz tiraba con mucho tino y, además, su ametralladora no tenía apagallamas, por lo que el

estruendoso fuego sembraba el pánico. Luego salió a relucir que sabía manejar toda clase de armas y, como el que no quiere la cosa, empezó a enseñar a otros a tirar con puntería, a desmontar, limpiar y montar las metralletas, las ametralladoras y los fusiles. Pronto fue un participante insustituible en las operaciones más complicadas. Con la misma tranquilidad que entraba en fuego, volvía del combate, se sentaba y callaba, escuchando cómo otros referían los sucesos.

Zorz no dio nunca pie a que le llamásemos la atención, y en los elogios teníamos que ser muy comedidos. A sus espaldas, los guerrilleros hablaban de él entusiasmados, pero si a alguno se le ocurría hablar bien de él en su presencia, no diré que se azaraba, sino que más bien sufría: se ponía rojo como la grana, no movía un músculo de la cara, pero se le subían los colores y luego le desaparecían poco a poco, hasta palidecer.

Rostislav Strucinski, de diecinueve años, era un soldado diligente, disciplinado, y seguía en todo el ejemplo de sus hermanos mayores.

Volodia Strucinski había cumplido los dieciséis. Al principio decidimos destinarlo a la sección de intendencia, pues estaba bastante sordo, pero protestó, dijo que quería pelear. No logramos convencerlo, por mucho que nos esforzamos: hubimos de darle un arma. En la sección que lo encuadramos procuraban dejarlo en el campamento, pues temían que en el fragor de la lucha no oyese las voces de mando. Mas tampoco lo consiguieron. Eran tantos sus deseos de pelear que, en fin de cuentas, participó en casi todos los combates. Volodia tenía un gran cariño por las armas: todos los ratos de ocio se los pasaba desmontando, limpiando y volviendo a montar su carabina. Le gustaban también los relatos de las acciones de guerra. De la tensión con que oía a los que narraban, desorbitaba tanto los ojos que parecía se le subían a la frente.

Vladimir Stepánovich, el padre de los Strucinski, tenía ya cincuenta y cinco años, pero estaba fuerte y sano. Apenas se le distinguían las numerosas canas entre sus cabellos rubios. Lo nombramos subjefe de la intendencia del destacamento. Era un avituallador insustituible. Como quiera que hablaba en ucranio y en polaco, sabía ponerse de acuerdo con los campesinos. Allí donde aparecía el viejo Strucinski, le daban gustosos patatas, hortalizas, harina, legumbres secas y otros productos.

En nuestras operaciones de avituallamiento, es decir, en las ocasiones en que asaltábamos almacenes o convoyes alemanes, Vladimir Stepánovich no nos era menos útil, pues tiraba bien con fusil y no perdía la serenidad en la refriega. Tenía un defecto nuestro viejo, y era su excesiva bondad. Como intendente, estaba encargado del alcohol que nos llevamos de una destilería de licores alemana. Gastábamos el alcohol siguiendo un orden riguroso y determinado. Se destinaba, principalmente, para las necesidades del hospital. Pero solía acudir algún que otro aficionado a la bebida y le pedía:

— ¡Vladimir Stepánovich! Tengo un poco de fiebre. Déme una copita.

O decía así:

— Me he resfriado; de seguro que me ha dado la gripe.

El viejo no podía negarse y les daba la "medicina".

Amonestábamos seriamente y aun castigábamos a los que iban a pedir alcohol a Strucinski, y a él le dijimos reiteradas veces que no les diera de beber, mas siempre replicaba, turbado:

— Perdóneme, camarada jefe. Pero es que le da a uno lástima de ver a los que vienen enfermos.

— ¡Vladímir Stepánovich! Tenemos médico, y los enfermos deben ir a que los cure él.

— Sí, así tiene que ser -decía Strucinski, arrepentido.

Pero pasaba otro día o dos más, y se repetía lo mismo.

Hubo que retirar el alcohol del cuidado de Strucinski.

Cierta vez, los del servicio de reconocimiento entraron, a petición de Nikolái Strucinski, en el caserío en que se ocultaba de los alemanes Marfa Ilínichna con sus hijos pequeños y la visitaron.

Al regresar, uno de los del servicio de reconocimiento me dijo:

— ¡Camarada jefe! Un muchacho me ha dado una carta para que se la entregue sin falta a usted, personalmente.

Y me dio un trozo de papel gris, en el que estaba escrito con lápiz:

"Al jefe del destacamento de guerrilleros de parte de Vasili Strucinski ruego al jefe encarecidamente si puedo ingresar en el destacamento de guerrilleros cuando venga daré las gracias al jefe. Hasta la vista Vasili Strucinski 26 de octubre de 1942. Mis hermanos son guerrilleros y yo también quiero".

Las faltas de ortografía son mala cosa, pero Vasili tenía diez años nada más y había asistido a la escuela sólo un año, cuando aún no habían llegado los alemanes. Aún no se me había ocurrido qué contestar a Vasili, cuando vino a verme Nikolái Strucinski.

— Tu hermanito me ha dirigido una solicitud -le dije.

Nicolái repuso, sonriendo:

— Hace ya mucho que no nos deja en paz: no se cansa de pedir que lo admitan en la guerrilla. Pero yo quiero rogarle una cosa, camarada jefe. Los guerrilleros cuentan que mi familia corre peligro allí: parece ser que los alemanes se han enterado dónde están. Dé usted su permiso para recoger a toda la familia en el campamento.

Accedí, y al cabo de unos días vino al campamento Marfa Ilínichna Strucínskaia con tres hijos pequeños y su sobrina Jadzia. Vino también Vasili, el que había escrito la instancia.

Todos los Strucinski, pequeños y mayores, encontraron quehacer en el destacamento.

Marfa Ilínichna, mujer de cincuenta años pasados, no quería estar un momento cruzada de brazos. Le daba vergüenza, dirigirse a mí personalmente y enviaba a su marido a que me pidiera que le diese algún encargo para ella. Mas yo no quería recargarla: ya tenía demasiada faena con los chicos. Entonces Marfa Ilínichna se puso a remendar y lavar la ropa de los suyos y de muchos otros guerrilleros. Trabajaba días y noches sin descanso. Llegué a la conclusión de que le sería menos agobiador hacer de cocinera en una sección. Ella aceptó gustosa, pero siguió lavando y remendando la ropa de muchos guerrilleros.

Pese al ardor combativo de Vasili, lo destinamos a la sección de intendencia para que estuviese al cuidado de los caballos. Al principio se enfadó, se sintió ofendido, pero luego le gustaron tanto mi potro, llamado *Diversant*, y los otros caballos, que se conformó con la designación. Además, hacía, por así decir, las veces de ayudante de su padre, pues corría por el campamento con encargos de él.

Slava, hijo de once años, de los Strucinski, ayudaba también a su padre, y la sobrina Jadzia trabajaba de cocinera en una de las secciones del destacamento.

A Katia, hija de quince años, la colocamos en la sección de sanidad. Agradó en seguida a los enfermos y heridos. Al contrario de sus hermanos, era muy vivaracha y ligera. No podía estarse sentada en un sitio. Se acercaba a los enfermos a cada momento, preguntándoles: ¿Te hace falta algo? ¿Y a ti?

Y corría a cumplir los encargos como una exhalación, tan de prisa, que sus trenzas rubias flotaban en todas direcciones.

Una vez vino a verme. Digo mal "vino", pues entró volando en la choza. Sofocada por la carrera y la emoción, brillantes los astutos ojos azules, soltó como una ametralladora:

— Camarada jefe, los heridos están descontentos de la alimentación. Y aunque les sirven de la cocina del Estado Mayor, es igual. Guisan mal y siempre lo mismo. Y ellos tienen distintas enfermedades, y les gustaría comer algo especial. Hace falta una cocina aparte para ellos.

— ¿Una cocina aparte? -dije yo, sonriendo-. ¿Y de dónde vamos a sacar un cocinero "especial"? ¿Quién les va a guisar?

— Pues yo misma. ¡Qué! ¿No?

— ¡Bueno!

Organizamos una cocina para la sección de sanidad, y a Katia la nombramos cocinera. Le dimos dos ayudantes: eran unos guerrilleros barbudos, de edad. ¡Acaso podía mandar en ellos una chiquilla! Por eso, Katia lo hacía todo sola. A veces se la veía con un enorme pernil a cuestas, lo partía a hachazos, lo cocía y aún le daba tiempo a atender a los enfermos. Y nuestros heridos comían con apetito las sopas ucranianas, los filetes de lomo de cerdo, los pastelillos cocidos, y elogiaban a Katia Strucínskaia.

KOLIA EL PEQUERO

Nuestro guerrillero Kazakov se perdió, yendo con su grupo a hacer una descubierta a la estación de Klésov. Por inexperto y no saber orientarse, anduvo todo un día y una noche por el bosque sin hallar' el camino al campamento. A dondequiera que encaminara sus pasos, al cabo de una o dos horas iba a salir al mismo sitio. Pasó la noche solo en el bosque y no pudo encender siquiera una hoguera. Erró todo el día siguiente. Al declinar la tarde oyó el mugir de vacas, y se dirigió en aquella dirección con cautela, procurando no pisar las ramas secas' para no hacer ruido. Poco después fue a dar a un calvero, donde pastaban unas vacas y bueyes. En un tocón estaba sentado un zagalillo, fija la atención en la vara que alisaba con una navaja.

Kazakov se acercó al muchacho, mirando a los lados:

— ¡Buenas tardes, mozo!

El flaco pastorcillo trigueño se levantó sobresaltado y, desorbitando los ojos, los puso en Kazakov,

— ¿De qué te has asustado? ¿Eres de aquí?

— Sí -respondió el muchacho. Y, al ver que Kazakov llevaba un fusil colgado del hombro, pistola y granadas al cinto, le preguntó con vivacidad-: Buen hombre, ¿eres guerrillero?

— ¡Estás hecho un tunante!

— Bien se ve que eres guerrillero -dijo el zagalillo sin titubear.

- ¿Has visto a los guerrilleros?
- No. Pero la gente dice que cerca de Rudnia-Bobróvskaia hay muchos.
- ¿Por qué lado queda Rudnia-Bobróvskaia? Precisamente allá tengo que ir.
- Yo sé el camino. ¿Quieres que te acompañe?
- Sí. ¿Cómo te llamas?
- Kolia.

Kolia le contó su vida en el acto. Era de Klésov. Los fascistas habían torturado y matado a su padre; a su madre y hermano mayor se los habían llevado a Alemania. Antes estudiaba en la escuela, pero ahora estaba Cerrada y se metió a pastor para ganarse los garbanzos.

- Kolia, ¿sabes qué? -dijo Kazakov, interrumpiéndolo-. Hace casi dos días que no como. Llévate el ganado al pueblo y tráeme algo de comer.

Restalló el látigo, Kolia emitió un silbido y puso en marcha su "mercancía", como llamaba al rebaño. Volvió al anochecer adonde había dejado a Kazakov y le trajo un jarro de leche, unas tortas y un trozo de tocino:

- Buen hombre, coma. Esto me lo ha dado el ama para cenar.

Kazakov se arrojó con ansia a la comida, y Kolia le preguntó al punto:

- Buen hombre, ¿me dejas que vaya contigo a la guerrilla?
- Kolia, el jefe nos va a echar una bronca. Eres pequeño.
- Ya tengo doce años.
- Son pocos, ¡aún eres pequeño, muchacho!
- Entonces, vamos a reunir nosotros mismos un destacamento. En el bosque hay mucha gente que ha huido de los alemanes.

Kazakov se sonrió:

- ¿Y si los alemanes nos echan el guante y nos matan?
- ¡Nos esconderemos!

Cuando oscureció del todo, Kolia llevó a Kazakov a un corral, lo metió en el henil, y el guerrillero, que llevaba dos noches sin pegar ojo, durmió allí a pierna suelta. Kolia pasó la noche en vela, paseando cerca del henil para guardar a Kazakov, y al romper el alba lo despertó y fue a acompañarlo.

Por la mañana, los campesinos sacaron de los corrales sus bestias, pero el zagalillo no apareció. Lo buscaron mucho tiempo, lo llamaron por todos los corrales. Kolia no estaba en ningún sitio.

- Pero, ¿dónde se habrá metido? -decían los lugareños, asombrados.

Kolia y Kazakov estaban ya lejos del caserío, de camino a Rudnia-Bobróvskaia.

- Conque ¿no quieres llevarme contigo, eh, buen hombre? Pues, de todas maneras, yo no me quedaré atrás... -Te seguiré, y asunto concluido.

Se detuvieron cerca, de la aldea de Karpílovka. Kazakov se ocultó tras un arbusto, y Kolia fue solo al pueblo por algo de comer. Volvió al cabo de una hora, trajo pan y tocino, y se puso a

contar las nuevas que traía:

— La gente dice que en la inspección forestal de Karpílov ka hay muchos policías. Duermen fuerte por la noche y no dejan a ninguno de guardia. Vamos a atacarlos, ¿eh? ¿te parece bien?

Difícil es imaginar cómo llegaron a ponerse de acuerdo, pero el hecho es fidedigno: Kazakov se dejó llevar de las palabras de Kolia. Pensó así: "¡No estaría mal si me presentase en el destacamento con trofeos y prisioneros!". Armó al muchacho con una granada de mano y su pistola. Por la noche se acercaron cautelosos a la inspección forestal. Junto a la casa vieron un carro. El caballo, enganchado, masticaba perezoso. Kazakov y Kolia entraron en la estancia, donde, tendidos en el suelo y en las mesas, roncaban los policías.

— ¡Manos arriba! -gritó Kolia y alzó la granada.

Kazakov los encañonaba con el fusil.

Los policías se levantaron de un salto y, sin comprender nada por la modorra, alzaron las manos.

— ¡Salid a la calle! ¡Las armas dejadlas en el carro! -mandó Kazakov.

Los policías empezaron a calzarse en silencio y a sacar sumisos sus fusiles de la casa.

Kazakov se quedó junto a la puerta, y Kolia fue hacia el carro con la pistola y la granada.

Por raro y chistoso que parezca, ocurrió así, en efecto: un guerrillero y un muchacho desarmaron a un numeroso grupo de policías. Pero, en fin de cuentas, terminó esta historia de cómica manera.

Una vez cargadas las armas en el carro, Kazakov y el chiquillo mandaron a los policías que formaran y los condujeron en dirección al campamento. Había desde allí cuarenta kilómetros a lo menos, y al oscurecer hubieron de hacer alto en un caserío para descansar. Por la noche, los policías se escaparon, habiendo recogido sus armas del carro. ¡Y lo extraño es que no hiciesen nada a nuestros "héroes"!

Kolia no se rezagó de Kazakov y llegó al campamento con él. Los guerrilleros lo acogieron con tanto cariño que nos fue de todo punto imposible negarle la estancia en el campamento.

Me encontré con Kolia al segundo día de su llegada. Lo vi sentado con varios guerrilleros: pequeño, trigueño, enjuto.

— ¿Cómo te llaman?

— Kolia -respondió, poniéndose en pie en posición de firmes, como los demás.

— ¿Quieres vivir con nosotros?

— Sí.

— ¿Y qué vas a hacer aquí? Lo que usted mande.

— Está bien -le dije, serio el semblante-, serás nuestro pastor.

— No... Pastor ya he sido. Quiero zumbiar a los alemanes.

— Bueno, muchacho, quédate... Pero hay un inconveniente; os habéis reunido muchos Nikoláis: Nikolái Prijodko, Nikolái Strucinski, Nikolái Gnediuk, Nikolái Ivánovich Kuznetsov. Todos os llamáis Nikolái. Tendremos que llamarte Kolia *el Pequeño*. ¿Te parece?

Al principio Kolia estaba en la sección de intendencia, ayudaba a cuidar los caballos, mondaba patatas en la cocina, acarrea leña. Lo ejecutaba todo bien y de prisa. Pero preguntaba a

menudo: "¿Cuándo me darán un fusil?"

Kolia fue incluido, con otros bisoños, en la sección de estudio y sacó "sobresaliente" en el examen de instrucción militar. Siempre limpio, bien ajustado el uniforme (pues, como es natural, lo vestimos de nuevo), respondía siempre a los jefes con exactitud y brevedad, como se hace en el ejército. A veces sentía unos deseos de charlar llanamente con él, de decirle algunas palabras cariñosas, pues no dejaba de ser un chiquillo, mas no había manera: respondía a la usanza militar.

LA FIESTA

En la tarde del 6 de noviembre del año cuarenta y dos, los guerrilleros se reunieron en el centro del campamento en torno a un carro, en el que se había instalado un altavoz conquistado especialmente para esta fecha.

Lida Sherstniova se afanaba junto al receptor y estaba preocupada porque le parecía que la antena era corta.

Vania Strókov, que había sido responsabilizado de organizar la escucha de la emisión, estaba no menos intranquilo que Lida, pero procuraba calmarla:

— ¡No diga eso, Lida! ¡Si la antena mide casi un kilómetro!

La susodicha antena era ya varios días objeto de la atención general.

El altoparlante emitió un ruido bronco y se oyeron ciertos sonidos que se distinguían con dificultad. Vania Strókov dio una vuelta a no sé qué otra cosa, y suspiramos con desahogo. Oímos el concierto que emitían desde Moscú. Era la primera emisión radiofónica de Moscú que escuchábamos en los últimos cinco meses. Hasta entonces no habíamos tenido más que enlace radiotelegrafía) con la capital.

Los radiotelegrafistas Lida Sherstniova y Vania Strókov resplandecían de satisfacción.

Mas no era el concierto lo que queríamos escuchar. Todos esperábamos y confiábamos oír la emisión de la sesión solemne dedicada al aniversario de la Revolución de Octubre.

Al lado del carro y sentados a una mesita de fabricación propia estaban cuatro guerrilleros con papel delante y lápices primorosamente afilados. Los cuatro tenían que escribir a un tiempo: las palabras que se le escapasen a uno las apuntarían los otros.

A eso de las seis de la tarde el locutor anunció lo que estaba esperando todo el país, lo que esperábamos impacientes nosotros, guerrilleros que habíamos rodeado el receptor bajo una lluvia menuda en el espeso bosque de Sarny: desde Moscú se iba a retransmitir la sesión solemne que se celebraba con motivo del veinticinco aniversario de la Gran Revolución de Octubre.

En el bosque se hizo el silencio. Cada cual procuraba que no se le oyera siquiera respirar.

A mil kilómetros de distancia de la capital, nos enteramos de todo lo que se hacía en el país y de la situación en los frentes de la Guerra Patria.

Rechazados de Moscú, los hitlerianos habían reunido en el verano todas sus reservas, roto el frente en la dirección suroriental y salido a los sectores de Vorónezh, Stalingrado, Novorossiisk, Piatigorsk y Mozdok. Pero, igual que todo el pueblo, nosotros no dudábamos de que nuestro ejército derrotaría al enemigo en lucha abierta y le haría retroceder.

Los soviéticos tienen la tradición de conmemorar las fiestas realizando proezas en el trabajo y en la lucha. Nosotros resolvimos conmemorar el 7 de noviembre a nuestra manera, a lo guerrillero, y de modo que los hitlerianos no lo olvidaran.

Mucho antes de la fiesta habíamos preparado dos operaciones para volar trenes enemigos. La víspera del 7 de noviembre por la noche, inmediatamente después de haber escuchado el discurso pronunciado en la sesión solemne, dos grupos de guerrilleros nuestros, uno al mando de Shashkov y otro al de Málikov, partieron a cumplir esa misión.

Al mediodía del 7 de noviembre volvió Shashkov y dio parte:

— ¡Camarada jefe! La tarea de combate encargada en honor del veinticinco aniversario de la Gran Revolución de Octubre ha sido cumplida. Ha sido volado un tren enemigo cargado de material de guerra y tropas que iba a oriente.

Por la tarde regresó Málikov. Comunicó también que, como presente al aniversario de la Gran Revolución de Octubre, había sido volado un tren con material bélico del enemigo, que se dirigía al frente.

El día de la fiesta celebramos un certamen deportivo. En un claro del bosque, a un kilómetro del campamento, cinco secciones compitieron en preparación militar. Midieron sus fuerzas en el lanzamiento de granadas a distancia y al blanco, en carreras con obstáculos, en trepar a los árboles y en otras competiciones.

La fiesta deportiva transcurrió con alborozo. Los que más alborotaron fueron los "hinchas". Llevaban ya varios días discutiendo acerca de quién vencería. Los "hinchas" más acalorados eran el viejo Strucinski, Lukín y Kochetkov.

Vladímir Stepánovich Strucinski tan pronto saltaba de su sitio, como exclamaba: "¡Maldita sea la!" "¡Cabeza de tarro, no has dado en el blanco!" Lukín andaba de un sitio para otro, animando a los que se rezagaban. Y Kochetkov soltaba tamañas carcajadas que no se podía estar a su lado, pues corrían peligro los tímpanos de uno.

Cuando más bullicio hubo fue al empezar la competición de tirar de la maroma: ¿Qué grupo vencería?

— ¡Venga, tirad!

— ¡Qué flojos sois!

Debilitado un grupo, aflojó la maroma. Los vencedores se la arrancaron de las manos y cayeron de espaldas. Una explosión de carcajadas se oyó otra vez por el bosque.

La fiesta dio fin con un concierto a cargo de los guerrilleros aficionados al arte. Empezó éste con canciones corales. La canción *Adiós, ciudad querida*, la sabían todos. La entonaron a varias voces y los demás hicieron coro. Después cantaron *Katiuska*. Vladímir Stepánovich Strucinski se puso en pie de pronto y, marcando el compás con ambas manos, entonó la canción ucraniana *Ruge y gime el ancho Dniéper*. Todos le hicieron coro, sonriendo aprobatorios.

Al corro salieron danzarines: los hubo duchos en bailar el *gopak*, la *komárina*, la *lezguinka*, y el zapateado. Unos números se sucedían a otros sin cesar. Macheret, joven de veinte años que había estudiado en la Facultad de Letras antes de la guerra, se acercó a la hoguera.

— Os voy a recitar el poema de Nikolái Tijonov *Los Veintiocho soldados de la Guardia*.

Nicolái Ivánovich Kuznetsov se irguió poco antes de terminarse la velada. Estaba excitado y

empezó a declamar, sin anunciar el título de la obra: "Por una alta montaña reptaba una culebra y se encaramó tranquila en húmedo desfiladero, haciéndose un nudo y a la mar mirando..."

De pronto, en el desfiladero donde se había enroscado la culebra, un halcón cayó del cielo con el pecho herido, con sangre en las plumas..."

Kuznetsov declamaba con sencillez y sin elevar la voz.

Mas diríase que cada palabra suya llegaba al corazón. Se notaba que recitaba la obra predilecta y más afín a su ser.

Recorrí a los guerrilleros con la vista. Estaban sentados, serios, solemnes, y miraban a Kuznetsov de otra manera.

Kuznetsov terminó de recitar en el mismo tono de voz baja, pero articulando más cada palabra:

"¡Qué importa que mueras!... En la canción de los audaces y fuertes de espíritu serás siempre un ejemplo vivo, una sublime exhortación a la libertad y a la luz!..."

¡Entonamos una canción a la locura de los valientes!"... La *Canción del Halcón*, de Gorki, recitada por Kuznetsov, nos produjo una gran impresión.

Poco después de la fiesta, el 11 de noviembre, logramos recibir el avión de Moscú. La explanada de cerca de la aldea de Lenchin, que había indicado Nikolái Strucinski, era buena, en efecto. Además, examinamos casi cada tallo de hierba y allanamos todos los desniveles del terreno. Hubimos de derribar hasta el castillete de triangulación geodésica que se alzaba a unos cuatro kilómetros del campo aquel. Bien es verdad que los campesinos se alegraron de ello, pues los mástiles se habían podrido y temían cualquier accidente.

La víspera de la noche en que nos disponíamos a recibir el avión, llegó un numeroso grupo de hitlerianos en automóviles al pueblo de Mijalin, sito a unos nueve kilómetros de nuestra explanada. Apostamos en la carretera a guerrilleros con la rigurosa misión de interceptar a los alemanes el paso hacia nosotros.

Según las condiciones que nos habían indicado de Moscú, nosotros teníamos que lanzar bengalas rojas y verdes cada media hora para que desde el avión se pudiera divisar el lugar de aterrizaje a cuarenta o cincuenta kilómetros de distancia. Ello acrecentaba el peligro de que los alemanes nos atacasen. Pero todo acabó felizmente.

A la una de la madrugada oímos el ruido de los motores. Echamos agurrás a las hogueras, y éstas levantaron más llamas. El aterrizaje fue excelente. Regocijéronse del éxito no sólo los guerrilleros, pues los vecinos del pueblo no cabían de contentos cuando el avión pasó a ras de los tejados de sus casas y se posó suavemente en la explanada, iluminando todo en torno con el resplandor de sus faros.

El avión estuvo en nuestro campo cuarenta minutos nada más. Nos dejó cartas y regalos. Embarcamos a los heridos, documentos y cartas para nuestros familiares. En aquel avión se marcharon Flores y Pastanógov, pues aún tenían que someterse a tratamiento médico mucho tiempo, y al niño Pinia, que habíamos encontrado Kuznetsov y yo. Remontóse también en el avión la tripulación del anterior, que había capotado. Enviamos asimismo a Moscú los objetos de valor que habíamos arrebatado al enemigo. Los entregábamos para que construyeran otro avión en lugar del siniestrado.

El avión se dispuso a despegar, se elevó con suavidad, dio dos vueltas a la explanada, balanceó amistosamente las alas y se marchó.

MEJORES QUE LOS AUTÉNTICOS

En el mismísimo centro de Ucrania Occidental, envuelta en frondosa vegetación, se extiende vastamente la ciudad de Rovno. No se distingue por nada extraordinario, las casas son pequeñas, de una planta, y sólo en la calle central son de dos y, rara vez, de tres pisos. No obstante, los alemanes hicieron precisamente esta ciudad la capital de la Ucrania ocupada.

Rovno nos interesaba sobremanera. Ubicábase allí a la sazón el *Reichskommissariat* de Ucrania, a cuyo frente estaba Erich Koch, gobernador general de Hitler en Ucrania y *gauleiter* de la Prusia Oriental. Habíanse instalado allí también la gestapo, la comandancia de la policía de campo y el Estado Mayor del general von Ilgen, jefe de las tropas especiales (de castigo) en Ucrania. Y pese a que los hitlerianos tenían ya a Kíev por entonces en sus manos, Rovno seguía siendo el centro suyo. Pensaban, sin duda; que cuanto más lejos del frente, más tranquilos estarían.

La ciudad estaba abarrotada de oficiales y funcionarios alemanes con sus familias, que habían acudido en busca de fácil botín.

Es claro que en Rovno se podían averiguar datos de mucha utilidad para el mando del Ejército Soviético acerca del movimiento y de las reagrupaciones de tropas germano-fascistas en el frente, de la construcción de nuevas líneas defensivas, de medidas de orden económico y de lo que pasaba en la propia Alemania. Y decidimos aproximarnos a esta ciudad seriamente, sin apresurarnos, con precaución, meditando cada paso.

Ante todo, nos determinamos a mandar a la ciudad a los que la conocían y tenían allí parientes y conocidos. La elección recayó primero en Nikolái Prijodko. Había nacido en Zdolbunov, pueblo de la región de Rovno, y trabajado en esta ciudad de gerente de un almacén en la estación ferroviaria. Había evacuado de allí en último término, cuando hubo cargado en un camión cuanto de valor había en el almacén y se oía el tiroteo y explosiones en las calles.

Kolia Prijodko tenía veintiún años cumplidos. Era de estatura descomunal, como se suele decir, con hombros de cargador, apuesto, bien parecido y bondadosos, sus ojos oscuros. Así me imaginé yo siempre a los héroes épicos rusos. Prijodko poseía efectivamente la fuerza hercúlea y la resistencia de esos héroes. Nada le arredraba; siempre quería ir donde mayor era el peligro. Cuando nuestro destacamento estaba aún en marcha hacia los bosques de Sarny, le ocurrió lo siguiente: Se adelantó a un grupo del servicio de reconocimiento y entró en un pueblo. En medio de la calle había un gran gentío; las campesinas lloraban y se lamentaban. Prijodko se acercó a las mujeres y les preguntó:

— ¿Qué pasa?

— Pues que se llevan a nuestros muchachos y muchachas a Alemania.

Dentro del corro estaban unos mozos y mozas con hatillos a la espalda. Seis policías los custodiaban.

Abriéndose paso a codazos entre los aglomerados, Prijodko se acercó a los policías:

— ¿Quiénes sois?

— Policías -repuso uno sin sospechar, naturalmente, con quién hablaba. Prijodko iba medio

de paisano.

— ¿Para qué os lleváis a los jóvenes? -les gritó.

— Nos lo han mandado y nos los llevamos. Y tú ¿quién eres? -dijo, enojado, el que iba al frente de los policías.

— ¡Ahora mismo lo sabrás!

Pronunciando estas palabras, Prijodko agarró del pescuezo a dos policías de un golpe y les hizo, con todas sus fuerzas, que chocaran frente contra frente. Rebotaron como-dos pelotas y cayeron al suelo cuan largos eran.

— ¡Dejad las armas! -mandó a los restantes, encañonándolos con su naranjero.

Cuando nuestros guerrilleros del servicio de reconocimiento entraron en el pueblo, observando todas las medidas de precaución, se les ofreció el siguiente cuadro: Kolia Prijodko conversaba animadamente con los campesinos, a sus pies había seis fusiles y, un poco apartados, los seis policías sentados en el suelo y atados.

Si los del servicio de reconocimiento tenían que andar el triple que los demás, Prijodko caminaba más que cualquier otro explorador. Y ocurría así porque él siempre estaba a mano cuando hacía falta ejecutar alguna tarea urgente.

En cierta ocasión, también durante una marcha, oímos disparos en la lejanía. Mandé a Prijodko a que averiguase lo que pasaba.

Apenas se marchó, Tsessarski se presentó a mí:

— ¡Dmitri Nikoláievich! No se puede mandar a Prijodko: tiene los pies tan rozados que no se puede calzar.

— ¡Qué dice usted! Pero se ha presentado con las botas puestas y no me he dado cuenta de nada.

Cuando Prijodko volvió, le pregunté:

— ¿Qué tienes en los pies?

— ¡Nada, un callo sin importancia!

— Me engañaba. Resultó que se había calzado a duras penas para presentarse a mi llamada; de reconocimiento había ido descalzo.

De manera que habíamos decidido enviar a Rovno primero a Nikolái Prijodko. A la pregunta de si estaba dispuesto para partir, respondió categórico:

— ¡Pues claro, no faltaba más! Puede usted confiar en mí. No lo dudábamos.

Mas ¿cómo vestir a Prijodko? La ropa que llevaba y con la que dormía junto a las hogueras estaba muy usada. Para ir a Rovno, había que vestirlo como se viste en las ciudades, a fin de que no llamara demasiado la atención.

Prendas de trofeo no teníamos ninguna. Empezamos a reparar en la indumentaria de los guerrilleros que mejor se conservaba para que se la pusiera Kolia. Destacamos a cuatro guerrilleros.

Figúrense el siguiente cuadro: cuatro personas están sentadas en paños menores junto a una hoguera, sin comprender para qué les han pedido la ropa (pues el envío de Prijodko a Rovno

se mantenía en riguroso secreto). Y en la tienda de campaña, Kolia probándose los trajes. No le sienta bien ninguno. ¡No son personas, sino unos liliputienses! -decía, rezongando.

Y, como demostración, de las mangas de la chaqueta le asomaban, desde los codos, los robustos brazos, de enormes puños. Los pantalones parecían de un hermano menor, le llegaban a las rodillas. Y al probarse los trajes, crujían por las costuras. Los volvían a sacar a la hoguera y los devolvían a sus dueños.

Vestimos a Kolia con gran dificultad. La chaqueta de paisano y los pantalones que le encontramos le estaban pequeños, así y todo. Pero zapatos de su número (¡calzaba el cuarenta y cuatro!) no los encontramos. Hubimos de enviarlo con las botas altas y los pantalones por encima.

Prijodko fue a Rovno con un salvoconducto en el que se certificaba que el "portador de la presente, Gritsenko, es vecino de la aldea de Lenchin".

Nuestro campamento estaba a ciento veinte kilómetros de Rovno. La distancia de ida y vuelta sumaba doscientos cuarenta kilómetros. Prijodko fue a pie y calculamos que regresaría al cabo de seis o siete días. No se retuvo: volvió a tiempo.

¡Con qué alivio respiré al verlo! La primera excursión a Rovno había transcurrido sin novedad. Fue un verdadero acontecimiento.

Prijodko visitó primero a una tía suya, que vivía en un pueblo cerca de Rovno. Ella le dijo que uno de los hermanos de Prijodko vivía a la sazón en la ciudad. Kolia le rogó que fuese por él. Se tardó en ello pocas horas, y Prijodko fue a la ciudad, acompañado de su hermano.

Kolia se extrañó de muchas cosas de Rovno. En las esquinas de las casas había letreros nuevos con otros nombres de las calles, escritos en alemán: "Calle Alemana", "Friedrichstrasse". En los edificios de lo que antes fueron clubs, cinematógrafos, comedores, se veían rótulos: "Sólo para alemanes". Las mejores casas estaban ocupadas por entidades alemanas y habitadas por familias de alemanes. Por las calles se oía hablar en alemán.

Prijodko visitó a la familia de un amigo. Se puso de acuerdo con ellos para que los guerrilleros utilizaran su domicilio. Así obtuvimos la primera casa conspirativa en Rovno. Le dio tiempo asimismo a ir a la estación de Zdolbunov, a treinta kilómetros de Rovno. Allí también encontró a amigos y concertó con ellos lugar y fecha para el siguiente encuentro.

Cuando Prijodko terminó de hablar, le pregunté:

— Y el salvoconducto, ¿te lo han comprobado en algún sitio?

— Unas tres veces. Sin contratiempos.

Esa fue también una victoria nuestra, pero no le dije a Prijodko por el momento en qué consistía.

A partir de entonces enviamos a Rovno a otros camaradas también. El encargo que se les hacía era sencillo: buscar domicilios donde se pudieran fijar citas y enterarse de que instituciones alemanas había en la ciudad y dónde se instalaban.

Pusimos en camino a Polikarp Vozniuk. Este se había adherido a nosotros ya en los bosques de Sarny, por los que guerrilleaba con un reducido grupo de koljosianos. Tras Vozniuk enviamos a Rovno a Bondarchuk, también natural de aquellos lugares, que se nos incorporó con el destacamento de Strucinski.

Sin esperar el regreso de los que habíamos enviado a Rovno, mandamos allí mismo a Nikolái Strucinski. Llevaba un documento falso extendido supuestamente por la administración

urbana de Kostopol, en el que se certificaba que era maestro e iba en comisión de servicio a Rovno en busca de libros: de texto. Le proporcionamos un buen traje de paisano y estaba tan elegante que todos nos quedamos mirándolo.

Stéjov, Lukín y yo lo acompañamos a gran distancia del campamento. Nos detuvimos en el linde del bosque, elegimos un árbol y acordamos que en caso de que desplazáramos el campamento, a otro lugar, le dejaríamos una nota en el agujero de aquel árbol. Luego nos despedimos, le dimos un abrazo y se marchó.

No pude menos de recordar el cuadro de la película *La infancia de Gorki*, en el que el muchacho protagonista se marcha a ganarse el pan sirviendo. Nikolái Strucinski andaba por un prado de crecida hierba, y nosotros seguíamos en pie, mirándolo marchar hasta que se perdió de vista.

Dos días después de la marcha de Strucinski, Vozniuk tornó de Rovno. Nos contó lo que había hecho. Había encontrado a un conocido que trabajaba en una tienda alemana de compra-venta. Este dependiente dijo a Vozniuk que a aquella tienda acudía diariamente un agente de la gestapo. Vozniuk lo acechó, lo mató de dos tiros junto a la tienda y echó a correr. Al cruzar la calle, dio con un automóvil en el que viajaban dos oficiales alemanes, les arrojó una bomba, se metió en un patio, saltó por la cerca a otra calle y se escapó.

Al referir todo eso, Vozniuk sonreía en espera de algún elogio. Pero Lukín le dirigió una mirada reprobatoria y le dijo con tono amonestador, recalcando las palabras:

— ¿Quién le ha metido a usted en la cabeza hacer tal cosa? Lo han enviado a que ande por las calles sin hacer ruido, con prudencia, para que averigüe dónde está la gestapo, dónde el *Reichskommissariat* y regrese con el mismo silencio, ¡y menudo barullo arma! -prosiguió, elevando la voz-. Ahora empezarán a hacer redadas, se meterán con todo el mundo. ¿A santo de qué ha hecho usted eso? Por un agentucho de mala muerte pueden perecer los nuestros, ¡Valiente héroe nos ha salido!

Retiramos a Vozniuk del servicio de información y, al enterarse de la "heroicidad" que había hecho, los guerrilleros le preguntaban en broma: "Qué, ¿metemos ruido, amiguito?" Desde aquel día lo llamaron *el Ruidoso*.

Bondarchuk regresó al cabo de varios días. Se puso de acuerdo en una casa para utilizarla como lugar de cita, pero él las pasó bastante negras. Había trabajado en Rovno antes de la guerra y encontró en las calles a muchos conocidos que mostraron interés por saber a qué se dedicaba ahora.

Finalmente, volvió también Kolia Strucinski. Refirió con muchos pormenores cuanto había averiguado: qué instituciones alemanas había en la ciudad, dónde estaban instaladas, dónde trabajaban sus conocidos, dónde vivían parientes suyos y en casa de quiénes se podían organizar lugares de cita. Trajo varios modelos de documentos que extendían los hitlerianos.

— Y tu salvoconducto qué, ¿sin percances?

— Pues claro. Los alemanes me lo han pedido. ¡Pero qué habían de notar, si es mejor que los auténticos!

Ahora hablaré de estos documentos.

Cierta vez, Kolia Strucinski nos dijo que durante su infancia había aprendido a tallar en madera. Yo le propuse que probase a copiar un sello alemán. Kolia se hizo con un compás, afiló una navaja, arrancó de una bota el tacón de goma e hizo un sello que no se diferenciaba del original. Entonces le dimos a copiar otros sellos alemanes.

Al principio, Kolia lo hacía despacio: tardaba dos o tres días en preparar un sello nada más. Los días eran otoñales, nublados; el trabajo era delicado y requería mucha luz. Pero luego adquirió tal destreza que en una o dos horas hacía cualquier sello con filigranas, y con los mismos instrumentos: el compás y la navaja. Hubimos de proporcionarle goma, pues había arrancado ya los tacones de sus botas, de las de sus hermanos Zorz y Rostislav y se proponía seguir con las de quienes estábamos en el Estado Mayor.

En una hacienda cayeron en nuestras manos máquinas de escribir con teclado ucraniano y alemán. Tsessarski escribía en ellas cualquier documento, teniendo delante un modelo. Y Lukín sabía imitar a las mil maravillas la firma de cualquier jefe.

Tsessarski escribía el documento a máquina, Lukín lo firmaba, luego se estampaba el sello fabricado por Strucinski y resultaba un salvoconducto extendido por los alemanes. Así habían sido confeccionados los documentos para Prijodko, Strucinski y tantos otros guerrilleros del servicio de información. Expedíamos papeles en nombre de administraciones urbanas y distritales, de compañías privadas y aun de la gestapo. Y resultaban efectivamente mejor que los auténticos.

Un día ocurrió un caso curioso. De un destacamento vecino nos pidieron que les facilitáramos un salvoconducto para que un guerrillero de su servicio de información pudiera desplazarse a Lutsk. Les entregamos una "certificación de viaje en comisión de servicio", pero nos callamos la procedencia. Con esa certificación fue a Lutsk y volvió sin novedad el guerrillero mencionado. Enviaron luego a otro, y también regresó. Tuvieron necesidad de enviar a un tercero, pero había caducado ya el plazo de vigencia indicado en el papel. Entonces lo prorrogaron ellos mismos y falsificaron la firma. Nos contó todo esto a Lukín y a mí el propio jefe del destacamento, cuando vino a nuestro campamento.

— He encontrado a un muchacho entre los míos que ha falsificado tan bien la firma que no se distingue de la auténtica.

Lukín afectó un gesto de indignación, se puso en pie y alzó la voz:

— ¡Eso es un delito común! ¿Cómo se atreve usted a falsificar documentos? ¡Lo voy a llevar a los tribunales! ¡Ha falsificado... mi firma!

El jefe del susodicho destacamento quedó atónito al principio, se desconcertó, y luego nuestra chabola se llenó de sonoras carcajadas que tardaron en aplacarse.

Llegamos a falsificar tantos documentos, que los hitlerianos terminaron por notar algo y cambiar con frecuencia la forma de sus documentos. Pero nuestro servicio de información funcionaba a maravilla, y dos semanas antes de que los pusieran en vigor ya teníamos en el campamento los modelos nuevos. Nos los proporcionaban directamente de la tipografía los camaradas de la organización clandestina de Rovno, y nosotros expedíamos los nuevos salvoconductos simultáneamente a los alemanes.

LOS NUESTROS NO LO RECONOCEN

Nikolái Ivánovich Kuznetsov charlaba largo y tendido con todos los que volvían de Rovno. Hacía centenares de preguntas a Prijodko, Strucinski, Bondarchuk y Vozniuk. Pero yo aún temía dejarle marchar.

— No voy a promover ningún alboroto, pues no soy *el Ruidoso* -decía para persuadirme-. Pasearé por la ciudad, miraré lo que hay y volveré. Y después veremos cómo he de obrar en

adelante.

Al fin nos determinamos a enviarlo, pero acompañado del viejo Strucinski, que debía presentar a Kuznetsov a unos parientes suyos.

Preparamos a Nikolái Ivánovich con toda minuciosidad. Stéjov, Lukín. y yo cambiamos impresiones acerca de cada pormenor de su indumentaria. Le buscamos unas buenas botas de montar; se ajustó a su medida un uniforme alemán de trofeo, en el que pusimos insignias y condecoraciones alemanas. Realizamos todo esto sin que se enterasen en el destacamento, pues podía haber entre nosotros algún agente enviado por el enemigo. Por eso, pese a lo difícil que era observar la conspiración en las condiciones del campamento, habíamos establecido la regla de que ningún guerrillero supiera lo que no le incumbía directamente.

En el campamento, Kuznetsov llevaba asiduamente su traje. Si salía de operaciones con uniforme alemán, se enteraban de ello únicamente los que participaban en la operación.

Los preparativos duraron tres días. No se sabe cuándo dormían Nikolái Ivánovich y Vladímir Stepánovich: por el día estaban ocupados con los preparativos, y por las tardes, y aun por las noches, conversaban animadamente, paseando alejados de los camaradas o sentados a alguna distancia en un tocón.

Strucinski y Kuznetsov fueron a Rovno en una galera, el primero como arriero y el segundo como un oficial alemán de retaguardia encargado de cuestiones de avituallamiento en el distrito. Al menos, así rezaban sus papeles.

A unos dieciocho kilómetros de Rovno se detuvieron en un caserío, donde vivía un pariente de Strucinski, por nombre Waclaw Zigadlo. Al enterarse del objeto de la visita, dijo:

— Con mil amores, mi casa está a vuestra disposición. Parad en ella cuando os haga falta, pero hacedlo con precaución, pues, si no, pereceréis vosotros y me llevaréis a la perdición a mí y a mi familia.

Zigadlo tenía diez hijos. Al llegar los alemanes, su familia quedó privada del elevado subsidio que recibía del Poder soviético por numerosa.

Junto a la misma ciudad, Strucinski volvió a detenerse en casa de otro allegado. Dejó allí la galera y entró en Rovno con Kuznetsov.

Anduvieron por las calles, cada uno por una acera. Luego contaba Vladímir Stepánovich:

— Yo iba andando y me temblaban las manos y las piernas, me parecía que me iban a echar el guante en cualquier momento. Apenas veía a un alemán o, sobre todo, a un traidor-policía, volvía la cara. Me daba la impresión de que todos me miraban con recelo, pues no se me iba de la cabeza, que en Rovno me conoce mucha gente. Pero Nikolái Ivánovich iba por el otro lado de la calle como un jabato, como si fuera el amo. Leía los rótulos de las instituciones, se paraba delante de los escaparates de las tiendas como si tal cosa. Si se cruzaba con algún alemán, levantaba el brazo y exclamaba alto: ¡Heil Hitler! Me hizo caminar unas cuatro horas por la ciudad. Le hacía señales, me sonaba la nariz con el pañuelo, como habíamos convenido, para darle a entender que ya había bastante, y él, anda que te anda. ¡Es un temerario!

Así estuvo Nikolái Ivánovich en Rovno por primera vez. Ni que decir tiene que a ninguno de los que se cruzaban en la calle le podía pasar por la imaginación que aquel "oficial alemán" era en realidad un guerrillero ruso ni que, pasado cierto tiempo, le iban a seguir la pista los sabuesos de la gestapo.

Dentro de la ciudad, Strucinski presentó a Kuznetsov a otro pariente suyo, llamado Kazimierz Dobrowski, propietario de una pequeña guarnicionería: arreglaba sillas y arreos. Accedió a

ayudar a los guerrilleros y lo juró solemnemente a Kuznetsov y Strucinski. Preciso es decir que mantuvo el juramento y nos prestó una gran ayuda.

Estaba prohibido circular por las calles de Rovno después de las seis de la tarde. Kuznetsov y Strucinski salieron previamente de la ciudad, se montaron en la galera y se dirigieron hacia el campamento.

Kuznetsov había quedado satisfecho de su primera excursión. Su presencia en Rovno no había despertado sospechas, lo que significaba que se había entrenado bien. Pero dijo que su indumentaria dejaba algo que desear. Llevaba uniforme de verano, en tanto los oficiales alemanes iban con capote o con impermeable. Llevaba gorro, mientras que esa prenda la usaban sólo los del frente; en Rovno, la mayoría de los oficiales iba con gorra de plato.

Cuando Kuznetsov fue a la ciudad por segunda vez, se puso un uniformé nuevo. Se lo había cosido un famoso sastre de Varsovia, apellidado Schneider.

¡A quién no tendríamos en el campamento! Zapateros (¡de los *lapti* ya ni se hablaba!), panaderos, choriceros y el consabido sastre Schneider, de nacionalidad hebrea. Había vivido en Varsovia antes de la guerra. Cuando los alemanes ocuparon la capital polaca, recluyeron a todos los hebreos en un *ghetto*. Pero a este sastre se lo llevó a su casa un general alemán. Lo instaló en un tabuco bajo la guardilla de su mansión y le obligó a que hiciera uniformes para él y para otros oficiales. El pago del trabajo se lo embolsaba el alemán. Un mal día llegó también el fin hasta a esa existencia: el alemán anunció al sastre que lo iba a mandar al *ghetto*. De allí no había sino un camino: al paredón. Por la noche, el sastre logró huir y, tras muchas peripecias, vino a parar a nuestro destacamento. Era la primera vez en su vida que hacía a gusto un uniforme alemán, adivinando para qué lo necesitaba Kuznetsov.

A partir de entonces, Nikolái Ivánovich fue a Rovno con alguna asiduidad. Solía ir con Kolía Strucinski o con Prijodko. Pernoctaba en casa de Kazimierz Dobrowski o en la del hermano de Prijodko. Empezó a entablar conocimiento con los alemanes en los comedores y en los comercios. Hablaba con ellos de paso y a veces mantenía largas conversaciones. A la sazón, todos los temas giraban en torno a Stalin-grado. Los alemanes estaban preocupados por el sesgo de los acontecimientos en ese frente. La población legendaria, que los alemanes habían declarado ya tantas veces en su poder, se batía heroicamente, y entre los hitlerianos se corrían ya rumores alarmantes de que sus ejércitos estaban siendo cercados en aquel frente.

A Rovno enviábamos a otros camaradas al mismo tiempo que a Kuznetsov, pero, por lo común, no sabían quiénes eran ni cuándo iban. Nosotros les advertíamos que, si veían a algún compañero, no se extrañaran ni lo saludaran y pasaran de largo.

Una vez mandamos a Kuznetsov a Rovno con comodidad. Habíamos adquirido un excelente tronco de caballos grullos rodados de raza y una estupenda carretela. Ordené a Vladímir Stepánovich Strucinski que entregara estos caballos a Kuznetsov. Cuanto más rico pareciera, tanto menos peligro de que lo detuvieran correría. Mas, como Kuznetsov tenía que permanecer varios días en la ciudad, le mandé que, apenas entrara en ella, abandonara la carretela con su tiro.

Vladímir Stepánovich puso el grito en el cielo:

— ¡Abandonar semejantes corceles!... Déjeme que enganche esos dos rucios.

Rogó y suplicó, le faltó poco para llorar, mas no se salió con la suya. Kuznetsov se marchó con el tronco de los trotones de raza. De cochero fue Gnediuk, que también había recibido la orden de quedarse en Rovno a cumplir unas tareas de información.

Al cabo de tres días llegaron de pronto al campamento, en esa carretela y con los mismos caballos, nuestros guerrilleros de la ciudad Mazhura y Bushnín; residían casi permanentemente en Rovno. y acudían al campamento sólo cuándo los llamábamos o en caso de urgente necesidad.

Me asusté de verdad. Mazhura y Bushnín no conocían a Kuznetsov ni, menos aún, sabían si alguien de los nuestros iba a Rovno vestido de uniforme alemán. ¿Cómo se habrían encontrado? ¿Quién les habría entregado la carretela y los caballos? ¿Sería posible que los hubieran descubierto? ¿Sería posible que hubieran detenido a Nikolái Ivánovich? Eché a correr hacia los recién llegados, y Vladímir Stepánovich estaba ya allí dando palmadas de contento a los caballos.

— ¿Qué ha ocurrido? -interrogué, inquieto, a Mazhura ¿De dónde has sacado estos caballos?

— Es toda una historia -repuso, sonriendo-. Se los hemos quitado a los alemanes.

— ¿Cómo así?

Mazhura se apartó calmoso a un lado conmigo y empezó a contarme con la misma sonrisa que en aquellos momentos me sacaba de quicio:

Estábamos en la casa donde tenemos nuestro lugar de cita. Nos disponíamos ya a partir para el campamento, cuando vimos de pronto por lá ventana a un oficial alemán que llegaba en este coche. Se apeó y se marchó no sé dónde. El cochero quitó las riendas a los caballos, les colgó de la cabeza morrales con pienso, miró a los lados y se marchó también. Los muchachos y yo pensamos que para qué íbamos a venir al campamento a pie. Agarramos los caballos y partimos a escape. Les hemos dejado descansar una noche en el caserío junto a Rovno en que siempre paramos, y aquí estamos... ¿Verdad que son buenos los caballos, camarada jefe?

— ¡Sí, magníficos, son unos caballitos especiales! -le repliqué, suspirando con alivio.

UNA EXPIACIÓN RÁPIDA

En el caserío en que habitaba Zigadlo, el pariente del viejo Strucinski, organizamos un "faro". Era una base cómoda, situada a mitad de camino entre el campamento y Rovno. Del primero al segundo había unos ciento veinte kilómetros, distancia que podía recorrer un enlace en no menos de cuarenta y ocho horas. Una vez organizado el "faro", el enlace de Rovno llegaba sólo hasta él, y desde allí otra persona llevaba las noticias al campamento en caballos descansados y bien nutridos.

A fines de diciembre del año cuarenta y dos nos fue preciso llamar de Rovno y del "faro" de Zigadlo a todos los guerrilleros del servicio de información. Encontrábanse a la sazón en uno y otro lugar Kuznetsov, Nikolái y Zorz Strucinski, Prijodko, Gnediuk, Shevchuk..., unas veinte personas en total. Estaba también en el "faro" Kolia *el Pequeño*, que había salido de exploración ya más de una vez con los guerrilleros.

Según mis cálculos, debían llegar al campamento al amanecer- Pero se hizo de día, cayó la tarde, y la gente no daba señales de vida. En el Estado Mayor estábamos intranquilos.

¿Qué les habría ocurrido? ¿Habrían tropezado con alguna expedición de castigo o habrían caído en una emboscada? Nos supusimos los más funestos desenlaces.

— Esperemos hasta mañana -dijey si no se presentan, enviaremos a un grupo numeroso de guerrilleros por el itinerario que tenían marcado.

De pronto, a las tres de la madrugada, el de guardia en el campamento vino donde yo estaba.

— ¡Camarada jefe! Permítame darle parte de que acaba de llegar Kuznetsov.

— ¿Y dónde están los demás? -se me escapó.

La pregunta era ociosa. Tanto el guerrillero de guardia como los restantes del destacamento no sabían a quiénes habíamos llamado ni de dónde tenían que venir. Ni siquiera comprendió mi pregunta y se extrañó mucho de que se pusieran en pie cuantos estaban sentados en torno a la lumbre. Aún no le había dado tiempo a responder al de guardia» cuando Nikolái Ivánovich se acercó a la hoguera.

— ¿Da usted su permiso, camarada jefe? Los del servicio de información acabamos de llegar.

— ¿Y dónde están?

— Junto al puesto de guardia. Se han quedado custodiando a los prisioneros.

— ¿A qué prisioneros?

— Hemos deshecho a un destacamento punitivo.

Ordené al de guardia que se hiciera cargo de los prisioneros y, tranquilizado, dije a Kuznetsov:

— ¡Ea, Nikolái Ivánovich, cuéntenos usted lo que ha pasado!

— Pues no sé por dónde empezar, Dmitri Nikoláievich... ¡Es una historia algo rara! -dijo Kuznetsov-. Cumpliendo sus órdenes, nos reunimos todos los del servicio de información en el "faro", en casa de Zigadlo, camino del campamento. Pero a última hora me dijeron en Rovno que el *gebietskommissar* de Liudvipol se marchaba de vacaciones. Unas horas después tenían que pasar unas galeras, escoltadas por gendarmes, en las que se llevaban de dicha ciudad el botín saqueado, y él en persona saldría en automóvil dos horas más tarde y tomaría el tren, con sus "trofeos", en Kostopol.

Usted sabe que al *gebietskommissar* de Liudvipol se la guardábamos. Me daba pena que se perdiera una ocasión así. Ya era tarde para comunicárselo a usted y pedirle permiso: a ningún enlace le hubiera dado tiempo de volver. Lo consulté con los muchachos y, ¡ya puede usted imaginarse cómo acogieron la empresa Prijodko y Strucinski! Hasta el propio Kolia *el Pequeño* dijo que había que darse prisa en llevarla a cabo.

Nos emboscamos junto a la carretera de Liudvipol a Kostopol. El paraje no es adecuado: sólo hay algunos arbustos solitarios. Nos escondimos tras los arbustos. Ros puso una mina en la carretera, tapó con tierra el cordón y lo tendió hasta la mata en que estaba oculto Prijodko.

Estuvimos así esperando unas tres horas, y no se veían ni las galeras ni al *gebietskommissar*. El frío se nos metía en los huesos. Nos disponíamos ya a venir al campamento cuando, de pronto, a unos tres kilómetros de donde estábamos, vimos columnas de humo negro. Luego se vieron llamas por algunos sitios y se oyeron ráfagas de ametralladora y naranjeros. Al cabo de una hora asomó el convoy por el lado de la aldea incendiada, y unas veinte galeras se fueron ' acercando al lugar de la emboscada.

Figúrense el cuadro: en la galera de cabeza, con un par de caballos, a cuatro agentes de la gestapo. Se los distinguía hasta de lejos: capote negro y emblema fascista en gorras y mangas. En las otras galeras, gendarmes. Cerraba la marcha una cuadrilla de "haydamakes". "Conque vosotros sois quienes habéis pegado fuego al pueblo", pensé.

Lo mejor que podíamos hacer era atacar. Además, nuestro escondite era poco seguro, y obrar con lentitud habría sido tanto como cederles a ellos la ventaja.

Hice con la mano una seña a Prijodko. Apenas las primeras galeras se acercaron a la mina, tiró del cordel. De la explosión rodaron por tierra los de la gestapo y las astillas de las galeras destrozadas. Abrimos fuego de ametralladora y metralletas contra la columna y nos arrojamos sobre la tropa de castigo. Algunos lograron salir por pies. Prijodko y Shevchuk tomaron cada uno un fusil de los que habían tirado los alemanes y los pusieron en juego. El que más se distinguió en la escaramuza fue Zorz, que segó a los polizontes con su ametralladora. Muchos han dejado allí los huesos. A doce los hemos atrapado vivos. Registramos a los muertos y les quitamos los documentos. Luego, los muchachos recogieron los trofeos, que son fusiles, metralletas, granadas de mano... y aquí estamos.

Pero aguarden, que la historia no termina ahí. Escuchen lo que pasó después.

Tomé declaración a los prisioneros por el camino y supe que el *gebietskommissar* se había enterado, no sé por qué conducto, de que se preparaba un atentado contra él. Aplazó el viaje y envió a tropas de castigo. Estos nos tendieron una emboscada cerca del pueblo de Ozertsí y nosotros estábamos emboscados a tres kilómetros de allí. Ellos nos esperaban a nosotros, y nosotros al *gebietskommissar*. Cuando les entró frío, encendieron hogueras. Los campesinos del pueblo de Ozertsí presintieron que iba a ocurrir algo malo y empezaron a marchar al bosque, dando rodeos.

El de la gestapo, que mandaba el grupo, pensó que los campesinos iban al bosque para avisar a los guerrilleros. Dio una orden, y los polizontes se pusieron a atrapar a los campesinos atemorizados y a prender fuego a las casas.

De nada valieron ni las súplicas de los mayores ni las lágrimas de los niños. En no más de una hora esos verdugos, llenos de rabia, echaron mano a cuantos aldeanos vieron, los asesinaron y arrojaron a las casas en llamas... Los prisioneros mismos lo han declarado todo, se lo podéis oír contar a ellos. Cuando terminaron sus fechorías, emprendieron tranquilamente el camino a Liudvipol, a dar parte al *gebietskommissar*, y cayeron en nuestra emboscada.

Nikolái Ivánovich terminó su relato. Se hizo el silencio. Yo también callaba. A decir verdad, en un principio quería echar una buena reprimenda a Kuznetsov, Prijodko y Strucinski por haber actuado por su cuenta, pero ahora no me atrevía.

— ¡La expiación ha sido rápida! -dijo alguien.

Kuznetsov comprendió que se aplaudía la derrota que había inferido a las fuerzas punitivas.

Al tiempo que me enseñaba cierto objeto, me dijo:

— Dmitri Nikoláievich, mire esto: es un trofeo conquistado personalmente.

Lo tomé y me puse a examinarlo: era una pequeña chapa de metal blanco sujeta a una fuerte cadenita. En el anverso había escrito en alemán: "Policía política del Estado", y debajo: "N° 4885". En el reverso había estampada un águila fascista con la cruz gamada.

— Esta chapa la llevaba el de la gestapo que iba al frente del grupo y está ahora tendido en la carretera -explicó Kuznetsov-. Creo que me será de utilidad. Entre ellos es obligado someterse incondicionalmente a quien enseñe una chapa de la gestapo como ésta.

Al cabo de unos días nos enteramos de que los de las fuerzas punitivas habían incendiado trescientas doce casas de las trescientas treinta que se contaban en el pueblo de Ozertsí. Habían fusilado a cuatrocientas personas. Mejor dicho, a los mayores nada más, pues a los niños los mataban a culatazos y los arrojaban al fuego.

Hay que decir que los guerrilleros no habían estado nunca en aquellos lugares y que los aldeanos no habían tenido ninguna relación con ellos.

Así se ensañaron los alemanes con los pacíficos lugareños de Ozertsí.

LA GUIRNALDA

En una de las tantas entrevistas que tuvo Víctor Kochetkov con Dóvguer y Fidárov se enteró de que los alemanes habían desalojado a los moradores de una casa grande en la ciudad de Sarny y empezado a instalarla con toda urgencia.

El comandante militar de la plaza, la administración urbana y los policías no cesaban de andar por las calles en busca de muebles: armarios de luna, camas niqueladas, butacas. Se llevaban a esa casa todo lo que les agradaba, y decían a los curiosos: "Aquí van a descansar nuestros héroes de Stalingrado".

Fidárov tomó cartas en el asunto y averiguó que, en efecto, los alemanes estaban instalando una casa de reposo para los jefes y oficiales del ejército de campaña y que los próximos días se esperaba la llegada del primer tren.

Había que tributar un buen recibimiento a los "héroes."

Al declinar la tarde, un grupo de cuarenta y dos guerrilleros, con Stéjov al frente, tomó posiciones junto al ferrocarril.

Empezó a nevar y los copos se derretían al instante. A media noche sopló un fuerte viento que calaba hasta los huesos. Los guerrilleros permanecieron toda la noche tendidos en el suelo, tiritando de frío y humedad. Una vez pasaron con linternas por su lado, vía adelante, los soldados alemanes que la guardaban, pero no vieron las minas que habían colocado los nuestros.

La noche tocaba ya a su fin y el tren no aparecía.

Les daba rabia tener que marchar sin cumplir la tarea encomendada, pero al amanecer se tenían que ir sin falta. Los hitlerianos habían talado los árboles y arbustos a ambos lados del ferrocarril, a unos trescientos metros, y ejecutar la operación de día nos podía costar muchas vidas.

Mas los vigías que se habían apostado en los extremos de la emboscada hicieron señas de que venía un tren de oriente. Por el golpeteo de los vagones se notaba que venía vacío. Media hora después pasó otro tren, también sin carga. Sólo unas plataformas con lastre había enganchadas delante de la locomotora. Stéjov se percató de que si los alemanes habían mandado por delante dos trenes vacíos, no tardaría en pasar el que estaban esperando los guerrilleros.

Al fin oyeron que se acercaba el tren. Los vigías dieron la señal. Ya se veían detrás de la locomotora los vagones de pasajeros, a través de cuyas ventanillas se traslucía, macilenta, la luz azul de enmascaramiento.

Stéjov dio una voz de mando preventiva. El minador Málikov tensó los cordones de las minas. Cuando la locomotora cruzó la línea de nuestra emboscada y llegó a la altura de Málikov, éste tiró de un cordón; la mina estalló, la locomotora trepidó, se detuvo en el acto, y los vagones empezaron a amontonarse a la vista de los guerrilleros. Luego se hizo el silencio, y sólo al cabo de dos o tres minutos los fascistas fueron saliendo por las puertas de los vagones. Sin duda creían que, una vez producida la explosión, ya no tenían nada que temer. Mas, de súbito, siguió otra explosión: en la cola del tren había explotado otra mina. Luego, otras dos en medio

del mismo. Acto continuo, los guerrilleros rompieron el fuego.

Disparó primero nuestra ametralladora de grueso calibre, que habíamos desmontado del avión que se estrelló y colocado en una carretela construida ex profeso. Empezó por acribillar la caldera de la locomotora, luego dibujó una línea recta por los vagones. El tableteo de la ametralladora fue secundado por el de los naranjeros.

El ametrallamiento del tren duró unos cuarenta minutos. Los guerrilleros vieron a un oficial que salió de un vagón con el rostro desencajado de pánico y se puso a reír a carcajadas. ¡Se había vuelto loco de espanto!

Había esclarecido ya del todo cuando los nuestros se retiraron al bosque. Pasados dos días, Kochetkov dio parte del resultado de la operación.

El tren era precisamente el que se esperaba. Venía del sector de Stalingrado y traía a Sarny a oficiales de tanques y aviación para que descansaran. Una hora después de que los guerrilleros se hubieron retirado, acudieron los alemanes al lugar del suceso. Acordearon toda la zona. Se llevaron a los muertos y heridos en automóviles y autovagonetas a Sarny, Klésov y Rokitno. Se desconoce el número exacto de muertos.

Pero a Sarny, nada más, llevaron cuarenta y siete cadáveres. De Klésov y Rokitno enviaron los restos mortales de varios a Alemania. Por lo visto eran altos personajes.

Ocurrió eso el 26 de noviembre de 1942.

Por los partes del Buró de Información Soviético nos enteramos de que el 23 de noviembre las tropas soviéticas habían roto la defensa de los hitlerianos junto a Stalingrado y cercado al sexto y cuarto ejércitos alemanes. Por eso nos congratulamos de haber aportado nuestro óbolo, aunque pequeño, a la gran batalla. Oficiales alemanes que habían escapado del infierno de Stalingrado cayeron en una emboscada guerrillera.

En esa operación nosotros no acusamos baja alguna. Sólo una bala atravesó un tacón al guerrillero Ermolin, pero estos gajes eran casi obligados en él. ¡Las balas le tenían una simpatía asombrosa! En cualquier escaramuza, aunque no se disparase más que un tiro, la bala le daba a él sin falta, mejor dicho, no a él, sino a su indumentaria: ya en el capote, ya en la gorra, ya en el tacón, como en este caso. Después de cada combate tenía que sentarse por fuerza a remendar el uniforme. Tan sólo una vez en todo el tiempo lo hirió una bala, y aun así, levemente: en un dedo.

El éxito de la operación no fue casual. La había dirigido Stéjov, mi suplente para las cuestiones políticas. Le gustaban las operaciones combativas y se preparaba meticulosamente para llevarlas a cabo, meditando cada pequeñez. Nuestros guerrilleros tenían por fortuna el ir de operaciones con él.

No es tan fácil granjearse el afecto general de los guerrilleros, y a Stéjov lo estimaban y respetaban todos. Reunía las magníficas dotes de intrépido militar bolchevique y de buen camarada. Bajo, impetuoso, siempre impecablemente vestido, ceñido el correa, con una "máuser" automática y cartera de campaña al cinto, parecía compuesto para un desfile, y eso que antes no había sido soldado. En las condiciones en que vivíamos, esa marcialidad era un dechado imprescindible para los guerrilleros.

Stéjov siempre estaba entre los combatientes; se le solía ver por lo común en las secciones, donde se sentaba, dando chupadas a la pipa que le servía, a él que no fumaba, de defensa contra los mosquitos, y sacaba alguna conversación, escuchaba a alguien o daba a alguno un consejo.

* * * *

Aproximábanse las Navidades. Los hitlerianos, como tenían por costumbre, empezaron a prepararse para la fiesta, saqueando a la población. Valia Dóvguer nos mandó decir que los enemigos se habían presentado en la aldea de Viry y se llevaban las últimas provisiones; en el molino no habían dejado una pizca de harina.

Decidimos salir en defensa de los campesinos. En el camino, no lejos de Viry, pudimos ver un cuadro "de víspera de fiesta".

Al frente de un grupo de soldados alemanes desfilaba un oficial con uniforme de las "SS" y guantes blancos. No caminaba simplemente, sino que andaba con aire triunfal. Los soldados empuñaban las armas, prestos a hacer fuego (a pesar de todo, ¡no se olvidaban de los guerrilleros!). Seguían detrás cuatro carretas de bueyes, en las que gruñían cerdos, cacareaban gallinas y graznaban gansos. Era el "acopio" para el festín.

Cuando los hitlerianos se acercaron, Stéjov disparó el primero una ráfaga con su metralleta. El oficial abrió los brazos y se desplomó. Instantáneamente, hicieron fuego los demás guerrilleros, y en pocos minutos terminaron con los enemigos. Sólo dos se echaron a la cuneta y se pusieron a disparar.

Mientras duró el tiroteo con ellos, de Klésov les llegaron refuerzos en camiones. Se oyó una voz de mando, los alemanes se desplegaron y empezaron a atacar a los guerrilleros sobre la marcha. Pero Stéjov lo había previsto. A unos trescientos metros del lugar de la emboscada, en la dirección de Klésov, había apostado a varios guerrilleros para contener al refuerzo que pudiera venir. Por eso, apenas los hitlerianos dieron unos pasos, este grupo lo recibió a tiro limpio. El combate duró unos veinte minutos. Lo que los fascistas habían robado fue devuelto a los campesinos.

Las autoridades locales eran impotentes para combatirnos. El oficial alemán que estaba de comandante militar en el poblado de Mokvin, escribía a Berlín:

"Querida esposa Gertrudis: Las cosas se han puesto muy feas. Estamos rodeados de guerrilleros. No salimos de casa. Jamás he pasado unas Navidades como éstas. Estoy metido en casa temblando por la vida, en espera de que vengan los guerrilleros cualquier noche. Me han enviado gendarmes, pero ¿qué podrán hacer una decena contra los guerrilleros, a quienes ayuda toda la población?"

Te he mandado un paquete; no sé si obrará en tu poder. Te giro doscientos marcos y no estoy seguro de que te lleguen. Comunícamelo en cuanto los recibas".

Las dudas del comandante no eran infundadas. Los guerrilleros interceptaron el paquete, los doscientos marcos y esa carta inacabada. Hasta el propio marido de Gertrudis cayó en nuestras manos la víspera de Año Nuevo.

El nuevo año de 1943 lo celebramos con un arbolito guerrillero. Y para que la ceremonia del arbolito de Año Nuevo transcurriera siempre felizmente y con júbilo en cada hogar soviético, el nuestro tenía que celebrarse de manera aguerrida, sin clemencia con el enemigo. En el número de Año Nuevo de nuestro periódico se publicó un aviso:

"Se requiere de todos los que deseen participar en la fiesta del arbolito de Año Nuevo juguetes decorativos. Se admiten: 1. Guirnaldas luminiscentes de trenes fascistas incendiados. 2. Metralletas de trofeo para el acompañamiento de ruidos. 3. Fritzes de cualquier tamaño. 4. Cada cual puede mostrar iniciativa propia. Los regalos deben estar entregados el 31 de diciembre a más tardar".

La guirnalda de un tren incendiado la ofrendó al "arbolito de Año Nuevo" el grupo de minadores de Málíkov.

Los enemigos mostraban gran interés por los bosques de Sarny, en los que nos encontrábamos. Decidimos volar un tren en el ferrocarril de Kóvel a Rovno, hacia el oeste de esta última ciudad, con el fin de desviar su atención.

Málíkov, ingeniero de profesión, y doce guerrilleros tomaron minas de mucha potencia y se encaminaron hacia el lugar previsto. Se escondieron cerca del tendido de la vía y, al oscurecer, se acercaron a rastras a la caseta de un guardagujas.

El viejo guardagujas contó de buena gana que los trenes pasaban por allí a menudo y muy cargados: en dirección al frente con tropas y pertrechos de guerra; a occidente, con los soldados puestos fuera de combate a causa de heridas o de las heladas y con los bienes saqueados. Al darse cuenta de lo que se disponían a hacer los nuestros, el anciano dijo:

— Por mí no hay inconveniente, pero ¿y la otra gente? ¡Pues los fusilarán!

Resultó que los alemanes habían movilizad a los aldeanos de los lugares más próximos para que custodiasen el ferrocarril y les habían advertido que, si se cometía algún acto de sabotaje, los pasarían por las armas. Los puestos de guardia de los campesinos distaban unos cincuenta metros entre sí.

— Les pediremos consejo -dijo Málíkov.

La conversación con los aldeanos tomó de inmediato un sesgo de sinceridad. A éstos no les pasó siquiera por la imaginación disuadir a los nuestros de su empeño; trataron sólo de qué manera efectuar la voladura y ponerlos fuera de peligro. Una mujer de edad avanzada propuso:

— Muchachos, vosotros atadnos y haced lo que tengáis que hacer. Amordazadnos y metednos algún mamporro que otro de manera que se vean bien los cardenales.

— ¡Quiá, mujer, a ustedes no tenemos el menor deseo de pegarles!

— Pues nos atizaremos leña nosotros mismos -repuso la aldeana.

Daban ganas de reír y de llorar a un tiempo. En tanto los nuestros ponían las minas, los "guardianes" se tundían la badana mutuamente. Luego los guerrilleros los ataron y los tendieron junto a la hoguera. Al poco rato pasó un tren cargado de municiones y otros pertrechos. La voladura se efectuó sin tacha. La locomotora quedó encabritada. Los sesenta vagones se destrozaron y ardieron. Ese fue nuestro regalo de Año Nuevo al país.

NUESTRA "CAPITAL"

En enero hubo heladas de veinte grados centígrados bajo cero. Nuestros *chums* —llamábamos así a nuestras chozas silvestres— resultaron inadecuados por completo para invernar. Como mudábamos a menudo el paraje del campamento, no podíamos hacer chabolas abrigadas y nos limitábamos a construir *chums* con finas pértigas recubiertas de ramas de abeto y tierra por encima. Las capas-tienda hacían de puerta. En medio de la techumbre dejábamos un ancho agujero para el escape del humo. En el interior ardía una hoguera, en torno a la cual se acostaban los guerrilleros, formando abanico, con los pies hacia la lumbre y la cabeza bajo la bóveda de la cabaña. Teníamos calientes los pies, junto a la hoguera, y en el sitio de la cabeza hacía frío. Solía ocurrir que cuando se despertaba uno y quería levantarse, no podía, pues el

pelo se le había quedado sujeto a la tierra helada. Por la noche se levantaban de frío ya unos ya otros, saltaban junto a la hoguera para calentarse y se volvían a acostar, haciéndose un ovillo. Por si fuera poco, tuvimos otro contratiempo. Según las leyes de la Física, el humo debía salir del *chum* por el agujero del techo, pero no salía, sino que se esparcía por la choza, irritando los ojos. Por lo visto, habíamos construido mal nuestras chozas.

En suma, que las calamidades eran muchas y adoptamos la resolución de alojarnos en la aldea de Rudnia-Bobróvskaia mientras durasen las heladas fuertes. El pueblo era seguro. Hacía ya mucho tiempo que teníamos allí un "faro", que organizó con los jóvenes del lugar la defensa contra los alemanes y los policías.

El 19 de enero, el destacamento se puso en marcha y se encaminó a la aldea de Rudnia-Bobróvskaia.

Nos recibieron como a huéspedes deseados. Un nutrido gentío de labradores salió a esperarnos cerca de la aldea y vino con nosotros al centro de la misma. Los chiquillos se adelantaban y marchaban al paso junto a nosotros con palos en lugar de fusiles.

En la plaza nos esperaban los vecinos del pueblo. En la fachada del edificio del Soviet rural pendían retratos de los dirigentes del Partido y del Gobierno. El pueblo esperaba y tenía fe en la llegada del Ejército Soviético y había conservado esos retratos.

Junto a una mesa, cubierta con un tapete rojo, estaba en pie un campesino de edad con una bandeja en las manos. En la bandeja, la hogaza de pan y la sal de la bienvenida.

Cuando la columna de guerrilleros se acercó e hizo alto, el labrador nos salió al encuentro.

— ¡Bienvenidos, queridos huéspedes! —dijo—. Tened la bondad de instalaros como en vuestra propia casa. Os daremos calor y alimentos. Conocemos bien a vuestro destacamento y lo estimamos. No nos hacéis ningún daño ni dejáis que nos lo hagan los alemanes ni los bandidos. Y si suena la hora de pelear con los odiados enemigos, nos batiremos juntos.

El campesino terminó de hablar y entregó el pan y la sal a Stéjov. Este tomó la bandeja en las manos y pronunció en respuesta una arenga breve y sencilla.

Di la orden de romper filas. Los guerrilleros se mezclaron en un instante con los lugareños. Y se entablaron conversaciones tan animadas como si se hubieran encontrado amigos de muchísimo tiempo.

Llamábamos en broma al pueblo de Rudnia-Bobróvskaia nuestra "capital". Alojábase en él el centro de nuestro destacamento, y en torno, en los pueblos grandes de los distritos de Sarny, Rokitno, Bérezno y Liudvipol, había "faros" nuestros. En realidad, nosotros éramos los representantes del Poder soviético en aquella comarca.

El destacamento estableció su control en todas las granjas lecheras de los contornos que trabajaban para los hitlerianos, y éstos no pudieron sacar ya nada más de ellas. "Metimos en cintura" también el aserradero de Mijalin, pusimos en él a un comandante nuestro, que entregaba madera sólo a los campesinos que la necesitaban. Asaltábamos ya las fincas rústicas alemanas sitas al oeste de los ríos Sluch y Goriñ. Las que se encontraban por el lado en que estábamos nosotros ya las habíamos asaltado. Muchas zonas se hicieron totalmente nuestras, guerrilleras.

De Rovno, de las cabezas de partido, de las estaciones ferroviarias, en fin, de todos los sitios, nos llegaban a la "capital" noticias importantes y las transmitíamos inmediatamente a Moscú.

A unos cincuenta kilómetros al sur de Rudnia-Bobróvskaia organizamos un "faro de operaciones" al mando de Frolov. Allí se siguió formando destacamentos armados locales que

cumplían tareas combativas de mancomún con nuestros grupos.

Nuestra "capital" estaba bien custodiada. Alrededor de la aldea habíamos puesto a centinelas. Los lugareños jóvenes montaban guardia con nuestros guerrilleros. También participaban en las patrullas de ronda por el pueblo. Daba muy buen resultado, pues los vecinos del lugar conocían en seguida a los forasteros.

Organizamos la espera de los aviones junto a la misma aldea.

Moscú, como una madre atenta, nos enviaba regalos casi cada noche. Los enormes paracaídas se abrían en el aire y los fardos con uniformes, ropa de abrigo, comestibles y cigarrillos, caían al lado de las hogueras.

Con nuestra llegada, la población cobró bríos. Los labradores se enteraron por nosotros de la situación en los frentes.

Por aquellos días, nuestras tropas habían puesto en Stalingrado un férreo cerco a las germano-fascistas. El exterminio definitivo de un ejército alemán de 300.000 hombres no era sino cuestión de tiempo. En enero, las tropas soviéticas del frente de Leningrado rompieron el sitio de la ciudad. En el Norte del Cáucaso, el Ejército Soviético desplegaba también una impetuosa ofensiva.

Los guerrilleros entablaron buenas relaciones con la población local. Cada uno ayudaba en los ratos de ocio a los dueños de la casa en que estaba alojado.

Teníamos en el destacamento una severa regla: no sólo no adquirir bebidas alcohólicas, sino negarnos a beber si alguien nos convidaba. Solía ocurrir que al volver un guerrillero de cumplir su misión, el ama de la casa le servía de comer en la mesa, sacaba de algún sitio aguardiente casero y lo invitaba:

- Hala, come y bebe. ¿De seguro que te habrás helado?
- Por la comida mil gracias, pero de beber, ni un trago.
- ¿Por qué? Después de una caminata sienta bien.
- No, no he de beber, no está permitido.

Sólo un guerrillero infringió esta regla, y las consecuencias fueron muy graves.

El guerrillero Kosúlnikov frecuentaba prolongadamente el "faro" de Zigadlo. Había ingresado en nuestro destacamento con un grupo de soldados prisioneros que se habían evadido. Málikov, que estaba al frente del "faro", dio parte de que Kosúlnikov violaba constantemente las leyes de la guerrilla: conseguía diariamente aguardientucho casero y se emborrachaba. Por si fuera poco, empezó a robar comestibles y objetos a sus compañeros para cambiarlos por bebida. Finalmente nos enteramos de que Kosúlnikov se había relacionado con una familia sospechosa y descubierto que era guerrillero.

No había duda de que este infame ponía en riesgo de muerte no sólo a los guerrilleros que paraban en el caserío de Zigadlo, sino a la familia del propio Zigadlo. El Estado Mayor adoptó la determinación de llamar inmediatamente a todos los nuestros del "faro" y de Rovno y detener a Kosúlnikov.

En la misma plaza en que los aldeanos nos recibieron hospitalariamente volvimos a formar el destacamento. Alrededor de nosotros estaban ¡ todos los vecinos de Rudnia-Bobróvskaia, desde los más viejos hasta los más pequeños. Cuando trajeron a Kosúlnikov a la plaza, dirigí unas breves palabras a los guerrilleros:

En cierta ocasión traicionó ya a la Patria una vez -dije-. Se entregó prisionero, violando el juramento. Ahora, cuando se le había brindado la posibilidad de purgar su culpa, ha infringido nuestras reglas, ha mancillado el nombre de guerrillero soviético y llegado hasta la traición. Ha cometido una falta en perjuicio de nuestra lucha y en favor de los hitlerianos. El mando del destacamento ha determinado fusilar á Kosúlnikov.

Y Kosúlnikov fue pasado por las armas.

* * *

A principios de 1943 se concentró gran número de guerrilleros en las zonas en que actuábamos nosotros. De la unidad guerrillera del general Sabúrov, Héroe de la Unión Soviética, habían venido dos batallones. No lejos, en Vorónovka, estaba el destacamento del teniente coronel "Prokopiuk; por allí mismo actuaban también varios grupos de exploración y sabotaje.

Tal acumulación de guerrilleros inquietó a los alemanes. Kuznetsov, que estaba en Rovno, comunicó que Erich Koch, el gobernador hitleriano de Ucrania, había ordenado "limpiar" de guerrilleros los bosques de Sarny. Pietz, el jefe de la policía de Rovno, reunió en la ciudad, para ejecutar la orden de Koch, a dos mil soldados de las SS, les agregó cierto número de bandidos nacionalistas y colocó guarniciones en las cabezas de partido, rodeándonos.

Nosotros adoptamos contramedidas. Por medio de la población local, hicimos correr el rumor de que nos disponíamos a atacar a los centros de distrito. Los rumores llegaron a los hitlerianos, que, en vez de emprender una ofensiva, empezaron a prepararse para la defensa. En los locales en que se alojaron, guarnecieron las puertas con gruesas planchas de hierro. En las ventanas pusieron contraventanas de hierro del mismo grosor, con aspilleras para las ametralladoras. Rodearon las casas con alambradas, cavaron trincheras y galerías de comunicación. Entre tanto, habiéndolos paralizado con astucia, nosotros proseguimos nuestra labor.

A fines de enero, Kuznetsov volvió a informar de Rovno que los hitlerianos preparaban una expedición punitiva de gran envergadura. Habían mandado llamar unidades militares de Zhitómir y Kíev. Planeaban emprender la ofensiva por varias direcciones.

Entonces, con ayuda de la población, hicimos barreras de árboles talados por todos los caminos que conducían a los pueblos en que había "faros" nuestros y en torno a Rudnia-Bobróvskaia.

Los hitlerianos avanzaron hacia Rudnia-Bobróvskaia por cuatro lados, pero no los esperamos» Claro que podíamos haberles causado muchísimas bajas, pero no podíamos arriesgar a los nuestros ni someter a peligro a los vecinos del pueblo.

Abandonamos a Rudnia-Bobróvskaia. La mayor parte de los aldeanos se vino con nosotros. Trasladaron sus enseres al bosque, se llevaron el ganado y establecieron su campamento "civil".

El anillo entorno a Rudnia-Bobróvskaia se iba apretando, y los de la expedición punitiva tardaron poco en cerrarlo. Mas ya no estábamos allí. Nos siguieron la pista, procuraron cercarnos en otros pueblos y caseríos, pero nos escapábamos de esas ratoneras. Así empezamos a jugar con los alemanes al "gato y el ratón". Ellos topaban con barreras de árboles talados, las ametrallaban con fuego huracanado, pues creían que nosotros estaríamos detrás, se arrojaban a ellas y daban con las minas que habíamos colocado. Por el tiroteo y las explosiones sabíamos perfectamente dónde estaban los alemanes, y ellos andaban como si tuvieran los ojos vendados.

Los dos batallones de la unidad de Sabúrov y el destacamento de Prokopiuk se marcharon hacia el Norte, a extensos bosques espesos, y nosotros seguimos "jugando" de caserío en caserío, y no por ganas de divertirnos, como es natural: nos detenía nuestra labor. Teníamos a nuestra gente esparcida por aquellos parajes, "faros" en las aldeas. De Rovno venían asiduamente enlaces de Kuznetsov. Es claro que no podíamos abandonar la labor organizada.

De vez en vez, nuestros enlaces y exploradores tropezaban con fuerzas punitivas y, tras breves escaramuzas, se escapaban. Mas, a pesar de todo, hubo un serio encontronazo.

Llevábamos en una ocasión tres días sin recibir enlaces del "faro de operaciones" de Frolov: Suponiendo que estaba en peligro, le mandé en auxilio a sesenta y cinco guerrilleros. Por el camino se encontraron de improviso con tropa de castigo y abrieron fuego. Apenas comenzó el combate, los hitlerianos dejaron de disparar y se retiraron precipitadamente. Los nuestros se extrañaron, pero no los persiguieron. Sólo al día siguiente nos enteramos del motivo. No se trataba de una simple columna punitiva, sino del jefe de la expedición de castigo, un general alemán, que iba de Vorónovka a Rudnia-Bobróvskaia con una escolta de cien hombres. Casi a los primeros disparos cayeron muertos el general y su ayudante. Amilanados por el sesgo de los sucesos, los alemanes cesaron el combate y se apresuraron a llevarse los restos de su jefe.

Luego que se hubo batido hasta la saciedad con las barreras de árboles talados, la expedición punitiva se marchó en dirección a Zhitómir. Y a principios de febrero nos instalamos otra vez en el bosque, en uno de nuestros anteriores campamentos, cerca de Rudnia-Bobróvskaia. Por entonces recibimos por radio una noticia extraordinaria: ¡Los ejércitos selectos de los alemanes habían sido derrotados por completo en Stalingrado!

No tardó en llegarnos el rumor de que los hitlerianos habían declarado luto. Por orden de los invasores, se prohibieron los espectáculos de toda índole durante tres días

Los alemanes debían llevar brazaletes negros en la manga izquierda, y las alemanas, vestirse de negro. Mandóse también a la población que se pusiera prendas oscuras. Mas no hicieron pública la causa del luto, y se corrió la voz de que había fallecido Hitler.

¡Bendito sea el Señor, por haberse llevado a ese Herodes! —decían los campesinos.

Tampoco supimos nosotros la causa del luto hasta que Kuznetsov regresó de Rovno. El luto había sido declarado con motivo de la derrota del ejército alemán de trescientos mil hombres que operaba junto a Stalingrado.

Nikolái Ivánovich nos contó muchas cosas interesantes. En los últimos tiempos se había incrementado extraordinariamente el tráfico del transporte por Rovno y Zdolbunov. Las vías férreas y las carreteras estaban atestadas de tropas. El *reichskommissar* de Ucrania, Erich Koch, había dado un bando para aplicar "medidas extraordinarias" a los distritos que no pagasen los impuestos en especie y en dinero. También había mandado reprimir "resueltamente" a los guerrilleros.

UNA PROEZA

Nuestros guerrilleros del servicio de información no volvieron a aparecer por el "faro" de Waclaw Zigadlo. Temíamos que la charlatanería de Kosúlnikov hubiera puesto á los hitlerianos sobre nuestras huellas. Advertimos a Zigadlo que durante algún tiempo no iría por su casa ninguno de los nuestros.

Pero nos hacía falta un "faro" entre Rovno y el campamento. Por eso decidimos organizar un

nuevo domicilio secreto de enlace en otro caserío, cerca de la espesura del bosque, para que no fuera difícil ocultarse en caso de emergencia.

El nuevo "faro" se hallaba a unos 30 kilómetros de Rovno. En él estaban veinticinco guerrilleros selectos con varios tiros de buenos caballos. Para Kuznetsov había especialmente un trineo tapizado, en el que se desplazaba a Rovno.

Cuando Kuznetsov estaba en la ciudad, mantenía el enlace con el "faro" por medio de Kolia Prijodko. Este llevaba las misivas de Kuznetsov al "faro" en galera, bicicleta o a pie, y mientras otro las hacía llegar al campamento y tornaba, él descansaba; luego se volvía a poner en camino de regreso con el paquete que yo enviara a Kuznetsov. En alguna ocasión hubo de recorrer el trayecto dos veces al día, y siempre concluyó todo felizmente. Su aparición en Rovno no despertaba sospechas de nadie. En los puestos enemigos le comprobaron reiteradamente los documentos y se quedaron por completo satisfechos de ellos.

Pero nosotros sabíamos cómo las gastaba Kolia Prijodko. No podía pasar con calma junto a un hitleriano o policía y, pese a que solía ocultar sus andanzas, llegábamos a enterarnos de algunas.

Un buen día, Prijodko tornaba de Rovno en una galera. Al salir de la ciudad, se dio cuenta de que dos policías iban detrás del carro y, según le pareció, lo vigilaban. En lugar de arrear a las caballerías y alejarse a la chita callando, marchó intencionadamente al paso. Los policías seguían tras él.

Delante se divisó el puente tendido sobre el río Goriñ. A medio kilómetro del mismo, Prijodko se detuvo y se puso a apretar la barriguera de un caballo, pese a que los aweos estaban bien ajustados.

Cuando los policías se aproximaron a la galera, Prijodko les dijo:

— Montad, os llevaré.

Subieron al carruaje y pusieron los fusiles a su lado.

— Qué, muchachos, ¿servís en la policía? -les interrogó

— Sí.

— ¿Y a dónde vais?

— A reunir gente para Alemania. Vamos a reclutar en un caserío de aquí cerca. No quieren ir por las buenas -explicó uno de los policías.

— ¡Qué inconscientes son! -repuso Prijodko, como si -se condoliera.

Entre tanto, la galera había entrado ya en el puente.

Ya lo creo que son unos mentecatos. Y otro tanto digo de ti -siguió hablando el policía, encarándose con Prijodko: eres fuerte, robusto, ¿qué haces aquí? Vete voluntario. Allí, amiguito, harás tu pacotilla y volverás hecho un señor. ¿Tienes mujer?

Hablando así, la galera llegó a la mitad del puente. El polizone se quedó sin respuesta.

— ¡Manos arriba, canallas! -gritó Prijodko, encañonando a sus pasajeros con la pistola.

Asustados, levantaron sumisos las manos.

— ¡Abajo del carro, alquilones infames! -les mandó.

Pero cuando los policías se apearon de la galera, retrocediendo con los brazos en alto, siguió

otra orden:

— ¡Al agua, cabrones!

Hay que decir que ocurría esto en pleno otoño. El río había crecido y el agua corría casi a ras del tablero del puente.

— ¡A saltar, se ha dicho, si no, os dejo secos! -insistió Prijodko.

Encañonados como estaban, no tuvieron más remedio que saltar los dos al río.

Ya en el agua, y con las ansias de salvarse, se agarraron el uno al otro, hundiéndose mutuamente, hasta que los dos terminaron por ir al fondo.

Los fusiles quedaron en la galera. Y, según teníamos establecido, los trofeos no se podían ocultar. De manera que Prijodko hubo de referir la historia por sí mismo.

Estuvimos largo rato en el Estado Mayor, explicándole que no se podía obrar de tal guisa, que no tenía derecho a poner en peligro la misión que se le había encomendado. Los datos que traía de Rovno y comunicábamos a Moscú valían más que los policías.

— Lo comprendo todo, camarada jefe, pero es que cuando se me presenta una ocasión no me puedo contener -decía Kolia para justificarse, pero terminó dando palabra de que no volvería a hacer nada así—. Prefiero morir a jugar una mala pasada.

— No hay por qué morir. Es preferible que andes con más tiento.

Hay que decir que Kolia Prijodko cumplió su palabra. Luego hizo muchas veces el camino del "faro" a Rovno y viceversa y siempre llevó puntualmente las noticias. El enlace funcionaba con precisión.

El 21 de febrero entregué al correo del "faro" una carta para Kuznetsov:

— Lleva usted un paquete importante. Si cae en manos del enemigo, perderemos a nuestros mejores camaradas. Advértaselo también a Prijodko.

La mañana del 22 de febrero, Prijodko recibió el paquete y se encaminó con él a Rovno.

Kuznetsov lo estuvo esperando todo el día. Pero Prijodko no llegó. No vino siquiera a la mañana siguiente. A eso del mediodía se corrió una voz por la ciudad. Unos decían que junto al pueblo de Veliki Zhiten cierto ucraniano había matado a muchos alemanes y él mismo había perecido. Otros contaban que un guerrillero del bosque había librado un combate toda la noche contra tropas de castigo y hecho una sarracina entre ellos. Y todos afirmaban que el combate lo había mantenido una persona sola.

Kuznetsov comprendió en seguida que se trataba de Prijodko. Precisamente él tenía que pasar por aquel paraje a aquellas horas. Además, ¿quién si no nuestro heroico Prijodko hubiera podido presentar batalla él solo a toda una jauría de alemanes!?

Nikolái Ivánovich conocía bien a Prijodko. Habían intimado ya en Moscú. Juntos habían hecho el vuelo al destacamento y juntos participado en acciones de armas. No dudaba un instante de que si Prijodko caía en manos del enemigo, no habría tormento con que le hiciesen delatar a sus camaradas. Pero la cuestión, consistía en si le habría dado tiempo a destruir antes de morir, caso de haber sucumbido, el paquete que tanto esperaba Kuznetsov.

Luego que hubo adoptado cuantas medidas de precaución pudo, Nikolái Ivánovich mandó a Kazimierz Dobrowski a la aldea de Veliki Zhiten, pues éste tenía parientes allí.

Dobrowski nos refirió los pormenores de la muerte de Nikolái Prijodko, oídos a testigos

presenciales.

Como de costumbre, Nikolái Prijodko iba en la galera. En el pueblo de Veliki Zhiten; un piquete de unos veinte gendarmes y policías le dio el alto. Se paró y enseñó sus papeles, según los cuales figuraba como vecino de aquellos lugares. Le habían comprobado muchas veces el documento, y en esta ocasión tampoco pareció despertar sospechas. Pero los hitlerianos decidieron registrar la galera. Prijodko no podía tolerarlo, pues, como siempre, debajo del heno llevaba escondidas la metralleta y varias granadas antitanque.

— Pero, ¿qué vais a encontrar ahí? —dijo Nikolái, procurando disuadirlos.

— No te importa. Tenemos que mirar.

Entonces Prijodko sacó el naranjero de la galera y descargó una larga ráfaga contra los gendarmes. A varios los dejó tendidos en el sitio, los restantes echaron a correr tras la esquina de una casa y abrieron fuego. Disparando, subió a la galera de un salto y arreó a los caballos. En eso, le alcanzó una bala. Gravemente herido en el pecho, siguió el camino en dirección a Rovno. Pero ya al extremo del pueblo dio de improviso con un camión de hitlerianos. Estos debieron darse cuenta de algo y abrieron fuego de naranjeros y ametralladoras. Herido por segunda vez, Prijodko no pensó siquiera en entregarse. Saltó de la galera a la cuneta y siguió disparando.

El desigual combate duró mucho. Prijodko recibió una tercera herida. Desangrándose y sintiendo que las fuerzas lo abandonaban, ató el paquete secreto a una granada y la arrojó a sus enemigos con mano desfallecida.

Cuando los hitlerianos que sobrevivieron lo rodearon, Nikolái había dejado ya de existir, pero no a causa de las balas alemanas. El último tiro, nuestro heroico guerrillero se lo había descerrajado en la sien.

* * *

Huelga decir el efecto que la noticia de la muerte de Prijodko produjo en el campamento. Pues, aún en vida, todos los guerrilleros le profesaban un hondo cariño fraternal y contaban leyendas de su valentía.

El Gobierno soviético valoró muy alto la patriótica hazaña de nuestro camarada. Le adjudicó postumamente el honroso título de Héroe de la Unión Soviética, y la sección del servicio de información en que estaba encuadrado recibió el nombre del Héroe de la Unión Soviética Nikolái Tarásovich Prijodko.

EN LA ESTACIÓN DE ZDOLBUNOV

La noticia de la muerte de Nikolái Prijodko conmovió profundamente no sólo a los guerrilleros de nuestro destacamento. En el grupo de sabotaje que actuaba en Zdolbunov había camaradas que conocían a Prijodko desde la infancia. Pues él había nacido y vivido antes de la guerra en aquella población. Su muerte fue también una sentida pérdida para los vecinos del lugar.

Ya durante su primera visita a Rovno, Prijodko había estado en la estación de Zdolbunov y se había entrevistado con Dmitri Mijáilovich Krasnogolovets y los dos hermanos Shmereg, antiguos conocidos suyos. Cuando hubieron hablado con Nikolái, accedieron gustosos a ayudarnos. Prijodko presentó a Krasnogolovets a Kuznetsov y Strucinski. Posteriormente,

nuestros guerrilleros del servicio de información Shevchuk y Gnediuk frecuentaron la estación con asiduidad.

Antes aún de la muerte de Prijodko, hacia fines de diciembre de 1942, en Zdolbunov se constituyó una organización de sabotaje e información. La encabezó Dmitri Mi-jáilovich Krasnogolovets.

La estación de Zdolbunov era un nudo ferroviario de importancia. Unía a Alemania con el frente oriental. Pasaban por allí trenes militares de Checoslovaquia, Alemania y Polonia, o del frente, de regreso. Por la doble vía del tendido circulaba diariamente una cantidad inmensa de trenes. Se puede uno formar una idea de la importancia que tenía la labor de información y sabotaje en esa estación, y adoptamos cuantas medidas fueron precisas para que el grupo de Krasnogolovets se mantuviera en la conspiración más estricta posible. Para marzo-abril de 1943 contaba ya con veinte miembros y abarcaba los sectores principales de trabajo del nudo ferroviario.

Integraban el grupo de Zdolbunov obreros de la estación y del depósito de locomotoras, guardagujas, mozos de tren, maquinistas y jefes de movimiento.

Para el enlace con nuestro destacamento, los zdoibuno-veses designaron a mensajeros especiales. Uno de ellos, Ivanov, antes maestro de escuela, se hizo peón en la estación con los alemanes. Valiéndose de su salvoconducto y de una credencial que le permitía viajar libremente en tren, venía con regularidad al campamento.

El maestro Ivanov ejecutaba con extraordinario estoicismo su labor imperceptible, pero importantísima para nosotros. Referiré un caso: Un crudo día de invierno noté que Ivanov, recién llegado al campamento, no cesaba de arrimarse a la lumbre, temblando de frío. Me acerqué a él y vi que llevaba la chaqueta puesta a pecho desnudo. Modesto y callado, no escatimaba la salud con tal de cumplir su misión. A raíz de este caso, como es natural, nos preocupamos de vestir a nuestro enlace de Zdolbunov.

Los datos que nos enviaba la organización de Zdolbunov eran de extraordinaria importancia. Reflejaban íntegramente el movimiento a través del nudo ferroviario: de dónde y adonde se dirigían los trenes y la carga que transportaban. Si eran tropas, comunicaban el número, el arma y, a veces, la denominación de la unidad; si era material bélico, cuál y en qué cantidad.

Por los datos del grupo de Zdolbunov nos enteramos a tiempo de que el mando alemán, preocupado por la situación en los frentes, había empezado a organizar la defensa en las zonas de Biélaia Tsérkov y Vínitsa, donde estaba el cuartel general de Hitler. Allí precisamente comenzaron a llegar unidades militares alemanas procedentes del frente de Leningrado.

A través de Zdolbunov, en el sector de Biélaia Tsérkov se recibían diariamente quince vagones de cemento, cúpulas hechas de hormigón armado con troneras para ametralladora, armamento.

Todas estas noticias las transmitíamos regularmente a Moscú, cada cinco días.

Además de la labor informativa, la organización de Zdolbunov hacía sabotajes. Los conspiradores comenzaron por hechos de poca monta: quitaban las tuercas de los raíles, cortaban las mangas de goma de los frenos de los vagones y las locomotoras. Posteriormente se las ingeniaron para hacer minas con el explosivo que les enviábamos. Tomaban una pastilla de explosivo, metían dentro una cápsula, la embadurnaban con goma de pegar o pez y la revolvían en el polvo del carbón. Resultaba como un trozo de carbón, y lo echaban al tender de alguna locomotora. Por el camino, este "carbonato" iba a parar al fogón y estallaba, haciendo añicos la caldera de la máquina.

Enviamos a Zdolbunov, con Ivanov, cincuenta minas magnéticas con retardo. Estas minas portátiles, que se podían llevar fácilmente, se adherían a cualquier objeto, de hierro. En la mina se ponía un fulminante con mecanismo de reloj calculado para demorar la explosión tres, seis, doce o más horas.

Emplearon las minas magnéticas con gran efecto. Colocaban una, verbigracia, bajo la caldera de una máquina y ponían el mecanismo en marcha. El tren partía, y la locomotora explotaba en el camino, a trescientos o cuatrocientos kilómetros al este de Zdolbunov. ¡Ya podían echar un galgo al culpable!

Luego se les ocurrió colocar minas magnéticas debajo de las cisternas de combustible. De la explosión ardían trenes enteros.

El grupo de Zdolbunov causaba inmensos daños a los alemanes. Nos era imposible llevar la cuenta de las pérdidas que sufrían los hitlerianos. ¡Mas no íbamos a pedirles nosotros que contaran todas las averías, grandes y pequeñas, que ocurrían en el nudo ferroviario y eran obra de nuestros valerosos patriotas conspiradores!

Los conspiradores del depósito de locomotoras de la estación de Zdolbunov supieron retener con diversos pretextos e impedir que salieran a la línea, durante tres meses, setenta máquinas: reparaban una y estropeaban otra. Por sí solo, esto ya suponía un sabotaje de marca mayor. Pero el hecho más interesante del grupo clandestino de Zdolbunov fue la voladura del gran puente de vía doble, tendido sobre el río Goriñ, en la línea de Kíev. Por este puente, cada diez o quince minutos, pasaban trenes que iban al frente o venían de él. Si los trenes llegaban a la estación de Zdolbunov por cuatro lados, de allí a Oriente no tenían otro paso que el consabido puente de vía doble. La vigilancia del mismo era muy fuerte. En los accesos, a ambos extremos, había centinelas; en los ángulos, nidos de ametralladoras. Todo el espacio en torno quedaba batido. No lejos estaban las barracas de los guardianes.

Sabíamos que varios grupos de guerrilleros habían intentado volar el puente, pero sufrido un fracaso y bajas. Aun con todo, el Estado Mayor de nuestro destacamento decidió realizar ese acto de sabotaje.

Nuestro guerrillero del servicio de información, Kolia Gnediuk, llevaba ya algún tiempo actuando en Zdolbunov. El fue quien planeó la voladura del puente sobre el Goriñ.

Tras largas búsquedas, se encontró a un guardafrenos, polaco, que viajaba en los trenes militares. Obligación suya era hacer señales al maquinista en caso de peligro. Los alemanes tenían plena confianza en él. Según los documentos, estaba inscrito como *volksdeutsche*, es decir, persona de origen alemán.

Para la voladura del puente sé había preparado una voluminosa mina en una maleta, con la cápsula de una granada "F-1".

En el viaje de turno, el guardafrenos ocupó su sitio, junto a los frenos, con nuestra maleta. Cuando el tren entró en el puente, el guardafrenos quitó el seguro de la mina y, en medio del puente, tiró la maleta a la vía, por la que pasaban los trenes en dirección al frente. Segundos después, se oyó la explosión; el tramo medio del puente se desplomó. Los vagones se precipitaron en el vacío que se formó.

La voladura del puente la contemplaron nuestros guerrilleros del servicio de información, emboscados a un kilómetro del mismo.

Los alemanes tardaron unas tres semanas en restablecer el puente sobre el Goriñ.

La operación se había llevado a cabo con maña y acierto; los alemanes no descubrieron a

ninguno de los conspiradores zolbunovses.

* * *

Preciso es decir que, conforme se iba desplegando nuestra actividad, a los radiotelegrafistas les aumentaba el trabajo. Antes mantenía el enlace con Moscú un solo radiotelegrafista y una vez al día. Ahora reuníamos tal cúmulo de noticias de Rovno, Sarny, Zolbunov y otros lugares que nos veíamos forzados a que se enlazaran con Moscú simultáneamente dos y aun tres radiotelegrafistas.

Desde el campamento podía funcionar sólo una estación de radio. A fin de no molestarte mutuamente, los otros radiotelegrafistas tenían que alejarse no menos de cinco kilómetros. Nuestros radiotelegrafistas formaban un conjunto reducido, pero muy unido y cordial. Poseía sus leyes propias: tener siempre los aparatos en perfecto estado; estar listos a recoger la emisora en cualquier momento, echársela a las espaldas y emprender la marcha; mantener sagradamente el secreto de las cifras; ejercitarse diariamente con el manipulador y en la recepción de señales a oído.

En cierta ocasión ocurrió que en los días de mayor intensidad en que los radiotelegrafistas transmitían noticias del grupo de Zolbunov, Kuznetsov mandó de Rovno una advertencia: los de las gestapo habían enviado a la zona de los bosques de Sarny tres camiones con estaciones radiogoniométricas, y a Bérezno, Sarny y Rokitno, expediciones de castigo.

Mediante la intersección radiogoniométrica, los alemanes podían localizar con exactitud el emplazamiento de nuestras emisoras y, por consiguiente, el paradero del destacamento. El objetivo del envío de las estaciones radio-goniométricas y de las expediciones punitivas estaba claro: localizar las emisoras, cercar el destacamento y aniquilarlo.

La advertencia de Kuznetsov se confirmó. Al día siguiente de recibir su carta, los del servicio de reconocimiento comunicaron que a la aldea de Mijalin había llegado cierto camión con numerosa escolta de alemanes. Apenas amanecía, el camión salía de la aldea y los alemanes no dejaban que se acercase nadie a menos de dos kilómetros de distancia. Además, éstos andaban por las veredas silvestres en grupos con aparatos y auriculares.

¿Qué hacer? No podíamos interrumpir el enlace con Moscú; y, de continuarlo, delataríamos el paradero del campamento. Encontraron una salida los propios radiotelegrafistas.

— ¡Camarada jefe! -me dijo Lida Sherstniova-. Hemos estado pensándolo los muchachos y yo y hemos convenido en que esta misma noche nos podemos apartar del campamento a unos veinte o veinticinco kilómetros, cada uno en una dirección. Mantendremos el enlace, recogeremos los bártulos y retornaremos. Al día siguiente podemos ir a trabajar a otros sitios. ¡Y que nos localicen los hitlerianos!

Dicho y hecho.

Acompañados por grupos de guerrilleros, los radiotelegrafistas fueron varios días, cada uno por su lado, pasando de lugar en lugar, y no sólo siguieron enlazándose con Moscú según el horario, sino que fijaron días y horas complementarias de enlace.

Las emisoras "trashumantes" nos sacaron del apuro. Las estaciones radiogoniométricas alemanas se desconcertaron. Localizaban las emisiones de los guerrilleros ora en un sitio ora en otro, completamente opuesto. Los expedicionarios rodeaban y acibillaban los lugares abandonados ya.

Pusimos fin a la estratagema nosotros mismos, tendiendo una emboscada a los

radiogoniómetros fascistas. Es verdad que no logramos apresarlos, mas, asustados por los guerrilleros, los hitlerianos cesaron de localizar nuestras emisoras de radio.

MARFA ILINICHHA

Marfa Ilínichna Strucínskaia se presentó en la choza del Estado Mayor. ¿Qué la habría movido a vencer su timidez y presentarse ante mí? Hasta entonces había comunicado todas sus peticiones a través de Vladímir Stepánovich, su marido.

En la choza ardía la hoguera; alrededor, leños, que nos servían de asientos.

— ¡Marfa Ilínichna, siéntese!

Se sentó con gravedad y explicó lo que la traía:

— Vengo por poco tiempo, para un asunto. Quiero pedir le que me envíe a Lutsk.

Aprestábamos a la sazón a un numeroso, grupo de guerrilleros para enviarlo a la zona de Lutsk. Teníamos que averiguar qué ambiente reinaba en la ciudad, qué instituciones alemanas, qué guarnición y estados mayores había allí y explorar los bosques de aquella zona para el caso de que el destacamento se tuviera que desplazar.

La tarea era compleja. Estábamos a unos doscientos kilómetros de Lutsk, y sólo en el camino de ida se tardarían no menos de cinco días. Mas no eran sólo la distancia y el tiempo lo que inquietaban. Podía uno dar de narices con los alemanes a cada paso.

Seleccionamos a la gente para este grupo con mucha rigurosidad. Dábamos preferencia a los que conocían bien la ciudad. Jadzia, sobrina de los Strucinski, y Rostislav Strucinski habían sido de los primeros en pedir que los incluyeran en el grupo. Por ellos seguramente se habría enterado Marfa Ilínichna de todo.

— Marfa Ilínichna -le repuse-, usted no debe ir a Lutsk: no le alcanzarán las fuerzas. Ya nos reporta bastante utilidad aquí.

— ¡Anda, pues vaya provecho que se saca de mi trabajo! Guisar y lavar ropa puede hacerlo cualquiera. En cuanto a lo de mis fuerzas, le ruego que no se preocupe: soy bastante fuerte y daré mejor resultado que un joven. Tengo a parientes y conocidos en Lutsk; por medio de ellos me enteraré de lo que haga falta y me pondré de acuerdo con quien usted quiera.

— ¿Y qué va a ser de los pequeños? —objeté, pensando en los hijos menores de Marfa Ilínichna, Vasia y Slava.

— Katia los atenderá.

— Mire usted que es una empresa peligrosa.

— Dios es misericordioso. ¡Quién va a pensar que soy guerrillera!

Miré a Marfa Ilínichna, a su rostro afable y bondadoso, con un sentimiento de respeto, y no pude menos de pensar: "¡Cuánta energía y nobleza hay en esta mujer soviética!"

— Está bien -respondí-, hablaré con los camaradas.

Temiendo una negativa, me envió a su marido para que intercediera en su favor. Pero yo seguía sin determinarme.

Días después, Tsessarski me dijo que Marfa Ilínichna se había resfriado y se sentía bastante

mal. Decidí aprovechar la ocasión y encargué a Frolov, designado jefe del grupo, que comunicara a Marfa Ilínichna que no la enviaríamos a Lutsk.

Apenas volvió Frolov, Marfa Ilinichna vino en persona con los ojos anegados en lágrimas.

— Pero si me he constipado un poco nada más. ¡Mañana ya no tendré nada!

Y empezó a suplicar con tanta insistencia, que terminé por acceder.

Mediado febrero, sesenta y cinco guerrilleros nuestros partieron en dirección a Lutsk.

Vladímir Stepánóvich fue muy lejos del campamento con los hijos pequeños a despedir a su mujer.

Transcurrieron dos semanas. En ese tiempo recibimos noticias de que el grupo había pasado sin novedad a la zona de Lutsk y desenvolvía allí una fructífera labor. Acanv-paron en el bosque, a veinticinco kilómetros de la ciudad, y enviaban a ésta a los del servicio de información.

Por aquellos días, la gestapo había iniciado una gran campaña contra los guerrilleros. En todos los distritos aparecieron expediciones punitivas y se reforzaba el armamento de los policías.

Yo me alarmé y, temiendo que interceptaran todos los caminos, mandé a Frolov la orden de que regresara inmediatamente al campamento con todos sus hombres. Frolov volvió, pero trajo unas noticias desconsoladoras.

Cerca de un vado del río Sluch, en el linde del bosque, cayeron en una emboscada. El combate duró pocos minutos. Los hitlerianos, que no esperaban encontrar resistencia; se diseminaron de pronto, dejando en el bosque a los muertos y heridos. Pero del grupo de Frolov cayeron asimismo seis hombres.

Otra noticia de Frolov me causó también un gran disgusto: Marfa Ilínichna! Jadzia, Rostislav y otros cinco guerrilleros habían quedado en las afueras de Lutsk.

Marfa Ilínichna y Jadzia habían estado dos veces en la ciudad, establecido contacto con gente útil para nosotros y los habían presentado a Frolov.. Uno de ellos, ingeniero de la estación de Lutsk, había comunicado valiosos datos, sobre todo unos acerca de que los alemanes habían deseargado en la estación varios vagones de bombas de aviación y proyectiles químicos y que tenían el propósito de probarlos contra los guerrilleros y la población civil. Este ingeniero había prometido conseguir un plan detallado de la ciudad en el que estuvieran indicados todos los lugares y edificios de los alemanes: estados mayores, instituciones, depósitos de municiones y proyectiles químicos. Unos días después, María Ilínichna tenía que volver a Lutsk por este plano. En eso precisamente fue cuando recibieron mi orden de regreso. Marfa Ilínichna por nada del mundo quería marcharse sin ese documento:

— ¡Cómo voy a abandonar una cosa así! De seguro que enviarán el plano a Moscú... Dejadme a Jadzia y a Rostislav y ya volveré con ellos...

Se salió otra vez con la suya. Frolov hubo de dejarla con Jadzia y seis guerrilleros, entre los que estaba Rostislav Strucinski, para custodia en el camino de regreso.

En cuanto Frolov terminó su relación, fui a ver al viejo Strucinski. Se había enterado ya de todo y estaba sentado, sombrío y de mal humor, en la chabola.

— ¡Hola, Vladímir Stepánovich! ¿Qué hay? -le pregunté.

— Pues nada de particular —respondió con voz compungida. Luego, tras una pausa, agregó:-

¡Para qué ocultarlo, echo de menos a mi vieja!

Procuré consolarlo:

— Vladimir Stepánovich, no se preocupe, Marfa Ilínichna volverá. Rostislav está con ella y no consentirá que le hagan nada.

— Claro que él no consentirá que le hagan nada, pero puede ocurrir que también le hagan a él... En fin, qué le va uno a hacer, es la guerra.

Al cabo de unos días llegaron al campamento Jadzia, Rostislav y dos guerrilleros. El viejo fue el primero en verlos. Escuchó en silencio a su hijo y sobrina y se metió en su choza sin decir palabra.

Jadzia vino en seguida a mi. Sacó de un bolsillo oculto un sobre cerrado y dijo:

— La tía Marfa me mandó que le entregara esto -y, anegándose en lágrimas, me lo contó todo tal y como había sucedido.

Marfa Ilínichna y ella habían ido a Lutsk al lugar convenido, recibido el sobre del ingeniero y vuelto al bosque, donde las esperaban los guerrilleros. Marfa Ilínichna cosió el documento al cuello de su abrigo, y el grupo en pleno emprendió el camino de retorno al campamento.

Por el día descansaban en los caseríos y aldeas, por la noche caminaban. En el caserío de Vyrok, los polizontes, en número no menor de cuarenta, rodearon la casa donde descansaban los guerrilleros.

Rostislav y sus compañeros dijeron a la madre y a Jadzia que escaparan al bosque por el corral y salieron de la casa.

Marfa Ilínichna descosió rápidamente el cuello de su abrigo y sacó el paquete:

— Toma, Jadzia. Tú eres joven... podrás escapar. En trégaselo al jefe...

La escaramuza se libró junto a la casa. Seis guerrilleros no pudieron contener a los cuarenta polizontes. Tres de los nuestros cayeron muertos, y Rostislav y los otros dos, seguros de que la madre y Jadzia habían huido ya, se fueron replegando hacia el bosque.

— Rostislav no vio cómo los polizontes irrumpieron en la casa -contaba Jadzia, llorando-. A la tía la hirieron y a mí me agarraron de las manos... No vi nada más... Me solté, empuñé la pistola, disparé, salté por la ventana y eché a correr. Sólo al otro día me encontré con Rostislav y los otros dos guerrilleros en el bosque. Rostislav no sabía que su madre había quedado en poder de los alemanes.

— Y luego, ¿qué pasó?

— Pues luego nos pusimos a andar por el bosque, sin alejarnos de Vyrok. Por la tarde vimos a una mujer. Esperamos que se acercara y le preguntamos. Dijo que habían pegado a la tía una paliza terrible, pero que ella no declaró nada. Después, los de la gestapo la sacaron del caserío y la fusilaron. Por la noche, las campesinas recogieron su cadáver y lo enterraron en el bosque. La mujer nos acompañó a una tumba reciente. Ella había estado también en el entierro de la tía y andaba ahora por el bosque segura de encontrarnos a alguno de nosotros. "Ya me figuraba yo que andaríais por algún sitio de éstos", dijo.

Estábamos en guerra. Habíamos visto más de una vez la cara de la muerte y dado sepultura a camaradas nuestros. Los habíamos vengado sin compasión. Parecía que nos habíamos habituado ya a las crueldades de la lucha. Pero la muerte de Marfa Ilínichna nos conmovió a todos en lo más profundo del alma. La noticia de su perecimiento recorrió el campamento

instantáneamente, y cuando me encaminé a la choza de Vladímir Stepánovich, habíase hecho un insólito silencio en el bosque que habitábamos.

No se podía hablar con el viejo: los espasmos le cortaban la respiración. Me fui pronto de su lado, sintiéndome culpable de algo ante él.

Hoy, al recordar la muerte de María Ilínichna, he hallado un número de nuestro periódico guerrillero y una necrología, escrita por guerrilleros que conocían bien a nuestra madre-guerrillera. Véanla:

"Al regresar de la última operación, nuestros camaradas han traído una triste noticia: Marfa Ilínichna Strucínskaia ha sido asesinada por los salvajes fascistas.

"La habíamos conocido bien en los meses que llevaba con nosotros en el destacamento. Madre de una familia guerrillera, de una familia de héroes, era ella misma una heroína, una valerosa patriota.

"En el destacamento era una madre para todos. Infatigable, habilidosa, trabajaba día y noche. Salió voluntaria a cumplir una tarea de importancia. En el camino de regreso, la bala de un verdugo alemán le segó la vida.

"Ha cesado de latir el corazón de esta sublime mujer. Pero vengaremos su muerte.

"Tiene muchos vengadores. Los fascistas pagarán con su negra sangre la entrañable vida de Marfa Ilínichna.

"¡La patria no la olvidará!"

Nikolái y Zorz Strucinski no estaban en el campamento cuando nos enteramos de la muerte de su madre. Se hallaban en Rovno. Por eso, la pena de Vladímir Stepánovich aún era mayor. Con objeto de disipar de alguna manera su congoja, ideamos especialmente para él un viaje de servicio. Partió, regresó, se presentó a mi y me dio parte de que la tarea había sido cumplida. Me quedé asombrado de lo que había cambiado el hombre: en unos días había envejecido, se había demacrado.

— Tome asiento, Vladímir Stepánovich.

Se sentó con pesadez en un tocón. Le escancié una copa de vino. Pero él la rechazó, diciendo:

— No puedo.

La pausa parecía interminable, y yo no podía infringir aquella muda confesión: el provento hombre no necesitaba que lo consolasen. Habló al fin, mejor dicho, exteriorizó el pensamiento que le obsedía ya mucho tiempo:

— Si hubiera estado con ella Nikolái... o Zorz, pues tampoco es manco. Mas, para qué darle vueltas, si ya no tiene remedio. Es la guerra...

Ahora, Vladímir Stepánovich preguntaba a menudo por sus hijos cuando estaban ausentes: — ¿Qué hay de Zorz? ¿Cuándo vuelve Nikolái?

Después de la muerte de Marfa Ilínichna, nuestras muchachas guerrilleras atendían a Vasia y Slava, pero no podían suplir a la madre. Además, los niños corrían peligro en el campamento; por eso, en abril enviamos a los niños a Moscú en avión. Con ellos se fue también Katia. El padre le encargó severo que se preocupara de sus hermanitos.

El 8 de marzo. Jornada Internacional de la Mujer, envié a unos cien guerrilleros, al frente del experto jefe Bazánov, a la aldea de Bogushí. Nos habíamos enterado de que allí estaba alojado un batallón enemigo, parte del cual atacara al grupo de Frolov.

Cerca de esta aldea, a lo largo de la orilla occidental del río Sluch, pasaba una antigua línea defensiva, construida aún en tiempo de la Polonia de los *panis*. Se conservaban las trincheras y casamatas. El río se había salido de madre, y todas las fortificaciones estaban anegadas.

Bazánov reconoció hábilmente el paraje y calculó bien las fuerzas. Al despuntar el día se dejó caer sobre Bogushí. Adormilados, los fascistas corrían por la aldea como fieras acosadas, y, dondequiera que se metiesen, los alcanzaba el fuego de los guerrilleros. Muchos se precipitaron hacia las trincheras y casamatas. Pero no les servía de nada. Acosados por las balas, se ahogaban en las trincheras inundadas y en el río.

Bazánov volvió al campamento con rico botín de armas y municiones.

Esa fue nuestra venganza por la muerte de nuestros camaradas, por el asesinato de Marfa Ilínichna Strucinskaia.

DOS OPERACIONES

Los alemanes pusieron vigilancia en todos los vados de los ríos que se encontraban en el camino de Rovno a nuestro campamento. Ahora, para ligarnos con la ciudad no nos podíamos valer de uno o dos enlaces, se requería todo un grupo de veinte o treinta guerrilleros. Las escaramuzas hiciéronse cosa corriente. Los alemanes y los polizontes traidores sufrían muchas bajas en esas escaramuzas, pero también aumentó el número de víctimas por nuestra parte.

A fin de proseguir con calma la labor que se desempeñaba en Rovno, decidí trasladarme con parte del destacamento a los bosques de Tsumań, sitios hacia el oeste de la ciudad. Eran los bosques que habían explorado los nuestros en su marcha a Lutsk al mando de Frolov.

Destaqué a ciento quince hombres para que se vinieran conmigo. En el viejo campamento se quedaba Serguéi Trofimovich Stéjov de jefe.

Además de los del servicio de información que actuaban ya en Rovno, me llevé a todos los guerrilleros que conocían la ciudad. Se vino también conmigo Lukín. Había vuelto recientemente de Moscú, adonde había emprendido el vuelo para informar de la situación en la retaguardia del enemigo. Lukín saltó del avión con paracaídas. Del mismo avión nos lanzaron multitud de regalos: cartas de los familiares y conocidos, revistas y periódicos, metralletas, cartuchos, comestibles.

Lukín comunicó en una reunión del Estado Mayor del destacamento las últimas indicaciones del mando sobre la orientación de la labor de los guerrilleros y de las tareas más importantes que nos encomendaron.

Con Lukín vinieron al destacamento cuatro guerrilleros nuevos. Uno de ellos, Grisha Shumuilovski, resultó ser viejo amigo de Tsessarski y Macheret. Estudiaba en el Instituto de Literatura de Moscú y llevaba mucho tiempo insistiendo en que lo enviaran con nosotros.

— ¿Y tus estudios? -le pregunté.

— ¿Mis estudios? Cuando vengamos los terminaré... Otro de los guerrilleros que vino con Lukín fue Max

Seleskiridi, estudiante de la Escuela del Teatro Vajtángov de Moscú. Se preparaba allí para la profesión de actor, y con nosotros quería ser minador. Me había extrañado varias veces que pudiera salir un actor de Max, pues no había visto nunca una sonrisa en sus labios.

De los dos radiotelegrafistas que llegaron con Lukín nos llamó más la atención Marina Kij. Era natural del pueblo de Novosiolki-Kardináiskie, de la región de Lvov.

En 1932, Marina había ingresado en la organización clandestina de las Juventudes Comunistas de Ucrania Occidental y, al cabo de tres años, en el Partido Comunista de la misma. Los gendarmes polacos la habían detenido dos veces, en 1936 y 1937, por su actividad revolucionaria. Luego que se hubo liberado a la Ucrania Occidental, Marina fue elegida representante a la Asamblea Popular de la consabida zona. Estuvo en Moscú con la delegación de la Asamblea Popular que asistió a la Sesión Extraordinaria del Soviet Supremo, y luego en Kíev, para hacer entrega al Gobierno soviético de la solicitud de la población para que se incorporara la región de Lvov a la República Socialista Soviética de Ucrania y para que se concediera a los habitantes la ciudadanía soviética.

Cuando empezó la guerra, Marina hizo un cursillo de radiotelegrafía y fue destinada a nuestro destacamento.

Quedé satisfecho de todos los noveles y los incluí en mi grupo para marchar a los bosques de Tsumañ.

Esta marcha era para nosotros una operación complicada. Libramos el primer combate contra los hitlerianos junto al pueblo de Karachún, cerca del paso a nivel del ferrocarril de Rovno a Sarny. Por lo visto, los alemanes se habían enterado de nuestro movimiento y nos habían tendido una emboscada. Tras breve tiroteo, decidí la retirada hacia un bosque-cilio para averiguar los efectivos del enemigo que teníamos enfrente. Apenas nos hubimos replegado, al lugar de la emboscada llegó un tren con fuerzas de castigo. Posiblemente había sido llamado ese refuerzo por teléfono.

Teníamos que cruzar el ferrocarril a toda costa. Me determiné a atacar el primero.

En cuanto las tropas punitivas desembarcaron y el tren se alejó, se oyeron nuestras voces de "hurra". Los alemanes no esperaban un ataque tan impetuoso. En los hechos de armas, el ataque fugaz e inesperado da siempre la ventaja. Matamos a unos veinte hitlerianos y capturamos a cinco prisioneros.

Los prisioneros, a los que tomó declaración Kuznetsov, dieron testimonio de que se había enviado gran número de tropas de las SS de Rovno y Kostopol a la zona de Rudnia-Bobróvskaia. Los vecinos de los lugares confirmaron la noticia.

— Han pasado no menos de doscientos camiones cargados de alemanes hacia allá -decían los aldeanos-, ¡Hasta cañones llevan a remolque!

Intenté advertírselo a Stéjov por radio, pero el enlace fracasó. Entonces le envié un radiograma a través de Moscú, aunque no dejaba de comprender que el aviso llegaría tarde.

En el combate, cerca del paso a nivel, tuvimos un muerto y dos heridos. Resultó herido nuestro ingeniero minador Málikov: una bala explosiva le había destrozado dos dedos de la mano derecha. Tsessarski se los amputó allí mismo y le curó la herida.

El segundo herido fue el español Ros, nuestro minador talentoso y fecundo en argucias guerrilleras. El fue quien tuvo la ocurrencia de volar con una mina un puente y un tren. Lo mismo que en los combates que libró en su Patria, se distinguía en nuestro destacamento por su valentía. Era rara la operación en ferrocarriles que se efectuara sin él.

La herida de Ros era grave. Una bala explosiva le había afectado un omoplato y se lo había fracturado en parte.

— Tardará en reincorporarse a filas —me comunicó Tsessarski-. Aunque la herida no es

peligrosa, tardará mucho en cicatrizar.

Al otro día por la tarde volvimos a tener un combate. Nuestro servicio de protección de vanguardia, que avanzaba por la carretera, recta como una flecha, hacia el poblado de Berestiany, topó de pronto con fuego de ametralladora y fusilería. Los enemigos habían acampado en el bosque, a unos cien metros de la carretera, junto a la cual habían tendido una emboscada.

Esta vez los bandidos nacionalistas ofrecieron tenaz resistencia. El combate duró dos horas y media. Nos abrimos camino con gran esfuerzo. Bien es verdad que, después de todo, conseguimos ver cómo hacían el "tridente": unos quedaron tendidos para siempre en el camino, otros se entregaron prisioneros.

Además de las armas tomadas en trofeo, capturamos a los bandidos unos veinte cerdos. Nos vinieron de perilla, pues nuestro grupo llevaba ya cinco días de marcha sin probar bocado caliente. Entre los trofeos figuraba también una cocina de campaña, lo que fue motivo del regocijo general, ¡Al fin pudimos preparar una comida sabrosa y sustanciosa!

En ese combate cayó herido Kolia Fadéiev, jefe de una sección. Una bala le había fracturado un hueso por debajo de la rodilla.

Al llegar al lugar en que nos habíamos propuesto acampar, se vio que a Kolia Fadéiev le empezaba una gangrena gaseosa.

— Hay que operarlo -me dijo el doctor Tsessarski-, de lo contrario fallecerá.

— ¿Qué hacer?

Nuestra residencia se hallaba otra vez en el bosque. Den sa fronda nada más y ningún alojamiento aún, y toda operación requiere un lugar limpio y cerrado, luz e instrumental quirúrgico de verdad. No teníamos nada de eso aún. Los instrumentos de cirugía que poseíamos, Tsessarski los había dejado en el viejo campamento y no había tomado consigo sino las medicinas y los instrumentos imprescindibles para prestar curas de urgencia.

— ¿Qué determinación tomar? -interrogué a Tsessarski.

— -"Si me lo permite, amputaré la pierna a Fadéiev con un tronizador corriente.

— ¡Qué ocurrencias tiene, Albert Veniamínovich! ¿Acaso se puede hacer eso?

— Claro que el riesgo es grande, pero adoptaré cuantas medidas preventivas se precisan. Si no se le amputa la pierna, morirá.

Hube de dar mi consentimiento.

La operación que se avecinaba no era de guerra, sino de cirugía, y de lo más insólita.

— "¡Vamos! -pensé-, por algo pedía Tsessarski con tanta insistencia a Kuznetsov y otros guerrilleros del servicio de información que iban a Rovno que le consiguieran instrumental médico y medicamentos!"

En muchas cosas pensé y repensé, y gasté muchos nervios mientras preparaban la operación. Se trataba de la vida de un joven camarada nuestro: Kolia Fadéiev acababa de cumplir veintiún años.

Por su parte, nuestro cirujano parecía completamente tranquilo, al menos exteriormente. Llamó a Piotr Petró-vich, mi cochero, y le dijo, sujetando un tronizador común en la mano:

— Mira, Piotr Petróvich, estos dientes hay que limarlos del todo. En su lugar haz otros más

pequeños.

Y se puso a explicarle detalladamente de qué forma y tamaño tenían que ser.

Dos horas después estaba lista la sierra, con dientes pequeños, y Tsessarski se puso a desinfectarla, limpiándola con alcohol, pasándola por la llama y volviéndola a limpiar. Mientras tanto, en la sección de sanidad preparaban todo lo demás, según sus indicaciones: construyeron una especie de tienda de campaña, o, mejor dicho, un amplio cercado cuadrangular, con ramas de abeto, sin techumbre, para que hubiera mucha luz; hirvieron los instrumentos y dispusieron las vendas.

Unos veinte minutos antes de la operación, Kolia Fadéiev me llamó. Acudí a verlo. Fuerte y alegre hacía aún poco, yacía ahora en la hierba demacrado, lívido-terrosa la cara.

— Camarada jefe, si todo acaba bien, le ruego que me dé el aval para ingresar en el Partido.

Me conmovió tanto la petición, que se me saltaron las lágrimas.

— Claro que te lo daré. Tú eres un muchacho de arrestos, Kolia. Y por la operación no te preocupes. Ya sabes que a nuestro doctor todo le sale bien.

Por descontado que Fadéiev no sabía con qué sierra le iban a amputar la pierna ni la zozobra que nos embargaba. Mas comprendía que era expuesta la operación en aquellas condiciones.

Salvo Tsessarski y su ayudante, todos los demás, y yo también, nos apartamos del "quirófano".

Pasados unos minutos oímos... sonoros denuestos. Estaba rigurosamente prohibido blasfemar en el destacamentó. Los propios guerrilleros consideraban que el hablar mal era indigno de un guerrillero soviético. Pero, bajo los efectos de la anestesia, Kolia se extralimitó.

— ¡Mirad por dónde se va a desahogar y sin que le impongan castigo alguno! -dijo Lukín, que estaba a mí lado, para ocultar su emoción con una chanza.

La operación duró más de una hora.

Menos mal que Tsessarski tenía mucho cloroformo, pues a cielo raso se disipaba con celeridad.

Terminada la operación, Tsessarski vino a mí, pálido, extenuado y con gotas de sudor en la frente.

— Claro que el peligro es grande, pero no pierdo las esperanzas de que se salve.

No se equivocó. Al otro día, la temperatura le bajó a Fadéiev, y todo transcurrió como en un hospital de primera categoría. El herido empezó a mejorar rápidamente.

Al cabo de unos días Kolia me rogó que fuera a verlo de nuevo.

— ¡Camarada jefe! ¿Es verdad que solté palabrotas durante la operación? ¿O me engañan los muchachos?

Yo sonreí.

— Luego, ¿es verdad? Le pido mil perdones.

— No te preocupes, Kolia, no tiene importancia. Por esta vez habrá que perdonarte.

— Muchas gracias, camarada jefe... Quisiera preguntarle otra cosa: ¿Qué voy a hacer ahora sin la pierna? Pero no quiero ir a la retaguardia.

— Espera, ya se nos ocurrirá algo. Aún vas a ser más útil que otros.

— ¡Por eso también le estoy agradecidísimo!

Cuando Fadéiev se repuso, lo nombramos jefe del grupo de instrucción de minadores. Se le confió la custodia y la cuenta de todos los materiales explosivos. Cumplía sus obligaciones a las mil maravillas. Y ni que decir tiene que lo avalé para que ingresara en el Partido.

El caso de Kolia Fadéiev no es único. Los guerrilleros ligaban sus sentimientos mejores y más puros con el Partido bolchevique. Por mucho que se pondere la importancia y el papel que desempeñaba nuestra organización comunista en el destacamento, no se exagera. Entre los jefes y los soldados que habíamos venido de Moscú no se contaban sino quince miembros del Partido. Entre los recién incorporados al destacamento, los de filiación comunista tampoco eran muchos. Pero aun esa organización del Partido, poco numerosa, gozaba de inmenso prestigio en el destacamento. Se explica porque los afiliados al Partido se portaban sin tacha tanto en los combates como en la vida cotidiana. "Es un bolchevique digno" -decían los guerrilleros de los comunistas.

La vida entre refriegas y marchas, siempre en zozobra, y las continuas dificultades eran la mejor prueba a que se podía someter el temple bolchevique del hombre. No es de extrañar por ello que casi desde el mismo comienzo de nuestra estancia en la retaguardia del enemigo empezáramos a recibir de los guerrilleros muchas peticiones de ingreso en el Partido. En nuestras condiciones no podíamos llenar los requisitos necesarios que se estipulan en los estatutos para dar los ingresos en el Partido. No teníamos cuestionarios, tampoco escribíamos los avales. Todo se haría oralmente, primero en la reunión del buró de la organización del Partido, luego en la reunión de comunistas. Sólo el secretario hacía los apuntes necesarios para llenar los requisitos luego, cuando regresáramos a Moscú, y establecer la antigüedad de los mismos desde el día en que se hubiera aprobado su admisión en nuestra reunión de Partido.

Admitíamos a candidatos a miembro del Partido y pasábamos a miembros del mismo únicamente a los que se mostraban como verdaderos bolcheviques. Recuerdo que el doctor Tsessarski, Valentín Semiónov, secretario de la organización del Komsomol, y Darbek Abdraímov fueron de los primeros admitidos en el Partido. Y los mejores de entre los mejores camaradas engrosaban de día en día nuestra organización guerrillera del Partido.

LOS AYUDANTES

El paso a la nueva base de los bosques de Tsumañ nos había distraído la atención de Rovno algún tiempo. Ahora decidimos recuperar el tiempo perdido, ¿os del servicio de información eligieron los caminos más cortos y apacibles a la ciudad y, a primeros de abril, fueron a Rovno no sólo los que trabajaron antes allí, sino otras diez personas más que conocían la ciudad. Nikolái Strucinski no fue a Rovno. Lo mandamos a Lutsk con Zorz y Jadzia para que organizaran allí un grupo de información entre la gente con quienes nos había puesto en relación Marfa Ilínichna.

El paraje de nuestro nuevo campamento resultó mucho más adecuado que el anterior. La distancia a Rovno se había reducido casi a la mitad y el camino era mejor. Antes, los guerrilleros tenían que cruzar dos ríos para llegar a la ciudad, y aquí no había más que un riachuelo, afluente del Goriñ. Lo cruzábamos por pequeñas pasaderas.

A mitad de camino de Rovno volvimos a organizar un "faro". A diferencia de los anteriores, no se encontraba en un caserío, sino en el bosque, a medio kilómetro de la carretera de Rovno a Lutsk. Por eso lo llamamos el "faro silvestre".

Abril es un buen mes en Ucrania Occidental. No queda ya ni rastro de nieve. En algunos sitios reverdece la hierba. Las yemas de los árboles se llenan, prontas a abrirse en cualquier momento. Pero las noches eran aún frías y húmedas, sobre todo en el bosque. Por eso abril no era acogedor en el "faro silvestre". Los del servicio de información pasaban frío por las noches, pues tenían que dormir en el suelo húmedo. No tenían donde calentarse, ya que no podían encender hogueras para no delatar su presencia.

Además del "faro silvestre", a cada guerrillero del servicio de información que iba a Rovno se le indicaba un lugar determinado como "buzón forestal". Para ello buscábamos sitios apropiados cerca del "faro", por distintos lados del bosque: bien un árbol con un agujero, bien un tocón, bien una piedra grande. En esos puntos, los del servicio de información ocultaban sus misivas y recogían la correspondencia del campamento destinada a ellos.

El paradero de los "buzones forestales" se mantenía en secreto: eran nuestros nudos centrales de comunicación. Encargábamos ir al "faro", montar allí guardia, recoger las cartas y distribuirlas por los "buzones forestales" a los guerrilleros más prudentes y experimentados del servicio de reconocimiento. Al frente de ellos estaba Valentín Semiónov.

Por entonces, Kolia *el Pequeño* empezó a actuar a la par con los mayores. Lo hicimos mensajero de correo con Kuznetsov.

Cuando Marina Kij llegó al destacamento, Kolia le tomó afecto en seguida. Se veía que Marina también se había encariñado con el chaval y le dedicó sus atenciones: le lavaba y remendaba la ropa, pasaba con él muchos ratos y le hablaba de Moscú, del Metro, de la escuela.

Cuando hicimos correo a Kolia, Marina le cosió indumentaria especial. Un traje de aldeano, consistente en una camisa y pantalones largos de lienzo rústico de confección casera; para esa vestimenta, nuestro maestro de hacer *lapti*, Koroliiov, le trenzó un par de pequeño tamaño. Otro traje, de ciudad, estaba compuesto de una camisa con cuello vuelto y pantalones cortos. A este traje se agregaba un par de zapatos.

Kolia se cambiaba de ropa en el bosque, cerca de Rovno, se ponía su traje de ciudad, y el de aldeano lo escondía en el lugar que había elegido. Si iba hacia el "faro silvestre", se ponía los *lapti* y los pantalones largos.

Valentín Semiónov estuvo esperando impacientemente a Kolia cuando éste partió por primera vez del "faro" a Rovno. Kolia tornó sin percances y trajo un paquete de (Kuznetsov).

— Ea, cuenta, ¿qué tal te ha ido? ¿Te han parado en algún sitio?

— Sí, pero les he dicho, como me han enseñado: "Han matado a mi padre y a mi madre, y voy pidiendo limosna". Sólo un buen día...

— ¿Cuándo ha sido eso? -le preguntó Semiónov, son riendo.

— A Kolia le gustaba mucho decir "un buen día". Cuando refería algo, hubiera ocurrido hacía mucho tiempo o el día anterior, decía siempre, como ahora: "Un buen día".

— Ayer mañana, cuando me marché de aquí. Me pararon tres polizontes en un pueblo y me preguntaron: "¿A dónde vas?" Me puse a llorar de golpe y dije: "Buenos hombres, voy a ver a mi madre, que está en el hospital". Y me dejaron marchar. Aunque me eché a llorar, de veras no me asusté nada.

Kuznetsov obtuvo otro ayudante más en Rovno: Valia Dovguer.

A principios de marzo habíamos perdido a Konstantín Efi-movich Dóvguer, padre de Valia. Había partido para la estación de Sarny con otro vecino de aquellos lugares, llamado

Petrovski, a cumplir un encargo nuestro. Por el camino los detuvieron los bandidos nacionalistas y los apalearon bárbaramente para arrancarles declaraciones acerca de los guerrilleros. Al no conseguir nada, los traidores maniataron a nuestros camaradas con alambre espinoso y los condujeron al río, que estaba cubierto a la sazón por una gruesa capa de hielo. Los llevaron a un agujero abierto en el hielo para ahogarlos. Petrovski gritó: "¡Más vale morir de un tiro!" y echó a correr. Los bandidos dispararon, pero la noche era oscura y logró escapar hasta el campamento. Por él nos enteramos de cómo había muerto Konstantín Efímovich.

Nos costó trabajo encontrar el cadáver de nuestro martirizado camarada y lo enterramos con los honores guerrilleros.

Enterrado el padre. Valia vino al destacamento y dijo:

— Mi madre y yo sustituiremos a papá.

Presenté a Valia a Kuznetsov. Después de la primera conversación con ella, ésta me dijo que le podría ayudar muchísimo si viviera en Rovno. Así lo hicimos. Enviamos a Valia a Rovno y ella empezó a buscar casa. En abril encontró vivienda y logró incluso que la inscribiesen en el registro de inquilinato, lo que era difícil empresa por los tiempos que corrían, pues el permiso de residencia permanente en Rovno lo concedía sólo la gestapo. Valiéndose de una amiga. Valia conoció a Leo Metko, empleado de la gestapo que ejercía de intérprete personal del jefe de la policía de Ucrania. Leo Metko no sólo creyó a Valia que su padre había colaborado con los alemanes y lo habían matado los guerrilleros soviéticos por eso, sino que le ayudó a conseguir papeles que certificasen la veracidad de su relato. El le ayudó también a obtener el permiso de residencia en la ciudad y colocación de dependienta en una tienda. Ahora, Valia tenía una cómoda habitación con su entrada aparte y podía llevarse a la ciudad a la madre y a las hermanas menores.

Cuando estuvo todo arreglado. Valia presentó a Leo Metko a su "novio", el oficial alemán Paul Siebert. Así, haciéndose pasar por oficial alemán, Nikolái Ivánovich empezó a ampliar el círculo de amistades. Por Metko conoció a varios funcionarios más del *Reichskommissariat* y de la gestapo.

El *oberleutnant* Siebert caía en gracia a todos. Alegre, ingenioso, espléndido, no le dolía gastar marcos alemanes en convidar a sus amigos; de esos marcos teníamos muchos, pues se los quitábamos a los hitlerianos a carretadas. Los amigos de Paul sabían ya que era hijo de un terrateniente de Prusia Oriental y se disponían a visitar su grande y rica hacienda después de la guerra.

Kuznetsov tuvo ocasión de conocer a un polaco que residía en la ciudad y se llamaba Jan Kaminski. Este era miembro de una organización clandestina polaca y ardía en deseos de tener alguna actividad. Accedió gustoso a operar con Kuznetsov, confirmando su palabra con un juramento escrito.

De día en día recibíamos noticias de Kuznetsov a cual más interesantes. Nos enterábamos de múltiples medidas que adoptaban los hitlerianos en Ucrania y de los planes del mando alemán. Nikolái Ivánovich nos comunicó los apellidos y las direcciones de soviéticos que estaban dispuestos a luchar contra los hitlerianos. Logró averiguar los nombres y las señas de agentes secretos que la gestapo infiltraba en la retaguardia soviética con tareas de sabotaje y terrorismo. En cierta ocasión, Paul Siebert conoció en un restorán al *obergeireiter* del ejército alemán Schmidt, que se dedicaba a amaestrar perros para la guardia personal del *reichskommissar* Koch. Pelirrojo y lleno de pecas, Schmidt quedó muy halagado de haber entablado conocimiento con un oficial tan deslumbrante como Siebert.

— ¡Tanto gusto, tanto gusto! -decía, estrechando fuertemente la mano de Kuznetsov.

— El gusto es mío. Me agradan mucho los perros y siento inclinación por el amaestramiento. En la finca de mi padre hay toda una perrada... Cuando tenga tiempo, venga por casa, señor Schmidt.

Y Kuznetsov le dio la dirección de su residencia "oficial".

Schmidt no se hizo esperar. A la hora fijada acudió a visitar al *oberleutnant* Paul Siebert con un perro lobo de raza alemana que había amaestrado para Koch.

— Es el octavo. Ya le he entregado al señor *gauleiter* siete perros lobos. Pero este es el mejor de todos. Siente en seguida a los que no son arios; a los guerrilleros los huele a la legua. Lo he sacado de la perrera de las SS.

— ¡Qué me dice! ¡Es un portento! -decía Kuznetsov admirado, lanzando al perro un trozo de salchichón.

— ¡Es un perro fenomenal! -charlaba Schmidt exta-siado, mirando cariñoso a su "educando", que se relamía, agitaba amigablemente el rabo y ponía los ojos, agradecidos, en Kuznetsov.

En poco tiempo, el *obergeireiter* Schmidt cayó por entero bajo la influencia de Kuznetsov.

Siebert "prestó" dinero a Schmidt, lo invitó varias veces a comer en el restorán, escuchó complaciente sus quejas y se condolió de él.

— Algunos se están enriqueciendo tanto en la guerra que podrán vivir sin dar golpe toda la vida -gimoteaba Schmidt-. Y yo volveré a mi casa después de la guerra igual de pelado que cuando salí.

— Querido mío -decía el teniente para consolarlo-, cuando se termine la guerra, lo haré administrador en la finca de mi padre. Va a vivir estupendamente. Ahora mismo me siento a escribir a casa sobre usted.

Por su parte, Siebert dio una muestra de entera confianza a Schmidt, presentándole a su "novia". Valia Dóvguer.

— Es una buena chica -le dijo Siebert, confidencial-, pero no tiene suerte en esta vida. Los guerrilleros rusos le han matado al padre, y los documentos de su origen alemán cayeron en manos de esos bandidos. Ahora no puede justificarlo legalmente de ninguna manera.

— ¡Qué cosas. Dios mío!. ..Yo conozco a gente por cuya mediación podré ayudar a la *iráulein* Valentina a que legalice su procedencia alemana.

— Le estaré reconocidísimo, Schmidt -le dijo Kuznetsov con sincero gozo-. Si surgen gastos, no escatime dinero, se lo ruego -dijo, entregándole quinientos marcos.

Al cabo de unos días. Valia recibió un documento que acreditaba su procedencia alemana y la cartilla de racionamiento correspondiente a su origen.

Parecía que todo nos iba saliendo a pedir de boca cuando, de pronto, citaron a Valia a la prefectura de policía y le dijeron que debía ir a Alemania. Es claro que nosotros no lo hubiéramos tolerado y nos la hubiéramos traído al campamento en cualquier instante, pero ello nos desbarataba los planes. Era preciso conseguir el derecho legal de residencia en la ciudad para ella. Schmidt volvió a encargarse de arre*glarlo.

— Una cuestión tan complicada no puede resolverla nadie más que el *reichkommissar*, el señor Koch en persona -explicó Schmidt-. Ahora está en Berlín, pero llegará a Rovno á

primeros de mayo. *Fráulein* Valentina, escriba usted una solicitud y yo se la entregaré al capitán Babach, que es el ayudante del *reichskommissar*. El dará parte al *gauleiter*.

La instancia quedó escrita y Schmidt se la llevó tras haber recibido de Kuznetsov mil marcos "para los gastos".

— Hasta que no se ventile esta cuestión no la molestará nadie, *fraulein* -prometió Schmidt a Valia, que estaba preocupada.

Cuando Schmidt se fue, Nikolái Ivánovich suspiró con alivio:

— Bueno, la cosa marcha. Ahora hay que resolver otra con urgencia. ¿Ha venido Kolia *el Pequeño*?

— Sí, de seguro que está sentado en el patio.

— Llámalo.

Kolia estaba ya junto a la casa, esperando que se marchara Schmidt.

— ¿Qué tal, sin novedad? -interrogó Kuznetsov a Kolia, abrazándolo.

— He pasado sin percances -respondió Kolia con gravedad.

— Pues descansa y come, que tendrás que salir corriendo otra vez al "faro".

Aunque Kolia era resistente y dinámico, las caminatas al "faro" lo fatigaban. De Rovno al "faro" había veinticinco kilómetros. Entre ir y venir, en un día sumaban cincuenta. Semejantes marchas no eran coser y cantar.

Mientras Kolia descansaba, Kuznetsov escribió un mensaje al campamento. Al cabo de una hora. Valia despertó al muchacho. Este no podía con su alma de cansancio, mas al sentir su responsabilidad, se puso en pie súbitamente y se alisó el traje.

— Ten cuidado. Te confío un paquete importante. Di en el "faro" que lo lleven al jefe sin tardanza. Aguarda allí contestación y tráemela en seguida.

Kolia tomó el sobre, lo escondió en el bolsillo oculto, se despidió y salió.

— Cielos -dijo Valia, viéndole marchar-, ¡Pero si aún es una criatura! Tendría que vivir en su casa con su madre.

— Sí, Kolia es pequeño, pero qué cosas tan grandes hace -repuso Nikolái Ivánovich, pensativo.

Esa vez, el camino del muchacho al "faro" no transcurrió sin percances. A unos cinco kilómetros de Rovno oyó de improviso la voz de "¡alto!" y, luego que hubo mirado, vio tras de sí a dos hitlerianos. No los había visto en la carretera; probablemente, estaban emboscados por allí, a un lado. Kolia discurrió inmediatamente qué hacer. Salió por pies hacia el bosque. Los alemanes abrieron fuego, las balas silbaron, pero el muchacho siguió corriendo hasta que se perdió de vista en la salvadora ñoresta.

El paquete de Nikolái Ivánovich llegó al "faro" y, desde allí, a mi poder.

LOS DUEÑOS FICTICIOS Y LOS VERDADEROS

El mensaje que trajo Kolia *el Pequeño* era interesante en sumo grado. Kuznetsov ponía en

nuestro conocimiento que en Rovno los hitlerianos estaban haciendo preparativos para festejar el cumpleaños de Hitler. El 20 de abril iban a celebrar un desfile militar en honor del führer.

"Le pido permiso para tomar el "mando" en el desfile" -escribía Kuznetsov.

Algo más tarde recibí misivas del mismo tenor de otros guerrilleros del servicio de información en Rovno.

"Dé usted su permiso para ejecutar en la plaza un acto de venganza contra los cabecillas de los ocupantes" -me pidió Shevchuk.

Di a todos la misma respuesta:

"Lo prohibo terminantemente. Podemos echar por tierra toda la labor de información. Ya sonará la hora de ajustar cuentas a los verdugos. Permiso presenciar el desfile entre la muchedumbre. En caso de que alguien intervenga, apoyadle con las armas".

Los preparativos para la fiesta dedicada a Hitler se llevaban a cabo de manera muy original. Las tropas de las SS y de la gendarmería de campo se descolgaban por los pueblos y arrebataban a los campesinos productos alimenticios y objetos. Entregaban los bienes expoliados a unas oficinas especiales de la compañía *Páketauktion*. Al cargo de todo este "acopio" estaba el general Knut, adjunto de Koch.

En las oficinas de la *Paketauktion*, con los objetos y comestibles saqueados, se hacían "regalos del führer", de diez a quince kilogramos cada uno. Estos regalos, bien empaquetados y presentados, se distribuían entre los alemanes en la misma ciudad y se enviaban al frente y a Alemania.

Nuestros guerrilleros, y, sobre todo, los lugareños de la región de Rovno, sabían el precio de los susodichos "regalos del führer". Sabían cómo los habían adquirido los alemanes y la sangre y lágrimas que habían costado a nuestra gente.

Mediado abril, Stéjov acudió a mi llamada con cien guerrilleros y me contó cómo habían hecho los alemanes el acopio para los "regalos" en la zona de Sarny.

Las noticias sobre las tropas de castigo que habíamos recibido durante la marcha resultaron ciertas. El 30 de marzo se habían dejado caer como una plaga de langosta sobre los pueblos y caseríos de nuestra zona guerrillera y, en primer lugar, sobre Rudnia-Bobróvskaia. Claro que no dieron con los guerrilleros. Stéjov había logrado retirar el destacamento. Más de la mitad de los vecinos se ocultó también en el bosque. Pero todos los que se quedaron en los pueblos corrieron la misma suerte aciaga. Los hitlerianos irrumpían en las aldeas, recogían el ganado y todos los bienes y luego prendían fuego a las casas. Pasaban por las armas a los enfermos, ancianos y niños, y a los jóvenes los conducían a los puntos de concentración para enviarlos a Alemania.

Los "vencedores" hacían lo mismo en las zonas en que nos encontrábamos ahora. Convoyaban por todas las carreteras a la población que se llevaban al cautiverio y los trenes de botín saqueado a los campesinos.

Como se había fijado, el 20 de abril se celebró el desfile. La plaza central de Rovno estaba acordonada. Formaron en ella todas las unidades de la guarnición alemana: las tropas de castigo, las que custodiaban los estados mayores, las secciones de las SS, la gendarmería de campo y los destacamentos de la policía.

Junto a la tribuna, en lugares adecuados especialmente para el caso, ocuparon sus sitios los "invitados de honor": funcionarios del *Reichskommissariat* y la nobleza militar y civil. Entre

los invitados estaba el teniente Paul Siebert, del brazo de una joven.

Encima de la tribuna se veía un retrato inmenso de Hit-ler. Sus ojos de cangrejo, su bigotillo de fatuo y el mechón de pelo que le caía sobre la deprimida frente no cuadraban con su pose napoleónica.

A la hora señalada, las autoridades y mandos supremos llegaron a la plaza en cómodos automóviles. A la tribuna subió el presidente gubernamental Paul Dargel, primer adjunto de Erich Koch. Alto y delgado, caminaba sin mirar a los lados, henchido de arrogancia. Tras él apareció Knut, segundo adjunto de Koch y jefe de la *Paketauktion*. Apenas podía con su enorme barrigón y no tenía cuello: la unión de la cabeza y el tronco estaba toda rellena de grasa. Se encaramó a la tribuna, jadeando y resoplando. Luego subieron el doctor Funk, juez mayor de Ucrania; el general von Ilgen, jefe de las tropas especiales, es decir, de las punitivas, y varios encumbrados personajes más.

A pesar del acordonamiento y de la rigurosa vigilancia, algunos de nuestros osados guerrilleros, entre los que estaban Gnediuk y Shevchuk, lograron penetrar en la plaza. Cada uno llevaba un par de pistolas y dos o tres granadas antitanque.

Dargel pronunció un discurso. Habló de los "méritos de Hitler", del "invencible ejército alemán" y de que "las autoridades alemanas tenían la obligación de organizar allí, en la retaguardia, todo lo que necesitara el ejército".

Dargel declaró, insolente, en la plaza de la ciudad ucraniana:

"¿Qué importa que los vencidos se mueran de hambre. A la nación alemana eso no le preocupa en absoluto. Alemania tiene sus grandes ideas y fines. Y los alcanzaremos a cualquier precio. ¡Nada de compasión! ¡La compasión es un oprobio para los fuertes!. ¡Os exhorto a que seáis implacables!"

Nuestros guerrilleros escucharon en silencio el discurso delirante del presidente gubernamental. Sintieron deseos de terminar instantáneamente con la canalla fascista, mas la orden era la orden y dejaron a los hitlerianos que celebrasen su desfile hasta el fin.

Al abandonar la plaza, Kuznetsov dijo a su novia en voz alta:

— Tiene usted unos piecitos encantadores. Un oficial alemán entiende de belleza. ¿Me permite que la acompañe a su casa?

La muchacha miró con ojos complacidos al bizarro oficial del ejército alemán.

Mas, cuando se apartaron del tropel de gente. Valia dijo queda a Kuznetsov:

— Ha hecho mal el jefe en prohibirlo, ¡Qué asco daba ver y oír todo aquello!

— No tienes razón. Valia. No se puede poner en peligro todo el trabajo, ¡No te aflijas, que no escaparán vivos de aquí! ¡No son ellos los amos de esto! -y, tras breve ojeada al otro lado de la calle, Nikolái Ivánovich agregó-: Fíjate en ese de la gorra y la chaqueta raída que va por la mano izquierda. Pues ése es uno de los verdaderos dueños de la ciudad.

Hacía ya mucho que adivinábamos la existencia de una organización clandestina. No era difícil colegir que los incendios en las empresas y los asesinatos de oficiales alemanes eran obra de los conspiradores de la ciudad, pero no podíamos dar con su organización. Finalmente, desentrañando una tupida madeja de datos y alusiones, nuestro servicio de información fue a dar con el bolchevique Terenti Fiódorovich Novak, director de la fábrica de fieltro. El resultó ser el jefe de la organización clandestina de Rovno.

Al poco tiempo de celebrarse el desfile, Novak estuvo en nuestro campamento, y nos pusimos

de completo acuerdo con él para actuar.

Esa organización llevó a cabo una gran labor en Rovno, pero voy a referir sólo, y aun así someramente, lo que ejecutó de mancomún con nuestro destacamento.

Empezamos por facilitar regularmente a la organización clandestina los partes del Buró de Información Soviético. Los conspiradores los reproducían y los repartían entre la población. De tiempo en tiempo reexpedíamos a Novak los periódicos *Frauda*, *Krásnaia Zvezdá* y otros que nos lanzaban desde aviones.

Kuznetsov, Shevchuk, Gnediuk y Nikolái Strucinski, así como otros guerrilleros de nuestro servicio de información, no podían hacer propaganda o repartir octavillas en la ciudad. En cambio, la organización de Novak desplegó una labor política muy vasta entre la población, valiéndose de los partes y periódicos, que nosotros le facilitábamos.

Los grupos operativos de la organización de Novak realizaron con los nuestros dos actos de sabotaje de magnitud.

En Rovno funcionaba a pleno rendimiento una fábrica de cortar tarugos, cuyo propietario era el alemán Tanholz. Los tarugos se destinaban para los camiones gasógenos del ejército alemán. Era la única fábrica de esa índole en toda la Ucrania ocupada. Ardió íntegra, según lo habíamos planeado juntos. El segundo acto de sabotaje fue la voladura del andén de la estación de Rovno. Los hitlerianos habían descargado allí varios vagones de damajuanas, de dos cubos de capacidad, de ácido nítrico. Los conspiradores de Novak colocaron entre ellas dos minas con retardo que habían recibido de nuestro destacamento. Al primer estampido, el ácido de las vasijas rotas corrió por el piso de madera del andén y se incendió. Las llamas prendieron también en las canastas de mimbre que recubrían los garrafones. Los alemanes se abalanzaron a apagar el fuego. En eso, explotó la segunda mina, y las damajuanas empezaron a estallar, una tras otra. Las salpicaduras de ácido y los cascotes de vidrio que volaban por todos lados hacían imposible aproximarse al lugar del incendio. Minutos después, las llamas habían cubierto todo el andén. Ya no era posible sofocar el incendio, y los policías y las unidades militares que habían acudido a la llamada pudieron solamente contemplar inactivos varias horas el siniestro espectáculo.

Nuestro destacamento obtuvo gran ayuda de la organización de Novak. Le estábamos agradecidos, sobre todo, por las medicinas, vendas e instrumental quirúrgico que nos proporcionaron. En todos los establecimientos sanitarios de Rovno trabajaban médicos rusos, prisioneros de guerra o naturales de la ciudad, que no habían tenido tiempo de evacuar. Los miembros de la organización clandestina se ligaban a ellos y nos conseguían medicamentos y material clínico según listas que componía Tsessarski.

Al enterarse de la existencia de nuestro destacamento, los médicos solicitaban que los admitiéramos en el campamento a ellos también. A la sazón experimentábamos extrema necesidad de personal médico. Las refriegas con los alemanes y los bandidos traidores menudearon más, y el número de heridos aumentó. Los de la organización clandestina empezaron a ponerse de acuerdo con médicos y practicantes y los encaminaban al campamento. Por lo común, no venían al bosque con las manos vacías, sino con preciosísimas cargas, pues se traían de los hospitales y clínicas carros llenos de instrumental médico.

Al poco tiempo, en nuestro campamento se reunieron trece médicos, especialistas en diferentes enfermedades, y unos veinte practicantes. Vino al campamento hasta un médico dentista, que se trajo todo un gabinete, incluido el torno, movido a pie.

Así, constituímos un buen hospital, encabezado por nuestro joven médico guerrillero

Tsessarski. Contaba con secciones quirúrgica, terapéutica y gabinete odontológico.

EN LA AUDIENCIA DE KOCH

Una mañana de mayo, el *obetgeiteiter* Schmidt fue a ver a Valia y le comunicó solemnemente que a las cuatro de la tarde le daría audiencia el *reichskommissar* de Ucrania Erich Koch.

Su ayudante, Babach, ha dicho que se presente con usted el *obetleutnant* Siebert. Posiblemente el señor *gaúleiter* quiera convencerse personalmente de que intercede por usted un oficial alemán.

Tras de despedirse, Schmidt se marchó. Valia fue inmediatamente al domicilio de Nikolái Ivánovich.

— ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Y si es un celada?

— Es tarde para volverse atrás. Claro que iré.., No me pasó por la imaginación siquiera que pudieran requerir mi presencia, si no, lo hubiera consultado con el jefe.

— ¿No se puede sin su permiso? -dijo Valía, lanzando una mirada muy significativa a Kuznetsov.

— Lo decidiré sobre la marcha -respondió.

A eso de las cuatro de la tarde, por la calle central de Rovno, denominada por los alemanes Friedrichstrasse, pasó un coche con Valia Dóvguer, Paul Siebert y Schmidt. A los pies de éste iba sentado tranquilamente aquel perro lobo que "olía a los guerrilleros a la legua".

Nicolái Ivánovich llevaba un espléndido uniforme dé gala. En la guerrera, prendidas y cosidas todas sus condecoraciones y distintivos: la insignia de miembro del partido hitleriano, las trencillas indicadoras de que Siebert había sido herido dos veces en combate y dos cruces de hierro. Las botas altas de gala, lustrosas. Al cinto nuevo, en el costado izquierdo, la pistola enfundada. En el bolsillo, otra pistola con la bala en la recámara. Valia llevaba un vestido oscuro con brazalete negro de crespón en -señal de luto por su padre asesinado. Previamente, le habíamos proporcionado un certificado de la gendarmería de campo acerca de que su "padre había perecido a manos de los guerrilleros".

En el pescante, el cochero, tirando de las bridas. Era Gnediuk. En el bolsillo llevaba una pistola y, debajo del asiento, varias granadas antitanque.

Todas las casas a lo largo de la calle por la que pasaba el coche estaban ocupadas por instituciones alemanas o habitadas por funcionarios hitlerianos. En el extremo estaba el *Reichskommissariat*, es decir, las oficinas del gobernador general. Al lado, en una calle sin salida, tras una alta verja con alambrada de espinos, un hotel: el palacio de Koch.

El coche se detuvo delante del palacio. Enfilando la verja, paseaban centinelas de las SS con metralletas.

Schmidt se apeó precipitadamente del coche y fue al cuerpo de guardia.

— ¿Están listos los pases para el señor *oberleutnant* Paul Siebert y la *fráulein* Valentina Dóvguer? -inquirió por la ventanilla al de guardia,

— Aquí están -le respondieron.

Como el de guardia conocía a Schmidt, entregó los pases a Kuznetsov y Valia sin pedirle

siquiera los documentos.

El centinela de las SS saludó y dejó entrar a los tres.

El palacio de Koch se hallaba en un inmenso vergel. Los robles, tilos y alerces, inundados de sol, arrojaban sus sombras al caminito asfaltado. Los arbustos de lilas llenaban el aire con su fragancia. Unos jardineros se afanaban en los macizos de flores y junto a los árboles frutales.

Además del hotel, grande, en el territorio del palacio habíanse construido varias casas más, en las que se alojaban la guardia y la servidumbre de Koch. Del ojo experto de Kuznetsov no escapó nada de esto ni de muchos más pormenores.

— Les ruego que pasen directamente a ver al ayudante, y yo voy a entregar el perro -dijo Schmidt, señalando a Siebert la puerta principal.

— ¿Dispararás? -le interrogó luego Valia, con la respiración entrecortada de la emoción.

— Si tengo la certeza de que lo mato, dispararé -respondió Kuznetsov,

El ayudante Babach recibió amable a los visitantes y los acompañó al primer piso, a la audiencia de Koch.

— Tengan la bondad de tomar asiento. El *gauleitet* está hoy de buen humor -les comunicó, sonriendo-. Ahora mismo anunciaré que han llegado.

Y Babach desapareció tras una pesada puerta. En la antesala estaban sentados en silencio, en espera de audiencia, varios oficiales. Entre ellos, dos generales de punta en blanco. Apenas Kuznetsov y Valia habían tenido tiempo de fijarse en todo, cuando el ayudante volvió y dijo, mirando a Valia:

— Tenga la amabilidad de pasar al despacho del *reichskommissar*. Y a usted, *herr obetleutnant*, le ruego que espere.

A Valia se le fue la cabeza. ¿No se delataría? ¿Llamarían luego a Kuznetsov? ¿Dispararía él contra Koch? Junto a la puerta volvió el rostro y miró a Nikolái Ivánovich. Este, sentado en una mullida butaca, conversaba como si tal cosa, a media voz, con el capitán que estaba a su lado.

El ayudante abrió la puerta del despacho, cedió el paso a Valia, la cerró de nuevo y se quedó en la antesala.

Así que Valia avanzó un paso, un enorme perro lobo se puso a su lado de dos saltos. Ella se estremeció del susto.

— ¡Al sitio! -oyóse una fuerte voz en alemán. El perro se apartó. La misma voz invitó a Valia:

— Tenga la bondad de sentarse.

Valia miró con ojos tímidos al que había hablado. Vio, sentado a una mesa, a un hombre grueso y corpulento con bigotillo "a lo Hitler", largas pestañas rubicundas, y cayó en la cuenta de que era el mismísimo Koch.

La mesa de Koch estaba de través en el despacho. Perpendicular a ella había arribada otra mesa larga, a la que invitaron a Valia a que tomase asiento. Entre Valia y Koch, a ambos lados, estaban sentados unos guardianes, y otro más se veía junto a la ventana, apartada. A los pies del *gauleitet* yacía el perro lobo.

"¡Santo Cristo, menuda custodia!" -le dio tiempo a pensar a Valia, pero oyó en seguida la pregunta que le hizo Koch sin mirarla a ella, sino a la solicitud que tenía delante:

— ¿Por qué no quiere ir a Alemania? Usted es una muchacha de sangre germana y sería muy útil en la patria. Para vencer a los bolcheviques tienen que trabajar todos.

Al pronunciar las últimas palabras, Koch puso los ojos en la muchacha y ya no se los quitó de encima en todo lo que duró la conversación.

— Mi mamá está grave, y mis hermanas son pequeñas -empezó a explicar Valia, dominando la emoción-. Después de la muerte de mi entrañable padre tengo que ganar para el sustento de la familia. Le suplico que me permita permanecer en Rovno. Sé alemán, ruso y ucranio y también podré ser útil a Alemania desde aquí.

— ¿Dónde ha conocido usted al señor Siebert?

— En el tren, casualmente. Luego nos ha visitado a menudo, de paso del frente. Estamos prometidos -agregó Valia, turbándose.

Koch conversó unos minutos con Valia. Le preguntó si conocía a algún otro oficial alemán. Cuando ella mencionó entre sus conocidos no sólo a funcionarios del *Reichskommissariat*, sino de la gestapo, Koch quedó satisfecho, al parecer.

— Está bien, puede retirarse -dijo y, encarándose con un guardián, le mandó con brusca voz que llamara al oberleutnant Siebert.

Valia no pudo intercambiar palabra con Kuznetsov. Se cruzaron la mirada nada más: Valia, temerosa e inquisitiva; Kuznetsov, alentador.

— *Heil* Hitler! -exclamó Paul Siebert, levantando la mano adelante al atravesar el umbral.

— *Heil!* -le respondieron de la mesa.

El perro lobo gruñó, mas Siebert ni siquiera pestañeó.

Koch le indicó con un ademán la butaca que ocupara Valia momentos antes,

— ¿Dónde lo han condecorado con las cruces? -le preguntó Koch.

— La primera, en Francia; la segunda, en el frente oriental, *herr gauleiter* -repuso Kuznetsov.

— ¿A qué se dedica ahora?

— Después de la herida, al abastecimiento de mi sector del frente.

— ¿De qué frente?

— Del de Kursk.

Siebert se llevó la mano al bolsillo del pecho para sacar su carnet de identidad y enseñárselo a Koch. Mas al hacer ese movimiento, diríase inofensivo, los de la gestapo se pusieron en guardia. El perro se plantó a los pies de Kuznetsov.

— No se moleste. Ya ha presentado sus documentos a mi ayudante, ¿no es así?

— Sí, claro.

— ¿De dónde es usted?

— De Prusia Oriental. A cuarenta kilómetros de Königs-berg mi padre tiene una finca.

— Conque es usted paisano mío.

— Así es, herr *gauleiter*.

- ¿Qué ambiente se respira en el ejército?
- ¡Oh, los soldados están dispuestos a todo!
- Dígame, ¿han asustado a muchos los últimos acontecimientos?
- ¿Se refiere a Stalingrado? Pues han fortalecido nuestra moral.
- Si, sí. Vuelva a su unidad. Tenga presente que el führer prepara precisamente en su sector del frente una buena sorpresa a los rusos -dijo Koch significativamente.
- No lo dudo, *herr gauleiter*.

Tras breve pausa, Koch dijo:

- Me extraña que usted, un oficial con méritos del ejército alemán, un hombre de sangre aria y encima natural de Prusia, interceda por una polaquilla cualquiera.

Koch pronunció esas palabras haciendo un mohín de repugnancia.

- *Herr gauleiter*, la *fráulein* es de sangre alemana. He visto personalmente los papeles de su padre, asesinado atrocemente por los bandidos -dijo Siebert para justificarse.

- Si cada oficial alemán va a pedir favores para las mujeres de los pueblos que hemos sometido no va a haber quien trabaje en nuestra industria. Ya sabe usted que hemos lanzado al frente todos los efectivos y nos falta mano de obra. Usted es miembro del Partido nacional-socialista y no debe enlazarse con las *volksdeutsche*. Esa gente no nos sirve más que para apoyarnos en ella por ahora en los países conquistados.

Persuadido de la "pureza de sangre" de Paul Siebert y de su fidelidad al führer, Koch empezó a darle una lección interminable;

- En realidad, no necesitamos ni a los rusos, ni a los ucranios, ni a los polacos. Lo que nos hace falta son tierras fértiles. Desde ahora vivirán aquí siempre alemanes -su voz iba subiendo cada vez más de tono-. Debemos "hacer inofensiva" a la población local..

Durante toda la conversación, que duró cerca de cuarenta minutos. Kuznetsov sintió en el bolsillo derecho del pantalón su *walter* montada. Estuvo presto a empuñarla en cualquier momento y meterle todo el cargador en la odiosa jeta a su "paisano", quien, regodeándose con su propia locuacidad, resolvía un complejísimo problema: cómo llegar a exterminar a los pueblos polaco y ucranio.

Pero los guardianes no apartaban la vista de Kuznetsov, poniéndose alerta al menor movimiento que éste hiciese. El perro también lo miraba fijamente. Por lo visto, había pasado un adiestramiento especial para vigilar a los visitantes.

"No me dará tiempo ni aun a levantar la mano -pensaba Kuznetsov-. No me dejarán que dispare..."

Satisfecho de su discurso programático, Koch volvió a preguntar a Kuznetsov:

- ¿Qué piensa hacer después de la guerra?
- Quiero quedarme en Rusia.
- ¿Le gusta este país?
- Es mi deber trabajar en él para que le guste al führer.
- Digna respuesta de un oficial alemán. Bueno, daré permiso para que dejen aquí a su amada. Hay que ser misericordioso alguna vez con los vencidos. Pero no se le ocurra casarse

con ella -dijo Koch para terminar y escribió algo en la solicitud de Valia.

Entre tanto. Valia, a quien el tiempo transcurrido le parecía una eternidad, permanecía sentada en la antesala mirando alerta a la pesada puerta. "Ahora sonará el tiro... Ahora..." pensaba. Pero tenía que hablar de otras cosas. El oficial alemán que estaba a su lado la importunaba con su frívola cháchara.

— Cómo no, pues claro que tengo amigas bonitas -respondía, como en un delirio-. Se las puedo presentar...

Pero, al fin, Kuznetsov salió tranquilo y sonriente del despacho de Koch. En la mano sostenía la solicitud de Valia.

— ¿Qué ha escrito el *herr gauleiter*? -le preguntó Babach con sonora voz y, quitándole la solicitud de la mano, leyó alto: "Que permanezca en Rovno. Proporcionadle colocación en el *Reichskommissariat*". ¡Oh, la felicito, *fräulein*, y a usted también, *herr oberleutnant*!

Todos los que estaban presentes en el recibimiento felicitaron a Siebert y Valia, estrechándoles la mano, y Babach, en prueba de buena disposición, ofreció a Kuznetsov varios paquetes de magníficos cigarrillos.

Valia tomó a Siebert del brazo y salieron. En casa, inquirió a Kuznetsov:

— ¿No te atreviste?

— Hubiera sido una locura. Tres guardianes, y otro más que había detrás de las cortinas, tú no te darías cuenta. Y el maldito perro a los pies. Al menor movimiento que hubiera hecho me habrían agarrado... ¡Lo que importa es que Koch no se vaya de Rovno! Su suerte ya está decidida: lo quitaremos de en medio, pero sin riesgo para el destacamento, para ti y para mí mismo. Ahora estoy "comprobado". Es algo sorprendente. ¡Koch, el *reichskommissar* de Ucrania, oriundo de Prusia Oriental, no ha advertido que estaba hablando con un guerrillero soviético que ni siquiera ha pisado una vez el suelo de Alemania! Después de todo, la entrevista no ha sido infructuosa. Pues Koch ha dicho bien claro que Hitler prepara una ofensiva en el sector de Kursk, y acaba de llegar de Berlín. De manera que la noticia es fresquísima.

¡Hay que comunicarla sin tardanza!

"AGENTES" Y "ESPECULADORES"

Un agente de investigación criminal, apellidado Marczuk, advirtió en la tienda de venta por comisión a un especulador que frecuentaba asiduamente el establecimiento y compraba de todo. Una vez atisbo cómo el especulador compraba instrumentos quirúrgicos sueltos y un buen traje que, a todas luces, no le venía bien intentó siquiera probárselo. Marczuk habló del especulador a un amigo suyo del servicio de investigación criminal y decidieron sacar tajada: detener al especulador sospechoso, hacerle que les untara la mano, y, si se obstinaba en no aflojar la mosca, llevárselo a la comisaría.

Los agentes esperaron al especulador en la tienda y entablaron conversación con él como quien no quiere la cosa. Este se desconcertó ligeramente, mas la conversación era banal y terminó por hablar gustoso.

La tertulia culminó en un restorancillo, adonde Marczuk propuso qué entraran para' beber unas copas con motivo de haberse conocido.

En el restorán, los agentes encargaron vino caro y abundante comida, aludiendo, sin dejar lugar a equívocos, que tendría que pagar el especulador. Este no objetó nada.

En pleno festín, el agente de investigación criminal Marczuk dijo al especulador:

— Para especular hay que tener maña, y tú, amiguito, has venido a caer en nuestras manos sin darte cuenta.

Y presentó a su nuevo conocido el carnet de agente de investigación criminal, dejándole entrever que si repartía las ganancias con ellos, tal vez lo dejaran marchar. Mas el especulador, descubierto, seguía comiendo sin reaccionar a las amenazas. Luego, cuando dio fin a la comida, se levantó calmoso y dijo a los agentes con tono imperativo:

— ¡Pagad la consumición!

— ¿Pero tú qué te has creído? ¿Quién eres?

Sin decir palabra, el especulador sacó un papel del bolsillo, y se lo enseñó a los estupefactos agentes. Decíase en el documento que "el portador de la presente", Wladislaw An-tónovicz Jankiewicz, era agente de la gestapo de Rovno.

A partir de ese momento se volvieron las tornas tras la mesa del restorán. Los agentes no sólo pagaron el gasto, sino que se excusaron servilmente: los agentes de la investigación criminal tenían pavor a los funcionarios de la gestapo.

Al salir del restorán, montaron a Jankiewicz en un coche y lo llevaron, amables, a su casa.

Jankiewicz no era rencoroso, llegó incluso a prometer a Marczuk que iría a su casa a visitarlo:

Esta historia me la contó Mijaíl Makárovich Shevchuk cuando se ausentó de Rovno "en comisión de servicio", y vino al campamento. El había sido el funcionario de la gestapo Jankiewicz.

Natural de Ucrania Occidental, Mijaíl Makárovich era un viejo conspirador. En la Polonia de los *partís* había estado cinco años en la cárcel por su actividad revolucionaria. Lo había liberado el Ejército Rojo en 1939. Tenía más de cuarenta años cuando ingresó en el destacamento.

Shevchuk se adaptó rápidamente a las circunstancias en Rovno. Llevaba gafas ahumadas, como muchos alemanes, paseaba por las calles con un ramo de flores y se dedicaba a especular con bagatelas. La ocupación era sólo para cubrir las apariencias. La mayor parte de los objetos comprados los enviaba al destacamento. La credencial de que era agente de la gestapo la habíamos amañado nosotros.

A raíz del caso que ocurrió en el restorán, se corrió la voz de que Jankiewicz era agente de la gestapo. El administrador de la casa en que vivía empezó a delatarle a todos los "sospechosos", mientras que así Shevchuk, en vez de tener un alojamiento, se hacía con varios domicilios, cuyos inquilinos eran gente nuestra que aceptaban encargos de información.

Teníamos en Rovno a otro "especulador": Kolia Gnediuk, gallardo y gentil mozo que las ucranias llamaban "ojos lindos". Moraba en la ciudad con un documento extendido a nombre del polaco Baczinski.

Para despistar, Gnediuk se dedicaba también a la especulación: compraba barato y vendía caro; en ocasiones, incluso más barato. Los agentes de investigación criminal lo fastidiaban lo mismo que a Shevchuk, pero en seguida se puso a buenas con ellos, sobornándolos.

Kolia Gnediuk había organizado también un grupo clandestino y tenía varias direcciones a su

disposición.

Hacia algún tiempo que había regresado a Rovno Nikolái Strucinski. En Lutsk, adonde lo habíamos enviado, había constituido varios grupos de información y puesto en marcha la labor. Se hizo allí previsoramente con un carnet de identidad en el que se decía que era corresponsal del periódico *La Voz Ucrania*, que editaban los alemanes en Lutsk.

Nikolái Strucinski había tomado bajo su observación la gestapo y el *Gebietskommissariat* de Rovno. Se procuró ayudantes de entre los empleados de esas instituciones. Su hermano Zorz actuaba con él y vivía en la ciudad con el nombre de Gregor Vasílievich.

Así, paso a paso, íbamos envolviendo en nuestras redes de información las instituciones hitlerianas de Rovno.

Todos nuestros guerrilleros del servicio de información moraban en Rovno casi siempre. Actuaban aislados con objeto de que la conspiración fuese más segura. Cada cual tenía su enlace, por cuya mediación enviaba al "faro" y al campamento los datos que reunía: Kuznetsov, por medio de Kolia *el Pequeño*; Gnediuk, de los enlaces del grupo de Zdobunov; Shevchuk, de Mazura; Strucinski, de Zorz y Jadzia.

Dicho aislamiento estaba motivado por causas conspi-rativas, pero ellos se ponían en contacto de tiempo en tiempo, cuando alguno necesitaba ayuda o era preciso coordinar las acciones.

A menudo, nuestros guerrilleros del servicio de información no sabían quiénes del destacamento estaban en Rovno. Los "bisoños" no conocían a los "veteranos", y a la inversa. Por eso ocurrían muchos casos curiosos. Referiré un par de ellos:

Nikolái Gnediuk frecuentaba el domicilio de Lidia, miembro de la organización clandestina de la ciudad, que nos ayudaba mucho. En cierta ocasión, Leo Metko, del que ya hubo relación, presentó casualmente a Lidia al *óberleutnant* Siebert. Este empezó a visitarla con la esperanza de que se hiciera ayudante suya.

Solía ocurrir que Siebert se presentaba en casa de Lidia estando allí Nikolái Gnediuk, y ella tenía que ocultar al guerrillero para que no lo viera el "oficial alemán".

— Escuche -dijo cierta vez á Gnediuk-, hay que quitar de en medio a este maldito Paul. ¿Para qué viene? ¡Lo odio! Siempre está empernejándose como un pavo. ¡No sabe decir una palabra en ruso, y desfigura el polaco de tal manera queda náuseas oirlo!

— ¿Valdrá la pena? -repuso Gnediuk, sin saber de quién se trataba.

— Ya lo creo. Es un fascista de los gordos.

Cuando Siebert volvió a visitarla, Lidia propuso a Gnediuk que mirara a Paul por el ojo de la cerradura de la habitación contigua, y éste vio a... Kuznetsov. Hubo de descubrir el secreto. El "oficial alemán", el "maldito Paul" se hizo el mejor amigo de Lidia.

O el siguiente caso:

Una vez vinieron de Rovno dos guerrilleros nuestros. Comunicaron las noticias que traían y contaron que habían sondeado a un ucranio, agente de la gestapo, que les estorbaba para obrar.

— ¿En qué os molesta? -inquirió Lukín.

— Visita a Hanna, donde tenemos la casa para citarnos.

— Vamos, ¿qué aspecto tiene? ¿Y qué es lo que sabéis de él?

— ¡Pues que es un mal bicho! Lleva gafas, se presenta en la casa en que paramos nosotros... No vale siquiera la pena de hablar, hasta el administrador de la casa sabe que es de le gestapo. Ya es hora de ajustarle las cuentas.

— ¡Poquito a poco, poquito a poco! -exclamó Lukín, preocupado-. ¿Se dedica a especular?

— Pues claro. ¡Cómo no!

En suma, salió a relucir que se trataba de Mijaíl Makárovich Shevchuk.

Pasado algún tiempo, Shevchuk celebró su "boda" con Hanna. Hubo muchos invitados. Estuvo también en la fiesta Marczuk, el agente de la policía criminal. Ahora Shevchuk se había convertido en morador permanente de Rovno, en un hombre de hogar.

Pero no todo marchaba como la seda en nuestra labor.

El guerrillero del servicio de información Karapetián fue varias veces con encargos nuestros a Rovno. Allí paraba por lo común en la casa en que vivía la esposa de un teniente del Ejército Rojo con dos hijos.

Una vez, Karapetián fue borracho a esa casa. Había dos desconocidos. Como se suele decir, al borracho le importa todo un bledo. Y Karapetián empezó a vanagloriarse:

— ¿Sabén ustedes quién soy yo? De seguro que ni se lo pueden imaginar. ¡Soy una persona peligrosa para los alemanes!

La dueña de la casa se colocó a las espaldas de los dos desconocidos y empezó a hacerle señas a Karapetián para que se callase. ¡Ni por ésas!

— ¡Yo sé lo que me hago, y tú te callas! A mí, amiguitos, no se me agarra tan fácilmente. ¿Habéis visto? -y se puso a alardear con el revólver y las granadas-. Qué, ¿os habéis asustado? No os voy a hacer nada, hombres, pero a quien haga falta...

Los desconocidos estuvieron un rato escuchando y, luego que se hubieron despedido precipitadamente, se fueron.

Esta historia tuvo consecuencias muy tristes.

Al retornar al campamento, Karapetián no dijo palabra de lo ocurrido. Pero Nikolái Strucinski, que también hacía uso de ese domicilio, comunicó que la gestapo había detenido a la dueña y a sus hijos.

Karapetián fue sometido a un interrogatorio en el Estado Mayor del destacamento y lo declaró todo. No podíamos dejar impune el delito. Por decisión del mando del destacamento, Karapetián fue fusilado.

Días después, la gestapo detuvo, a Zorz Strucinski. Le habían seguido la pista cuando iba a la casa que había delatado Karapetián con su conducta.

Detuvieron a Zorz por el camino al "faro silvestre". Logró escapar de primeras. Echó a correr, disparando, pero lo hirieron y terminaron por capturarlo.

No dudábamos de la firmeza de Zorz, sabíamos que no nos delataría. Pero temíamos que la gestapo hubiera caído sobre la pista de otros de nuestros guerrilleros. Por eso tomamos la determinación de sacar por cierto tiempo a los del servicio de información de Rovno. Kuznetsov, Shevchuk, Gnediuk y Nikolái Strucinski abandonaron la ciudad e hicieron tiempo en la estación de Zdolbunov.

Posteriormente, nos enteramos de que esta precaución había sido excesiva: los de la gestapo

no habían averiguado nada de nuestra labor en Rovno.

LAS ENTREVISTAS CON KOVPAK

Aún en febrero de 1943, cuando todo nuestro destacamento se hallaba en los bosques de Sarny, recibíamos a menudo noticias del servicio de información en Rovno, Sarny, Klésov y Rokitno, así como de los habitantes locales, acerca de que al norte de donde nosotros estábamos actuaba una gran agrupación de guerrilleros.

— Kovpak lleva cien mil guerrilleros -decían los lugareños.

"La gendarmería de campo y las fuerzas punitivas están muy intranquilas con motivo de la aparición de un gran destacamento de guerrilleros al mando de Kovpak. Los alemanes y las alemanas cuentan aterrados que Kovpak aparece de súbito en todas partes, aniquila las guarniciones alemanas, vuela los puentes y los trenes. Tienen miedo de que venga a Rovno" — me escribía Kuznetsov desde la ciudad.

Nosotros aún no sabíamos a la sazón qué agrupación era aquélla ni quién era Kovpak.

Poco después, el explorador Valia Semiónov me dio parte de que los guerrilleros de Kovpak habían llegado al pueblo de Kniaz-Seló y se estaban alojando por las aldeas de los contornos.

— ¿Los has visto?

— A Kovpak en persona aún no lo he visto, pero vienen a visitarnos representantes suyos.

En efecto, al cabo de una hora conocí al representante de Kovpak. Vi a una persona de mediana estatura, fornido, con larga barba. Echó pie a tierra de la montura y se presentó:

— Soy Vershigorá, el jefe del servicio de información del destacamento de Kovpak.

En el cuello de su guerrera se veían tres rectángulos, insignia de teniente coronel. En la parte izquierda del pecho, una orden nuevecita, la de la Bandera Roja.

Vershigorá respondía parcamente a nuestras preguntas, en cambio, pedía muchos pormenores de la situación, de cómo estaban distribuidas las guarniciones alemanas, si había muchas tropas en Rovno y su región y qué pueblos controlaban los guerrilleros.

— Sidor Artiómovich Kovpak y Semión Vasílievich Rúdniev han decidido festejar el aniversario del Ejército Rojo. Me han rogado que lo invite a visitarnos en el pueblo de Kniaz-Seló el día de la fiesta -dijo Piotr Petróvich Vershigorá.

El 23 de febrero al amanecer salí para Kniaz-Seló acompañado de Pashún y un reducido grupo de guerrilleros.

En mi vida guerrillera he tenido numerosos encuentros en la retaguardia del enemigo con destacamentos, combatientes del servicio de información y guerrilleros aislados, y esos encuentros siempre me producían particular emoción. "No estamos solos aquí. Somos muchos. Estamos por todas partes" -pensaba. Mas la entrevista con Kovpak y sus hombres se me clavó en el alma para el resto de mis días.

Cuando pasamos por los pueblos de Lenchin y Rudnia-Lénchínskaia, en los que se habían alojado unidades de Kovpak, perdí la noción de que me encontraba en la retaguardia enemiga. Por las calles andaban combatientes con metralletas y fusiles ametralladores. En los gorros saltaban a la vista las cintas rojas y las estrellas de los soldados soviéticos. Muchos estaban

condecorados, y las placas y medallas nuevas resplandecían en sus guerreras. Junto a algunas casas se veían ametralladoras y aun cañones. Los guerrilleros cantaban canciones y se saludaban con bizzaría.

Me imaginaba a Kovpak una persona de enorme estatura con voz de trueno. Cuál no sería mi asombro cuando vi a un enjuto sexagenario de apagada voz. Ornaban su pecho la Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética y la Orden de Lenin.

— ¡Salud, camarada Medvódiev! -dijo Sidor Artiómovich-. He oído hablar mucho de usted en los bosques de Briansk y aquí, en Ucrania, ¡Bien trabaja!

Kovpak me colmó de preguntas: si llevábamos mucho tiempo por aquellos parajes, cómo operábamos y si íbamos a estar aún mucho tiempo cerca de Rovno. Yo le hablé de todo con detalle.

— Y permaneceremos aquí hasta que llegue el Ejército Rojo.

En ese momento entró en la habitación un hombre alto y bien parecido, con placas y medallas en la guerrera. Su semblante denotaba un gran cansancio.

— Aquí le presento a mi comisario —dijo Kovpak, señalando al que acababa de entrar.

Nos saludamos cordialmente. Semión Vasílievich Rúdniev terció en la conversación.

— ¿Es verdad que usted tiene guerrilleros en Rovno? -interrogó.

Al oír mi contestación afirmativa, Semión Vasílievich se animó aún más. Quiso saber los pormenores: cómo lo habíamos logrado, con qué documentos iban los nuestros a la ciudad, cómo habíamos conseguido ligarnos con la organización bolchevique clandestina de la ciudad, quién era Novak y cómo organizábamos las operaciones conjuntas.

— No estaría mal que organizásemos nosotros también una labor así, Sidor Artiómovich -dijo Rúdniev, dirigiéndose a Kovpak. Este me rogó que le proporcionara documentos adecuados al jefe de su servicio de información y agregó:

— Muchachos para actuar en las ciudades no me han de faltar, pero lo que no tengo es a ningún alemán.

— ¿De qué alemán habla? -preguntó Rúdniev.

— De un guerrillero que tienen ellos en Rovno y se hace pasar por alemán.

— ¡Cáspita!... ¿Y se le puede ver?

— Por desgracia, no. Ahora está en Rovno -respondí.

— ¿No podríamos enterarnos por su "alemán" en Rovno de los resultados de los actos de sabotaje que hemos hecho por esta región?

Prometí que se lo encargaría a Kuznetsov.

Declinaba el día. En tres cuartos estaban puestas las mesas del banquete. Se sentaron a ellas los oficiales del Estado Mayor, los jefes de los batallones y las compañías, unas setenta personas en total.

Sidor Artiómovich Kovpak pronunció el primer brindis por nuestro, querido Partido. Tras él tomó la palabra Semión Vasílievich Rúdniev. ¡Había que ver con qué amor y sincera devoción escucharon los reunidos a su jefe y a su comisario!

Luego me concedieron la palabra a mí.

Hablé de mi destacamento y del zafarrancho que se había armado entre los alemanes con la llegada de Kovpak y de sus guerrilleros; no era casual que la tropa alemana de castigo, al entrar en los pueblos y caseríos, empezara por preguntar: "¿No está Kovpak?" Les conté que los "gobernantes" alemanes y sus mujeres en Rovno tenían un miedo pavoroso de que Kovpak asaltara la ciudad.

La fiesta terminó con danzas y bailes al son de un acordeón.

Al amanecer del día siguiente partimos para nuestro destacamento.

Al cabo de tres días, cuando la agrupación de Kovpak emprendió su célebre marcha a los Cárpatos, entregamos al comisario Rúdniev datos detallados de lo que le interesaba.

Habían transcurrido cuatro meses desde entonces. En ese tiempo, nos habíamos desplazado más al oeste, al otro lado de los ríos Sluch y Goriñ, e instalado en los bosques de Tsumañ.

Recuerdo un caluroso día de junio, cuando ante mi tienda de campaña apareció, lleno de alarma, un enlace que había sido enviado desde el puesto oculto de observación que habíamos instalado junto a uno de los caminos, a dos kilómetros del campamento.

— Camarada jefe, por el camino avanza una columna alemana desde el pueblo de Zhurávichi. Delante va la caballería, detrás, soldados en galeras. Traen cañones también.

Apenas me había dado tiempo a orientarme del sentido, que podía tener aquel parte cuando, simultáneamente, llegaron jadeantes otros dos guerrilleros: uno de ellos venía de un puesto de vigilancia del campamento, el otro había estado pastando nuestro ganado en un calvero del bosque cerca del campamento. Los dos afirmaron que habían visto a alemanes a caballo.

No había lugar a dudas: los hitlerianos habían aparecido por tres lados.

Ordené a Stéjov que saliera con la sección de relevo en la dirección que venía el enemigo y organizara allí un puesto de mando. Yo me quedé en el campamento para aprestar a los demás y mantener el enlace con los otros puestos de vigilancia.

Apenas Stéjov se hubo alejado unos doscientos metros, cuando una larga ráfaga de ametralladora rompió el silencio del bosque. Siguió un nutrido fuego de metralletas y fusilería.

Creí que eran los nuestros quienes disparaban y, temiendo que gastaran cartuchos inútilmente, pues no andábamos tan sobrados, mandé a un enlace con la orden de que se disparase con puntería y se ahorrasen municiones.

El enlace desapareció tras los árboles al instante.

En eso pusieron en mi conocimiento:

— ¡Camarada jefe! Comunican del puesto de vigilancia que los alemanes aprestan la artillería en el camino.

Mandé a Bazánov:

— ¡Tome a treinta y cinco guerrilleros con metralletas y apodérese de los cañones!

Bazánov se perdió de vista en el bosque en un periquete.

El combate se iba extendiendo. Se oían gritos de "hurra".

"¿Será posible que Stéjov haya lanzado a la gente al ataque sin advertírmelo?" —pensé. Pero volvió el enlace que había enviado y me dio parte:

— He transmitido su orden. El camarada Stéjov comunica que el tiroteo proviene de los hitlerianos y que los nuestros tiran poco. Se extraña de que por la parte del enemigo se oiga sin cesar el "hurra" ruso.

— Diga a Stéjov que no lance a la gente al ataque. A su derecha están los cañones y he enviado allá a Bazánov. Que se enlace con él.

A pesar de todo, la situación del combate no estaba clara. ¿Por qué gritarían "hurra" del lado del enemigo? ¿Acaso los alemanes habían echado por delante a traidores? Ni yo, ni Lukín, que se había quedado conmigo, podíamos comprender lo que pasaba.

Al fin todo se puso en claro.

El jefe de la sección de relevo que había partido con Stéjov era Borís Krútikov. Adaptándose a las quebras del terreno y ocultándose tras los árboles y los tocones, nuestros camaradas llegaron muy cerca del enemigo. De súbito, Krútikov oyó claramente una voz:

— Borís, ¿cómo se te ocurre tirar contra los tuyos?

Era la voz de una mujer que salía del bando de los atacantes.

Krútikov aguzó la mirada y se quedó atónito. Reconoció en la "enemiga" a una muchacha que había sido en tiempos compañera de estudios en una escuela de Kíev, y con la cual se había sentado en un mismo pupitre. Se abrazaron.

Al lado, los acontecimientos se desarrollaron como sigue:

Al aproximarse al camino en que el adversario disponía la artillería para el combate, Bazánov ordenó fuerte para aterrar al enemigo:

— ¡Batallón! ¡La primera compañía, a la derecha, la tercera, a la izquierda, la segunda, adelante conmigo!

En eso corrió hacia él un desconocido:

— ¡Pero si nuestro batallón ya se ha desplegado!

— ¿Qué batallón?

— ¡El segundo de Kovpak!

Cesó el fuego y empezó la "confraternización"; nos habían "atacado" los guerrilleros de Kovpak.

Fuimos a ver a Kovpak Stéjov y yo. Y si nuestra primera entrevista, en febrero, había sido muy calurosa, muy amistosa, esta segunda la llamamos en broma "fogosa".

Los guerrilleros de Kovpak emprendían precisamente la marcha a los Cárpatos. Estaban muy bien armados, vestidos y calzados. Lo inesperado de su aparición en las nuevas zonas en que nos encontrábamos nosotros se explicaba porque ellos avanzaban con rapidez: en la última etapa habían recorrido más de cincuenta kilómetros. Ni nuestro servicio de reconocimiento, ni aún menos los vecinos de los pueblos, nos pudieron advertir de su aproximación. Y los habíamos tomado por alemanes porque los guerrilleros montados de Kovpak iban vestidos casi totalmente con uniformes alemanes de trofeo.

Los guerrilleros de Kovpak hicieron alto varios días cerca de nuestro campamento, y cada día Kovpak y Rúdniev venían a visitarnos o íbamos nosotros a visitarlos a ellos.

— Enseñenos a su "alemán" -nos rogó Sidor Artiómovich, acordándose de Kuznetsov.

Al otro día Kovpak y Rúdniev estuvieron en nuestro campamento y les presenté a Nikolái Ivánovich Kuznetsov, nuestro "alemán", que acababa de volver de Rovno.

— Eso sí que es obrar -decía Kovpak al escuchar los relatos de Kuznetsov acerca de su trabajo entre lo más concurrido de los hitlerianos.

A Kovpak le extrañó en la mesa el salchichón con que obsequiamos a nuestros invitados. Lo había moscovita, cra-coviano y butifarra, además de salchichas y jamón.

— ¿De dónde sacan este salchichón tan bueno?

— Lo hacemos nosotros, Sidor Artiómovich.

Para aquellas fechas habíamos organizado, efectivamente, la producción de salchichón, mas no por amor al lujo o por capricho. Los del servicio de información se ausentaban del destacamento por una semana o dos. Algunos montaban guardia permanente en los "faros". Tenían que comer, y les estaba prohibido ir a los pueblos en busca de alimentos. ¿Qué les podíamos dar salvo pan? La carne cocida se estropeaba en seguida y la gente pasaba hambre. La producción de salchichón fue una brillante salida de la situación. Surgieron de nuestro seno unos choriceros tan hábiles que cualquier fábrica nos hubiera envidiado. Todo esto se lo conté a Kovpak.

Al cabo de dos horas, estando aún de sobremesa, se presentó un grupo de guerrilleros de Kovpak.

— ¡Camarada jefe. Héroe de la Unión Soviética! -dijo uno, dirigiéndose a Kovpak-. ¿Da usted su permiso para dirigir la palabra al coronel Medvédiev?

— Sí, lo permito -repuso Kovpak.

— Camarada coronel, nos hemos presentado para pedirle que nos enseñe a hacer salchichón.

La cuestión fue que mientras estábamos sentados comiendo, Kovpak había enviado a un enlace con una esquila al jefe de su intendencia para que destacase a algunos guerrilleros y los enviase a aprender el arte de hacer salchichón.

— ... La agrupación guerrillera de Kovpak siguió avanzando por su itinerario. Antes de que se marchase, confeccionamos un código especial y nos pusimos de acuerdo acerca del horario y las señales de enlace, por radio a fin de informarnos mutuamente de lo más importante que pudiera ser de utilidad a ambos destacamentos.

VOLODIA

En una apacible callejuela de Rovno, en un diminuto tabuco, había un taller de relojería. El rótulo "Se arreglan relojes de todos los sistemas" era mayor que la ventanilla junto a la que trabajaba el relojero apellidado Diki. En esta relojería se solía citar nuestra gente. Hacían uso de ella Mijail Makárovich Shevchuk y otros tres guerrilleros.

Una vez, Diki se dio cuenta de que un muchacho de unos once o doce años pasó varias veces por delante de la ventanilla, mirando atento.

Al otro día, Shevchuk fue a la relojería. Entregó su reloj por la ventanilla, pronunció unas palabras en voz baja y, recogiendo el reloj, se alejó. En aquel momento Diki volvió a ver al mismo chico al otro lado de la calle.

"Aquí hay algo raro" -pensó el relojero.

Pasó una hora, luego otra, El niño se plantó de pronto delante de la ventanilla y, metiendo la cabeza, interrogó:

— ¡Buen hombre! ¿Sabe usted dónde puedo encontrar a los guerrilleros?

— ¿Estás bien de la cabeza? ¿De qué guerrilleros hablas?

Los grandes y puros ojos negros del niño adquirieron una expresión de susto en el acto. Pero el chico no se apartó del relojero a pesar de eso.

— No sé por qué se me figuraba que usted sabía dónde los podría encontrar. ¿Puede que conozca a alguien que sepa de los guerrilleros?

— Que si conozco... que si alguien sabe... ¿Cómo quieres que esté enterado?

— Bueno, hombre -dijo el muchacho y se apartó.

Pero Diki se sintió intrigado por el niño. Salió de su taller y le gritó:

— ¡Eh, muchacho! ¡Muchacho! ¡Vuelve aquí! El niño volvió corriendo a la ventanilla.

— Entra.

El chaval entró en el taller.

— ¿Para qué quieres a los guerrilleros?

— No tengo derecho a decirlo, no se lo puedo decir más que a Medvédiev, el jefe del destacamento de guerrilleros.

— ¡Anda con el niño! Bueno, espera un poco.

Diki sabía que no tardaría en llegar el guerrillero del servicio de información Liseikin con una nota de Shevchuk. En efecto, Liseikin se presentó al poco, rato delante de la ventanilla y entregó el papel.

— Aquí tengo a un chicuelo. Llévatelo y entérate allá con cuidado de lo que quiere.

A la pregunta de Liseikin el niño respondió que lo habían enviado al destacamento de Medvédiev los guerrilleros del destacamento *Lenin*, que actuaba cerca de Vinnitsa.

— Pero más no puedo decir -declaró el emisario con resolución.

— ¿Cómo te llamas?

— Volodia.

Liseikjn se llevó a Volodia consigo. Diki acababa de entregarle una orden de Shevchuk para que se presentase en una dirección determinada, de donde había de partir un camión para nuestro campamento.

De un tiempo a esta parte Kuznetsov y Shevchuk ya no querían ir andando. Kolia Strucinski se había colocado tan bien que del garaje del *Gebietskommisariat* de Rovno le facilitaban automóviles en el momento que los pidiera. Si tenían que viajar Strucinski, Kuznetsov o Shevchuk, un coche de turismo o un camión estaba siempre a su disposición. Se llegaron a dar casos en que el propio *gebietsskommiszar* tuvo que esperar el automóvil sin adivinar que su chófer estaba en ese momento sirviendo a los guerrilleros.

Lo que estoy contando ahora ocurría a fines de agosto. Había hecho llegar a Kuznetsov y a los restantes guerrilleros de nuestro servicio de información la orden de que se presentaran en el

campamento para recibir instrucciones.

En el lugar convenido los recogió una camioneta corriente de tonelada y media. Zubenko, el chófer del *Gébietskommis sariat*, que actuaba para nosotros, se había agenciado un viaje de servicio a Lutsk. Le entregaron la hoja de ruta y el cargamento, que era media camioneta de periódicos y octavillas fascistas para esta ciudad.

Liseikin acudió con Volodia al lugar indicado.

Nicolái Ivánovich, vestido de *oberleutnant* Siebert, le preguntó asombrado, junto a la camioneta:

— ¿De dónde has sacado a este chiquillo?

— Anda buscando el destacamento de Medvédiev, dice que lo envían de otro destacamento.

— ~ Móntalo y después veremos.

Pero entonces Volodia se desprendió de la mano de Liseikin y echó a correr.

Liseikin lo alcanzó de dos saltos y lo atrapó:

— ¿A dónde vas, diablejo?

— Buen hombre, suéltame, lo de los guerrilleros lo he dicho sin más ni más.

— ¡Conque esas tenemos, bribonzuelo! Luego, ¿es que te han mandado los gendarmes?

— ¡Los gendarmes sois vosotros! -dijo Volodia, sollozando y mirando con rabia a Kuznetsov.

— ¡Acabáramos! -exclamó Liseikin, soltando la risa-. ¿Te has asustado de él?

No se había parado a pensar en la impresión que Kuznetsov, uniformado de oficial alemán, produciría al chico.

Entonces, inclinándose hacia Volodia, le dijo unas palabras al oído, y el muchacho montó sumiso en la camioneta»

En la caja iban seis guerrilleros del servicio de información. Las armas las habían tapado con los periódicos fascistas. Kuznetsov se sentó junto al chófer.

A la salida de la ciudad pendía un inmenso cartel escrito en alemán: "No se permite salir a los automóviles por separado".

Los alemanes dejaban salir los automóviles sólo en columnas para que pudiesen repeler los ataques de los guerrilleros.

En la salida de la ciudad, Kuznetsov explicó que no iba a esperar hasta que se reuniera una columna, pues llevaba un encargo urgente. Dejaron salir a la camioneta, pero más adelante surgió un gran obstáculo.

A unos diez kilómetros de Rovno, en un poste de la carretera había un anuncio de que el trayecto estaba averiado y había que dar un rodeo por otro camino. Eso quería decir que debían volver casi diez kilómetros atrás. Kuznetsov decidió seguir adelante. De lejos ya vio que junto al puente se afanaban los alemanes. Tan pronto como la camioneta llegó, acercóse un oficial alemán que, tras de saludar al *oberleutnant* Kuznetsov, dijo:

— Como verá, el puente ha sido incendiado. Además, señor *oherleutnant*, por aquí no se puede viajar en vehículos aislados: puede caer en una emboscada guerrillera.

Kuznetsov alzó la voz:

— ¡Qué importan los guerrilleros!. ¿O se ha creído usted que porque haya guerrilleros tiene que meterse cada uno en su casa? ¡Estamos en guerra! ¡Llevo, una misión urgente!

— Le ruego que se dirija al jefe del regimiento -dijo el oficial, acobardado-, ¡Ahí viene!

Kuznetsov salió de la cabina y se encaminó al encuentro del comandante alemán:

— *Heil* Hitler!

— *Heil!*

En la caja de la camioneta, los guerrilleros habían montado ya los revólveres. Volodia, que ya estaba creído de encontrarse entre los guerrilleros, al ver el nuevo peligro se acurrucó en un rincón.

Momentos después, los del servicio de información oyeron que el jefe del regimiento de zapadores daba unas órdenes, y los soldados que estaban reparando el puente dejaron las palas y las hachas y se encaminaban al camión.

"¡Ea, ya se está liando!" —pensaron los del servicio de información.

En ese instante Kuznetsov se acercó tranquilo a la camioneta.

— Ya está todo arreglado. Los zapadores van a pasar nuestra camioneta al otro lado -susurró,

— ¿Nos bajamos? -inquirió Liseikin.

— ¡No os mováis!

Unos cincuenta zapadores alemanes se pusieron a empujar a la camioneta a través de hendeduras y barro, bordeando el puente incendiado.

¡Venga duro! -jaleaban los nuestros desde la camioneta.

Esa operación duró unos quince minutos. Así que los zapadores pasaron la camioneta al otro lado y la pusieron en la carretera, Zubenko pisó el acelerador y siguieron el viaje con la mayor tranquilidad.

Llegaron al campamento entrada ya la noche. Al enterarme de que traían a un muchacho, mandé que lo acostaran para hablar con él por la mañana, pero Volodia se presentó en el mismo instante a mí.

— ¿Es usted el jefe Medvédiev?

— Sí.

— Traigo un asunto secreto.

— Bueno, habla.

— Se lo puedo decir únicamente a usted a solas.

A mi lado estaban Stéjov, Lukín, Kuznetsov y Tsessarski.

— Está bien —dije, sonriendo— a ustedes, camaradas, no les podemos confiar nuestros secretos. Volodia, vamos a la chabola.

El muchacho se quitó la gorra, descosió el forro y me entregó una carta. Abrí el sobre y la leí. Estaba escrita a máquina, y ponía:

El portador de la presente, el hijo del secretario de la organización del Partido del destacamento de guerrilleros Lenin, Volodia Samoruja, ha sido enviado con la misión de

encontrar el destacamento de Medvédiev...

El jefe del destacamento de guerrilleros *Lenin* nos rogaba que comunicáramos a Moscú que existía el tal destacamento, pero que no tenían emisora y por eso no se podían enlazar con Moscú. Daba sus coordenadas, fijaba los días y las señales convencionales para que les enviaran un avión desde la capital y les lanzasen un cargamento con una estación de radio. Al final de la carta había también la petición de que enviásemos a Volodia a Moscú.

Miré al muchacho. Estaba descosiendo otra carta del forro de sus pantalones.

— ¿Traes otra carta? -le pregunté.

— Es igual que la que tiene usted. Traía aquí otra por si perdía la gorra.

Y me entregó el segundo sobre, idéntico al primero.

— ¿Cómo has llegado hasta nosotros?

Resultó que Volodia había caminado quince días. Había recorrido unos quinientos kilómetros. Pasaba las noches ora en el bosque, ora en el campo, ora en algún cobertizo. Se alimentaba con lo que le daban. Cuando le preguntaban de dónde era, respondía que hablan matado a sus padres y que iba a casa de su tía. Esa "tía" cambiaba cada vez de residencia. En el distrito de Proskúrov decía que su tía estaba en Shepetovka, y en el de Shepetovka, que vivía en Rovno.

Por Rovno anduvo varios días hasta que se fijó en el relojero.

— ¿Por qué se te ocurrió que aquel relojero sabía de los guerrilleros?

— No lo sé. Me pareció que tenía que saber. Pero aunque hubiera resultado un canalla, me habría dado tiempo a escapar, de todos modos.

— ¡Ah, Volodia! ¡Simplemente, has tenido suerte!

Volodia se quedó en el destacamento. No pudimos enviarlo a Moscú en mucho tiempo. Además, no se quería marchar de nuestro lado.

Los guerrilleros le tomaron cariño. El andaba siempre alegre, sonriente y limpio, igual que si lo bañasen cada día.

Ahora, cuando Kolia *el Pequeño* venía al campamento, tenía a un compañero de fatigas. Tanto Volodia como Kolia eran ya "expertos" guerrilleros, pero Kolia podía contar más historias interesantes.

— He ido ya unas quince veces del "faro" a Rovno. Sabes cuánto miedo paso a veces. Voy un buen día. Por todos los sitios estaba lleno de polizontes. Voy, y no hago más que saludar: "¡Buenos días! ¡Muy buenas!" A uno no lo saludé. Agarró la pistola y se puso a gritar:

"¡Vuelve acá y ponte delante de la pared!"

Yo me eché a llorar:

— "¡Buen hombre, no me mate!"

Y pensaba para mis adentros: adiós carta para Nikolái Ivánovich y dinero que llevo cosido en los pantalones.

El se puso a gritar: "¿A dónde vas?"

— "A casa, buen hombre. Vengo del hospital, de ver a mi madre".

Se tragó la bola y me dejó marchar.

Y un buen día conocí en una de nuestras casas de Rovno a Guenia Bogan; tiene diez años nada más. Le pregunté: "¿Quieres ser mi ayudante?" Y él contestó: "Sí, quiero". Empezamos a andar juntos. Si Kuznetsov me mandaba donde alguno de los nuestros, lo pasaba más divertido y era menos advertido. Una vez vino conmigo al "faro". Apenas si llegó de cansancio. Un buen día fui con él a una tienda a comprar una cosa. Le entregué al vendedor veinte marcos y le pedí las vueltas, y él va y dice:

— "¿De dónde tienes tú dinero? ¡Ahora mismo te llevo a la policía!"

Dejamos allí el dinero y salimos corriendo. Desde entonces a Guenia le entró miedo...

Volodia escuchaba los relatos de Kolia *el Pequeño* con enorme placer y emoción.

Kolia contó también a Volodia la historia de la pelota, de la que no se sabía nada en el destacamento. La sabían sólo Kuznetsov y Valia, pero habían prometido al muchacho no contarla. He aquí cómo la expuso el propio Kolia;

— Nikolái Ivánovich me dejaba unas veces en una casa y otras en otra para que no reparasen en mí. Un buen día me mandó a casa de una tía. Llego y pregunto: "¿No tendrá usted jabón para vender?" Esa era la contraseña. "Sí que tengo. Entra". Al día siguiente salí a la calle con su hijo. Paseo y espero que vengan por mí. De pronto veo en el suelo una pelota. Era una pelota negra, buena, como las de jugar con pala. Iba yo a levantarla, y el otro la agarró y se la metió al bolsillo. Voy y le digo: "¡Dámela!" y él, que si quieres. Pues bien, que reñimos. La pelota se la quitó, y él se puso a llorar y fue corriendo donde su madre. ¡La que me cayó de Nikolái Ivánovich entonces! Me quitó la pelota y se la dio al otro chico. Me daba mucha pena de la pelota, pero me callé, sólo le pedí que no se lo contara a nadie. Y tú, Volodia, no se lo digas tampoco a nadie. Pues se van a burlar. Dirán: Vaya un guerrillero, que se puso a reñir por una pelota...

Causaba incluso algo de tristeza escuchar estos verídicos relatos infantiles de nuestros pequeños ayudantes-guerrilleros. Estaban en la edad de ir a la escuela, de bañarse en los ríos o de patinar sobre el hielo en invierno. La guerra los había arrancado de la infancia habitual y entrañable y los había lanzado a la rigurosa lucha guerrillera. Pero en el destacamento, todos nosotros agradecíamos en lo más hondo del alma a nuestros gloriosos peques su fiel servicio al pueblo.

ARRANCADO DE LAS GARRAS DEL ENEMIGO

Tardamos mucho tiempo en enterarnos dónde estaba Zorz Strucinski, detenido por los fascistas. Al viejo Vladímir Stepánovich no le dijimos nada, mejor dicho, no le dijimos la verdad.

— Vladímir Stepánovich, usted comprende que nuestro trabajo es secreto y no puedo decirle dónde está Zorz ni qué hace. Pero puede estar seguro de que volverá.

Y el viejo se marchaba tranquilo.

Pero Nikolái Strucinski sabía lo que le había pasado a Zorz y sufría horribilmente la desgracia. Intentó por diferentes conductos enterarse de la suerte de su hermano y, al fin, dio con la pista. Aún durante el verano conoció a una moza, llamada Larisa, que trabajaba en la gestapo de limpiadora. Era una muchacha delgaducha, de poca presencia.

Larisa aceptó gustosa las arriesgadas funciones de informadora. Para que los jefes estuvieran

contentos de ella, trabajaba a conciencia, limpiaba escrupulosamente el local y cumplía los encargos pequeños de buen grado. Y con la misma escrupulosidad sacaba de la gestapo documentos secretos de importancia para nosotros: croquis topográficos, los libros de órdenes para efectuar registros y detenciones, formularios de las actas de registro. Una vez trajo a Nikolái Strucinski el sello de la gestapo, que tomó de la mesa del jefe. Pero en eso se pasó de lista. Kolia Strucinski hacía ya mucho que había hecho para el destacamento un sello idéntico, tomando como modelo una impresión del mismo que había venido a parar a nuestras manos, y lo utilizábamos con frecuencia al confeccionar documentos para los del servicio de información. El robo del sello podía originar un gran barullo. Larisa hubo de tornar precipitadamente al gabinete del jefe y poner el sello en su sitio sin que lo notasen.

Al hacer la limpieza, Larisa recogía el papel carbón gas* tado y no lo tiraba a la basura, sino que se lo llevaba a Nikolái. Este lo leía con un espejo. Solía haber entre esas hojas listas de rehenes, apellidos de condenados a muerte, instrucciones para enmascarar los cadáveres de los fusilados.

En cierta ocasión, Nikolái logró leer con ayuda de un espejo en una hoja de papel carbón una lista de detenidos, entre los que figuraba el nombre: "Vasilévich Gregor". Era Zorz. Nos enteramos de lo más importante: que Zorz vivía y no había declarado su verdadero nombre en el interrogatorio.

Larisa conocía a varios empleados de la cárcel de la gestapo y puso a Nikolái en relación con ellos. El método fue sencillo: el soborno. Hacían por dinero toda clase de "favores". Los carceleros confirmaron que Gregor Vasilévich estaba en presidio. Por otra suma permitieron que se enviara al detenido algunas cosas. Nikolái le hizo llegar calzado, ropa interior y comestibles.

Poco a poco, Nikolái se fue enterando de muchos pormenores. La herida de Zorz había empezado a cicatrizar, pero le daban golpes tan tremendos en los interrogatorios que se le volvió a abrir. Luego nos enteramos de que le tomaban declaración casi diariamente: sospechaban que era un guerrillero soviético. Le amenazaba el fusilamiento o la muerte en los los tormentos de los interrogatorios.

Teníamos en el destacamento a otro familiar de los Strucinski, Petro Mamonec, que había sido cabo en el ejército polaco. Era hermano carnal de Jadzia. Nikolái Strucinski vino al campamento a primeros de septiembre y pidió permiso para llevarse a su primo. Voy a probar a liberar a Zorz con su ayuda.

Se marcharon a Rovno. Nikolái consiguió bastante pronto colocar a Mamonec en la guardia de la cárcel. Este se mostró como un "polizonte" muy cumplidor. Se mantenía siempre a la vista de los jefes, echaba pestes, por la boca contra los guerrilleros a más y mejor y, lo principal, se captaba la voluntad de los primeros con obsequios de mantequilla, tocino y nuestro salchichón guerrillero. Al poco tiempo lo hicieron jefe de la guardia. Entonces pudo ver ya a Zorz.

— Cuesta trabajo reconocerlo -le contaba a Nikolái-. ¡Hay que ver lo que han hecho con él! Se ha quedado en los huesos...

Ahora Zorz recibía a menudo alimentos de fuera, pero ni aún con ellos se podía mantener la salud de una persona a la que apaleaban casi diariamente.

Mamonec se hizo amigo del carcelero mayor y le propuso un "negocio ventajoso". Le dijo que en una oficina particular de la construcción se podía ganar mucho a costa de los detenidos.

— Dame unos veinte presos y tres o cuatro policías de escolta. Los llevaré a trabajar. Lo que

saquemos, a medias.

Aquél tardó mucho en dar su consentimiento, mas los víveres y el dinero que, al parecer, entregaba la oficina por adelantado, terminaron por "convencer" al carcelero mayor.

A fines de octubre. Mamonee se enteró de que Zorz figuraba en la lista de los condenados a fusilamiento. Eso no lo sabía siquiera Zorz. No se podía esperar más.

El 3 de noviembre. Mamonee se llevó a un grupo de presos a trabajar. Entre ellos iba también Zorz, gracias a un soborno particular. Cuando sacaron a los detenidos de las celdas. Mamonee pudo susurrar unas palabras al oído de Zorz.

Los presos anduvieron dos manzanas de casas, y a Zorz le dio un "desmayo".

Como jefe de la guardia. Mamonee dio la orden a los otros de que condujeran a los presos.

— De este canalla me encargo yo -dijo.

Y arrastró a Zorz, "desmayado", a un corral. Los polizontes de la escolta estaban seguros de que lo mataría allí.

Pero apenas Mamonee introdujo a Zorz en el corral, éste se puso en pie, saltaron los dos la valia y salieron por el patio contiguo a un callejón. Allí estaba esperando ya el segundo día un automóvil, en el que se encontraban Kolia Strucinski y Kuznetsov.

La alegría por el salvamento de Zorz no tenía límites. Para el viejo Strucinski fue gozo y pena al mismo tiempo, pues sólo ahora, cuando Zorz hubo llegado al campamento, se enteró de la amenaza que pendiera sobre su hijo. «No se le podía reconocer. Había desaparecido el color de sus mejillas y la sonrisa de sus labios. Estaba consumido hasta el último grado. Respondía a todas las preguntas con parquedad:

— ¿Te pegaban?

— Sí.

— ¿Y tú qué hacías?

— Pues nada.

— ¿Aguantabas?

— Al principio aguantaba y callaba, luego empecé a decir palabrotas.

— ¿Y ellos qué?

— ¡Pues qué iban a hacer! Me atizaban más fuerte.

Procuramos hacer todo lo posible en las condiciones del campamento para que se restableciera la salud de Zorz. La juventud hizo lo suyo, y él volvió pronto a la labor de información.

LAS REPRESALIAS

Erich Koch... Paul Dargel... Hermann Knut. Nombres hartos conocidos en Ucrania Occidental, temporalmente ocupada por los hitlerianos. Los cabecillas de la camarilla hitleriana y sus secuaces merodeaban, mataban y exterminaban todo lo vivo de la tierra ucrania. Sólo con mencionarlos se estremecía uno y se sentía presa del odio. Con sus nombres tenían relación

las cámaras de tormentos y las horcas, las fosas de enterrados con vida, los robos y asesinatos, los miles y miles de muertos sin culpa alguna.

Siendo a un tiempo *reichskommissar* de Ucrania y *gau-leiter* de Prusia Oriental, Erich Koch solía permanecer en Rovno pocos días, de tarde en tarde, y el resto del tiempo lo pasaba en Königsberg, donde tenía varias fábricas. Paul Dargel, el presidente gubernamental y adjunto de Koch para los "asuntos políticos", permanecía en Rovno casi siempre. Sólo alguna vez iba en avión a Kíev, Nikoláiev, Dnieprope-trovsk u otras ciudades a fin de orientar en el sitio la "actividad" de la caterva de gobernantes hitlerianos. La dirección de la red de bandas nacionalistas partía también de Dargel.

Nicolái Ivánovich Kuznetsov llevaba ya mucho tiempo preparándose para ejecutar un acto de represalia contra los cabecillas hitlerianos en Ucrania. A primeros de septiembre examinamos minuciosamente varios días el plan de acción suyo.

Al despedirse de mí, antes de marchar del campamento, Kuznetsov me entregó un sobre cerrado con una carta.

— Le dejo esto por si acaso. 'Guárdelo -me dijo y, luego que me estrechó fuertemente la mano, se alejó de prisa.

Miré la carta. En el sobre no había escritas sino cinco palabras: "Abridlo después de mi muerte".

Por entonces. Valia Dóvguer trabajaba ya en el *Reichs-kommissariat*. Tenía que estudiar el orden del día de Dargel: cuándo venía al trabajo y cuándo se marchaba, y todas sus señas. Cumplió el encargo escrupulosamente y contó a Kuznetsov todos los pormenores, y aun lo acompañó por el itinerario que seguía Dargel habitualmente. Dijo, además, que salía todos los días del *Reichskommissariat* a las 14,30 y siempre le acompañaba el ayudante con una cartera roja de cuero. Nikolái Ivánovich había visto a Dargel una sola vez en el desfile, cuando pronunció el discurso, y confiaba en su memoria.

Era el 20 de septiembre. El prisionero de guerra Kalinin, chófer del *Gebietskommissariat* de Rovno, proporcionó a Nikolái Ivánovich un automóvil de turismo nuevecito, marca *Opel Capitán*. Era el coche personal del *gebietsskommissar*.

Al volante se sentó Kolia Strucinski vestido de soldado alemán y, al lado, Kuznetsov, en su habitual papel de teniente Paul Siebert.

Dargel vivía en un hotelillo en una de las calles principales, que los alemanes llamaban Schlosstrasse.

En esa calle vivían únicamente funcionarios alemanes de las altas jerarquías. Por allí no dejaban andar ni a los ucranios ni a los polacos. Sólo los alemanes podían pasar.

Kuznetsov y Strucinski fueron en el automóvil, prontos a la emergencia, por el itinerario que seguía Dargel. Escogieron la hora en que Dargel estuviera de camino del *Reichskommissariat* a su hotelito. El éxito dependía de un minuto.

Pararse en la calle con el automóvil y esperar era arriesgado. Delante del hotel de Dargel había siempre de plantón un gendarme de campo; y en toda la calle de Schloss eran varios. Además, dos minutos antes de que Dargel saliera del *Reichskommissariat* aparecían un sargento de gendarmes y un agente de la gestapo de paisano. Caminaban delante de Dargel, observando si no había nada sospechoso.

Kuznetsov y Strucinski decidieron vigilar desde un callejón que permitía ver la entrada principal del *Reichskommissariat*. A las 14,30 en punto salió de allí un general con su

ayudante, que tenía la graduación de comandante y llevaba una cartera roja de cuero bajo el brazo.

— Ahí van -dijo Kuznetsov-, ¡Kolia, mete gas! El automóvil alcanzó en seguida a los dos hitlerianos. Kuznetsov se apeó, pistola en mano, y se acercó por detrás a Dargel y su ayudante. Al oír los pasos, éstos se volvieron. Kuznetsov disparó tres veces a quema ropa contra el general, luego contra el ayudante y, cuando se desplomaron, aún les descerrajó un tiro a cada uno. Subió al automóvil de un salto, Strucinski apretó el acelerador y el automóvil se perdió de vista a escape. Todo eso transcurrió en unos dos minutos.

Al ruido de los disparos, la gente que andaba por la calle echó a correr cada uno por su lado. Era la hora del descanso para comer y la calle estaba concurridísima. Las ventanas de las casas se cerraron, y cuando la gente se recobró de la sorpresa, del automóvil no había quedado ni rastro.

Estaba ya Kuznetsov en el campamento con nosotros cuando dos días después los guerrilleros del servicio de información Kulikov y Galúzov trajeron de Rovno periódicos alemanes y ucranios. Nikolái Ivánovich tomó los periódicos con ansiedad, se puso a leer y... se quedó de una pieza-Resultó que no había matado a Dargel, sino al consejero imperial de Hacienda, doctor Hans Gehl, y a su ayudante Winter. Gehl había llegado recientemente a Rovno con objeto de sacarle más contribuciones a la población.

— ¡Caramba, Nikolái Ivánovich! ¿Cómo se las ha arreglado para equivocarse así? -dijo a Kuznetsov.

— ¡Ha sido una alucinación, no puede haber sido más que una alucinación! ¡Si me acordaba perfectamente de la cara de Dargel! Además, el ayudante con cartera roja. ¿Qué quiere decir todo esto? —decía Kuznetsov sin salir de su asombro.

Luego nos enteramos de que Gehl se parecía efectivamente a Dargel, y como quiera que Kuznetsov lo había visto sólo una vez, pudo haberse equivocado. Pero era un error que se podía corregir...

Diez días después de la muerte de Gehl, Kuznetsov y Strucinski regresaron a Rovno. Kuznetsov tenía ya la graduación de *hauptmann*, o sea, capitán (pues buscaban a un *oberleutnant* de uniforme alemán).

El *Opel*, pintado de negro, tenía otro número de matrícula. Lo mismo que la vez anterior, en pleno día, a las 14,30, y en el mismo lugar, Kuznetsov lanzó una granada antitanque a Dargel y su ayudante. Los dos se desplomaron. Un cascote pequeño de metralla dio a Nikolái Ivánovich en el brazo izquierdo, pero no le impidió subir al automóvil.

Esta vez el peligro fue grande. No lejos de allí había un automóvil alemán de guardia, y Strucinski tenía que pasar por su lado. Los de la gestapo se abalanzaron al coche, pero el chófer se debió asustar y no pudo poner el motor en marcha. Y cuando lo puso, el *Opel* negro estaba ya lejos.

Empezó la persecución. En los arrabales, Kuznetsov vio ya el automóvil de la gestapo.

— ¡Tuerce a la izquierda! -gritó a Strucinski al notar que delante de ellos iba otro *Opel* idéntico, del mismo color negro.

Strucinski torció por un callejón, luego por otro, y los perseguidores no aparecieron.

Los de la gestapo siguieron detrás del *Opel*, pero no del que ocupaban nuestros camaradas.

Los alemanes capturaron a los "criminales" fuera ya de la ciudad. Alcanzaron el *Opel* negro y

abrieron fuego contra él. Una bala dio en una rueda, y el *Opel*, desviándose bruscamente a un lado a toda velocidad, cayó en la cuneta. Los de la gestapo sacaron del automóvil a un comandante alemán medio muerto de miedo, le dieron una paliza y se lo llevaron detenido.

Kuznetsov y Strucinski volvieron sin novedad al "faro silvestre", y desde allí, al campamento.

Pero, según supimos posteriormente, Dargel no había muerto. La granada había golpeado en el bordillo de la acera, y los cascos de metralla y la onda explosiva habían dado principalmente en el lado contrario. Dargel había caído ensordecido y herido de gravedad, y se lo llevaron inmediatamente a Berlín. La carrera del presidente gubernamental había tocado a su fin.

De Berlín llegó poco después una orden según la cual se destituía a todos los jefes de la gestapo y de la gendarmería de campo de Rovno y a numerosos altos funcionarios de dichas instituciones.

El zafarrancho que se armó con motivo de estos actos de represalia llenaban de contento a los soviéticos, pues hasta allí, en la retaguardia del enemigo, llegaban las represalias contra los ocupantes hitlerianos.

Los hitlerianos que habían sido designados para los cargos vacantes tampoco ayudaron a los ocupantes.

Mientras tanto, en el "faro silvestre" se reanudaban los preparativos. Acababan de pintar de otro color un automóvil *Mercedes* que se habían llevado hacía poco del garaje del *Reichskommissariat*. Aún no se había secado del todo la pintura, cuando Kuznetsov y Strucinski montaron en él para marchar a Rovno.

— Un buen día se van a dar cuenta de que la pintura está fresca y los van a cazar —les advirtió Kolia *el Pequeño*.

— Iremos más de prisa y se secará antes -le respondió Strucinski.

Reluciente por la pintura nueva, el *Mercedes* de Kuznetsov y Strucinski llegó a la ciudad. Lo pararon a la entrada:

— *Halt!* ¡Sus documentos!

Kuznetsov enseñó los papeles acreditativos de su personalidad y del automóvil. Los dejaron pasar. Apenas recorrieron una manzana de casas, volvió a pararlos otra patrulla.

— *Halt!* ¡Sus documentos! Kuznetsov replicó indignado:

— ¡Pero qué es esto! ¡Si nos los acaban de comprobar!

El gendarme le explicó, confidencial:

— Perdona, pero hoy le van a pedir los documentos a cada paso: buscamos a unos bandidos con uniforme alemán. -Y, así que hubo examinado los papeles de Kuznetsov, agregó-: Tenga la bondad, puede seguir su camino.

— Kolia, tuerce al llegar al primer callejón. Así puede uno caer tontamente en algún sitio -dijo Kuznetsov a Strucinski.

Pasada una manzana de casas, Strucinski viró por la esquina. Nikolái Ivánovich le mandó parar allí el *Mercedes* y bajó al medio de la calle.

— Kolia, estáte al tanto de la calle principal, que yo voy a ayudar a los alemanes.

Minutos después, Kuznetsov paró un automóvil:

— *Halt!* ¡Sus documentos!

Los comprobó y lo dejó pasar. Luego vio que venía otro. Alzó la mano y el automóvil frenó.

— *Halt!* ¡Sus documentos!

Le respondieron:

— Pero señor capitán, ¡que ya nos los han pedido tres veces!

— Perdonen, pero hoy se los van a comprobar a cada paso: buscamos a unos bandidos con uniforme alemán.

Apenas se alejó ese automóvil, apareció otro.

— *Halt!* ¡Sus documentos! -mandó Kuznetsov, tremebundo.

— No se moleste, señor capitán -dijo uno de los pasajeros, mostrando la chapa de la gestapo -que vamos detrás del mismo bandido — y, sonriendo irónico, como queriendo decir "amiguito, cómo es eso que no reconoces a los tuyos", siguió adelante.

Dos horas estuvo Kuznetsov comprobando documentos hasta que Kolia Strucinski le dijo que en las otras calles habían quitado los puestos de vigilancia. Entonces montaron en su automóvil y se marcharon tranquilos.

Aquel día del desfile, Kuznetsov y Valia habían visto en la tribuna a un alemán de extraordinaria gordura. Era el general Knut, adjunto del *reichskommissar* de Ucrania para las cuestiones generales y jefe de la oficina expoliadora *Paketauktion*.

La profesión de Knut era robar a la población; todas las riquezas de la susodicha oficina eran producto de saqueos. Lo de más valor, Knut se lo adjudicaba a título personal. Enriqueció tanto robando y echó tanta grasa que le costaba trabajo andar. Parecía, ni más ni menos, un cerdo descomunal.

La oficina *Paketauktion* estaba en la calle de las Legiones, cerca de la estación del ferrocarril. En esa calle, a poca distancia de la oficina, Kuznetsov, Strucinski y Jan Kaminski detuvieron el automóvil. No hubieron de esperar mucho. Knut salió de la oficina con exactitud alemana, a las seis en punto.

Kaminski se incorporó, y cuando el automóvil de Knut pasó a su altura, le arrojó una granada antitanque. La parte delantera quedó destrozada y, perdida la dirección, el automóvil chocó contra la valla de enfrente. Nikolái Ivánovich y Strucinski abrieron fuego de metralleta, después de lo cual escaparon a toda velocidad.

Los alemanes habían enterrado a Gehl con pompa, con muchas coronas y discursos. Los periódicos salieron llenos de necrologías y artículos dedicados a él. Del atentado contra Dargel hablaron también mucho. Pero de Knut no soltaron ni escribieron palabra. ¡Como si no hubiera existido, como si no hubiera ocurrido nada!

Knut no se había salvado, pero los alemanes decidieron silenciarlo. Y tenían su motivo: ¡ellos eran los "amos", ellos los que habían establecido el "orden nuevo", ellos los "invencibles", y los guerrilleros mataban a sus cabecillas en pleno día en las calles de Rovno, capital de la Ucrania ocupada! Encima, no podían capturar a los autores. Mejor cuenta traía callar. Pues ya era de por sí harto insoportable la situación, que ni de noche, ni aun de día, podía salir uno a la calle.

EN EL NUEVO CAMPAMENTO

Las lluvias otoñales y las noches frías causaban muchas molestias a los guerrilleros, sobre todo a los que no tenían ropa de abrigo. Las zamarras que nos habían lanzado con paracaídas el invierno anterior se habían hecho viejas durante el verano. Las utilizaban para lecho cuando se acostaban junto a las hogueras. Los nuevos guerrilleros no tenían ropa de abrigo.

Hubimos de pensar en la construcción de un campamento invernal.

Elegimos un paraje en el bosque, entre los pueblos de Berestiany y Lópateñ, cerca de un ferrocarril de vía estrecha. Los pinos centenarios ocultaban nuestras obras por arriba, y los espesos matorrales resguardaban el campamento por la parte del susodicho ferrocarril y de una ancha carretera paralela.

La magnitud de las obras no era pequeña. Necesitábamos amplios locales para cuatro compañías, para el Estado Mayor, el servicio de información, sanidad, los radiotelegrafistas y la compañía de intendencia; necesitábamos también baño y otras dependencias.

Contábamos ya con experiencia de construcción de campamentos. Planeamos primero la superficie en que íbamos a construir, fijamos los plazos y luego pusimos manos a la obra.

En el paraje de las obras y en dos kilómetros a la redonda no tálamos árboles a fin de no dejar el campamento al descubierto. Para cada local abríamos hoyos de metro y medio; de la tierra no emergían más que las techumbres inclinadas.

Empezamos por construir los alojamientos para la sección de sanidad y para los radiotelegrafistas. Al cabo de tres días, éstos se instalaron ya en su nueva residencia. Para la calefacción se hizo una estufa con un bidón de gasolina vacío. A ambos lados de la estufa estaban los camastros. Ante una ventana de verdad se colocó una mesa, a la que se llevó el extremo de la antena. Los radiotelegrafistas mantenían el enlace con Moscú, según su horario, sentados a esa mesa.

La sección de sanidad estaba aún mejor construida. En una estancia, el hospital con capacidad para veinte camas; cada herido tenía su catre con colchón lleno de heno fresco. Delante de la entrada había un cuartito para el médico de guardia y las enfermeras, otra habitación para atender a los "enfermos de ambulatorio" y el gabinete odontológico. El local era luminoso, acogedor. Para que no cayera tierra del techo, lo recubrimos con seda de paracaídas. La otra sala de la sección de sanidad, la de operaciones, tenía mucha luz, y había en ella una mesa especial, hecha según el diseño y bajo la dirección del doctor Tsessarski.

El Estado Mayor lo instalamos en una casa auténtica de siete habitaciones. Se la quitamos al alcalde hitleriano de un pueblo y la trasladamos entera al campamento.

En torno a la casa del Estado Mayor estaban los alojamientos de la sección de la comandancia, del servicio de información, de la sección de sanidad y de los radiotelegrafistas. A unos doscientos metros surgieron, mejor dicho, se clavaron en la tierra, los recintos de las compañías de tiradores y de intendencia, con sus industrias de salchichón y cecina, con sus depósitos y panaderías.

Los alojamientos para las compañías eran tan cómodos y amplios, que ya no los llamaban *chutns*, sino residencias comunales. No sólo había en ellos auténticas estufas de ladrillos y ventanas de verdad, sino suelo de tables; y en la residencia de la segunda compañía entarimaron el suelo con las tablas de una valla de madera.

Apenas terminaban las obras, cada sección festejaba la mudanza al nuevo domicilio con representaciones de aficionados al arte y bailes.

* *

La "sorpresa" que Hitler preparaba en el sector de Kursk, acerca de la cual Koch hablara en mayo a Paul Siebert-Kuznetsov, fracasó por completo. Los hitlerianos se vieron forzados a retroceder luego que hubieron perdido un ejército de ciento veinte mil hombres. A fines de septiembre, el Ejército Rojo se aproximó al Dniéper.

Los alemanes, antes engreídos y seguros de sí mismos, perdieron la fe en la victoria.

¡Me parece que yo soy ahora el oficial más animado y optimista que tienen! -decía Kuznetsov, riendo.

Desengañados ya de poder mantener la fértil Ucrania en sus manos, los alemanes querían llevarse la mayor cantidad posible de víveres, pero les costaba mucho y no lo lograban.

Numerosos destacamentos de guerrilleros organizaban a los soviéticos para que ofrecieran resistencia a los fascistas y lucharan contra ellos, asaltaban sus almacenes de víveres, volaban sus trenes y los puentes, exterminaban a los acopladores alemanes.

Los alemanes las pasaban muy mal, sobre todo en los parajes en que tenían sus bases los destacamentos de guerrilleros. La población del inmenso territorio comprendido entre el río Goriñ, por el Este; el ferrocarril de Rovno a Lutsk, por el Sur; el de Sarny a Kóvel, por el Norte, y casi, hasta Lutsk por el Oeste, no daba a los ocupantes ni trigo ni ganado. En ese territorio operaban varios destacamentos de guerrilleros: el de Prokopiuk, un batallón de la agrupación de Fiódorov mandado por Balitski, el de Karasiov, el de Mahomet y el nuestro.

Los alemanes exigían a la población que pagase los impuestos y entregase comestibles, ocultando la verdadera situación en los frentes y haciendo creer como antes en la rápida victoria sobre el Ejército Rojo.

Mas, como dice el refrán, a perro viejo no hay tus-tus. Tanto los guerrilleros como los campesinos ejercían aún mayor resistencia a los ocupantes. Estos pusieron entonces en juego medidas punitivas extraordinarias. Destacaron grupos especiales de aviación para combatir a los guerrilleros y a la población local. Cada día volaban escuadrillas enteras que bombardeaban los pacíficos poblados y el bosque en que acampaban los guerrilleros.

Lo mismo que en los bosques de Sarny, en la nueva zona en que nos habíamos instalado desplegamos una lucha contra los ocupantes,. asaltábamos sus haciendas agrícolas y cometíamos actos de sabotaje en los ferrocarriles. Con nuestro desplazamiento, los alemanes perdieron otro distrito más. No era de extrañar que nos dedicasen redoblada "atención". Fuertes destacamentos armados de ellos se presentaban tan pronto en una aldea como en otra. Los traidores bandidos nacionalistas, armados hasta los dientes, tampoco dejaban perder ocasión de hacer méritos ante sus señores.

En las refriegas con los fascistas y sus mercenarios cayó mi adjunto para las cuestiones de intendencia Iván Yókovlevich Sokolov, magnífico camarada y valiente guerrillero. Murió también Grisha Shumuilovski, nuestro poeta y entonador, que había enseñado a los guerrilleros nuevas canciones soviéticas.

Como había venido de Moscú más tarde que otros, Grisha quería recuperar el tiempo perdido. Cuando se avecinaba alguna operación importante, pedía siempre que lo enviaran. Soñaba con realizar una hazaña. Una vez dijo, de tertulia con los camaradas:

— ¡Si he de morir, quisiera que fuera en ofensiva, de cara a occidente!

¡De cara a occidente! ¡Qué bien y con cuánto esplendor expresaban esas palabras la propensión del soviético a emprender ofensivas para expulsar cuanto antes a los invasores de la tierra patria!

En los combates y escaramuzas, muchos guerrilleros resultaban heridos. Stéjov también recibió una herida de bala explosiva en un brazo.

Ahora apenas pasaba un día sin refriegas con los fascistas. Necesitábamos mucha más gente en el destacamento. A donde antes iban cinco o diez hombres teníamos que enviar una compañía o dos. Para acompañar y custodiar a uno o dos guerrilleros del servicio de información de los que se encaminaban a Rovno, Lutsk o Zdolbunov hacía falta gran número de combatientes. Y nuestro destacamento se había fraccionado. En los bosques de Sarny habían quedado doscientas personas; junto a Kóvel había unos setenta hombres para cumplir una tarea especial. Además, en los "faros silvestres", cerca de Rovno y de Lutsk, teníamos permanentemente a unos veinte de los mejores guerrilleros.

Antes no nos preocupábamos del crecimiento del destacamento y admitíamos exclusivamente a los que nos podían ser útiles para la labor de información. Si hubiéramos tenido planteada la misión de engrosar los efectivos, habríamos podido reunir todo un ejército, pues era inmenso el número de los que deseaban venirse con los guerrilleros, pero a nosotros no nos hacía falta. Ejecutábamos mejor nuestra labor de información siendo un destacamento poco numeroso, pero flexible.

Ahora la situación era otra: se requería gran número de combatientes.

Encomendamos a los del servicio de información y a la organización clandestina de Novak en Rovno que reclutasen a gente de lo más segura para nuestro destacamento, y, cuando volvían de la ciudad, cada guerrillero se traía a diez o veinte personas.

Aprovechando ese reclutamiento, en el destacamento se infiltraron dos traidores: Naúmenko y Chemenko. Estuvieron en el campamento cerca de un mes y luego desaparecieron. Mucho más tarde nos enteramos de que Naúmenko era agente secreto de la gestapo y había sido introducido en nuestro destacamento con la misión de indagar nuestros efectivos y armamento.

A los pocos días de la huida de Naúmenko, los camaradas Kuznetsov, Strucinski y Shevchuk dieron parte de que la situación en Rovno se había complicado extraordinariamente. Por las calles andaban sabuesos policíacos y agentes de la gestapo mirando a la cara a casi todos los transeúntes, comprobando los documentos y haciendo redadas.

En su parte, Strucinski escribía: "Hemos visto a Naúmenko en un automóvil de turismo. Iba por la ciudad con los de la gestapo".

Aunque Naúmenko no sabía las direcciones de las casas en que paraban los nuestros en Rovno, consiguió poner a los hitlerianos sobre la pista de una. En una casita de dos plantas, en una esquina de la calle principal y un callejón de la ciudad, en la vivienda de una mujer sola, paraban siempre Kulikov y Galuzo. Kulikov había sido antes de la guerra maestro rural, y Galuzo, agrónomo. Los dos se habían incorporado a nuestro destacamento a principios de 1943. Habían hecho muchos viajes a Rovno.

Galuzo tenía cierto parecido con Kuznetsov, y los de la gestapo, por lo visto, estaban creídos de que habían dado precisamente con él. Paul Siebert no despertaba duda alguna por el momento.

Una noche, los alemanes acordonaron la casa. Se dio cuenta primero la dueña, quien despertó a nuestros guerrilleros. Galuzo miró por la ventana y dijo:

— Buena ama, márchate. Mételes cualquier trola o escápate, que nosotros nos quedamos aquí.

La dueña de la vivienda se marchó.

— ¡Rus, guerrillero, sal! -se oyó una voz alemana en la calle.

Entre tanto, Kulikov y Galuzo se parapetaron a toda prisa, tapando la puerta y las ventanas con los muebles. Los alemanes empezaron a forzar la entrada. Los guerrilleros abrieron fuego desde las ventanas. Se entabló un combate. Los alemanes disparaban contra la casita con fusiles, metralletas y ametralladoras. Cuando los enemigos vieron que así no sacaban nada en limpio y que los certeros tiros de los guerrilleros daban en tierra ya con uno ya con otro de ellos, pidieron refuerzos.

Llegó un camión con una ametralladora de grueso calibre. Pero desde una ventana salió arrojada una bomba de mano que puso fuera de combate a los del camión y la ametralladora. Los de la gestapo hubieron de pedir más refuerzos.

Ese combate, que se libró en el centro de Rovno entre dos patriotas soviéticos y un buen centenar de fascistas de las tropas represivas, duró más de seis horas. Sólo cuando

Kulikov y Galuzo agotaron los cartuchos y se quedaron sin granadas de mano, pudieron capturarlos los alemanes, pero... muertos. Conscientes de su situación sin salida, heridos y desangrándose, se suicidaron.

Las consecuencias de la traición de Naúmenko no terminaron ahí.

LA DERROTA DEL "MAESTRO DE LA MUERTE"

El 6 de noviembre de 1943, los radiotelegrafistas no se quitaron los auriculares desde la mañana. Vania Strókov regulaba el altavoz, y los guerrilleros estaban a su lado con la esperanza de escuchar de un momento a otro la emisión de Moscú. Por la tarde lo tuvo al fin listo y sincronizó el receptor: estaban dando el parte de la toma de Kíev por nuestras tropas. El júbilo era inmenso en todo el país, pero se puede uno formar una idea de la alegría que nos causó a nosotros la noticia de la toma de la capital de Ucrania. Nosotros mismos estábamos en Ucrania, aunque todavía en la retaguardia del enemigo. Se aproximaba la victoria y la liberación de todo el territorio ucranio.

Lo mismo que un año antes, los guerrilleros volvieron a oír por radio la retransmisión de la sesión solemne del Soviet de Moscú en conmemoración del veintiséis aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre.

El año transcurrido desde el veinticinco al veintiséis aniversario de la Revolución de Octubre había sido un año de viraje en los derroteros de la Guerra Patria/La ofensiva del Ejército Rojo en el curso de este año había puesto a Alemania al borde de la catástrofe.

El 7 de noviembre por la mañana mandamos formar en cuadro a los guerrilleros y se dio lectura a la orden conmemorativa que habían tomado los radiotelegrafistas la noche anterior. Por el bosque se expandió un "¡hurra!" sonoro y unánime.

A partir del mediodía empezaron a acudir los invitados, que era los jefes de los destacamentos

vecinos: Balitski, Karasiov, Prokopiuk y Mahomet. Cada uno vino acompañado de un pequeño grupo de guerrilleros de sus destacamentos.

— ¡Qué campamento tan estupendo! ¡Después de la guerra se podría abrir aquí una casa de reposo! -decían los invitados al examinar la distribución del campamento y los alojamientos.

Terminado el banquete con motivo de la fiesta, empezó el concierto de aficionados al arte.

El escenario se había construido de manera original: una tarima y hogueras en las cuatro puntas. El efecto de tal iluminación era magnífico.

Valentín Semiónov y Bazránov presentaron un número que sorprendió a todos. Ejecutaron ejercicios acrobáticos, dando volteretas y contorsionándose como verdaderos artistas de circo. La luz y las sombras de las hogueras se deslizaban como reflectores teatrales por sus figuras.

Entre los nuevos guerrilleros que habían venido de Rovno a nuestro campamento había artistas de los teatros de la ciudad. Uno de ellos imitaba muy bien a Charles Chaplin. Mas apenas se retiró de la escena, salió Rivas con el mismo número. Este se parecía a Chaplin y, aunque no poseía dotes de actor, produjo no menos efecto que el artista de verdad.

A eso de las once de la noche, cuando nuestros invitados ya se habían marchado a sus destacamentos y el concierto proseguía, Stéjov se acercó a mí. Yo estaba sentado en la primera fila del "patio de butacas", hecho con troncos.

Stéjov se inclinó a mi oído:

— Dmitri Nikoláievich, salga un momento.

Salí.

— Acaban de venir nuestros exploradores de Berestiány -dijo, alterado-. Allí ha llegado una expedición punitiva muy numerosa con morteros y cañones. Hace una hora he recibido un comunicado de que en la estación de Kívertsi está desembarcando también un largo tren de alemanes. Buscan a guías para atacarnos cuando esclarezca.

No era una cosa inesperada para nosotros. Dos semanas antes de la fiesta, Kuznetsov nos había advertido ya que las fuerzas de castigo se aprestaban para emprender la marcha a nuestros bosques, con la intención de caer sobre nuestro destacamento precisamente. He aquí lo que escribía:

"Me he enterado de que Koch ha llegado a Rovno hace poco en avión. Ha llamado al jefe de los destacamentos especiales (de castigo) en Ucrania, general von Ilgen, y le ha dado la orden de exterminar en el plazo más breve el destacamento guerrillero del coronel Medvédiev. El general Ilgen ha contado a sus íntimos que ha mandado venir la expedición que manda el general Pipper, conocido con el sobrenombre de "Maestro de la Muerte". Ilgen se propone participar personalmente en la empresa contra los guerrilleros para "hablar con ellos en su campamento".

"Yo, a mi vez, procuraré ofrecer al general Ilgen la oportunidad de hablar con usted en nuestro campamento".

La carta venía acompañada del plan de acción. Lo examinamos y lo aprobamos.

La historia del traidor Naúmenko nos hacía pensar que los hitlerianos sabían con exactitud el paradero de nuestro campamento. Luego que hubimos cambiado opiniones Stéjov y yo, nos determinamos a presentar batalla al enemigo.

Cuando se terminó el último número, subí al tablado:

— ¡Camaradas! -dije a los guerrilleros-. Hemos recibido noticias de que mañana por la mañana nos van a atacar las tropas punitivas. No nos vamos a retirar. Seremos fieles a nuestro postulado: ¡primero derrotar al enemigo, y luego replegarnos!

— ¡Muy bien! ¡Hurra! -exclamaron, aprobatorios. Levanté la mano para pedir atención:

— ¡La fiesta, que siga!

Algunos entonaron la canción "Al combate, por la Patria...", y todos les hicieron coro.

La velada conmemorativa duró aún una hora.

Nos echamos a dormir, pertrechados para entrar en fuego. En torno al campamento pusimos más centinelas. En la dirección de Berestiány enviamos una descubierta a pie y a caballo.

Al amanecer llegó a galope tendido Valentín Semiónov, de las inmediaciones de Berestiány, y exclamó, jadeando:

— ¡Del pueblo avanza hacia nuestro campamento una nutrida columna de hitlerianos!

Casi al mismo tiempo se oyó el lejano tableteo de ametralladoras y metralletas. Era a unos diez kilómetros de donde estábamos nosotros, poco más o menos, por la zona del campamento de Balitski. Envié a enlaces a caballo para averiguar de lo que se trataba, si le hacía falta ayuda y avisarles que estábamos esperando el ataque de las tropas punitivas.

Teníamos a la sazón en el destacamento unos setecientos cincuenta hombres, distribuidos entre cuatro compañías de tiradores y dos secciones: la del servicio de información y la de comandancia.

La primera compañía, mandada por Bazárov, salió al encuentro del adversario, que venía de Berestiány. La segunda, al frente de Semiónov, la envié de flaqueo y le ordené que averiguase sin ser vista dónde estaban la artillería, los morteros y el puesto de mando de los hitlerianos para que los atacase por la retaguardia.

Cuando la segunda compañía salió del campamento, de los puestos de vigilancia comunicaron que por otra dirección también avanzaba contra nosotros una columna alemana. Para hacerle frente destaqué a parte de la cuarta compañía; el resto de ésta cubría el flanco derecho. La tercera compañía estaba en los puestos de vigilancia en torno al campamento. De suerte que todas nuestras fuerzas estaban puestas en juego. Quedaban en reserva un grupo del servicio de información y la sección de comandancia.

A eso de las diez de la mañana comenzó el combate. Los hitlerianos abrieron un rabioso fuego de ametralladoras y metralletas contra nuestra primera compañía. Avanzaban en columna cerrada, protegidos por el fuego de las ametralladoras y de los morteros. El fuego de respuesta de nuestras ametralladoras y fusiles ametralladores sólo pudo detenerlos y obligarles a tenderse cierto tiempo. Luego volvió a oírse una voz de mando alemana, los enemigos se pusieron en pie y fueron al ataque.

Los nuestros les dejaron que se acercaran a la distancia del fuego de metralleta y contraatacaron. Atronó el "hurra" de los guerrilleros.

La segunda columna de los alemanes también se lanzó al ataque. Allí se batía una parte de nuestra cuarta compañía.

Al campamento traían en andas o acompañados a los heridos.

Sabíamos que no podríamos sostener un combate prolongado: teníamos pocos cartuchos. Por eso envié enlaces a los destacamentos de Balitski y Karasiov para pedirles que mandasen

pequeños grupos y golpeasen al enemigo por la retaguardia: aunque de manera parcial, eso distraería fuerzas de los alemanes.

La artillería de los hitlerianos empezó a tirar al campamento, pero los proyectiles estallaban a unos doscientos metros más allá.

De la primera compañía mandaron decir que se les estaban agotando los cartuchos, y que la ametralladora ya no los tenía. Les enviamos un grupo de guerrilleros de la sección de comandancia. Poco después volvieron a comunicar: "No tenemos casi cartuchos; ayudadnos, de lo contrario no aguantaremos".

— Caen como chinchas y no dejan de atacar -dijo un enlace-. Quieren asustarnos con un ataque psíquico.

Habían transcurrido ya cuatro horas desde que partiera la compañía de Semiónov, pero aún no se había revelado en nada. ¿Dónde estarían, qué harían?

Fuimos enviando a la primera compañía pequeños grupos de guerrilleros de diferentes secciones, pero eso la pudo sostener sólo algún tiempo.

Diríase que íbamos a perder el combate.

Tornaron los enlaces que había enviado a los destacamentos de Balitski y Karasiov. Balitski respondió que no podía mandar a nadie, que su destacamento estaba a la defensiva esperando un ataque, y Karasiov contestó que mandaba todo un batallón para que golpeará a los alemanes de flanco.

Los hitlerianos presionaban cada vez más por ambos lados y el tiroteo se aproximaba ya al mismo campamento. Entraron en combate nuestras últimas reservas: Burlatenko, el comandante del campamento, con quince heridos leves que acababan de recibir asistencia médica.

Las minas explotaban ya en el campamento. Pinos enormes se rompían y caían crujendo. Los alemanes se acercaban más y más.

El combate duraba ya siete horas. Los guerrilleros de Karasiov no se dejaban ver, la compañía de Semiónov tampoco.

Pasadas las cinco de la tarde di la orden de enganchar, montar en los carros a los heridos graves y cargar los efectos del Estado Mayor. Reuní a duras penas a catorce de entre los heridos que estaban en condiciones de empuñar las armas. Tsessarski y los otros médicos debían cubrir la retirada de los heridos graves y del convoy. Me dirigí con el resto de la sección de comandancia al sector central para dar la orden de retirada, presentando combate, y cubrir la retirada del convoy y los heridos.

Me daba perfecta cuenta de que si no lográbamos sostenernos hasta que oscureciese, nos coparían, pues los alemanes nos acometían por todos lados.

De pronto oímos distintamente el "hurra" ruso por el lado de donde disparaban los cañones y los morteros alemanes.

Aún no se había acallado el grito de guerra, cuando el fuego cesó como si obedeciera a una varita mágica. A los cinco minutos se reanudó el de los morteros enemigos, mas... contra los alemanes.

El desconcierto y el pánico se apoderaron en el acto de los enemigos; empezaron a tirar las armas y a correr. Los nuestros se lanzaron en su persecución. ¿Qué milagro había ocurrido?

Claro es que no se había operado milagro alguno. El éxito del combate lo había asegurado la compañía de Semiónov. Esta se había acercado a los alemanes por la retaguardia. Sin apresurarse, Semiónov había reconocido minuciosamente el terreno y averiguado dónde estaban emplazadas las baterías de artillería y morteros, se había enterado de que los hitlerianos disponían de tres cañones, tres morteros de batallón, un mortero de diez bocas y de que a doscientos metros de las baterías se había instalado el puesto de mando en una tienda de campaña.

Semiónov dividió su compañía en dos grupos, los cuales cayeron a un tiempo sobre los enemigos. Un grupo se apoderó de la artillería y los morteros y enfiló el fuego contra los hitlerianos; el otro ocupó el puesto de mando y la emisora de radio por la que se efectuaba la dirección del combate. Diecinueve oficiales del Estado Mayor y el jefe de la expedición punitiva, el general Pipper, "Maestro de la Muerte", cayeron sin vida en el acto. Eso fue lo que decidió el desenlace.

Hay que decir que al batallón de Karasiov también le dio tiempo a entrar en combate poco antes del final. Salió certeramente a un flanco del adversario y lo atacó.

Sólo a eso de las once de la noche se reunieron los guerrilleros en el campamento; habían estado persiguiendo por el bosque a grupos desperdigados de alemanes. Unos ciento cincuenta soldados enemigos se guarecieron en Berestiany en espera de que los atacáramos, mas para nosotros ya no tenía objeto entablar escaramuzas con ellos.

Estaba seguro de que los alemanes volverían a atacarnos, con fuerzas frescas al día siguiente y que empezarían a bombardear el campamento con aviación. Por la noche nos enteramos ya de que avanzaba otra columna alemana desde la estación de Kívertsi. Adoptamos la resolución de abandonar el paraje antes de que amaneciese.

En el combate habíamos tenido doce muertos y treinta y tres heridos. Enterramos a los muertos, curamos a los heridos y empezamos a prepararnos para la marcha.

Mandé enlaces a los destacamentos de Balitski y Karasiov con sendas misivas en las que les comunicaba que nos marcharíamos del campamento antes del amanecer y que podían venir a recoger una parte de los trofeos.

Los trofeos eran cuantiosísimos. Habíamos arrebatado a las tropas punitivas todo el convoy, que constaba de ciento veinte carros cargados de armas, municiones, proyectiles, minas y uniformes. Nos apoderamos de tres cañones y tres morteros con una abundante dotación de minas y proyectiles, de metralletas, fusiles y muchos cartuchos.

Por los documentos del Estado Mayor que conquistamos pusimos en claro que habían combatido contra nosotros la expedición punitiva del general Pipper y tres batallones policíacos de las SS, unos dos mil quinientos hombres en total.

A juzgar por los documentos, el general Pipper se dedicaba a las batidas represivas desde los primeros días de la guerra. Había estado con sus batallones de las SS en todos los países ocupados por los hitlerianos. En Ucrania llevaban unos cinco meses cometiendo atrocidades.

En el mapa de operaciones del general Pipper estaba señalado con un punto rojo el cuadrado de bosque en que nos encontrábamos nosotros. Había sido obra de Naúmenko, sin duda, pero no había indicado el lugar con toda exactitud; por eso las minas y los proyectiles enemigos estallaban a un lado del campamento.

A las dos de la madrugada, los guerrilleros comieron por primera vez en todo el día, y a las tres abandonamos nuestro campamento. Nos daba pena dejar unas viviendas tan buenas y

pasar frío y mojarnos bajo las lluvias de nuevo, pero no había más remedio.

Decidimos retirarnos provisionalmente hacia el límite septentrional de la región de Rovno con el fin de poner en orden el destacamento y procurar el envío por avión de los heridos a Moscú. Allí, en los bosques de Tsumañ, dejé a un pequeño grupo de guerrilleros al frente de Cherny con la misión de recibir a los nuestros que acudieran de Rovno, maniobrando para que no los descubrieran los de las tropas de castigo.

Al otro día de habernos marchado, los hitlerianos empezaron a bombardear y ametrallar con aviones el cuadrado de bosque donde ya no había nadie. Tras aquella "enérgica preparación artillera" se aproximaron al campamento sin obstáculos. De vuelta, sacaron a rastras sus "trofeos", o sea, los cadáveres de las bajas que les habíamos causado. No fueron pocos. Habíamos dejado en el sitio a no menos de seiscientos.

Los alemanes enviaron a Berlín en avión los despojos del general Pipper. Los periódicos fascistas lo lloraron a lágrima viva, escribieron que Pipper había sido un gran sostén de las autoridades de ocupación, pero ya no lo volvieron a llamar "Meister Tod", "Maestro de la Muerte".

CONTINUACIÓN

En la calle de Mélnichnaia, junto a la puerta del hotel que ocupaba el general Ilgen, jefe de las tropas especiales en Ucrania, estaba siempre un centinela de plantón. "Un buen día", por delante de este hotel no cesaba de pasar un chicuelo con pantalones cortos y una armónica. El centinela había reparado en él varias veces.

— ¿Qué se te ha perdido aquí?

— Nada.

— ¡Pues lárgate! Esta es la casa de un general, corre, ¡Si te pilló vas a ver cómo las gasto!

El muchacho se fue corriendo, pero siguió vigilando la casa desde detrás de una esquina.

Al poco rato llegó a la casa Valia con una carpeta en la mano.

— ¡Muy buenas! ¿No ha llegado el señor general? -preguntó al centinela.

— No.

— ¿Quién hay dentro? -dijo Valia, señalando la casa con la mirada.

— El ordenanza.

— Pasaré y esperaré al general. Traigo un paquete urgente del *Reichskommissariat* para él.

Valia había llevado muchas veces misivas a Ilgen, y los centinelas la conocían. En el hotel salió a recibirla el ordenanza, que hacía pocos días estaba al servicio de Ilgen. Valia estaba perfectamente enterada, mas, poniendo cara de asombro, interrogó:

— Soy del *Reichskommissariat*. ¿Dónde está el ordenanza de antes?

— ¡Ya estará en Berlín! -respondió éste en ucraniano cerrado.

— ¿A qué ha ido?

— A llevar trofeos. *Fräulein*, pase, espere dentro.

— No, no tengo tiempo. He de llevar otro paquete urgente aquí cerca. A la vuelta entraré. ¿Vendrá pronto el general?

— De seguro que pronto.

Tras de advertir al centinela: "Volveré en seguida". Valia se marchó. Detrás de la esquina vio al chico, y le dijo:

— Ve corriendo y diles que se puede, ¡Que vengan!

Kolia *el Pequeño* corrió como una exhalación a la casa donde lo estaban esperando impacientes Kuznetsov, Strucinski, Kaminski y Gnediuk.

Minutos después estaban ya frente al hotel de Ilgen. Kuznetsov, con uniforme de *hauptmann*, salió el primero del automóvil y se encaminó hacia la entrada.

Al ver a un oficial alemán, el centinela saludó:

— Señor *hauptmann*, el general aún no ha venido.

— ¡Lo sé! —le espetó Kuznetsov en alemán y entró en la casa.

Detrás de Kuznetsov entró Strucinski.

En la antesala estaba el ordenanza, dormitando.

— Soy un guerrillero soviético —le dijo Kuznetsov, recalcando las palabras-. Si quieres conservar la vida, ayúdame, si no, ¡allá tú!

El ordenanza se quedó de una pieza: un capitán alemán— ¡guerrillero!... Temblando y castañeteándole los dientes de miedo, balbuceó.

— Ahora mismito voy con usted... Yo soy de los movilizados, hago el servicio a la fuerza...

— ¡Ándate con pies de plomo y no me engañes!

Acoquinado y sin dar aún crédito a que el oficial alemán fuera guerrillero, el ordenanza quedó pasmado.

— ¿Cuál es tu apellido?

— Kuzkó.

— Siéntate y escribe —le ordenó Kuznetsov.

El ordenanza escribió las siguientes palabras que le dictó Kuznetsov: "Gracias por la pitanza. Me voy con los guerrilleros. Me llevo al general. Kuzkó".

Esa nota la pusieron a la vista, encima de la mesa de escritorio, en el despacho del general Ilgen.

— Y ahora, a lo nuestro, mientras el dueño está ausente -dijo Kuznetsov a Strucinski.

Nikolái Ivánovich y Strucinski llevaron a cabo un minucioso registro, recogieron los documentos y las armas y lo liaron en un hato.

Strucinski se quedó con el ordenanza, y Nikolái Ivánovich volvió donde el centinela. Gnediuk estaba ya al lado de éste. Al acercarse, Kuznetsov oyó:

— ¡Vamos, hombre! -le decía Gnediuk-. Eras un ucranio y te has convertido en un alemanucho.

— Lárgate antes de que sea tarde -le respondía el centinela con indolencia y poca seguridad-.

¡Qué alemán soy yo!

— ¡Pues si no eres alemán, ayuda a los guerrilleros!

— Qué, ¿os habéis puesto de acuerdo? -interrogó Kuznetsov, que ya se había acercado por detrás.

El centinela se volvió en redondo hacia él.

— ¿El *hauptmann* también? -inquirió, con los ojos desorbitados.

— ¡También, también! ¡Ven conmigo! -le mandó Kuznetsov.

— Señor oficial, no me está permitido entrar en la casa del general.

— Da lo mismo que te esté permitido o no. ¡Hala, dame el fusil! -y Kuznetsov desarmó al centinela.

El centinela le siguió al hotel. Kolia Gnediuk ocupó su puesto. Kaminski salió del automóvil y empezó a pasear por delante de la casa.

Ocurrió todo eso en las horas del crepúsculo, cuando aún se veía bastante y por la calle pasaban algunos transeúntes.

Al cabo de cinco minutos, Strucinski salió del hotel con el uniforme del centinela y un fusil, y ocupó el puesto. Gnediuk entró en la casa.

Todo estaba ya listo, pero Ilgen no llegaba. Pasaron veinte, treinta, cuarenta minutos. Ilgen seguía sin venir. El centinela que montaba al principio la guardia y permanecía ahora sentado en la antesala del hotel dijo de pronto a Kuznetsov, recobrándose del susto:

— Puede ocurrir un contratiempo. No debe tardar en llegar el relevo. Déjeme que vaya otra vez al puesto. Ya que he decidido pasarme al bando de ustedes, les ayudaré.

— ¿Es verdad que tiene que venir el relevo? -preguntó Kuznetsov al ordenanza.

— Sí, señor -respondió el interpelado.

Gnediuk llamó Strucinski. El centinela volvió a cambiarse de ropa con él, fue a su puesto, donde quedó vigilado por Kaminski, y Strucinski subió al automóvil.

En ese momento llegó Ilgen en su coche. Se apeó rápido, dejó marchar al chófer y se encaminó a la casa.

— Es muy fuerte y va a costar trabajo sujetarlo. Voy a ayudarles -dijo Strucinski a Kaminski cuando vio al general Ilgen.

Apenas el ordenanza cerró la puerta que acababa de franquear Ilgen, Níkolái Ivánovich pronunció, articulando bien las palabras:

— ¡General, queda usted detenido! Soy un guerrillero soviético. Si se comporta como es debido, le respetaremos la vida.

— ¡Traidor! -gritó Ilgen a voz en cuello y echó mano a la pistola.

En ese momento, Kuznetsov y Strucinski, que llegó a punto, le sujetaron los brazos:

— Se le ha dicho bien claro quiénes somos. Buscaba a los guerrilleros, pues aquí nos tiene, ¡mírenos!...

— ¡Socorro!... -volvió a gritar Ilgen.

Entonces lo derribaron y, tras atarlo y amordazarlo con un pañuelo, lo sacaron. Al meterlo en

el automóvil se le cayó la mordaza y volvió a gritar. El centinela acudió corriendo.

— ¡Que viene el relevo! -gritó a Kuznetsov.

Nikolái Ivánovich se arregló la guerrera y, diciendo al paso: "Tapadle la boca", fue al encuentro de los que se acercaban. Pero no era el relevo, sino cuatro oficiales alemanes. Kuznetsov se llegó a ellos, les enseñó su chapa (¡al fin le sirvió el "trofeo personal"!) y dijo:

— Hemos capturado a un guerrillero vestido con uniforme alemán que quería matar al general. Tengan la bondad de enseñarme sus documentos.

Aquéllos los mostraron. La chapa que Kuznetsov había quitado tiempo atrás al de la gestapo muerto obligaba a los oficiales a someterse. Nikolái Ivánovich apuntó los apellidos en su cuaderno de notas y dijo:

— Ustedes tres pueden seguir su camino, pero a usted, señor Granau -agregó, encarándose con el cuarto— le ruego que se venga con nosotros a la gestapo.

Kuznetsov había leído en el documento de Granau que éste era chófer particular del *reichskommissar* Erich Koch. "De algo nos valdrá" -pensó.

Cuando Granau se acercó al automóvil con Kuznetsov, a una señal de éste Kaminski y Gnediuk lo embutieron de prisa en el coche y lo desarmaron.

El pequeño *Opel* de cinco plazas llevó a siete personas.

Por la noche y, sobre todo, a la mañana siguiente, se armó una barahunda tremenda en la ciudad. ¡Había desaparecido el general! Los alemanes no podían más de tanto bucar a los guerrilleros. Por las calles rondaban patrullas, los gendarmes husmeaban por las casas.

Pero en tanto los alemanes buscaban con la lengua fuera a los "criminales", y en el "faro silvestre" el centinela y el ordenanza de marras contaban a los nuestros cómo se habían asustado de primeras el día anterior y luego ayudaron a atar a Ilgen, Kuznetsov estaba repantigado en una butaca en el recibimiento de Funk, adjunto de Koch y juez mayor de Ucrania.

Alfred Funk tenía la graduación hitleriana de *oberführer* de las SS. Antes de ser destinado a Ucrania, había sido juez mayor en Checoslovaquia, ocupada por los alemanes, y se había ensañado cruelmente con los patriotas checos. Al llegar a Ucrania, prosiguió sus sanguinarias funciones. Por orden suya se fusilaba a todos los presos de las cárceles y campos de concentración y se ejecutaba a personas que no habían cometido ningún delito.

Recientemente, con motivo de la muerte de Geni y Knut y de la contusión de Dargel, Funk había dado la orden de fusilar a todos los reclusos en el presidio de Rovno. Entonces decidimos ejecutar a este verdugo. En los preparativos participaron Kuznetsov, Strucinski, Kaminski y el barbero que afeitaba cada mañana a Funk.

Kuznetsov sabía que Funk vendría al cabo de quince minutos. En el recibimiento estaba la secretaria sola, y Nikolái Ivánovich empezó a hablar con ella del tiempo. Mientras hablaba, miraba de vez en cuando por la ventana a la calle, en la que se paseaba Jan Kaminski.

Kaminski estaba atento a los visillos de la peluquería. Según el plan trazado, el barbero tenía que descorrerlos cuando hubiera terminado de afeitar a Funk y éste se encaminara al edificio del Tribunal Mayor. A su vez, Kaminski tenía que descubrirse y rascarse la cabeza cuando Funk saliera de la peluquería, camino del edificio del Tribunal.

— La esperaré a las seis en la esquina de la calle Alemana y de la Friedrichstrasse. Lo pasaremos muy bien. ¿Vendrá? -interrogaba Kuznetsov a la secretaria.

— Sí, iré.

En este momento, Kuznetsov notó la señal de Kaminski.

— ¿No me podría traer un vaso de té? ¡Hace un calor insoportable! -pidió a la secretaria.

— Un momento, señor capitán, ahora se lo traigo.

Cuando la secretaria volvió, en el recibimiento ya no había nadie. Se encogió de hombros, extrañada, y se sentó a su mesa. Funk entró al instante. Masculló a la secretaria un *guten morgen* y pasó a su despacho.

Un minuto después se oyeron dos tiros. La secretaria se levantó sobresaltada. En eso vio que del despacho salía el capitán y éste, sin mirarla, desapareció por la escalera. En el local del Tribunal Mayor había mucha gente. Los disparos alborotaron a todos, pero Kuznetsov salió a la calle sin haber despertado las sospechas de nadie. Delante de la puerta estaban dos automóviles con agentes de la gestapo y de la gendarmería de campo que acababan de llegar. Los de la gestapo se apearon del coche y miraron asombrados a la primera planta del edificio en que habían sonado los estampidos. Kuznetsov se paró a su lado y también miró atónito, como ellos, a las ventanas del Tribunal Mayor. Cuando se oyeron las voces de "¡Al asesino, lo han matado!" y todos se abalanzaron al edificio, Kuznetsov dobló la esquina, se metió en un patio, saltó una valla, luego otra, y fue a salir cerca de su automóvil, en el que Strucinski estaba sentado al volante.

Kaminski observó desde su puesto cómo los de la gestapo y los gendarmes acordonaban la casa, subieron al tejado y a la buhardilla en busca del guerrillero, luego sacaron del edificio del Tribunal a unas veinte personas, entre las que se contaban oficiales alemanes, y se los llevaron a la gestapo.

Kuznetsov y Strucinski estaban ya lejos de la ciudad.

Ocurrió eso cuando nosotros marchábamos hacia el Norte, después del combate con el "Maestro de la Muerte".

LA TREGUA

Nuestra retirada no fue de las fáciles. En el medio año que habíamos permanecido en los bosques de Tsumañ no sólo aumentaron nuestros efectivos, sino que acumulamos una gran hacienda. Teníamos barricadas de cecina y tocino salado, cajones con reservas de salchichón; llevábamos muchos sacos de trigo que habíamos recogido nosotros mismos de los campos de los agricultores polacos asesinados por los hitlerianos. Los enseres del taller de cerrajería de Rivas, abundante ahora en instrumentos de todo género, ocupaban un carro entero. Además, llevábamos los útiles de los talleres de sastrería y zapatería y muchas cosas más. Nuestro convoy constaba de cincuenta galeras con un par de caballos cada una, y luego que hubimos derrotado a la expedición punitiva del "Maestro de la Muerte" agregáronse tiros especiales con los cañones, morteros, minas, proyectiles, municiones y otros trofeos conquistados al enemigo.

La lluvia había estropeado el camino, costaba trabajo avanzar. Las molestias que nos ocasionaba a nosotros eran muchas, pero a los heridos les causaba tormentos insufribles.

Cerciorados de que el campamento estaba vacío, los de las tropas de castigo fueron detrás de nosotros. No suponía dificultad seguirnos el rastro, ya que por un mismo camino avanzaban,

además de nuestro destacamento, los de Proko-piuk y Karasiov, el batallón de Balitski y el grupo de Mahomet. Todos abandonaron sus campamentos. Dejábamos tales huellas que no había manera de borrarlas.

Pero las tropas de castigo no pudieron alcanzarnos. Primero, porque habían tardado algo, segundo, porque perdían mucho tiempo en "batir" la espesura forestal cuando nuestras huellas se internaban en el bosque. Por allí avanzaban en orden abierto, temiendo un encuentro inesperado.

Cuando nuestro destacamento hubo recorrido ciento cincuenta kilómetros y estaba a cinco del pueblo de Tselkóvichi-Velki, en el que pensábamos alojarnos, por Levante apareció un enorme disco de fuego que se alzaba despacio.

— ¿Qué sol tan raro tienen ustedes por aquí? -pregunté, sonriendo, a un labrador de edad que estaba de pie en el camino.

— Hoy habrá una nevasca, ya que el sol está tan rojo -respondió.

— ¡De qué nevasca habla usted, cuando en el cielo no hay una nube ni sopla nada de viento! -le objetó Lukín.

Mas el campesino tenía razón:

Al elevarse por encima del horizonte, el sol menguaba y se teñía de cierto color mate pálido, y detrás de él fueron alzándose, lentas, las nubes.

Aún no habíamos terminado de distribuir a la gente por casas cuando empezaron a caer grandes copos esponjosos de nieve. Daba gusto mirar a la nítida blancura de la primera nieve. Luego sopló un fuerte viento. Arreció la nevada, y al cabo de diez minutos no se veía nada a dos o tres metros de distancia.

La nevasca estuvo desencadenada unas dos horas; había arrastrado montones de nieve.

Sabíamos que aquella nieve no se mantendría más de un día, pues había caído en la tierra sin helar, y aun así nos alegrábamos: había tapado nuestras huellas de momento. Y cuando se derritiera, las tropas de castigo no osarían avanzar en los camiones: los caminos se pondrían tan fangosos, que no habría posibilidad de que transitaran vehículos por ellos.

* *

El destacamento de Prokopiuk se había alojado con nosotros en Tselkóvichi-Velki. El de Karasiov había ocupado la aldea de Mlinok, a dos kilómetros de nosotros, en la orilla del río Styr. El batallón de Balitski se marchó al viejo campamento que había tenido en el bosque a veinte kilómetros al norte de Tselkóvichi-Velki.

Además de nosotros, que habíamos llegado de los bosques de Tsumañ, en estos nuevos parajes estaba la agrupación guerrillera de Alexéi Fiódorovich Fiódorov, conocido por el sobrenombre de Fiódorov-Chemígovski. Su agrupación acampaba en el bosque a unos treinta y cinco kilómetros al oeste de Tselkóvichi-Velki.

No pensábamos detenernos allí más de diez o doce días. Nos proponíamos volver tan pronto como a las tropas punitivas les hastiara el ambular por los desérticos bosques de Tsumañ. Teníamos que proseguir la labor organizada.

El grupo móvil que habíamos dejado en los bosques de Tsumañ no nos podía suplir en medida alguna, además, no conseguíamos establecer con él enlace directo por radio.

El Ejército Rojo avanzaba. Con la esperanza de hacerse fuerte en alguna línea, el mando hitleriano reagrupaba sus fuerzas y las trasladaba de unos sectores del frente a otros. Nosotros debíamos captar esos movimientos y comunicarlos sin tardanza a Moscú.

A últimos de octubre habíamos recibido ya una orden del mando: sembrar el pánico entre los ocupantes por medio de actos enérgicos, no darles posibilidad ni de que se preparasen para la defensa ni de que evacuasen las riquezas expoliadas. Entonces comunicamos la orden a Kuznetsov, Strucinski, Shevchuk, Novak y otros conspiradores de Rovno, y a Krasnogolovets, de Zdolbunov. Además, sobre la marcha enviamos a Rovno a varios grupos de aguerridos combatientes con tareas de sabotaje y de información.

Elegimos una explanada de aterrizaje en las cercanías de Tselkóvichi-Velki y comunicamos las coordenadas a Moscú. Pero el avión no venía. A la pregunta que hice al respecto, recibí la orden de Moscú de que trasladáramos a nuestros heridos y a los de los destacamentos de Karasiov y Prokopiuk a la agrupación guerrillera de Fiódorov-Chernígovski.

Desde los primeros días de estancia en la retaguardia del enemigo, nosotros habíamos tenido unas atenciones especiales con los camaradas heridos y enfermos. La solicitud con los heridos era una ley que cumplían sagradamente todos los guerrilleros. Ahora se nos planteaba la cuestión de entregar a nuestros heridos a otro destacamento. Pese a que habíamos oído hablar mucho y bueno de ese destacamento, decidimos ir a ver en qué condiciones se encontrarían nuestros camaradas. Karasiov, Prokopiuk y yo salimos, acompañados por veinte guerrilleros, a visitar a Fiódorov Chernígovski.

No es fácil referir el recibimiento que nos dispensaron en la agrupación de Alexéi Fiódorovich Fiódorov. Tendré siempre en la memoria el recuerdo del día que permanecimos en su campamento.

Alexéi Fiódorovich nos contó cómo se había desplazado con sus hombres a occidente desde la región de Chernígov, pasando por los bosques de Briansk, donde había estado yo con un destacamento en los años 1941-1942.

— A usted, camarada Medvédiev, lo conocen y estiman allá. Hemos visto tumbas de guerrilleros suyos. ¡Buena se pultura les daba! Elegía parajes bonitos, pintorescos. Me acuerdo, sobre todo, de la tumba de Starovérov, su jefe de Estado Mayor. Está en el bosque, cerca de la aldea de Batáevo. Mis muchachos las retocaron todas un poco y pusieron coronas; a Starovérov aún lo vengamos otra vez, y bien fuerte, en la cabeza de los hitlerianos. Deshicimos un numeroso destacamento de policías en la aldea de Batáevo.

El hospital del destacamento de Fiódorov era excelente, y rogué a éste que admitiera en él a nuestros heridos.

— ¡Cómo no! Pues claro, tráigalos. Tengo buenos médicos. Y en cuanto organicemos el aeródromo, los enviaremos a Moscú.

A nuestros camaradas heridos les dije:

— Os van a llevar al hospital de la agrupación guerrillera del Héroe de la Unión Soviética, general mayor Fiódorov. En nuestro destacamento no estáis mal, pero en el de Fiódorov no lo vais a pasar peor. Es una agrupación fuerte, combativa, como corresponde a una unidad mandada por un diputado al Soviet Supremo. Os entregamos con la conciencia tranquila. No os pido más que una cosa: que no menoscabéis el prestigio de nuestro destacamento, que seáis disciplinados y dignos en todo del nombre de guerrillero soviético.

Al cabo de unos días vino a visitarnos Fiódorov. La entrevista transcurrió con zozobra.

Cuando estábamos sentados a comer amigablemente, los aviones fascistas pasaron varias veces por encima de Tselkóvichi-Velki. Al no descubrir nada, empezaron a bombardear implacablemente otro pueblo que estaba a unos quince o veinte kilómetros de nosotros. El bombardeo duró todo el día. Sobre el pueblo se elevaron inmensas columnas de humo negro, y por la noche se proyectaba un resplandor que teñía las nubes de luz carmesí.

A fin de no someter a peligro de bombardeos a la población de Tselkóvichi-Velki, que nos había albergado cordialmente, nos desplazamos al bosque, donde hicimos un campamento provisional.

* * *

De Kuznetsov y Strucinski se contaban verdaderas leyendas. Sobre todo, se hablaba mucho de ellos en los destacamentos de guerrilleros. Tan pronto de uno como de otro destacamento venían a visitarlos o los invitaban a ellos. Pero no podían ir de visita, pues hasta en nuestro propio destacamento los enmascarábamos como podíamos por temor de que la gestapo llegase a enterarse de sus señas personales. Aun con todo, les dejé que fueran al de Karasióv. Victor Karasióv y su comisario Filonenko se habían ganado nuestras simpatías. Al enterarse de que Kuznetsov era de los Urales y, como aquel que dice, casi paisano, lo invitaron a que se bañara en un baño que habían construido a lo siberiano.

— ¡Hacia mucho que no había recibido tanto placer! -dijo Kuznetsov al volver del destacamento de Karasióv-. No he visto un baño así ni siquiera en mi patria chica. En la tabla de arriba se le corta a uno la respiración a causa del vapor, y abajo se está fresco. (He tomado un baño de vapor delicioso!

— Y de nuestro baño, de aquel que se hundió, ¿te has olvidado? -interrogó uno de los presentes.

Al recordar cómo Kuznetsov tomó "un baño de vapor" en cierta ocasión, todos soltaron la carcajada. "Habíamos construido un baño por el estilo de nuestros *chums* corrientes. El agujero para el escape del humo era inmenso, y en la hoguera estaban unas calderas grandes, en las que se calentaba el agua. Para no ir lejos por agua, habíamos abierto un profundo pozo allí mismo. No era muy agradable bañarse en aquel recinto: por un lado, la hoguera abrasaba tanto que no se podía estar, y por el otro hacía un frío glacial.

Cuando Kuznetsov se estaba enjabonando, el baño se derrumbó, y él, cubierto de espuma blanca, fue a parar al pozo de agua fría. Le ayudaron a que saliera de allí, pero estaba cubierto de barro. Los camaradas le trajeron de sus chozas agua tibia en calderetas, y él estaba de pie a la intemperie y se limpiaba el barro. Se rociaba el agua de una caldereta por el cuerpo y esperaba que le trajeran otra, y "tomó tanto vapor" que luego apenas pudo calentarse.

* *

Una vez, el de guardia en el campamento anunció que venían visitantes. Unas diez personas a caballo se acercaban lentamente.

— Soy Begma -dijo un hombre fornido, presentándose, al aproximarse a mí.

— ¡En buena hora!

Vasili Andréievich Begma había sido antes de la guerra secretario del comité regional del Partido en Rovno, y ahora se mantenía en su puesto: era miembro del comité clandestino del Partido, jefe del Estado Mayor del movimiento guerrillero en la región de Rovno y jefe de una

agrupación guerrillera. Hasta el momento no lo había conocido personalmente, pero había oído hablar mucho de él y esperaba largamente la entrevista.

Begma había venido de lejos, del Noreste. Ventilado que hubimos los asuntos que traía, Begma empezó a contar durante la comida que un guerrillero vestido de oficial alemán tenía sobrecogidos a los alemanes en la ciudad de Rovno: mataba a encumbrados jefes hitlerianos en pleno día en medio de la calle y había secuestrado a un general alemán.

Relataba los acontecimientos sin que le cruzara por la imaginación que ese guerrillero estaba a su lado sentado a la mesa. Lukín quiso interrumpir al narrador, pero yo le hice una señal para que callara, y Nikolái Ivánovich Kuznetsov escuchaba atentamente a Begma.

— ¡A eso se llama obrar, y no a lo que hacemos nosotros y ustedes! -concluyó Vasili Andréievich.

Entonces le presentamos a nuestro legendario guerrillero.

* * *

En el campamento, cerca de Tselkóvichi-Velki, nos detuvimos mucho más de lo que nos proponíamos. El cargamento que esperábamos de Moscú con municiones y baterías para la estación de radio no llegaba, ni el mando nos consentía que regresáramos de momento al paraje de antes.

— Permítame que vaya yo a Berestiany -me propuso Lukín-. Los del servicio de información se ponen nerviosos y arden en deseos de volver a la ciudad.

Di el consentimiento y Lukín emprendió el camino de los bosques de Tsumañ con una compañía de guerrilleros y un grupo de información.

A los tres días recibimos ya un radiograma de Lukín, a través de Moscú. Nos comunicaba que, cruzado el ferrocarril, había topado de improviso con una patulea de enemigos y les había metido una buena paliza.

Al cabo de una semana obtuvimos el permiso de trasladar a todo el destacamento a la zona de Rovno. Llegamos sin novedad, sin haber gastado un solo cartucho.

En uno de los altos que hicimos, en una aldehuela escondida en medio de un inmenso pinar, Lida Sherstniova me entregó un radiograma de Moscú. El mando nos felicitaba por los éxitos que habíamos tenido y nos comunicaba que, por Decreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS, habían sido distinguidos con altas condecoraciones ciento cincuenta guerrilleros de nuestro destacamento. La Orden de Lenin había sido adjudicada a Nikolái Ivánovich Kuznetsov, a Nikolái Strucinski, a Stéjov, a Jan Kaminski y a mí; a Shevchuk y Zorz Strucinski les habían concedido la Orden de la Bandera Roja; a Gnediuk, la de la Estrella

Roja. Tsessarski y Valia Semiónov habían sido acreedores de la Orden de la Guerra Patria de primera clase. Todos los radiotelegrafistas, sin excepción, habían sido condecorados con órdenes. A más de otros doscientos combatientes se otorgaron medallas de guerrillero. Kolia *el Pequeño* también recibió la Medalla de Guerrillero de primera clase.

La noticia de nuestras distinciones recorrió como un relámpago todo el destacamento. Comenzaron las felicitaciones.

— Usted, Nikolái Ivánovich, es el que más se ha merecido la recompensa -dije a Kuznetsov al felicitarlo.

— Ahora me siento más obligado a la Patria -respondió.

LA DESPEDIDA

El Ejército Rojo avanzaba a pasos agigantados hacia occidente. Las regiones de Kiev, Dniepropetrovsk y algunas más de Ucrania ya habían sido liberadas. Había sido liberada también parte de la región de Rovno. Nuestra aviación bombardeaba los puntos de importancia militar de los alemanes en Sarny, Rovno, Lutsk, así como las columnas del enemigo en retirada.

En Rovno cundió un pánico terrible. Las instituciones empezaron a evacuar a Lvov. Los alemanes hacían precipitadamente el equipaje y se encaminaban a la estación cargados con maletas y bienes robados.

"El azor fascista ha levantado el vuelo -me escribió de Rovno Nikolái Ivánovich, aludiendo a Erich Koch-. Los acontecimientos que se desenvuelven en los frentes y el alboroto que hemos promovido en la ciudad han metido el miedo en el cuerpo de esta ave rapaz. Hasta ha celebrado la Nochebuena el 22 de diciembre para escabullirse cuanto antes de aquí.

"No me puedo perdonar el haber hecho tarde a esa velada. Me da la impresión de que ya no vuelve, y yo que me había hecho tanto el ánimo de terminar con él.

"Durante mi ausencia de la ciudad, ha estado por aquí un tal von Ortel, de la gestapo. Lidia le ha oído unas declaraciones, de cuya veracidad no respondo. Von Ortel ha contado que en Alemania se ha inventado cierta bomba volante, algo así como un avión, que cubrirá con extraordinaria rapidez distancias hasta de cuatrocientos kilómetros y causará colosales destrucciones.

"Quería "hablar" personalmente con él y, si se presentaba la ocasión, ofrecerle esa oportunidad a usted, pero resulta que ha desaparecido inesperadamente".

Esos datos acerca de los aviones-proyectiles que los hitlerianos empezaron a emplear sólo ocho meses después, los comunicamos urgentemente al mando.

Nicolái Ivánovich ponía en nuestro conocimiento también datos acerca del desplazamiento y traslado de estados mayores de oriente a occidente y de que los fascistas minaban varios edificios grandes de Rovno.

Del territorio liberado por nuestro ejército, había acudido a Rovno un sinnúmero de agentes de la gestapo y gendarmes. El terror se acentuó. En la calle Bélaia, donde se fusilaba comúnmente a los detenidos, ahora se oían salvas continuas cada noche, desde la caída de la tarde hasta el alba. Fusilaban sin mirar a quién. Camiones cubiertos transportaban toda la noche montones de cadáveres fuera de la ciudad.

Cayó también detenido Kazimierz Dobrowski.

— Por lo visto, los de la gestapo han descubierto algo de nosotros -me dijo Lukín al darme parte de esa detención.

No tardó en confirmarse la conjetura.

Terenti Fiódorovich Novak estaba un día sentado en su despacho de director de la fábrica de fieltro. En la mesa guardaba varias granadas antitanque. En el bolsillo, una pistola. De improviso, irrumpieron tres de la gestapo.

— ¿Dónde podemos ver al director de la fábrica? -le preguntó uno en ruso chapurreado.

— ¿A Novak?

— ¡Sí, sí! ¿Dónde está?

— En este momento, en el primer piso. Vamos, yo les enseñaré.

— No, quédese aquí. Nosotros lo encontraremos —y subieron la escalera con precipitación.

Novak metió en la cartera sus granadas y, montando la pistola en el bolsillo, salió presuroso del despacho. Encaminó los pasos a su casa, pero cerca de ella vio a dos sujetos vestidos de paisano.

Al otro día, los de la gestapo detuvieron al padre de Novak. A su esposa e hijo hacía un mes que nos los habíamos traído previsoramente al destacamento, y luego entregado al cuidado de Fiódorov.

Kolia Strucinski también corrió un peligro mortal. Siempre precavido, escrupuloso cumplidor de las reglas de conspiración, fue descubierto pese a todo. Acudió a una de las casas en que solía parar. A los quince minutos se oyó el ruido de un automóvil que frenaba delante de las ventanas y luego unos golpes en la puerta.

— ¡La gestapo! -tuvo tiempo de advertir a Kolia el dueño de la casa y le hizo pasar a otra habitación.

Dos agentes descerrajaron la puerta e irrumpieron en la estancia.

— ¿Dónde está? -gritaron, esgrimiendo las pistolas.

— ¿Quién?

— ¡No finjas! -exclamó uno de los agentes, alzando la mano para descargar un culatazo al dueño de la casa.

Pero en ese instante salió Strucinski y de dos tiros mató a los intrusos visitantes. Tras de recoger las armas de los agentes de la gestapo, Strucinski y el dueño de la casa salieron a la escalera.

Desde el descansillo de la primera planta vieron que en la calle había un camión de gendarmes.

— *Heil!* -gritó Strucinski y disparó varias veces contra ellos.

Los gendarmes empezaron a saltar del camión, derribándose los unos a los otros, en tanto que Strucinski y el dueño de la casa lograron evadirse.

Mas, pese a la difícil situación que se había creado en la ciudad, nuestros aguerridos combatientes del servicio de información no tenían la menor intención de abandonarla. Había que organizar a los ocupantes una buena "despedida". Hubo un tiempo en que los fascistas creían que su ejército era "invencible", que se habían afianzado para siempre en las tierras conquistadas. Ahora se veían precisados a huir, a ponerse a salvo cuanto antes. No menos prisa en escapar del Ejército Rojo en ofensiva que los alemanes tenían los bandidos traidores. La estación del ferrocarril de Rovno estaba tan repleta de gente que no se podía entrar. La plaza de la estación estaba abarrotada de "vencedores" asustados. Por un automóvil en que se pudiera uno marchar a occidente daban sumas fabulosas, pero era muy difícil conseguirlo. Strucinski y Noyak tenían a gente suya en muchos garajes y les dieron el encargo de retener por todos los medios los coches de turismo y los camiones. Los chóferes hacían lo que podían: echaban arena en los motores y en la gasolina, minaban los accesos de los garajes y de los automóviles, cortaban las instalaciones eléctricas, se llevaban las llaves de los coches y, a

veces, los incendiaban. Los alemanes estaban desesperados, pero no podían hacer nada. Los automóviles no salían de los garajes, y si salían se estropeaban por el camino.

El único medio de escapar de Rovno era el ferrocarril. Los gendarmes de campo acordonaron la estación y empezaron a poner orden en ella. La sala de primera clase quedó a disposición exclusiva de jefes y generales. Allí mismo estaban sentadas con maletas descomunales, en espera de los trenes, las *fráulein* y *frau* de esos encumbrados expoliadores. En las de segunda y tercera estaban los peces más menudos, pero también con maletas enormes. A la estación se podía entrar únicamente con un pase especial, y Shevchuk y Búdnik, también guerrillero del servicio de información, querían entrar a toda costa con una maletita nada más, pequeña, pero pesada. Shevchuk se presentó en la entrada.

— ¡El pase! -le pidió un gendarme, parándolo.

— No sé donde lo he metido -dijo Shevchuk, escarbándose el bolsillo.

— ¡Apártate! Sin pase no entrarás.

Búdnik estaba de pie a un lado, observando. Shevchuk se acercó a él:

— Así no nos va a resultar nada, y aun podemos caer. Hay que hacerlo de otra manera. ¿Ves cuántos oficiales vienen a pie a la estación?

— Sí, lo veo -respondió Búdnik-. ¿Y qué?

— Nada. Vamos...

Al atardecer, Shevchuk iba a la estación en un faetón. Búdnik hacía de cochero. Por la calle de la estación caminaban en larga fila, adelantándose los unos a los otros, alemanes y alemanas cargados de bultos. El faetón iba despacio. Shevchuk atisbaba con ojo avizor en busca de un "compañero de viaje". Al fin divisó a un teniente coronel alemán que, desfallecido bajo el peso de dos maletones enormes y bañándose en sudor, iba con los pies a rastras a la estación. Vio cómo dejaba las maletas en el suelo, sacaba el pañuelo y, quitándose la gorra, se enjugaba las sudorosas frente y calva. Shevchuk paró el faetón cerca de él y le ofreció, con la sonrisa más ingenua:

¡Pan oficial! Bittel

— ¿Ir a la estación? *¡Gracias!* -dijo, contento, el teniente coronel.

— ¡Eh, tú, ayúdame! -gritó Shevchuk al "cochero".

El "cochero" saltó, colocó sin gran esfuerzo las maletas del oficial en el faetón, le dio el pie servilmente, montó y, tras arrear al caballo, siguió más vivo a la estación.

— *¡Gracias, gracias!* -balbuceaba, agradecido, el oficial, respirando con alivio y volviéndose a limpiar el sudor de la frente.

Así que llegaron a la estación, Shevchuk y Búdnik agarraron las maletas del teniente coronel, sin darle tiempo a pensar, y, de paso, su maletita:

— No se preocupe, *pan* oficial, le ayudaremos -dijeron, echando a andar hacia la entrada.

El oficial los seguía de prisa. El gendarme los paró:

— ¡El pase!

— Déjeles entrar, vienen conmigo -dijo el teniente coronel.

¡Les dejaron! Shevchuk y Búdnik entraron en la sala de primera clase, repleta de alemanes. A

duras penas pudieron hallar un lugar libre y pusieron las maletas del teniente coronel en el suelo. Un poco más allá, entre otros bultos, Shevchuk dejó su maletita.

— ¡Hasta la vista, *pan* oficial! ¡Feliz viaje!

— ¡*Gracias!*

— No hay de qué. Y a usted también muchas gracias por... ¡todo! —respondió Shevchuk, sonriendo.

Shevchuk y Búdnik salieron de la estación, "habiéndose olvidado" la maletita, subieron al faetón y se marcharon. Pasadas tres o cuatro horas, estaban ya en una casa, desde la que se veía bien la estación, y observaban atentos.

En la maletita "olvidada" había montada una mina de treinta kilogramos de explosivo con retardo.

La explosión se produjo a las dos de la madrugada. Derribó una pared de la sala de primera clase, el techo se hundió y aplastó a un centenar de jefes militares alemanes y a sus *fraulein* y *frau* con maletas y todo.

Pero no terminó en eso. Al tiempo de producirse la explosión, un tren militar entraba en la estación. Se paró, y los alemanes empezaron a saltar de los vagones y á correr en todas direcciones. Se habían creído que la aviación soviética bombardeaba la estación. Al verlos correr, los de la gestapo y la gendarmería de campo, que acordonaban la estación, los tomaron a su vez por un desembarco soviético y abrieron fuego contra ellos. Se llamó a más unidades, que se sumaron al combate contra el "desembarco soviético". El tiroteo duró unos veinticinco minutos y huelga decir que "ambos bandos" sufrieron bajas.

A la mañana siguiente no se hablaba de otra cosa en Rovno que de la voladura de la estación. Los alemanes estaban desconcertados. Y, de pronto, en pleno día, otra explosión en el centro de la ciudad. Había volado la *Ortskommandantur* alemana. ¡Dos voladuras en un día!

En la planta baja, semiasotanada, del edificio de la comandancia militar local, había un depósito en el que los comandantes de guardia ocultaban los objetos despojados a los detenidos. Kozlov, miembro de la organización clandestina, a quien Shevchuk había conocido mucho antes de la voladura, trabajaba de obrero en la comandancia. Por encargo de Shevchuk, Kozlov había puesto en el anaquel superior del depósito una mina con retardo. Y explotó a la hora fijada.

Mientras los alemanes recorrían la ciudad en busca de las fuerzas del desembarco soviético que cometían las voladuras, nosotros preparábamos nuevos actos con el grupo de Novak y nos dedicábamos a la labor de información militar.

Conscientes de que su retirada era inevitable, los alemanes empezaron a minar los puentes, las carreteras y los edificios grandes de la ciudad. Nuestros indagadores lo observaban todo atentamente, comunicaban al destacamento los lugares minados y nosotros, a nuestra vez, al mando. Gente nuestra contemplaba el movimiento de los aviones en los aeródromos, averiguaba dónde los hitlerianos habían hecho depósitos de municiones y bombas de aviación y por qué caminos se marchaban las columnas de las tropas en retirada.

Nuestros guerrilleros del servicio de información siguieron combatiendo activamente contra los ocupantes.

Viendo que ya no había tiempo para preparar debidamente las acciones, Shevchuk caminaba por Rovno con una granada antitanque, a la que Rivas había hecho con clavos una original cubierta "defensiva". Había rodeado la granada con gruesos clavos, puestos uno al lado del

otro, sujetos con alambre y limados todos por varios sitios. Al explotar saltaban hasta cien cascotes de metralla.

Al pasar por delante de un comedor alemán, Shevchuk notó que había muchos oficiales. Sin pensarlo dos veces, arrojó la granada por la ventana, matando a diecisiete hitlerianos.

Dos fueron los actos de mayor envergadura que realizaron últimamente los nuestros en Rovno y llenaron de pánico a los alemanes.

Uno fue la voladura del comedor central, llamado "Casino". Estaba en la calle Alemana, N° 49, en la planta baja del mejor hotel de Rovno. En el "Casino" trabajaban, de mozas de la limpieza las ucranias Liza, Galina e Irina. Estaban en relación con el grupo de Novak y con un guerrillero de nuestro servicio de información. Novak había preparado dos minas con retardo, de seis a siete kilogramos cada una. El 5 de enero por la mañana las mencionadas mujeres introdujeron las minas en el comedor, metidas en los cubos y tapadas con los trapos de fregar el piso; dentro, las sujetaron a mesas, por debajo: una, en la sala para los generales; la otra, en la destinada a los jefes. Luego hicieron la limpieza, como siempre, y se presentaron en el lugar convenido, de donde las trajeron a nuestro campamento.

Las minas explotaron precisamente a la hora de comer, cuando el local estaba abarrotado de alemanes. Primero estalló la de la sala de los generales. Se hundió el techo y una pared que obstruyó la salida de la sala de los oficiales; los que estaban allí comiendo, no pudieron salir. Al cabo de diez minutos explotó la segunda.

Los oficiales que estaban en las habitaciones de los pisos altos del hotel empezaron a saltar, llenos de pánico, por las ventanas, rompiéndose brazos, piernas y la crisma. Mientras se sacaban los cadáveres de entre los escombros, todas las calles y callejones adyacentes al lugar de la explosión fueron acordonados con gendarmes. Luego nos enteramos de que en la sala para los generales habían perecido siete individuos, de ellos tres generales, y en la de los oficiales, unos setenta.

La voladura del comedor se produjo a las 3 de la tarde, y a las 8 del mismo día se voló un tren en el ferrocarril que cruza la ciudad.

El grupo de Novak había puesto en esa vía una mina de treinta kilogramos. Los cables de la misma los unieron aun interruptor de la fábrica de fieltro. Los miembros de la organización clandestina montaban guardia junto a este interruptor las veinticuatro horas en espera de un tren de considerable importancia, en el que viajaban mandos alemanes. A última hora, los alemanes descubrieron la mina, pero no les dio tiempo a quitarla. El tren de pasajeros avanzaba a todo vapor. Los soldados que abrían zanjas a lo largo de la vía empezaron a hacer señales, pero el maquinista o no las comprendió o no le dio tiempo a frenar.

Junto al conmutador estaba en aquel momento el propio Novak. Conectó la corriente a tiempo. La locomotora se detuvo como si la hubieran clavado en el sitio, los vagones de pasajeros se amontonaron unos encima de otros, matando y lisiando a los oficiales y soldados alemanes que se dirigían a la línea del frente.

Así "despedíamos" a los huéspedes intrusos.

LA ULTIMA MARCHA

A fines de diciembre recibimos permiso del mando para desplazarnos hacia la ciudad de Lvov. El Ejército Rojo avanzaba impetuoso. Habían sido liberados Zhitómir, Bélaia Tsérkov,

Rokitno, Klésov y Sarny. Los cañonazos de la artillería se oían bien en nuestro campamento, sobre todo por la noche y de madrugada. Los guerrilleros escuchaban gozosos esa música artillera.

No debíamos perder tiempo, pues podíamos quedar "cercados" por nuestro ejército, y teníamos que seguir "despidiendo" a los ocupantes. A principios de enero, de Rovno, Zdolbunov y todos los "faros" tornaron al campamento los guerrilleros del servicio de información. Sólo algunos recibieron la orden de quedarse a esperar la llegada del Ejército Rojo. Novak también acudió al campamento con parte de su organización. Reunido, el destacamento sumaba ya mil doscientas almas.

Valia Dóvguer se quedó en Rovno. Como "empleada" del *Reichskommissariat*, debía evacuar a Lvov con los alemanes.

Nikolái Ivánovich estaba muy preocupado por ella. El último tiempo de estancia en la ciudad notó que sus "buenos conocidos" empezaron a tratarlo con desconfianza.

— Si han empezado a sospechar realmente de mí, es claro que Valia corre peligro, y la quiero mucho, ¡hemos pasado tantas cosas juntos! -decía Nikolái Ivánovich.

Posteriormente nos enteramos de que sus temores tenían fundamento: la noche antes de partir para Lvov, los de la gestapo detuvieron a Valia.

Nuestra marcha hacia Lvov se demoraba. Carecíamos de mapas topográficos del nuevo itinerario y nos faltaban baterías para la estación de radio y municiones para las armas de producción nacional.

Con objeto de no perder tiempo, decidimos enviar a Lvov a un grupo móvil. Su misión consistía en escoger en aquella zona un paraje para nuestro destacamento y procurar domicilios donde pudiese parar nuestra gente en la propia ciudad. Destacamos a veinte personas para ese grupo. Uno de ellos, Pastujov, había trabajado antes de la guerra de ingeniero del alcantarillado de Lvov. Recibió la tarea de investigar los túneles subterráneos de la ciudad.

La radiotelegrafista Marina Kij manifestó grandes deseos de ir a Lvov.

— Conozco la ciudad como la palma de la mano. He trabajado allí y tengo parientes y conocidos. ¿Por qué no me envía con el grupo? -decía.

— Espera. Irás con el destacamento, y entonces nos serás de gran utilidad. Piensa mejor a quiénes de tus conocidos pueden dirigirse nuestros guerrilleros del servicio de información, y escribe cartas -le respondí.

Marina escribió cartas a su hermana, a varios conocidos, y las entregó a Krútkov, que asumía el mando. El 5 de enero partió el grupo. A pesar de que contaba con un radiotelegrafista, no recibimos noticias ni los primeros días, ni posteriormente.

Kuznetsov padecía a causa de la inactividad forzosa.

— Dmitri Nikoláievich, mire lo que está pasando. El Ejército Rojo avanza tan de prisa que los alemanes también van a evacuar pronto Lvov, y allí podría hacer algo. Además, Valia estará esperando de seguro, ¡Déjeme que vaya solo!

— Quizás lleve razón, Nikolái Ivánovich: no tiene objeto que usted vaya con todo el destacamento.

Por esta vez, el automóvil para Kuznetsov se lo tomamos "prestado" al *gebietsskommissar* de Lutsk. No pudimos pintarlo de otro color, pues no teníamos pintura ni tiempo, mas, para que

no lo reconocieran, a pesar de todo, se le dio un aspecto destartado: arañaron la carrocería y le quitaron los tapacubos de las ruedas. Ejecutó la "operación" el chófer Belov, quien se había llevado el auto del garaje por indicación de Strucinski.

Nos determinamos a mandar con Kuznetsov a Belov y a Jan Kaminski, buenos conocedores de Lvov. El primero iba con sus viejos documentos a nombre del teniente Paul Siebert, pero agregamos credenciales de "misión de servicios" a esta ciudad y luego a Cracovia. El último se hacía pasar por un gran negociante que huía del Ejército Rojo.

Mientras hacíamos esos preparativos, partimos con todo el destacamento hacia Lvov. Kuznetsov aún estaba con nosotros. El destacamento avanzaba despacio, y el automóvil de éste no podía hacerlo por su propia marcha, ya que aun a primera velocidad hubiera dejado atrás a la columna; además, el ruido del motor podía llamar la atención de las fuerzas punitivas; por eso le enganchamos un par de buenos caballos. Belov iba sentado en su sitio de chófer. A su lado monté yo; detrás, Kuznetsov y Kaminski. A portezuelas cerradas, examinamos minuciosamente el plan de acción en Lvov.

Teníamos que cruzar el ferrocarril de Rovno a Lutsk. Ello suponía ahora una empresa difícil. Para ahorrarse puestos de vigilancia, los hitlerianos habían hecho barreras en casi todos los pasos a nivel, los habían rodeado con alambradas y habían minado los accesos; y allí donde los habían dejado utilizables, habían construido fortificaciones. Nuestros exploradores a caballo probaron a cruzar el ferrocarril por varios sitios, pero toparon por todos con el fuego de ametralladoras. El destacamento era grande y se requería mucho tiempo para efectuar el paso. Presentar combate a las unidades fascistas, que podrían llamar refuerzos y hasta algún tren blindado, carecía de sentido.

Al tiempo que buscábamos un paso para el destacamento; tendíamos emboscadas en las carreteras por las que se retiraban las columnas motorizadas y de infantería del enemigo. Pero Kuznetsov -decidió no esperar más. Yo no estaba en contra, ¡Quién sabía cuándo y cómo íbamos a cruzar el ferrocarril!

Llegó el momento de la marcha de Kuznetsov.

— ¡Adiós, Dmitri Nikoláievich! -me dijo Nikolái Ivánovich.

Yo lo abracé y nos dimos tres besos, según la costumbre rusa. Luego se despidió de Lukín, Stéjov, Strucinski y los otros camaradas. Todos querían abrazarlo efusivamente y decirle la palabra más cariñosa de despedida.

Kuznetsov se acercó al paso a nivel con precaución. Sospechaba que lo buscaban y decidió actuar prudentemente. Detuvo el automóvil en una arboleda junto a la carretera, a unos dos kilómetros del paso a nivel, y los guerrilleros que lo acompañaban le ayudaron a ocultarlo. No partió de allí hasta el amanecer. Y cuando empezó a romper el día, se incorporó a una columna de automóviles alemanes que se retiraban y cruzó el ferrocarril con ella. Fue el 17 de enero de 1944.

Así nos separamos de Kuznetsov, creídos de que al cabo de una o dos semanas nos encontraríamos en las afueras de Lvov; pero los acontecimientos tomaron otro sesgo. A los cuatro días nos enteramos por un enlace de Lutsk que Nikolái Ivánovich, Kaminski y Belov habían permanecido en ésta dos días y luego siguieron el trayecto a Lvov. Se desconoce la causa de la demora en Lutsk. Al salir de la ciudad, un piquete alemán lo detuvo delante de un paso a nivel para comprobarle los documentos. Eran un comandante de la gestapo y dos gendarmes. Tal vez Kuznetsov notara algo raro. No esperó que le revisaran los papeles, mató a los tres hitlerianos, rompió la barrera, y el automóvil escapó a toda velocidad. Tras estas

noticias transcurrió mucho tiempo sin saber nada de él.

El 19 de enero nos determinamos a cruzar el ferrocarril a toda costa. Habíamos elegido un lugar entre dos pasos a nivel, donde los desagüaderos no eran profundos.

Destacamos a dos fuertes grupos de combate a derecha e izquierda del lugar por donde nos proponíamos atravesar la vía. Advertimos a cada grupo que si venía algún tren blindado debían volarlo y batirse hasta que les comunicáramos que había pasado toda la columna.

El destacamento tardó hora y media, por lo menos, en cruzar el ferrocarril. Nadie nos molestó, no se disparó un tiro.

Habíamos efectuado el cruce el día 19, y a partir del 20 empezaron ya los combates. Teníamos que recorrer unos doscientos kilómetros; a cada paso nos acechaban fuertes emboscadas.

Avanzábamos sin cesar de noche y, al topar con las emboscadas, las repelíamos; por el día descansábamos, y volvían a entablarse escaramuzas. Establecimos el siguiente orden: una sección tenía a raya al enemigo, las otras descansaban y preparaban la comida. Vladímir Stepánovich Strucinski nos resultó una persona insustituible también en la marcha. A pesar del constante peligro, él, como adjunto del jefe de la compañía de intendencia, suministraba comestibles a los guerrilleros y se preocupaba de los heridos.

Entrábamos en casi todas las aldeas combatiendo. Di la orden siguiente: si se veían centinelas o grupos armados cerca de los caseríos o aldeas, antes de entrar, abrir fuego de cañón y mortero. Surtía efecto. Disparábamos unas quince salvas, y medio escuadrón de caballería avanzaba al grito de "hurra". Luego el destacamento entraba en la aldea despejada.

Solían acontecer también otras cosas. A veces entrábamos en una aldea y estaba desierta: ni gente, ni ganado, ni aves ni siquiera muebles en las casas. ¿Dónde habría ido a parar todo? ¿Sería posible que los alemanes se hubieran llevado a Alemania a todo el mundo con sus enseres?

Dieron con la solución del enigma Kolia Strucinski, Shevehuk, Valia Semiónov y Novak. En el zaguán de una casa descubrieron un foso. Estaba cubierto cuidadosamente con un barril vacío. Lo quitaron y Semiónov se metió en el agujero con una linterna. De pronto sonó un disparo bajo tierra. Semiónov retrocedió. Los nuestros gritaron: "¡Salid por las buenas!" No hubo respuesta.

En un combate habíamos quitado a los alemanes varias granadas de humo. Nos las llevamos, pero sin saber qué hacer con ellas. Ahora decidimos probarlas: lanzamos una por el agujero. A los pocos minutos se oyó debajo de tierra: "¡Nos rendimos!" y en seguida asomó por el agujero un fusil y luego la cara de un bandido, negra de humo. Detrás salió otro. Por ellos nos enteramos dónde habían ido a parar la gente y sus bienes.

Por orden de la gestapo, se había obligado a todos los habitantes, bajo amenaza de fusilamiento, a que hiciesen debajo de las casas escondrijos, en los que debían ocultar previamente el trigo, el ganado y todos los enseres y meterse ellos mismos cuando llegasen los bolcheviques. En efecto, debajo de muchas casas había tales escondrijos, o cuevas, en las que estaban las camas, el trigo y los bienes, las vacas, los caballos, los cerdos y las aves. En todos ellos, había reservas de agua para muchos días. Al ver a los soviéticos, los lugareños salían de buen grado.

Nuestro destacamento sostuvo muchos combates, sobre todo cuando atravesamos la frontera, de Galitsia, defendida pertinazmente por los alemanes. El propio camino por el que avanzábamos era también escabroso. Empezaban las estribaciones de los Cárpatos; tan pronto

había que ascender a elevadas colinas boscosas como descender. Las piezas de artillería y los carros con los proyectiles y los heridos teníamos que llevarlos poco menos que a pulso. Tan pronto nevaba como la nieve se derretía, formando barrizales intransitables.

Por el camino encontrábamos ríos y teníamos que vadearlos o construir puentes bajo el fuego del enemigo.

Pero de una u otra manera, estábamos ya a sesenta kilómetros de Lvov.

UN SILENCIO TRAICIONERO

Nos aproximamos a la aldea de Nívitsa. Los guerrilleros de descubierta comunicaron que no se veían puestos de vigilancia en la aldea. Me extrañó: habíamos andado tanto, tropezando con alemanes por todas partes, y aquí no estaban.

Penetramos en la aldea y, efectivamente, no había novedad. Empezamos a distribuir a la gente por casas. El Estado Mayor quedó en la de un extremo. Entré en ella, saludé al dueño, un aldeano entrado en años, y a su mujer. Reparé en seguida en un altavoz que había en la pared.

- ¿Funciona? -interrogué al dueño.
- Sí. En nuestro pueblo funcionan también la iglesia y la escuela.
- ¿Hay aquí alemanes?
- No, ahora no hay ninguno.
- Bien, ¿y qué tal viven ustedes?
- Pues vamos tirando.
- ¿Vienen por aquí con frecuencia?
- Suelen venir.
- ¿Con frecuencia?
- Vienen unos tres o cuatro. Están sacando madera del bosque.

Encargué a Lukín que mandase a indagadores por la aldea y se enterasen mejor de todo. Al cabo de una hora volvieron y dieron parte de que todo estaba en calma. Llamé a Ermolin, jefe de la primera compañía, y le dije:

- La calma no está mal, pero, con todo, refuerza la vigilancia.

La gente estaba cansada y se echó a dormir; yo no tenía sueño. Llevaba enfermo más de un mes, y los últimos días no me levantaba del carro: yacía en él, tapado con una manta de plumón. A mi lado siempre estaba algún enlace. La dolencia no me dejaba dormir ahora tampoco. Antes de romper el día, cuando aún estaba oscuro, me decidí, a pesar de todo, a salir y recorrer los puestos. Me puse el gorro y el capote a duras penas, me metí la pistola en el bolsillo y, apoyándome en la pared para pasar por encima de los cama-radas que dormían, salí sin pisarlos. El centinela que montaba la guardia delante del Estado Mayor me saludó.

Encontré la puerta del varaseto y salí al huerto. Detrás del huerto se extendía el campo abierto, y allí distinguí unas siluetas sobre el fondo gris del cielo. Al principio creí que sería el cuerpo de guardia; que el jefe de la primera compañía, cumpliendo mi orden, ponía los centinelas, pero comprendí en el acto que no era eso. Agucé la mirada y vi que la gente andaba

en orden abierto, y no cerrado. Me puse en cuclillas para distinguir mejor las siluetas. Sí, venían en orden abierto y guardaban una distancia determinada entre sí; además, esa distancia aumentaba conforme se iban aproximando a mí. Momentos después estaban ya muy cerca. La oscuridad me había impedido antes calcular la distancia. ¿Serían enemigos? Me puse en pie y grité:

— ¿Quién vive?

Silencio. Vi que por los lados empezaban a rodearme. Volví a gritar:

— ¿Quién vive?

— ¿Y tú, quién eres?

— Soy el jefe, el coronel.

— ¡Ven aquí!

Si el trato que daban al jefe era el de "¡ven aquí!", en ucraniano, no había duda que tenía delante a los bandidos nacionalistas. Empuñé la pistola. Cuando iba a apretar el gatillo me dispararon una ráfaga de metralleta, luego otra. Oí una voz de mando en alemán. Disparé dos veces y alguien cayó.

Los nuestros hostilizaron al adversario. Eso estaba bien, pero yo había quedado "entre dos fuegos": a cinco metros de los enemigos y a veinte de los míos. vUnos y otros disparaban. Las balas silbaban cerca; una me arrancó el gorro. Me eché a tierra y pensé: "Si me arrastro hacia los míos, los hitlerianos verán que estoy vivo y me tirarán. Y los míos también lo harán al ver que alguien se arrastra hacia ellos. ¿Qué hacer?"

De pronto noté que alguien me estiraba de un pie. Me volví y vi a un sujeto con casco alemán que me quería quitar las botas de piel. Creería que estaba muerto. Le disparé a boca de jarro.

El tiroteo arreciaba. En una punta del cuello del capote me dio una bala explosiva. Grité con todas mis fuerzas:

— ¡Alto el fuego!

Pero es difícil gritar más alto que el tableteo de las ametralladoras. No me oyeron. Torné a gritar:

— ¡Alto el fuego! ¡Soy yo, Medvédiev!

¡Me oyeron! Por nuestra línea, de combatiente en combatiente, se repitió la orden: "Alto el fuego... alto el fuego... allí está el coronel".

Me arrastré hacia los míos bajo una granizada de balas enemigas. Junto al varaseto me asieron de los brazos, pero no había menester: en aquellos minutos de extrema tensión me sentía como si estuviera sano, seguía mandando.

Shevchuk, Strucinski, Novak y Gnediuk con un grupo de la sección de comandancia irrumpieron en la línea contraria, disparando a quema ropa. Kolia *el Pequeño*, oculto detrás del varaseto, descargaba cortas ráfagas contra los enemigos que huían.

La casa en que se había alojado Tsessarski con el personal médico estaba a la derecha de la del Estado Mayor y más apartada hacia el campo abierto. Allí lograron penetrar varios bandidos en el mismo comienzo del combate. Aún no le había dado tiempo a Tsessarski a disparar su "máuser", cuando en la habitación estallaron dos bombas de mano enemigas, una tras otra. Tsessarski quedó herido de gravedad. Otros dos médicos y dos enfermeras también recibieron heridas. Al oír las voces de mando adversarias, Tsessarski gritó en ucranio:

— ¡Muchachos, nos han cercado! ¡Corramos al bosque!

Los bandidos tomaron la voz por una orden y salieron por pies.

Al cabo de cuarenta minutos todo estaba sosegado ya en la aldea. El tiroteo se oía a unos dos kilómetros, donde los nuestros seguían la persecución de los bandidos. En el lugar de la refriega, éstos habían dejado unas tres decenas de cadáveres.

Yo tenía en el capote doce impactos, otros dos en el gorro, pero ni un rasguño en el cuerpo.

— Hoy ha nacido usted por segunda vez —me dijo Kolia Strucinski al contar los agujeros del capote y el gorro.

Fui a la sección de sanidad sin poder arrastrar siquiera los pies. A Tsessarski y sus ayudantes heridos, los otros médicos ya les habían hecho la cura y puesto el vendaje. Al dentista lo habían vendado de pies a cabeza, pues los cascotes de las granadas le habían causado heridas en todo el cuerpo.

Sujenko vino a mí:

— Camarada jefe, lo llama Darbek Abdraímov.

— ¿Dónde está?

— En la casa de al lado. Está herido de gravedad.

Fui allá.

— Jefe, ¿estás vivo? ¿No te han herido? -preguntó Darbek al verme.

— Estoy vivo y no me han herido.

— Tanto mejor...

Sonrió, tendió la mano y estrechó débilmente la mía. Resultó que él había oído el primero mi voz cuando yo me encontraba bajo el fuego cruzado, se había abalanzado adelante y cayó segado por una ráfaga de ametralladora.

— ¿Cómo te sientes tú? -pregunté a Darbek.

— Muy mal, camarada jefe.

— ¡No será nada, Darbek! Aún comeremos tus "sopas revueltas a la kazaja".

No respondió, sólo sonrió. Horas después expiró.

Esperábamos otra ofensiva y decidimos prepararnos. Recorrí la aldea, montado en el carro, y di las órdenes pertinentes. En la casa en que habíamos parado ya no estaban ni el dueño ni la dueña.

— ¡Vaya con la aldea tranquila! -dije.

Lukín lo había averiguado ya todo. Resultó que nos habíamos alojado en la casa del alcalde, un traidor, y le había dado tiempo a avisar a los fascistas.

Poco después, las tropas enemigas empezaron a atacar. Traían carros blindados y tanquetas: entraron en juego las ametralladoras de grueso calibre, la artillería y los morteros.

A las primeras salvas se incendiaron las casas extremas. Los hitlerianos venían por la parte hacia donde teníamos que ir nosotros, por occidente, pero no se atrevieron a entrar en la aldea.

Nos escaseaban las municiones, y al oscurecer decidimos replegarnos. Nos retiramos con

astucia: primero el grueso del destacamento, dejando una compañía en el pueblo para que respondiera al fuego. Luego se retiró la compañía, dejando una sección. Finalmente la sección se escabulló y los alemanes siguieron disparando a topa tolondro.

En el primer alto que hicimos después del combate, Lida Sherstniova me entregó un radiograma. Era una orden del mando para que sacásemos el destacamento a la retaguardia inmediata del Ejército Rojo. Según nuestros cálculos, podía ser ésta los parajes que ya conocíamos, poco más o menos, por donde habíamos cruzado el ferrocarril de Rovno a Lutsk. Nuestro destacamento desanduvo lo andado.

En la mañana del 5 de febrero, a unos trescientos metros del ferrocarril de marras, fuimos a salir a las posiciones de unas unidades de caballería del Ejército Rojo. Pero no era aún la línea del frente; era un cuerpo volante de nuestro ejército que se había internado en la retaguardia enemiga para cortar a los alemanes la retirada. Interceptaba allí la carretera por donde tenía que retroceder una gran columna motorizada de los alemanes. Estos vinieron por la carretera, chocaron con las unidades del Ejército Rojo y fueron hacia la aldea en que se había albergado nuestro destacamento para descansar. Con las explosiones de los proyectiles y minas, la aldea se incendió. Nos replegamos al bosque, echamos cuerpo a tierra y abrimos fuego.

Los alemanes se arrojaron precipitadamente a un lado, huyendo de nosotros, y abandonaron su tren de avituallamiento.

En ese combate, el último que sostuvimos, perdimos a ocho hombres. En la tarde del mismo día 5 de febrero cruzamos el ferrocarril y nos vimos ya en terreno patrio liberado.

A últimos de mes me enviaron a Moscú en una ambulancia. Vinieron conmigo Kolia *el Pequeño* y los heridos, incluido Tsessarski. El destacamento quedó a las órdenes de Stéjov.

LA CARTA DE KUZNETSOV

... Estaba en cama en un hospital de Moscú. Después de la vida intensa de lucha y peligros pasada, me vi rodeado de silencio y quietud. No se oían estampidos, no se veían guerrilleros. Sólo de vez en cuando entraban en la sala médicos y enfermeras. Sentía cierta sensación extraña de nostalgia. Mi único consuelo eran los periódicos frescos de cada día y la posibilidad de escuchar las emisiones sin temor de que faltara corriente para la emisora de radio. Pasaba días enteros recordando con detalles y pormenores nuestra vida en la retaguardia del enemigo y, cosa rara: todo lo que antes, en el curso de la lucha, me parecía insuficiente, ahora, cuando componía mentalmente el parte para el mando, se me figuraba importante.

Habíamos transmitido al mando valiosos datos acerca del movimiento por los ferrocarriles, de los traslados de estados mayores del adversario, de los transportes de tropas y material de guerra, de las medidas que adoptaban las autoridades de ocupación y del ambiente en el territorio invadido por entonces. En los combates y escaramuzas habíamos exterminado a unos doce mil soldados y oficiales enemigos. Comparadas con este número, nuestras bajas habían sido irrisorias: tuvimos en todo el tiempo ciento diez muertos y doscientos treinta heridos. En la zona en que actuamos, organizamos a los soviéticos para que ofrecieran resistencia activa a los hitlerianos, volamos trenes, puentes, asaltamos fincas rústicas, empresas y almacenes de los fascistas, destrozamos y averiamos muchos automóviles del enemigo y matamos a cabecillas de los invasores.

Me acordaba varias veces al día de Kuznetsov. ¿Dónde estaría? ¿Qué haría? ¿Habría

encontrado a Valia?

Un día capté una noticia sobre él.

Estaba acostado con los auriculares puestos, escuchando las últimas noticias por radio. A las doce menos diez oí de pronto:

"Estocolmo. Según comunica el periódico *Aftenbladet*, en las calles de Lvov, en pleno día, un desconocido con uniforme alemán ha matado al vicegobernador de Galitsia, doctor Bauer, y al alto funcionario Schneider. El asesino no ha sido detenido".

Salté en la cama, quise levantarme, pero el dolor me lo impidió. Alargué la mano y oprimí el timbre. Estaba de más, pues no tenía que llamar a nadie.

Entró la enfermera.

— Tenga la bondad de darme piramidóndije.

— Ahora sé lo traigo.

¡A quién se lo iba a contar allí!

De manera que Kuznetsov "no había sido detenido". Sí, no había duda, era obra suya; de eso habíamos hablado en el automóvil tirado por un par de caballos. Mas tardé aún medio año en enterarme de los pormenores de la estancia de Nikolái Ivánovich en Lvov.

Aparecieron los guerrilleros del servicio de información Krútikov, Drozdov y Pastujov, que yo había mandado con el grupo móvil a Lvov. Creíamos a la sazón en el destacamento que habrían perecido todos; mas no había ocurrido tal cosa.

En la frontera de Galitsia, el grupo cayó en una emboscada, y en el combate murieron siete de los veinte que eran; Krútikov, que lo encabezaba, resultó herido. Entre los muertos figuraba el radiotelegrafista. Entonces fue cuando perdimos el enlace con este grupo. Luego, en otra refriega habida durante la marcha, Drozdov y el guerrillero Pristupa se perdieron del grupo. Los restantes camaradas llegaron al punto de destino con mil peripecias.

Los del servicio de información Pastujov y Kobeliatski, que conocían la ciudad, empezaron a actuar en ella. Eran objeto de sus indagaciones la estación, la propia ciudad, y exploraban diariamente el alcantarillado. El 20 de julio de 1944, cuando el Ejército Rojo se había aproximado ya a esta ciudad, Pastujov y Kobeliatski salieron de ella por los conductos subterráneos y entregaron al destacamento de exploración del 38 Ejército el plan de la ciudad con todo lujo de datos militares: por dónde pasaba la línea de fortificaciones, dónde estaban los campos minados, dónde las baterías de morteros y artillería, cómo estaban distribuidas las fuerzas y qué edificios estaban minados. Luego, Pastujov y Kobeliatski introdujeron a un numeroso grupo de soldados soviéticos en el centro de la ciudad por los túneles subterráneos, dando de lado los campos de minas. Este grupo cargó contra los fascistas por la retaguardia. Pastujov y Kobeliatski participaron en el combate.

Drozdov y Pristupa, que se habían perdido del grupo de Krútikov, organizaron un destacamento de guerrilleros con vecinos de los lugares. Pastujov y Drozdov habían visto a Kuznetsov: el primero, en Lvov todavía; el segundo, posteriormente, en el bosque. He aquí lo que me contaron:

Nicolái Ivánovich se había enterado de que Bauer, el vicegobernador de Galitsia, iba a celebrar una asamblea con las altas autoridades alemanas. Logró penetrar en el teatro durante la asamblea. Se fijó en Bauer, que estaba sentado en la presidencia, luego salió y esperó cerca del local. Cuando la asamblea terminó, los alemanes empezaron a abandonar el teatro. Salió

también Bauer con su secretario, subió al automóvil que se había acercado a la puerta y se marchó. Kuznetsov lo siguió en su coche y averiguó dónde vivía.

Al otro día, el auto de Kuznetsov sufrió una "avería" inopinada al pasar por la calle de Iván Franco por delante de la casa de Bauer. Belov salió del coche y se puso a manipular en el motor. Kuznetsov se apeó también y empezó a reñirle en alemán, elevando la voz:

— ¡Siempre tiene usted el coche estropeado! Es un gandul, no lo cuida. Por culpa de su pereza hago tarde...

Mientras exteriorizaba su irritación, miraba con disimulo al lado opuesto de la calle, donde estaba un cómodo automóvil delante de un bonito hotel.

A las diez en punto de la mañana, del hotel salieron dos individuos y se encaminaron hacia su automóvil. El chófer salió y abrió servilmente la portezuela. En ese momento Kuznetsov se acercó:

— ¿Es usted el doctor Bauer? -inquirió, dirigiéndose a uno de ellos.

— Sí, yo soy Bauer.

— ¡A usted es a quien busco!

De varios tiros mató a Bauer y a su secretario. Acto seguido se abalanzó hacia su coche. Mientras él corría, Kaminski y Belov abrieron fuego contra el centinela que estaba de plantón junto al hotel.

Probablemente, al recordar el caso ocurrido con Dargel, Kuznetsov decidió preguntar primero a Bauer su apellido para no equivocarse.

El automóvil pasó por las calles de Lvov a una velocidad vertiginosa y salió de la ciudad. A unos veinte kilómetros, junto al pueblo de Kúrovtsi, unos gendarmes le hicieron parar. Un comandante de la gestapo examinó largo rato los documentos de Kuznetsov y, escrutando atentamente a los pasajeros, les pidió otros papeles suplementarios. Nikolái Ivánovich se percató de que no podía esperar nada bueno y disparó una ráfaga con la metralleta. El comandante y los cuatro gendarmes quedaron en el sitio.

Por detrás, en la carretera, se divisaron perseguidores. Belov apretó el acelerador: el velocímetro indicaba 100, 110, 120 kilómetros... Pero ahí sobrevino otro contratiempo: se agotó el combustible. Kuznetsov, Kaminski y Belov salieron del automóvil y echaron a correr al bosque. Era el bosque de Ganóvichi. Allí, luego que anduvieron tres días errantes, se encontraron con el destacamento de Drozdov. Pero éste no tenía emisora de radio, y Kuznetsov, vestido de alemán todo el tiempo, marchó con sus compañeros hacia la línea del frente para pasar a la retaguardia del Ejército Rojo.

Ni Pastujov ni Drozdov volvieron a saber nada más de Nikolái Ivánovich; sin embargo, había transcurrido ya mucho tiempo.

Los últimos datos sobre él fueron hallados entre los papeles capturados a la gestapo de Lvov. Al examinarlos, se encontró una copia de un telegrama urgentísimo dirigido a Berlín. Ponía lo siguiente:

"El 2 de marzo de 1944, un destacamento de gendarmes ha apresado en el bosque a tres paracaidistas soviéticos. Los detenidos llevaban documentos alemanes falsificados, mapas, periódicos alemanes, ucranios y polacos, entre éstos, la *Gazeta Lvovska* con una necrología del doctor Bauer y del doctor Schneider, así como el parte de uno de los detenidos sobre su actuación. Este agente (Paul Siebert según los documentos alemanes) ha sido identificado. Se

trata de un guerrillero soviético de información y terrorista que llevaba largo tiempo cometiendo impunemente sus actos en Rovno, asesinando, entre otros, al doctor Funk y raptando, en particular, al general Ilgen. En Lvov, "Siebert" se proponía matar al gobernador, doctor Wechter. No lo pudo conseguir. En su lugar, asesinó al vicegobernador, doctor Bauer, y a su secretario, doctor Schneider. Estos dos altos funcionarios del Estado alemán fueron asesinados cerca de sus residencias particulares. En el parte de "Siebert" se describe el acto del asesinato con los detalles más nimios.

"En Lvov, "Siebert" no mató sólo a Bauer y Schneider, sino a varias personas más, entre ellas al comandante de la gendarmería de campo Kanter, que nosotros buscábamos escrupulosamente.

"Los pormenores del parte acerca de los lugares y fechas de los actos cometidos, de las víctimas hechas, de las municiones de guerra capturadas, etc., parecen exactos. Del grupo de combate de Pritzmann hemos recibido la noticia de que "Paul Siebert" y sus dos cómplices han sido fusilados".

Así pereció Nikolái Ivánovich Kuznetsov, nuestro compañero de lucha, que había llevado a cabo varias operaciones de inaudita intrepidez para exterminar a los representantes de las autoridades alemanas de ocupación y había sembrado el pánico en las filas de los enemigos rabiosos de nuestra Patria.

Cuando nos enteramos de la muerte de Kuznetsov, sus camaradas y yo abrimos la carta que dejara. He aquí lo que leímos:

Abridla después de mi muerte.

Kuznetsov.

24 de julio de 1943. Mañana se cumplen once meses de mi estancia en la retaguardia del enemigo. El 25 de agosto de 1942, a las 24,05, me lancé con paracaídas desde las alturas para vengar sin piedad la sangre y las lágrimas de nuestras madres y hermanos que gimen bajo el yugo de los invasores alemanes.

Valiéndome del uniforme de oficial alemán, he estudiado once meses al enemigo y he penetrado hasta la misma madriguera del sátrapa Erich Koch, tirano alemán de Ucrania.

Ahora paso a la acción.

Estimo la vida, aún soy joven. Pero si es preciso sacrificarla por la Patria, que amo como a mi propia madre, lo haré. Que los fascistas sepan de lo que es capaz un patriota ruso y un bolchevique. Que se enteren de que no es posible someter a nuestro pueblo, como imposible es apagar el Sol.

Qué importa que yo muera; en la memoria de mi pueblo los patriotas son inmortales.

"Qué importa que mueras; en la canción de los audaces y tueres de espíritu serás siempre un ejemplo vivo, una sublime exhortación a la libertad y a la luz..."

Esto es de la obra de Gorki que más aprecio. Que nuestra juventud la lea más a menudo...

Vuestro Kuznetsov

Por decreto del Presidium del Soviet Supremo de la URSS de 5 de noviembre de 1944, a Nikolái Ivánovich Kuznetsov le fue adjudicado postumamente el título de Héroe de la Unión

Soviética.

EPILOGO

— ¿Habremos sido nosotros?

Así exclamó recientemente Lukín en mi casa, en Moscú, cuando estuvo con Frolov y Tsessarski y recordamos nuestras andanzas guerrilleras.

Efectivamente, ¿habríamos sido nosotros, que estábamos ahora sentados en una cómoda casa, vestidos de paisano y sumidos por entero en ocupaciones pacíficas? ¿Habríamos sido nosotros los que, heridos y enfermos, sufriéramos las sacudidas del traslado en carros por caminos quebrados y cenagosos sin pensar siquiera en una cama limpia o en el agua hervida?... ¡Cuántos ánimos y energía había en cada uno de nosotros!

Los sucesos se nos antojaban ya "del remoto pasado".

Mis camaradas guerrilleros están esparcidos por toda la Unión Soviética. Unos han regresado a sus fábricas, otros a los koljoses, los terceros han ingresado a estudiar en centros de enseñanza superior o escuelas de peritaje. La mayoría ha vuelto a los lugares en que vivieron antes de la guerra y actuó nuestro destacamento. Todos se dedican al trabajo pacífico y ofrendan sus conocimientos, sus energías y su experiencia a la gigantesca construcción postbélica de todo el pueblo.

Recibo a menudo cartas de mis camaradas guerrilleros. De tiempo en tiempo vienen a Moscú por asuntos particulares y me visitan sin falta, por eso estoy enterado de la suerte que han corrido posteriormente muchos de ellos.

En 1946 estuvo en Moscú Valia y me visitó. Hubo de sufrir pruebas muy duras. Cuando todos nosotros estábamos ya en territorio liberado, la gestapo la sometía a espantosas torturas. Los verdugos le exigían que declarase el paradero de "Paul Siebert", las direcciones de las casas de conspiración y los nombres de los camaradas. Valia no dijo una palabra. La encerraron en una mazmorra donde nadaban en sangre cadáveres de soviéticos asesinados por los alemanes, y la sacaron varias veces al paredón. ¡Es horrible morir a los diecinueve años! Pero Valia soportó el calvario y no soltó prenda. Esperando arrancarle, pese a todo, alguna declaración, la trasladaron a Lvov y, desde allí, a Alemania Occidental.

El Día de la Victoria sorprendió a Valia en un campo de concentración en Alemania; de allí tornó a la Patria.

Terenti Fiódorovich Novak, Borís Krútkov, Valentín Semiónov, antiguo guerrillero nuestro de información, y decenas de camaradas han ido a estudiar.

La radiotelegrafista Marina Kij ha regresado a su Lvov natal, donde también ha empezado a estudiar.

"Nos apresuramos a poner en su conocimiento, Dmitri Nikoláievich, una grata nueva. Nuestra Marina Kij ha sido elegida diputado al Soviet Supremo de Ucrania" -me escribían ex guerrilleros de Lvov.

Kolia *el Pequeño* ingresó en la escuela al terminarse la guerra, se ha hecho mecánico automovilista y ha dejado de ser Kolia *el Pequeño*, pues ya es tan alto como su antiguo jefe. Ostenta con orgullo la medalla de guerrillero de 1ª clase.

Su coetáneo Volodia vive ahora con su padre y está terminando los estudios de segunda enseñanza.

En mayo de 1946, de la Dirección General de la Asociación de Patriotas Polacos en la URSS me transmitieron una carta de una tal Grinshpan. En ella pedía averiguar el paradero de su hijo Pinia, que había escapado del fusilamiento y, según rumores, había sido recogido por el destacamento de guerrilleros del coronel Medvédiev y enviado a Moscú en avión.

No tuvimos que hacer pesquisas para encontrar a Pinia. Sabíamos que estaba en una casa de niños en las afueras de Moscú, y lo comunicamos a su madre. Esta recuperó a su hijo, que consideraba perdido hacía tiempo.

Albert Veniamínovich Tsessarski ha cambiado de profesión: ahora es actor. Estando ya en el destacamento de guerrilleros soñaba con las tablas.

Kolia Fadéiev, a quien operó Tsessarski, como queda narrado, trabaja de director de un molino de cilindros en Moldavia. En el invierno de 1946 estuvo en mi casa.

— ¡Me van mal las cosas, camarada jefe! Mi molino está casi vacío. La cosecha ha sido mala por la sequía.

— ¿Y qué tal te las arreglas con la pierna ortopédica? ¿No te molesta?

— ¡Me he acostumbrado! ¡Doy saltos con ella como si fuera de verdad!

En septiembre de 1947 recibí una carta de él: "Hay tanto trabajo en el molino que no dejan a uno respirar. La cosecha de este año ha sido inmensa".

Hace poco he estado en Rovno, Lvov y otras poblaciones en las que actuó nuestro destacamento durante la guerra. Visité con Shevchuk, Gnediuk y los hermanos Strucinski muchos parajes que tuvieron relación con nuestra labor, y por doquier encontramos a camaradas de lucha. Entonces se nos ocurrió la idea de congregarse a todos los guerrilleros de nuestro destacamento. La concentración se celebró en el parque *Shevchenko*, delante de la tumba común de Kulikov, Galuzo y otros intrépidos patriotas.

* * *

En una carta. Valia me recordó las palabras, que pronunciara Nikolái Ivánovich Kuznetsov en cierta ocasión:

"Me imagino cómo va a prosperar todo en nuestro país cuando hayan transcurrido cinco o diez años después de la victoria. ¡Qué vida más espléndida será!... Si me ocurre algo, sabed que he sido el hombre más feliz del mundo, porque luché por esa vida".

Acabo de leer estas palabras escritas del puño de Valia y me he parado a pensar:

"¡Qué verdad es! ¿Acaso nuestra lucha guerrillera y todas las calamidades que sufrimos no suponen una gran felicidad?"

"¿Habremos sido nosotros?" -pienso.

Sí, fuimos nosotros, soviéticos de filas. El peligro que se cernió por entonces sobre la Patria y los llamamientos del Partido decuplicaron nuestras fuerzas. Y si a alguien se le ocurre agredir de nuevo a nuestro país, otra vez millares y millones de gentes sencillas se alzarán en pie de guerra a la defensa de su suelo y entregarán todo lo que son en aras de su gran Patria.

ÍNDICE

El ensayo
El salto de combate
El encuentro
El bautizo de fuego
En marcha
El destacamento crece
En el campamento
Un "orden" horroso
El padre y la hija
"Paul Siebert"
El machete de plata
Una familia de guerrilleros
Kolia el Pequeño
La fiesta
Mejores que los auténticos
Los nuestros no lo reconocen
Una expiación rápida
La guirnalda
Nuestra "capital"
Una proeza
En la estación de Zdolbunov
Marfa Ilinichna
Dos operaciones
Los ayudantes
Los dueños fictivos y los verdaderos
En la audiencia de Koch
"Agentes" y "especuladores"
Las entrevistas con Kovpak
Volodia
Arrancado de las "garras del enemigo"
Las represalias
En el nuevo campamento

La derrota del "Maestro de la Muerte"

Continuación

La tregua

La despedida

La última marcha

Un silencio traicionero

La carta de Kuznetsov

Epílogo

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le comunica usted su opinión .acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:

Editorial Progreso

Zúbovski bulvar, 21

Moscú • URSS

Forman el contenido de este libro las biografías auténticas de las personas que en él figuran, cuya abnegada actuación se percibe a menudo como aventuras inverosímiles.

Era durante la invasión de los fascistas. Ucrania Occidental. La ciudad de Rovno. En esta pintoresca población encontrábase la residencia del *reichskommissar* de Ucrania, Erich Koch, asesino y verdugo.

Cerca de Rovno, en los bosques de Sarny, estaba el campamento de unos guerrilleros soviéticos de información. Allí vivían y luchaban, en condiciones de rigurosa conspiración, hombres de profesiones pacíficas muy distintas: ellos fueron quienes infundieron un pánico mortal a los consejeros imperiales y a los generales hitlerianos, que defendían la seguridad de sus personas según todas las reglas del arte militar.

El protagonista central del libro es el insigne guerrillero del servicio de información Nikolái Kuznetsov, que se hacía pasar por el afortunado oficial alemán Paul Siebert, "paisano" de Koch. Las acciones de Kuznetsov eran tan inesperadas, audaces y atrevidas que el autor, según advierte, no se vio precisado a recurrir a la fantasía para escribir el libro.

El Héroe de la Unión Soviética Dmitri Nikoláievich Medvediev (1898-1954) participó de joven en la revolución y peleó en el frente durante la guerra civil. Desde 1920 sirvió muchos años en los organismos de información soviéticos.

Durante los primeros meses de la Gran Guerra Patria, Medvediev cruzó la línea del frente con un grupo de treinta y tres moscovitas voluntarios, se internó en la retaguardia del enemigo y organizó un

destacamento de guerrilleros que actuó por los bosques de Briansk. Posteriormente, Medvédiev efectuó un desembarco aéreo en el territorio de Ucrania Occidental, ocupada por los fascistas. Allí se produjeron los acontecimientos que le valieron de fuente para sus futuros libros. Terminada la guerra, Medvédiev refirió en sus libros *Ocurrió cerca de Rovno*, *Fuertes de espíritu* y *En las orillas del Bug Meridional*, múltiples hazañas de los guerrilleros que tuvo a sus órdenes.